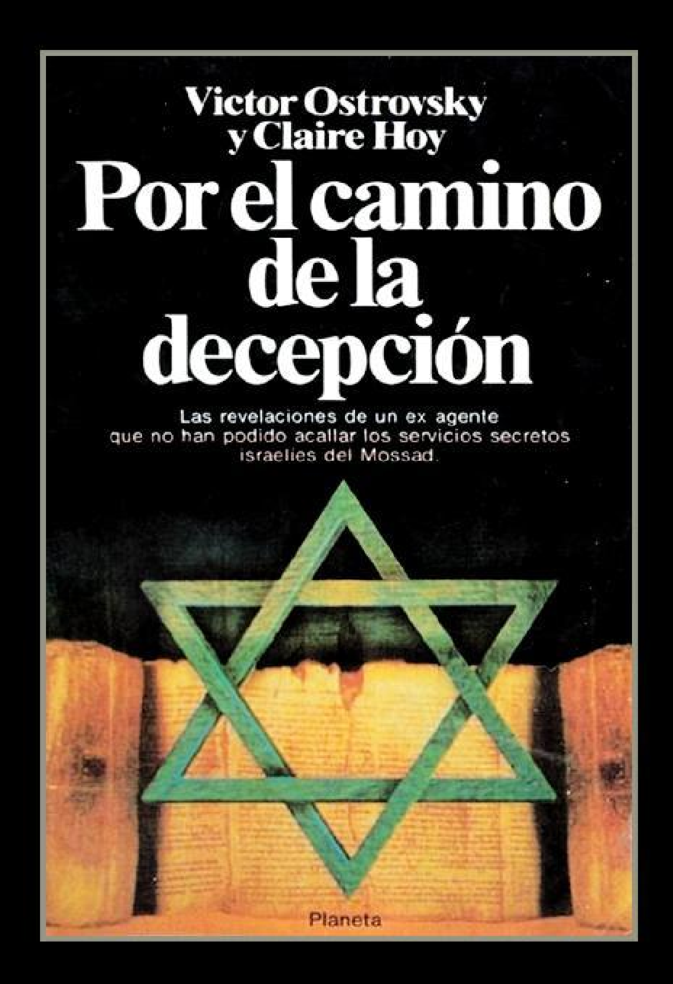
Victor Ostrovsky
y Claire Hoy



Por el Camino de la Decepción

Por el Camino de la Decepción

Victor Ostrovsky y Claire Hoy

Titulo Original: By the way of deception
Editorial Planeta, Barcelona 1991
Traducción: Josefina Guerrero
ISBN: 968-406-024-6

PRÓLOGO DE LOS AUTORES

No me ha resultado fácil revelar los hechos que conozco desde mi ventajosa perspectiva tras los cuatro años pasados en el Mossad.
Procedente de un apasionado entorno sionista, me habían inculcado que el Estado de Israel era incapaz de actuar injustamente, que éramos como David en su interminable lucha contra un Goliat cada vez más gigantesco y que únicamente podíamos confiar en nosotros mismos para protegernos, sentimiento consolidado por los supervivientes del holocausto con los que convivíamos.
En nosotros, la nueva generación de israelíes, la nación que había renacido en su propia tierra tras más de dos mil años de exilio, se confiaba totalmente el destino de la nación.
Los comandantes de nuestros ejércitos eran considerados campeones, no generales; nuestros gobernantes eran capitanes que guiaban el timón de un gran navio.
Me sentí lleno de júbilo cuando fui escogido y se me concedió el privilegio de incorporarme al que me parecía el equipo más escogido del Mossad.
Mas los retorcidos ideales y el egocéntrico pragmatismo que encontré dentro de la organización, junto con la codicia, avidez y absoluta falta de respeto del equipo hacia la vida humana, me impulsaron a narrar esta historia.
Porque amo a Israel como un país libre y justo arriesgo mi vida haciéndolo así, enfrentándome a aquellos que se arrogaron el derecho de convertir el sueño sionista en la actual pesadilla que vivimos.
El Mossad, organización de los servicios secretos a la que se había confiado la responsabilidad de allanar el camino de los dirigentes políticos de la nación, ha traicionado esa confianza. Conspirando en beneficio propio y en pro de razones mezquinas ha conducido a la nación al enfrentamiento en una lucha sin cuartel.
No puedo seguir guardando silencio ni exponer la verosimilitud de este libro simulando la realidad bajo falsos distintivos y oscuras identidades (aunque he utilizado las iniciales de algunos miembros del personal activo para proteger sus vidas).
Iacta alea est: *la suerte está echada.*

Víctor Ostrovsky
Julio de 1990 .

* * *

Durante más de veinticinco años de periodismo he tenido ocasión de aprender que jamás debemos negarnos a escuchar a quien nos ofrece un relato, por muy singular que parezca la propuesta. Y, en principio, la historia de Víctor Ostrovsky me pareció más extraña que ninguna.
Como la mayoría de periodistas, me ha tocado escuchar a muchos que me explicaban atropelladamente la razón de que sus vivencias hubieran sido silenciadas con la perversa intervención de alguna Conspiración Intergaláctica Marciana. Por otra parte todos los periodistas hemos experimentado la tensión de responder a una confidencia, descubriendo finalmente que el protagonista de la historia era un esnob.
Una tarde de abril de 1988 me encontraba en el puesto que suelo ocupar en la tribuna de prensa del Parlamento de Ottawa cuando me telefoneó Víctor Ostrovsky y me dijo que deseaba contarme ciertas informaciones de carácter internacional que podrían interesarme. Yo había publicado recientemente un best-seller muy polémico titulado Friends in High Places *que trataba de los conflictos del primer ministro canadiense y su gobierno. Víctor me dijo que le agradaba mi modo de enfocar los temas de carácter oficial, por lo que había decidido ofrecerme su historia. No me facilitó más detalles, pero me sugirió que nos reuniésemos durante un cuarto de hora en una cafetería próxima para poder explicarse. Tres horas después Víctor seguía absorbiendo mi atención: realmente, la suya era una narración muy interesante.*

Inevitablemente mi mayor preocupación personal fue cómo podría comprobar la identidad de aquel hombre. Pues bien, tras algunas consultas privadas a través de varios contactos, amén de su buena voluntad de mencionarme algunos nombres y expresarse con franqueza conmigo, llegué fácilmente a la conclusión de que se trataba de un auténtico elemento: me encontraba ante un antiguo katsa *del Mossad.*

A muchos les desagradará el contenido de este libro. Es un relato inquietante, apenas una crónica de lo mejor que puede ofrecer la naturaleza humana. Muchos considerarán a Víctor como un traidor a Israel: allá ellos. Yo le veo como un hombre profundamente convencido de que el Mossad es una excelente organización que se ha maleado, un ser cuyo idealismo quedó destruido por el implacable impacto de la realidad. Alguien que cree que el Mossad o, en resumidas cuentas, cualquier organización del gobierno debe ser públicamente responsable de sus actos. Incluso la CIA tiene que justificarse ante un cuerpo escogido; el Mossad, no.

El primero de septiembre de 1951 David Ben Gurion, a la sazón primer ministro, promulgó un decreto disponiendo la creación del Mossad como organización del servicio secreto independiente del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel. Hasta la fecha, aunque todos conocen su existencia —en ocasiones incluso los políticos alardean de sus éxitos—, sigue siendo una organización fantasma en todos los sentidos.

Por ejemplo, no figura referencia alguna de ella en los presupuestos del Estado y jamás se hace público el nombre de su jefe supremo mientras ostenta dicho cargo.

Uno de los principales temas de este libro es la convicción de Víctor de que el Mossad no se somete a control alguno, que ni siquiera el primer ministro, aunque aparentemente responsable, posee autoridad real sobre sus actos y que incluso suele verse manipulado para aprobar o emprender acciones que acaso sean de más interés para quienes dirigen la organización que necesariamente para Israel.

Mientras que la naturaleza de los asuntos del servicio secreto comprenden por definición una reserva considerable, en otros países democráticos algunos de sus elementos son públicos. Por ejemplo, en Estados Unidos el director y los subdirectores de la CIA son designados en primer lugar por el presidente, sometidos a audiencias públicas por un comité de inteligencia designado por el Senado y, finalmente, confirmados por una mayoría de dicha institución.

Por ejemplo, el 28 de febrero de 1989 un comité presidido por David L. Boren se reunía en la sala SH-216 del Hart Señale Office Building, en Washington, para interrogar al miembro ejecutivo de la CÍA Richard J. Kerr, que había sido propuesto como subdirector de la Central de Inteligencia. E incluso antes de someterse a tales sesiones, Kerr tuvo que cumplimentar un exhaustivo cuestionario de cuarenta y cinco apartados, en el que se ventilaban todas sus peculiaridades, desde sus experiencias biográficas, académicas y laborales hasta el estado de sus finanzas, comprendidas sus posesiones inmobiliarias, el salario que había percibido durante los últimos cinco años y el volumen de su hipoteca, junto con otras cuestiones relativas a las organizaciones a las que había pertenecido y su filosofía general de la vida y del servicio secreto.

Al iniciarse la sesión, el senador Boren reconoció que era una ocasión singular para que el comité realizase sus tareas en público.

«Mientras otras naciones procuran que su cuerpo legislativo omita las actividades de su servicio secreto, en nuestro país es realmente única la extensa naturaleza del proceso.»

Entre otras cosas, el comité revisa trimestralmente todos los programas de acción de cobertura bajo mandato presidencial y celebra sesiones especiales siempre que el presidente inicia una nueva empresa secreta.

«Aunque no estamos facultados para vetar las acciones secretas que se propongan —proseguía —, en el pasado, los presidentes tomaban en consideración nuestros consejos y adoptaban medidas ya fuese para modificar o cancelar actividades que el comité consideraba erróneamente concebidas o que creían que planteaban riesgos innecesarios para los intereses de la seguridad.»

En Israel, aunque se supone que el primer ministro es el responsable del servicio secreto, suele ignorar las acciones que lleva a cabo hasta que se han producido. En cuanto al público, raras veces llega a conocerlas. Y, ciertamente, ningún comité investiga las actividades ni al personal del Mossad.

La importancia de una vigilancia política adecuada del servicio de inteligencia queda resumida por sir William Stephenson en su prólogo de A Man Called Intrepid*, donde dice que los servicios secretos son instituciones necesarias para que las democracias eviten el desastre y una posible y total destrucción.*

«Entre los arsenales cada vez más complejos del mundo, el espionaje es una arma esencial, tal vez la más importante —decía—, pero dado su carácter reservado, resulta la más peligrosa. Deben idearse y revisarse garantías para evitar su abuso y aplicarlas estrictamente. Pero como en cualquier empresa, serán decisivos el carácter y la sensatez de aquellos a quienes se confía. En la integridad de tal vigilancia subyace la esperanza de la gente libre para resistir y vencer.»

Otro interrogante válido sobre la historia de Víctor es cómo un funcionario relativamente secundario del Instituto, como se denomina al Mossad, pudo llegar a conocer tanto sobre él. Ésta es una pregunta muy acertada cuya respuesta resulta sorprendentemente sencilla.

En primer lugar, se trata de una organización muy pequeña.

En su libro Games of Intelligence*, Nigel West (seudónimo del miembro conservador del Parlamento británico Rupert Allason) manifiesta que la sede general de la CIA en Langley (Virginia), que «está claramente señalizada en la avenida de George Washington, en las afueras de Washington, DC», cuenta con veinticinco mil empleados, «los cuales, en su inmensa mayoría, no se esfuerzan en absoluto por ocultar la naturaleza de su trabajo».*

El Mossad apenas dispone de mil doscientos empleados, comprendidas las secretarías y el personal de limpieza, y todos están debidamente aleccionados para responder a quien les pregunte que trabajan para el departamento de defensa.

West dice asimismo que «las pruebas acumuladas por los desertores soviéticos indican que la Dirección Principal del KGB empleaba a unos quince mil oficiales de servicios especiales» en todo el mundo, «unos tres mil con base en su cuartel general de Teplyystan, en las afueras de la carretera de circunvalación de Moscú, al sudoeste de la capital». Eso sucedía en los años cincuenta. Datos más recientes señalan que el número total de empleados del KGB en todo el mundo supera los doscientos cincuenta mil. Incluso el servicio de inteligencia cubano DGI cuenta con dos mil funcionarios expertos apostados por todo el mundo en las misiones diplomáticas de su país.

El Mossad —créase o no— tiene únicamente treinta o treinta y cinco oficiales de servicios especiales o katsas *operando por el mundo en cualquier momento. Según se demuestra en este libro, la razón principal de una cifra tan sorprendentemente baja es que, a diferencia de otros países, Israel puede aprovechar el significativo y leal cuadro de la comunidad judía mundial establecida fuera de Israel. Y ello lo consigue a través de un sistema único de* sayanim*, ayudantes voluntarios.*

Víctor registraba en un diario sus propias experiencias y muchas otras ajenas. Es un redactor pésimo, pero posee una memoria casi fotográfica para mapas, planos y otros datos visuales, cruciales para el éxito en las operaciones de los servicios de espionaje. Y puesto que el Mossad es una organización tan limitada y cerrada, tenía acceso a archivos computadorizados e historias orales, que serían imposible de obtener a cualquier novato recién ingresado en la CIA o en el KGB. Incluso en su época de instrucción, él y sus compañeros manejaban el computador principal del Mossad y pasaban horas interminables en clase estudiando una y otra vez, minuciosamente, múltiples operaciones en curso del servicio secreto con el fin de enseñar a los recién llegados el modo de iniciar una operación y cómo evitar pasados errores.

Por añadidura, aunque sería difícil cuantificar, la extraordinaria cohesión histórica de la comunidad judía, su convicción de que pese a las diferencias políticas deben mantenerse unidos para protegerse de sus enemigos, conduce a una franqueza entre todos ellos que sería imposible

encontrar por ejemplo entre los empleados de la CIA o el KGB. En resumen, entre sí se sienten en libertad de expresarse con todo detalle y así lo hacen.

Naturalmente deseo formular mi reconocimiento a Víctor por darme la oportunidad de traer a la luz tan singular historia. Quiero asimismo agradecer a mi esposa, Lydia, el constante apoyo que me ha dispensado en el proyecto, especialmente puesto que la naturaleza de esta narración sigue imponiéndome más presiones que mis habituales actividades políticas.

También agradezco a la Biblioteca del Parlamento de Ottawa su, como siempre, amable cooperación.

Claire Hoy
Julio de 1990.

PRÓLOGO: OPERACIÓN ESFINGE

Resultaba comprensible que Butrus Eben Halim se hubiese fijado en aquella mujer. Al fin y al cabo era una rubia sensual que vestía pantalones ceñidos y blusas muy breves y reveladoras, capaces de excitar a cualquier hombre.

Durante la semana anterior la había estado viendo diariamente en la parada del autobús de Villejuif, en las afueras del sur de París. Como tan sólo dos autobuses se detenían allí, uno local y otro que enlazaba con el extrarradio, y únicamente solían coincidir algunos pasajeros regulares, era imposible que pasara inadvertida. Y aunque Halim lo ignoraba, aquello era lo que se pretendía.

Corría el mes de agosto de 1978. La muchacha, al igual que él, parecía observar una constante rutina. Halim se la encontraba puntualmente cuando llegaba a esperar su autobús, y al cabo de unos momentos, un hombre de tez pálida y ojos azules y correctamente vestido aparecía a toda velocidad conduciendo un Ferrari BBS 12 deportivo, de color rojo, se detenía un momento para recoger a la rubia y partía después con rumbo desconocido.

Halim, un iraquí, a quien su esposa Samira consideraba tan insoportable como la monótona existencia que llevaban en París, pasaba la mayor parte de su solitario trayecto hasta el trabajo pensando en aquella mujer. Y evidentemente le sobraba tiempo para ello. No solía hablar con nadie por el camino y, siguiendo instrucciones de la seguridad iraquí, daba siempre un amplio rodeo para llegar a su trabajo y variaba frecuentemente su ruta. Sus únicas constantes eran la parada de autobús próxima a su hogar de Villejuif y la estación de metro de Saint-Lazare. Desde allí tomaba el tren hasta Sarcelles, exactamente al norte de la ciudad, donde trabajaba en un proyecto de alto secreto destinado a la construcción de un reactor nuclear para su país.

Un día el segundo autobús llegó antes que el Ferrari. La mujer miró hacia el lugar por donde solía llegar el coche y con un encogimiento de hombros se subió en el vehículo. El autobús de Halim venía con retraso debido a un leve «accidente» sufrido dos manzanas más abajo cuando un Peugeot se atravesó delante suyo.

Al cabo de unos momentos llegó el Ferrari. El conductor miró en torno buscando a la muchacha, y Halim, comprendiendo lo que había sucedido, le informó en francés que ella se había marchado en autobús. El hombre, al parecer perplejo, repuso en inglés y, en esta ocasión, Halim le repitió la explicación en tal idioma.

Su interlocutor, agradecido, le preguntó adonde se dirigía y él le indicó que su destino era la estación de la Madeleine, a escasa distancia de la de Saint-Lazare. Ran S., el conductor, al que Halim únicamente conocería como el inglés Jack Donovan, le dijo que también él seguía aquel camino y se ofreció a llevarle.

Halim no vio ningún inconveniente en ello y entró en el coche.

El pez había tragado el anzuelo. Y como el destino acabaría demostrando, aquélla resultó una presa valiosa para el Mossad.

La Operación Esfinge concluyó espectacularmente el 7 de junio de 1981 cuando unos cazabombarderos israelíes fabricados en Estados Unidos destruyeron el complejo nuclear iraquí Tamuz 17 (u Osirak) en Tuwaitha, a las afueras de Bagdad, en una temeraria incursión sobre territorio hostil. Pero esto sucedería varios años después de que intrigas

internacionales, diplomacia, sabotajes y asesinatos orquestados por el Mossad retrasaran la construcción de la planta, sin que finalmente lograran impedirlo.

La preocupación de Israel por el proyecto había sido enorme desde que Francia firmó un acuerdo para facilitar a Iraq, a la sazón su segundo proveedor más importante de petróleo, un centro de investigación nuclear tras la crisis energética de 1973. La crisis había intensificado el interés por la energía nuclear como fuente alternativa de energía y los países que fabricaban tales sistemas fueron incrementando sus operaciones internacionales de venta.

En aquellos momentos Francia deseaba vender a Iraq un reactor nuclear comercial de setecientos megavatios.

Iraq había insistido reiteradamente en que el centro de investigación estaba destinado a fines pacíficos, básicamente para facilitar energía a Bagdad. Israel, por múltiples razones, temía que sirviese para fabricar bombas nucleares que se utilizarían contra ellos.

Los franceses habían accedido a facilitar uranio enriquecido al noventa y tres por ciento para dos reactores suministrados por su planta militar de enriquecimiento de Pierrelatte. Asimismo habían convenido vender a Iraq cuatro cargas de carburante: un total de ciento cincuenta libras de uranio enriquecido que bastarían para fabricar cuatro armas nucleares. Jimmy Carter, a la sazón presidente de Estados Unidos, había adoptado como principal objetivo de política extranjera su oposición a la proliferación nuclear y los diplomáticos norteamericanos presionaban activamente tanto a franceses como a iraquíes para hacerlos desistir de sus planes.

Incluso los franceses se mostraron recelosos acerca de las intenciones de Iraq cuando ésta rechazó categóricamente su oferta de sustituir el uranio enriquecido por otra clase menos potente de carburante denominado «caramelo», sustancia que podía producir energía nuclear pero no bombas nucleares.

Iraq se mostró inflexible: un trato era un trato. En una conferencia de prensa celebrada en Bagdad en julio de 1980, el hombre fuerte de Saddam Hussein en Iraq se burlaba de las preocupaciones de Israel diciendo que años atrás «los círculos sionistas europeos se reían de los árabes que, según ellos, eran un pueblo salvaje y atrasado, únicamente capaz de cabalgar en sus camellos por el desierto. Ahora veremos comentar con estupor en esos mismos círculos que Iraq está a punto de producir una bomba atómica».

El hecho de que Iraq alcanzase rápidamente tal hito a fines de los setenta incitó a AMAN, unidad de inteligencia militar israelí, a enviar un memorándum (clasificado de «negro» en calidad de alto secreto) a Tsvy Zamir, el espigado y calvo ex general del ejército, a la sazón jefe del Mossad. AMAN deseaba obtener información interna más concreta sobre los estadios de desarrollo del proyecto iraquí, por lo que David Biran, jefe del Tsomet, departamento de reclutamiento, fue invitado a entrevistarse con Zamir. Posteriormente Biran, un rechoncho profesional del Mossad, de rostro redondo y porte elegante, se reunió con los jefes de su departamento y les ordenó que buscasen una conexión iraquí en la fábrica francesa de Sarcelles.

Tras una exhaustiva aunque infructuosa investigación de dos días en los archivos de personal, Biran se puso en contacto con David Arbel, jefe de la base francesa, un oficial de carrera del Mossad, canoso y que dominaba varios idiomas, facilitándole los detalles necesarios para aquella misión. Como todas esas bases, la correspondiente a París se halla situada en los sótanos blindados de la embajada israelí. En su calidad de jefe de la misma,

Arbel incluso estaba por encima del embajador. El personal del Mossad controla la valija diplomática (la «dip») y por sus manos pasa todo el correo que entra y sale de las embajadas. También tiene a su cargo el mantenimiento de pisos francos, conocidos como «apartamentos de operaciones»; por ejemplo, únicamente la base londinense posee más de un centenar de tales pisos y tiene alquilados otros cincuenta.

París cuenta asimismo con una serie de *sayanim,* colaboradores voluntarios judíos de todas condiciones, uno de los cuales, cuyo nombre clave era Jacques Marcel, trabajaba en el departamento de personal de la planta nuclear de Sarcelles. Como el proyecto era muy urgente, se le pidió que facilitase determinado documento. Normalmente hubiese transmitido la información de modo oral o incluso la hubiese copiado en un papel. Apoderarse de documentación implica el riesgo de ser descubierto y pone en peligro al *sayan.* Pero en aquel caso decidieron que necesitaban una información concreta, principalmente por la habitual confusión de los nombres árabes (suelen cambiárselos en diversas situaciones). Y asimismo, para mayor seguridad, se pidió a Marcel que facilitase la relación del personal iraquí que allí trabajaba.

Puesto que de todos modos tenía previsto acudir a París para asistir a una reunión, Marcel recibió instrucciones de depositar la relación en el maletero de su coche, junto con los restantes expedientes que debía llevar oficialmente a la reunión. La noche anterior se encontró con él un *katsa* (oficial del Mossad), recogió un duplicado de la llave del maletero y le dio ciertas indicaciones. A la hora señalada Marcel debía dar un rodeo por una callejuela próxima a la École Militaire, donde encontraría un Peugeot rojo con una pegatina especial en la ventanilla posterior. El coche, que habría sido alquilado, habría pasado toda la noche frente a un café para garantizar un lugar de aparcamiento, necesidad primordial en París. Marcel daría una vuelta a la manzana y, cuando regresara, el vehículo arrancaría, permitiéndole ocupar su puesto. A continuación debía limitarse a asistir a la reunión, dejando la relación del personal en el maletero.

Como quiera que los empleados de industrias delicadas suelen verse sometidos a registros inesperados por razones de seguridad, Marcel, sin apercibirse de ello, fue seguido por el Mossad cuando se dirigía a su cita. Tras asegurarse una vez más de que no eran vigilados, un par de especialistas cogieron el dossier del coche y se metieron en el café. Mientras uno de ellos encargaba bebidas, el otro fue al lavabo. Una vez allí sacó una cámara fotográfica con un juego anexo de cuatro patas pequeñas plegables de aluminio, llamado «abrazadera», ingenio que ahorra mucho tiempo de preparación puesto que ya está enfocado y utiliza especiales rollos instantáneos fabricados por el departamento de fotografía del Mossad, con lo que es posible obtener hasta quinientas tomas con uno solo. Una vez desplegadas las patas, el fotógrafo puede introducir y sacar rápidamente los documentos por debajo utilizando un accesorio elástico que sostiene con los dientes para pulsar cada vez el obturador. Cuando hubieron fotografiado las tres páginas, los hombres devolvieron el dossier a su sitio y se marcharon.

Los nombres fueron enviados inmediatamente por computador a la subdivisión de París en Tel-Aviv utilizando el sistema clásico de doble codificación del Mossad por el que a cada expresión fonética se le asigna un número. Por ejemplo, en el caso de Abdul, a «Ab» se le asignaría el número siete y a «dul» el veintiuno. En otros casos más complicados cada número posee un código regular, una letra u otro número, y este código «manguito» se cambia semanalmente. Y aun así, cada mensaje facilita únicamente la mitad del texto, de modo que uno contendría la clave del código de «Ab» y el otro la de

«dul», y aunque esta transmisión fuese interceptada, nada significaría para la persona que tratase de descifrarla. De este modo fue enviada toda la relación del personal a la base general, mediante dos transmisiones por separado del computador.

En cuanto los nombres y cargos fueron descifrados en Tel-Aviv, se enviaron al departamento de investigación y a AMAN, pero, una vez más, y teniendo en cuenta que el personal iraquí de Sarcelles lo componían científicos que en principio no eran considerados peligrosos, apenas poseían datos relativos a ellos en sus archivos.

El jefe del Tsomet dio instrucciones de «atacar del modo más conveniente», es decir, buscando el objetivo más fácil. Y cuanto antes. Así fue como decidieron arriesgarse con Butrus Eben Halim, que demostró ser una baza afortunada aunque, en su momento, se le escogió porque era el único científico iraquí que residía en un domicilio particular: ello significaba que los restantes estaban controlados por más medidas de seguridad o que se alojaban en residencias militares próximas a la planta. Halim estaba casado, apenas la mitad de ellos lo estaban, pero no tenía hijos, algo insólito en un iraquí de cuarenta y dos años, lo que sugería que el suyo no era un matrimonio dichoso y normal.

Puesto que ya tenían su objetivo, el problema que se presentaba a continuación era cómo «reclutarlo» especialmente puesto que se habían recibido órdenes de Tel-Aviv para que aquélla se considerase una *ain efes,* drástica expresión hebrea que significa una operación en la que no se admitiría el fracaso.

Para llevar a cabo tal tarea se recurrió a dos equipos.

Yarid, el primero de ellos, responsable de la seguridad en Europa, debería verificar los horarios de Halim y de su esposa, Samira, comprobar si él estaba sometido a vigilancia iraquí o francesa y procurarse un apartamento en las proximidades por medio de un «agente de la propiedad inmobiliaria» *sayan* (uno de los *sayanim* radicados en París que se dedicaba a asuntos inmobiliarios se comprometió a encontrar un apartamento por aquellos alrededores sin formular pregunta alguna).

Neviot, el segundo equipo, se encargaría de infiltrarse en el domicilio de Halim, reconociendo el terreno e instalando ingenios de escucha: una «madera» si debía colocarse en una mesa o zócalo, por ejemplo, o un «cristal» si se trataba de un teléfono.

La división *yarid* del departamento de seguridad consiste en tres equipos con una dotación de tres a nueve elementos cada uno, dos de los cuales desarrollan sus actividades en el extranjero mientras que el otro permanece en Israel en calidad de apoyo. Recurrir a uno de los equipos para una operación suele implicar importantes regateos porque todos consideran de vital importancia su caso particular.

La división *neviot* consiste asimismo en tres equipos de expertos en el arte de obtener información mediante objetos inanimados, lo que significa irrumpir en un domicilio, fotografiar objetos tales como documentos, entrar y salir de habitaciones y edificios para instalar equipos de vigilancia sin dejar huellas o entrar en contacto con determinadas personas. Entre su colección de instrumentos, estos equipos cuentan con llaves maestras de la mayoría de hoteles más importantes de Europa e idean constantemente nuevos métodos para abrir puertas equipadas con mecanismos de cierre que funcionan a base de tarjetas magnéticas, claves cifradas y otros medios. Algunos hoteles, por ejemplo, incluso disponen de cerraduras que se abren utilizando la huella del pulgar de sus huéspedes.

Una vez instalados los ingenios de escucha o micrófonos ocultos en el apartamento de Halim, un *shicklut* (empleado del departamento de escucha) espiaría y registraría las conversaciones. La cinta del primer día sería remitida al cuartel general de Tel-Aviv,

donde se averiguaría en qué dialecto especial se expresaban y se enviaría cuanto antes desde Israel a un *marats,* u oyente, que comprendiera lo mejor posible dicho dialecto para proseguir la vigilancia electrónica y facilitar su inmediata traducción a la base de París.

En aquel estadio de la operación únicamente contaban con un nombre y una dirección: ni siquiera disponían de una foto del iraquí y, desde luego, no había garantía alguna de que pudiera serles útil. El equipo *yarid* se dedicó a vigilar desde la calle el edificio donde tenía su domicilio Halim y a espiar a través del apartamento vecino para comprobar qué aspecto tenían él y su esposa.

El primer contacto real se realizó dos días después. Una joven muy atractiva y de cabellos cortos que se dio a conocer como Jacqueline llamaba a la puerta de Halim. Se trataba de Dina, otro miembro del equipo, cuya función consistía simplemente en observar detenidamente a la esposa e identificarla al equipo de modo que pudieran iniciar formalmente la vigilancia. Dina simulaba dedicarse a la venta de perfumes que obtenía en grandes cantidades. Debidamente equipada con un maletín e impresos de pedido, había ido de puerta en puerta ofreciendo sus productos en los restantes apartamentos de aquel edificio de tres pisos sin ascensor a fin de evitar sospechas, tomando las precauciones necesarias para llegar a casa de Halim antes de que él regresara de su trabajo.

Samira, al igual que la mayoría de mujeres del edificio, estuvo encantada con la oferta de perfume. Y no era de extrañar puesto que los precios resultaban mucho más económicos que en los establecimientos de venta al detalle. A las interesadas se les pedía que pagaran la mitad del encargo por anticipado y el resto a la entrega, prometiendo acompañar la misma con un «regalo».

Samira llegó al extremo de invitar a «Jacqueline» a entrar en su casa y se desahogó con ella explicándole lo desdichada que se sentía, que su marido era un individuo conformista, que ella procedía de una familia acaudalada y estaba cansada de contribuir con su propio dinero a la marcha del hogar y, revelación de capital importancia para sus fines, que dentro de quince días ella se trasladaría a Iraq, con sus padres, porque su madre debía someterse a una delicada operación quirúrgica, por lo que Halim se quedaría solo y, por consiguiente, aún sería más vulnerable.

«Jacqueline», que simulaba ser una estudiante hija de buena familia del sur de Francia, que vendía perfumes a fin de obtener algún dinero extra para sus gastos, se mostró sumamente comprensiva con la situación de Samira. Aunque su labor consistía en identificar a la mujer, aquel éxito inicial fue indiscutible. En las misiones de vigilancia, después de cada sesión, se informa minuciosamente de todos los detalles en el piso franco, donde el equipo asimila la información y planea el siguiente paso. Ello suele significar largas horas de interrogatorios, de insistir una y otra vez en todos los detalles y, en tanto que las distintas personas debaten el significado de un hecho o de una frase en particular, los ánimos suelen exaltarse. Los miembros del equipo fuman cigarrillo tras cigarrillo y se sirven continuamente tazas de café, y la atmósfera de un piso franco se enrarece cada vez más a medida que pasan las horas.

Así pues, se decidió que puesto que Dina (Jacqueline) había simpatizado con Samira, podía aprovecharse aquel afortunado giro de los acontecimientos para agilizar la marcha del asunto. Por lo tanto su siguiente tarea consistiría en hacer salir dos veces a la mujer del apartamento, una para que el equipo pudiera decidir cuál era el mejor lugar donde colocar un aparato de escucha y, la segunda, para instalarlo. Ello significaba entrar y tomar fotos, medidas, muestras de pintura, todo cuanto fuese necesario para garantizar

que podría reproducirse una réplica exacta de determinado elemento, pero con un micrófono escondido en él. Como todo cuanto lleva a cabo el Mossad, rigiéndose por el criterio de minimizar riesgos.

Durante su primera visita, Samira se había quejado de los problemas que tenía para encontrar un buen peluquero local que supiera cómo tratar el color de su cabello. Cuando Jacqueline apareció con la mercancía dos días después (en esta ocasión poco antes de que Halim regresara a casa para poder verle personalmente), habló a Samira de su peluquero, muy moderno e instalado en la Rive Gauche.

—He hablado a André de ti y dice que le encantaría estudiar tu cabello —dijo Jacqueline—. Te representará un par de visitas, porque es muy especial. Pero te acompañaré muy a gusto.

Samira se alborozó ante tal perspectiva. Su marido y ella no tenían verdaderos amigos en aquella zona, apenas llevaban vida social y la oportunidad de pasar un par de tardes en el centro de la ciudad, lejos de la interminable esclavitud del hogar, resultó muy bien recibida.

El regalo especial que Samira recibió de Jacqueline por la adquisición del perfume consistió en un elegante llavero provisto de diversas anillitas para cada una de las llaves.

—Dame la llave de tu apartamento y te enseñaré cómo funciona —le dijo Jacqueline.

Cuando Samira se la entregó no advirtió que Jacqueline la deslizaba en un estuche de unas dos pulgadas, envuelto como si fuese otro regalo, pero relleno de arcilla moldeable salpicada de talco para evitar que quedase adherida. Cuando hubo metido la llave y cerrado la caja, quedó una perfecta impresión en la arcilla de la que podría obtenerse un duplicado.

Aunque el *neviot* podía haberse introducido en la casa sin llave, ¿para qué asumir riesgos adicionales de ser descubiertos si podían cruzar tranquilamente la puerta como si en realidad viviesen allí? Una vez dentro, cerrarían y atravesarían una barra entre el pomo y el suelo. De ese modo, si alguien acertase a burlar la vigilancia exterior y tratara de entrar en la casa, probablemente pensaría que la cerradura se había estropeado e iría en busca de ayuda, dándoles tiempo a quienes se encontraran dentro para salir sin ser observados.

Una vez identificado Halim, el *yaríd* inició la práctica de «seguimiento inmóvil», un método destinado a averiguar el programa de un individuo evitando cualquier posibilidad de detección. Ello significaba espiarle a etapas, sin seguirle a distancia, sino teniendo a un hombre apostado en las proximidades para observar adonde se dirigía. Al cabo de unos días otro hombre estacionado en la manzana siguiente seguiría espiando, y así sucesivamente. En el caso de Halim ello fue sumamente sencillo porque cada día acudía a la misma parada de autobús.

A través del ingenio de escucha, el equipo supo exactamente cuándo partiría Samira a Iraq. También oyeron cómo ella le aconsejaba que acudiese a la embajada iraquí para pedir que efectuasen un control de seguridad, lo que puso sobreaviso al Mossad para intensificar su cautela. Pero aún no habían pensado cómo podrían reclutar a Halim, y dada la enorme importancia de aquel caso no contaban con mucho tiempo para decidir si él estaría o no dispuesto a colaborar.

Asimismo el departamento de seguridad descartó como excesivamente arriesgado en aquel caso el uso de un *oter,* un árabe pagado para contactar a otros árabes. Hubiera sido un trato demasiado directo que no permitiría otra alternativa y no querían echarlo a perder

todo. En cuanto a las primeras esperanzas que habían abrigado acerca de que Dina, bajo la personalidad de Jacqueline, pudiese entrar en contacto con Halim a través de su mujer, fueron rápidamente desechadas. Tras su segunda cita con el peluquero, Samira no quiso volver a saber nada más de ella.

—He visto cómo mirabas a esa muchacha —dijo Samira a Halim durante una de sus disputas conyugales—, y no te hagas ilusiones porque yo me marche: sé muy bien cómo eres.

Y así fue cómo se les ocurrió la idea de la chica del autobús y del *katsa* Ran S. que se daría a conocer como el extravagante inglés Jack Donovan. Alquilarían un Ferrari, y las ilusorias patrañas de Donovan sobre sus supuestas riquezas harían el resto.

La primera vez que Halim subió en el Ferrari no reveló cuál era su trabajo y simuló ser un estudiante, por cierto demasiado maduro, según pensó Ran. Mencionó que su esposa marchaba de viaje y que a él le gustaba comer bien, aunque se abstenía del alcohol por ser musulmán.

Donovan aludió vagamente a sus ocupaciones, lo que le permitiría mayor flexibilidad, diciéndole que trataba en el comercio internacional, y le sugirió que tal vez algún día podría visitar su casa de campo o acompañarle a cenar mientras su esposa estuviese ausente. En aquellos momentos Halim no se comprometió a nada.

A la mañana siguiente la rubia regresó y Donovan la recogió. Un día después apareció Donovan, pero no la muchacha, y de nuevo él se ofreció a acompañar a Halim a la ciudad, en esta ocasión sugiriéndole que se detuvieran primero en un local próximo a tomar café. En cuanto a su hermosa acompañante, Donovan le explicó:

—¡Ah, es una fulana que conozco! Estaba empezando a mostrarse demasiado exigente y me he desembarazado de ella. En cierto modo es una lástima... porque era estupenda, ya sabrás qué quiero decir. Pero éste es un material que nunca escasea, amigo.

Halim no le habló a su esposa de su nuevo amigo: era algo que deseaba reservarse para sí.

Cuando Samira hubo partido para Iraq, Donovan, que había ido recogiendo regularmente a Halim y se habían hecho muy amigos, le dijo que tenía que ir a Holanda para un asunto de negocios, y pasaría allí unos diez días. Le entregó su tarjeta de negocios, ficticia desde luego, pero que no obstante contaba con una auténtica oficina, que se completaba con un distintivo *y* una secretaria, por si Halim quería hacerle alguna visita o telefonearle, en un famoso edificio próximo a la parte alta de los Champs Elysées.

Durante todo aquel tiempo Ran (Donovan) residía realmente en el piso franco donde tras cada encuentro con Halim se reunía con el jefe de la base o su lugarteniente, para planear el siguiente movimiento, redactar sus informes, leer las transcripciones de las grabaciones secretas y examinar detenidamente todos los planteamientos posibles.

En primer lugar Ran daba un rodeo para asegurarse de que no había sido seguido y una vez en el piso intercambiaba su documentación, dejando allí su pasaporte británico. De los dos informes que preparaba cada vez, uno de ellos, de carácter informativo, contenía todos los detalles específicos de lo que se había hablado en sus encuentros.

En cuanto al segundo, un informe de operaciones, contenía los cinco interrogantes: quién, qué, cuándo, dónde y por qué, y relacionaba todo cuanto había sucedido en la reunión. Este segundo informe se guardaba en otra carpeta y se entregaba a un *bodel,* un correo, que transmitía los mensajes entre los pisos francos y la embajada.

Ambos informes eran remitidos a Israel por separado, bien por computadoras o por «dips» (valija diplomática). Los informes de operaciones se envían fraccionados para evitar ser descubiertos. En su primera parte podría decir: «Me he encontrado con el sujeto en (véase hoja separada)», y otro informe contendría la localización, y así sucesivamente. Cada persona tiene dos nombres en clave, aunque ellos los ignoran: uno para información y otro para las operaciones.

La mayor preocupación del Mossad consiste, siempre, en las comunicaciones. Como saben lo que ellos son capaces de hacer, imaginan que también pueden hacerlo otros países.

Una vez Samira hubo partido, Halim alteró toda su rutina, quedándose en el centro a comer en algún restaurante a la salida del trabajo o metiéndose en algún cine. Un día telefoneó a su amigo Donovan y le dejó un mensaje. Tres días después Donovan respondía a su llamada. Halim deseaba salir y su amigo le llevó a un lujoso cabaret donde cenaron y presenciaron un espectáculo, haciéndose cargo el «inglés» de todos los gastos.

Halim había empezado a beber y en el transcurso de aquella larga velada Donovan le comentó los tratos que estaba llevando a cabo para vender contenedores viejos a países africanos que los utilizarían como viviendas.

—En algunos de esos lugares están tan necesitados de alojamientos que practican agujeros a modo de ventanas y puertas y se instalan en ellos —le dijo—. Tengo noticias de ciertas existencias en Tolón que podré adquirir a un precio ridículo. Este fin de semana pienso ir allí, ¿por qué no me acompañas?

—Probablemente sólo te serviré de estorbo —repuso Halim—. No tengo ni idea de hacer negocios.

—¡Qué tontería! Es un largo camino de ida y vuelta y prefiero ir acompañado. Nos quedaremos allí y volveremos el domingo. Al fin y al cabo ¿qué ibas a hacer este fin de semana?

El plan estuvo a punto de irse a pique porque el *sayan* local se acobardó en el último momento. En su lugar un *katsa* representó el papel del «hombre de negocios» que vendería la mercancía a Donovan.

Cuando ambos estaban regateando el precio, Halim advirtió que un contenedor que había sido izado con una grúa estaba oxidado por el fondo (todos lo estaban y confiaban en que él reparara en ello). En un aparte con su amigo le informó de ello, facilitándole de ese modo negociar un descuento sobre los mil doscientos contenedores.

Aquella noche, durante la cena, Donovan entregó a Halim mil dólares en efectivo.

—¡Vamos, tómalos! —le dijo—. Me has ahorrado muchos más detectando aquella oxidación. No es algo de gran importancia, desde luego, pero el tipo que los vendía lo ignoraba.

Por primera vez Halim comenzó a darse cuenta de que además de pasarlo bien con su nuevo amigo, su amistad podía resultarle provechosa. Para el Mossad, que no ignora que el dinero, el sexo y algún tipo de motivación psicológica, individual o combinada, pueden conseguirlo casi todo, su hombre había mordido completamente el anzuelo. Llegaba el momento de entrar de una vez en materia, o *tachless,* con Halim.

Comprendiendo que Halim confiaba plenamente en la historia que había urdido, Donovan le invitó a la suite que ocupaba en el lujoso hotel Sofitel-Bourbon, del número 32 de la calle de Saint-Dominique, convidando asimismo a Marie-Claude Magal, una joven prostituta. Tras encargar la cena, Donovan le dijo a su invitado que debía salir a

solucionar urgentemente un asunto, dejando un falso télex sobre una mesa para que él pudiese comprobar la veracidad de su afirmación.

—Lo siento —le dijo—, pero diviértete. Estaré en contacto contigo.

De modo que Halim y la prostituta pasaron un buen rato. El episodio fue filmado, no necesariamente con fines chantajistas sino tan sólo para comprobar qué había sucedido y de qué modo actuaba y se expresaba el iraquí. Un psiquiatra israelí se estaba encargando de estudiar detenidamente todos los detalles de los informes recibidos sobre Halim a fin de dar con el medio de efectuar un efectivo acercamiento. También disponían de un físico nuclear por si se requerían sus servicios, como así sucedería en breve.

Dos días después Donovan regresó y se reunió con Halim. Mientras tomaban café, éste advirtió claramente que algo preocupaba a su amigo.

—Se me presenta la oportunidad de hacer un negocio con una firma alemana acerca de unas tuberías neumáticas especiales para transportar material radiactivo destinado para usos médicos —dijo Donovan—. Pero todo ello es muy técnico y, aunque se halla en juego una importante suma de dinero, desconozco el asunto por completo. Me han puesto en contacto con un científico inglés que ha accedido a inspeccionar la mercancía, pero el problema consiste en que me pide demasiado dinero y, por añadidura, no me inspira demasiada confianza pues creo que está de acuerdo con los alemanes.

—Tal vez podría ayudarte —repuso Halim.

—Te lo agradezco, pero necesito un científico que examine esas tuberías.

—Soy científico —respondió Halim. Donovan se mostró sorprendido.

—¿Qué quieres decir? Creí que estabas estudiando.

—En un principio me vi obligado a decírtelo. Pero soy un científico destinado aquí por Iraq para colaborar en un proyecto especial. Estoy seguro de que podré ayudarte.

Ran confesaría más tarde que cuando Halim reconoció finalmente cuál era su verdadera ocupación sintió como si le hubieran extraído toda la sangre de las venas, se la hubieran sustituido por hielo y de nuevo se lo hubiesen extraído infiltrándole a continuación agua hirviendo. ¡Estaba en su poder! Pero no podía mostrar su excitación: tenía que fingir serenidad.

—Verás, se supone que debo encontrarme con ellos en Amsterdam este fin de semana. Tendré que ir uno o dos días antes. ¿Qué te parece si te envío mi reactor el sábado por la mañana?

Halim estuvo conforme con ello.

—No lo lamentarás —le dijo Donovan—. Si este asunto llega a buen fin reportará un montón de dinero.

El reactor, pintado provisionalmente con el logo de la empresa de Donovan, era un Learjet enviado ex profeso desde Israel para la ocasión. Las oficinas de Amsterdam pertenecían a un acaudalado contratista judío. Ran no deseaba cruzar la frontera con Halim puesto que, como no pensaba utilizar su falso pasaporte británico sino su verdadera documentación, siempre prefería viajar por carretera para evitar posibles contratiempos.

Cuando Halim llegó a las oficinas de Amsterdam en la limusina que había acudido a recogerle al aeropuerto, los demás ya estaban reunidos. Los dos hombres de negocios eran Itsik E., un *katsa* del Mossad, y Benjamín Goldstein, un científico nuclear israelí que viajaba con pasaporte alemán y que llevaba consigo una de las tuberías neumáticas en calidad de muestra para que Halim la examinase.

Tras algunas discusiones iniciales, Ran e Itsik abandonaron la estancia, al parecer para concretar los detalles financieros, dejando que los dos científicos tratasen de los aspectos técnicos. Dados sus intereses comunes y su experiencia, ambos establecieron una espontánea camaradería, y Goldstein preguntó a Halim cómo era tan conocedor de la industria nuclear. Fue un disparo a ciegas, pero Halim, que había abandonado totalmente sus defensas, le habló de su trabajo.

Cuando más tarde Goldstein comentó a Itsik la confesión que Halim le había hecho, decidieron llevar a cenar al confiado iraquí. En cuanto a Ran, elaboró un pretexto para no acompañarlos.

En el curso de la cena ambos aludieron a un plan en el que dijeron haber trabajado: tratar de vender instalaciones de potencia nuclear a países tercermundistas... naturalmente con fines pacíficos.

—El proyecto de tu planta sería un modelo perfecto para que nosotros pudiéramos venderlo a esas gentes —dijo Itsik—. Si nos facilitaras algunos detalles, los planos y otros datos, lograríamos hacer una fortuna con ello.

—Pero tenemos que mantenerlo en secreto entre nosotros. Procuremos que Donovan no se entere de esto o deseará participar en el asunto. Nosotros tenemos contactos y tú cuentas con la experiencia necesaria. En realidad, no le necesitamos.

—Verás, no estoy muy convencido —dijo Halim—. Donovan se ha portado siempre muy bien conmigo. Y, por otra parte, ¿no te parece algo peligroso?

—No, no hay ningún peligro en ello —repuso Itsik—. Tú debes de tener acceso regularmente a esas cosas. Sólo deseamos utilizarlo como modelo, esto es todo. Te pagaremos bien y nadie llegará a saberlo. ¿Cómo podrían enterarse? Estas cosas se hacen en cualquier momento.

—Supongo que sí —contestó Halim aún vacilante pero excitado ante la perspectiva de obtener tanto dinero—. ¿Pero hacemos con Donovan? Me disgusta la idea de engañarle.

—¿Acaso crees que él te informa de todos sus negocios? ¡Vamos! Jamás se enterará. Puedes seguir siendo amigo suyo y hacer negocios con nosotros. Por nuestra parte desde luego que nunca se lo diremos porque nos reclamaría parte de los beneficios.

Realmente le tenían en su poder. La promesa de incalculables riquezas había sido excesiva. De todos modos, simpatizaba con Goldstein y no era como si los estuviese ayudando a proyectar una bomba. Y, además, no había ninguna necesidad de que Donovan llegara a enterarse. ¿Por qué no hacerlo?

Halim acababa de ser reclutado oficialmente y, al igual que otros muchos, ni siquiera se había enterado.

Donovan pagó a Halim ocho mil dólares por su colaboración en el asunto de las tuberías y al día siguiente, tras celebrar el feliz resultado del negocio con un pantagruélico almuerzo y una prostituta en su habitación, el feliz iraquí regresó a París en el reactor privado.

Al llegar a este punto se suponía que Donovan abandonaría totalmente el escenario para aliviar a Halim de la violenta situación de tener que ocultarle sus actividades. Durante algún tiempo se perdió de vista, aunque dejándole un número telefónico de Londres donde Halim podría contactar con él en caso necesario. Donovan le dijo que tenía que resolver unos negocios en Inglaterra y que ignoraba cuánto tiempo estaría ausente.

Dos días después Halim se reunía en París con sus nuevos socios. Itsik, mucho más atrevido que Donovan, deseaba que le facilitase un esquema de la planta iraquí junto con otros detalles sobre su localización y capacidad y su programa concreto de construcción.

Al principio el iraquí obedecía sin aparentes problemas. Los dos israelíes le enseñaron cómo fotocopiar utilizando un «papel papel» de una clase especial que se colocaba simplemente sobre el documento a copiar con un libro u otro objeto apoyado encima durante varias horas. La imagen se transfería al papel, que seguía pareciendo ordinario pero que, al ser procesado, permitía obtener una imagen invertida del documento copiado.

A medida que Itsik apremiaba a Halim para obtener más información gratificándole generosamente en cada etapa, el iraquí comenzó a mostrar signos de la denominada «reacción de los espías», accesos repentinos de frío y calor, altas temperaturas, insomnio o intranquilidad, auténticos síntomas físicos producidos por el temor a ser descubierto. Cuanto más se aventura uno, más se temen las consecuencias de los propios actos.

¿Qué hacer? Lo único que se le ocurrió fue llamar a su amigo Donovan. Él sabría cómo aconsejarle puesto que conocía a personas que ocupaban altos y misteriosos cargos.

—Tienes que ayudarme —le rogó cuando Donovan respondió a su llamada—. Tengo un problema, pero no puedo hablarte de ello por teléfono. Estoy en dificultades y necesito tu ayuda.

—Para eso estamos los amigos —le tranquilizó Donovan, comunicándole seguidamente que saldría de Londres dos días después y que se reuniría con él en la suite del Sofitel.

—He sido engañado —se lamentó Halim tras confesarle el trato «secreto» que había establecido con la firma alemana de Amsterdam—. Lo siento. Siempre te has portado como un buen amigo, pero me convencieron por el dinero. Mi esposa me apremia constantemente para que aumente mis ingresos insistiendo en que debo tratar de superarme y me pareció haber encontrado una oportunidad para ello. Me comporté como un egoísta y un estúpido. Perdóname, por favor, necesito tu ayuda.

Donovan se mostró absolutamente magnánimo.

—Los negocios son así —repuso.

Pero a continuación le sugirió que los alemanes, en realidad, podían ser agentes de la CIA. Halim se quedó estupefacto.

—Les he confesado todo cuanto sé —le dijo con gran complacencia de Donovan—. Y, sin embargo, aún siguen tratando de sonsacarme.

—Déjame pensar en ello —respondió Donovan—. Tal vez conozca a alguien que pueda ayudarnos. De todos modos, no eres el primer individuo que cede atraído por el dinero. Tranquilicémonos y pasemos un buen rato. Estas cosas nunca son tan malas como parecen cuando te has metido en ellas.

Aquella noche Donovan y Halim salieron a cenar y a tomar unas copas. Después Donovan le buscó otra chica.

—Ella te tranquilizará —le dijo riéndose. Y ciertamente así fue. Tan sólo habían transcurrido cinco meses desde que comenzó la operación: una marcha muy rápida para esta clase de negocios. Pero cuando se hallan en juego tan altos intereses, la rapidez es algo esencial. Sin embargo en aquella etapa la consigna era actuar con precaución. Y como Halim estaba tan tenso y asustado convenía tratarlo con delicadeza.

Tras otra larga y acalorada sesión en el piso franco, se tomó la decisión de que Ran se entrevistaría con Halim y le diría que sin duda se trataba de una operación de la CIA.

— ¡Me colgarán! —se desesperó Halim—. ¡Van a colgarme!

—No lo harán —repuso Donovan—. No es tan grave como si hubieras estado trabajando para los israelíes. Y de todos modos, ¿quién va a saberlo? He hecho un trato con ellos. Sólo desean una información más y luego te dejarán en paz.

—¿Qué más quieren? ¿Qué otra cosa puedo darles?

—Verás, para mí no significa nada, pero supongo que tú sabrás de qué se trata —repuso Donovan sacando un papel del bolsillo—. ¡Aquí está! Desean saber qué responderá Iraq cuando Francia le ofrezca sustituir el material enriquecido por lo que denominan «caramelo». Diles eso y no volverán a molestarte. No tienen interés alguno en perjudicarte: sólo desean esa información.

Halim le dijo que Iraq deseaba obtener el uranio enriquecido, pero que en cualquier caso Yahia El Meshad, un físico de origen egipcio, llegaría dentro de pocos días para inspeccionar el proyecto y decidiría tales asuntos en nombre de Iraq.

—¿Vas a reunirte con él? —se interesó Donovan.

—Sí, naturalmente. Nos reuniremos todos los que colaboramos en el proyecto.

—Bien, entonces tal vez logres obtener esa información y tus problemas habrán concluido.

Halim, que parecía algo aliviado, mostró de pronto urgencia por retirarse. Desde que disponía de dinero había estado contratando a una prostituta por su cuenta, una amiga de Marie-Claude Magal que creía estar pasando información a la policía local pero que, en realidad, informaba al Mossad a cambio de dinero. Lo cierto fue que cuando Halim dijo a Magal que deseaba convertirse en un cliente asiduo, fue ella quien, a sugerencia de Donovan, le facilitó el nombre de su amiga.

Seguidamente Donovan insistió en que Halim organizase una cena en un bistre en el que se reunirían con Meshad a su llegada y donde él aparecería «casualmente».

Al llegar la fecha señalada Halim, simulando sorpresa, presentó a Meshad a su amigo Donovan. Meshad se limitó prudentemente a saludarle con cortesía y sugirió a Halim que regresara a su mesa cuando acabase de hablar con su amigo. Halim estaba tan nervioso que ni siquiera se atrevía a sacar a colación con Meshad el tema del «caramelo» y el científico no mostró ningún interés por sus explicaciones acerca de que su amigo Donovan era capaz de comprar cualquier cosa y que acaso algún día podría serles útil.

Halim llamó a Donovan a altas horas de la noche para decirle que le había sido imposible sonsacar nada a Meshad. La noche siguiente, Donovan se reunió en la suite con Halim y le aseguró que si conseguía el programa de envíos de la planta de Sarcelles a Iraq, la CIA se sentiría satisfecha y abandonaría el caso.

Por entonces el Mossad había sido informado por un agente «blanco» que trabajaba en el ámbito financiero para el gobierno francés de que Iraq se mostraba reacia a sustituir el uranio enriquecido por «caramelo». Aun así Meshad, el hombre responsable del proyecto para Iraq, podía convertirse en un valioso reclutamiento. Pero no imaginaban el modo de llegar hasta él.

Cuando Samira regresó de Iraq encontró a Halim muy cambiado. Pretextando haber conseguido una promoción con el consiguiente aumento de salario, se mostraba repentinamente más romántico y comenzó asimismo a llevarla a restaurantes. Incluso consideraron la posibilidad de comprarse un coche.

Aunque Halim era un científico brillante, según las pautas de la vida cotidiana no era inteligente. Una noche, poco después de que su esposa hubiera regresado, comenzó a hablarle de su amigo Donovan y de sus problemas con la CIA. La mujer se enfureció y entre denuestos e imprecaciones le dijo en dos ocasiones que probablemente había estado implicado con la seguridad israelí y no con la CIA.

—¿Por qué iban a preocuparse los americanos? —vociferó—. ¿Quién, salvo los israelíes y la necia hija de mi madre se molestaría siquiera en hablarte?

Después de todo no era tan necia.

Los conductores de los dos camiones que el 5 de abril de 1979 transportaban motores para cazas Mirage desde la planta de Dassault Brequet a un hangar de la ciudad de La Seine-sur-Mer, de la Riviera francesa, en las proximidades de Tolón, no repararon en que un tercer camión se incorporaba a su convoy.

Basándose en las informaciones obtenidas de Halim y según una versión moderna del «caballo de Troya», los israelíes habían ocultado un equipo de cinco saboteadores *neviot* y a un físico nuclear, todos ellos vestidos con ropa de calle, en el interior de un gran contenedor metálico que infiltraron en la zona de seguridad como si formase parte del convoy de tres camiones.

Sabían que los guardianes siempre se muestran más precavidos cuando se recogen mercancías que en las entregas y que probablemente se limitarían a dar paso al vehículo. Por lo menos los israelíes confiaban en ello. El físico nuclear que los acompañaba había sido enviado desde Israel para establecer exactamente dónde debían instalarse las cargas en los núcleos del reactor nuclear almacenado, que se había estado fabricando desde hacía tres años, a fin de lograr infligir el máximo perjuicio.

Uno de los guardianes de servicio era un empleado nuevo que llevaba pocos días en la empresa, pero que había presentado credenciales tan impecables que nadie hubiera sospechado que se hubiese apoderado de la llave que abría la nave donde se almacenaba el equipo destinado a Iraq para ser expedido en breve.

Siguiendo las expertas indicaciones del físico, el equipo israelí introdujo subrepticiamente cinco cargas de explosivos de plástico, instalándolos estratégicamente en los núcleos del reactor.

De pronto distrajo la atención de los empleados que montaban guardia en las puertas de la planta el alboroto que se había producido en la calle, donde una atractiva joven había sido derribada por un coche. La mujer no parecía gravemente herida, por lo menos no se le habían lesionado las cuerdas vocales dadas las obscenidades que profería contra el avergonzado conductor.

Por entonces se había congregado una pequeña multitud para observar lo sucedido, comprendidos los saboteadores que habían escalado una cerca de la parte posterior y rodeado el recinto. Tras comprobar que entre los reunidos se encontraban los vigilantes franceses y que, por consiguiente, estaban libres de peligro, uno de ellos, tranquila y cautelosamente, hizo detonar una sofisticada espoleta que funcionaba a base de un ingenio manual, destruyendo el sesenta por ciento de los componentes del reactor, provocando pérdidas por veinte millones de dólares y retrasando los planes de Iraq durante varios meses, aunque, sorprendentemente, sin ocasionar daño alguno al restante material almacenado en el hangar.

Cuando los guardianes distinguieron aquel sordo estallido a sus espaldas irrumpieron inmediatamente en el hangar y, entretanto, el coche causante del «accidente» se dio a la

fuga mientras que los saboteadores y la «víctima», bien adiestrados en esta clase de sucesos, se escabullían discretamente por las callejuelas próximas.

La misión había constituido un éxito absoluto, y consiguió demorar los planes de Iraq y dificultar el proceso del líder Saddam Hussein.

Una organización ecologista denominada Groupe des Écologistes Françáis, desconocida hasta entonces, se atribuyó la autoría de aquel atentado, declaraciones a las que no dio crédito la policía francesa. Pero el veto policial acerca de las investigaciones del sabotaje indujeron a otros periódicos a publicar versiones especulativas acerca de los posibles responsables. *France Soir,* por ejemplo, dijo que se sospechaba que el atentado había sido realizado por «la extrema izquierda», mientras *Le Matin* manifestaba que lo habían llevado a cabo palestinos que trabajaban para Libia. En cuanto al semanario *Le Point* lo atribuyó al FBI.

Algunos acusaron al Mossad, pero el gobierno israelí desechó oficialmente la acusación como antisemita.

Halim y Samira llegaron a su casa después de la medianoche, tras una agradable velada cenando en un bistró de la Rive Gauche. Halim conectó la radio confiando escuchar un poco de música para distraerse un rato antes de acostarse pero, en lugar de ello, las noticias de la explosión le llenaron de pánico.

El hombre comenzó a dar vueltas por el apartamento arrojando objetos por el suelo y profiriendo desatinos.

—¿Qué te sucede? —vociferó Samira para hacerse oír entre tanto estrépito—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Han destruido el reactor! —exclamó—. ¡Lo han destruido! ¡Y ahora me destruirán a mí! Y acto seguido telefoneó a Donovan. Al cabo de una hora su amigo respondía a su llamada.

—No cometas ninguna locura —le dijo—. Tranquilízate. Nadie puede relacionarte con este suceso. Reúnete conmigo mañana por la noche en la suite.

Halim aún estaba agitado cuando acudió al hotel. No había dormido ni se había afeitado: tenía un aspecto espantoso.

—Ahora los iraquíes van a colgarme —se lamentaba—. Me entregarán a los franceses, que me condenarán a la guillotina.

—Tú no has tenido nada que ver en esto —le tranquilizó Donovan—. Piensa en ello: nadie tiene motivos para acusarte.

—¡Es terrible, terrible! ¿Es posible que los israelíes estén detrás de todo esto? Samira cree que se trata de ellos. ¿Es posible que sea así?

—¡Vamos, hombre, no pierdas tu autodominio! ¿Qué estás diciendo? ¡La gente con la que trato sería incapaz de hacer algo así! Probablemente será algún tipo de espionaje industrial. Existe mucha competencia en este terreno: tú mismo me lo has dicho.

Halim le anunció que pensaba regresar a Iraq. De todos modos su esposa siempre había deseado irse y él ya había trabajado demasiado tiempo en París. Quería perder de vista a aquellas gentes. Estaba seguro de que no le seguirían hasta Bagdad.

Donovan, con la intención de desechar cualquier sospecha de una posible implicación israelí, siguió propugnando su teoría de sabotaje industrial y dijo a Halim que si realmente deseaba emprender una nueva vida tal vez podría intentar un acercamiento con los israelíes. Dos razones le impulsaban a ello: en primer lugar para distanciarse de

cualquier posible vinculación con ellos y, en segundo, para intentar lograr un nuevo reclutamiento.

—Te pagarían bien. Te facilitarían una nueva identidad y te protegerían. Estoy convencido de que les interesaría enterarse de todo cuanto sabes acerca de esa planta.

—No puedo —repuso Halim—. No pienso tratar con ellos: regresaré a mi patria. Y así lo hizo.

Meshad seguía representando un problema. Por tratarse de uno de los pocos científicos árabes dotados de suficiente autoridad en el ámbito nuclear y dada su vinculación con las autoridades civiles y militares iraquíes, el Mossad aún confiaba en poder reclutarle. Sin embargo, pese a la inconsciente ayuda de Halim, seguían pendientes varias cuestiones de vital importancia.

El 7 de junio de 1980 Meshad realizó otro de sus frecuentes viajes a París, en esta ocasión para anunciar algunas decisiones definitivas sobre la cuestión pendiente. En el curso de una visita a la planta de Sarcelles comunicó a los científicos franceses:

—Vamos a dar un giro a la historia del mundo árabe.

Precisamente lo que más preocupaba a Israel.

Los israelíes habían interceptado télex franceses donde se concretaban los detalles sobre el programa del viaje de Meshad y el lugar donde se hospedaría (la habitación 9041 del hotel Meridien), facilitándoles de este modo la instalación de un micrófono oculto antes de su llegada.

Meshad había nacido en Banham, Egipto, el 11 de enero de 1932. Era un eminente y brillante científico cuya abundante y negra cabellera comenzaba a clarear por la frente, y en su pasaporte figuraba como lector del departamento de ingeniería atómica de la Universidad de Alejandría.

Más tarde, en las entrevistas que su esposa Zamuba concedió a un periódico egipcio, declaró que el matrimonio y sus tres hijos (dos muchachas y un chico) habían estado a punto de partir de vacaciones a El Cairo. Es más, añadió que su esposo ya había comprado los billetes de avión cuando le telefonearon desde la planta de Sarcelles. Entonces le oyó decir: «¿Por qué yo? Puedo enviar a un experto.» Según ella, a partir de aquel momento se mostró muy nervioso e irritado y Zamuba sospechaba que algún agente israelí infiltrado en el gobierno francés le había tendido una trampa.

—Desde luego que era algo peligroso. Él solía decirme que llevaría hasta el fin su misión de crear la bomba aunque tuviese que costarle la vida.

La versión oficial facilitada a los medios informativos por las autoridades francesas era que, sobre las siete de la tarde, cuando se dirigía a su habitación del piso noveno del hotel en una tarde desapacible del 13 de junio de 1980, Meshad fue abordado por una prostituta en el ascensor.

El Mossad sabía perfectamente que Meshad era proclive a la práctica de ciertas desviaciones sexuales sadomasoquistas y que precisamente había estado frecuentando con bastante regularidad a una prostituta apodada «Marie Express» que aquel día debía reunirse con él a las siete y media. El verdadero nombre de la mujer era Marie-Claude Magal, la misma que Ran había presentado a Halim en un principio y que, aunque había realizado numerosos trabajos para el Mossad, jamás llegó a saber quién la contrataba realmente. Mientras pagasen con puntualidad, a ella no le importaba.

El servicio de inteligencia israelí también sabía que Meshad era un tipo difícil, no tan crédulo como Halim. Y puesto que tan sólo permanecería allí unos días, decidieron abordarle directamente.

—Si acepta, lo reclutaremos —explicó Arbel—. De no ser así, es hombre muerto.

Meshad no aceptó.

Un *katsa* arabeparlante llamado Yehuda Gil llamó a la puerta de su habitación poco antes de que llegase Magal. Meshad la entreabrió levemente, lo justo para poder echar una ojeada, sin retirar la cadena de seguridad.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —interpeló al desconocido.

—Pertenezco a una potencia que está dispuesta a gratificar espléndidamente la información que usted posee —repuso Gil.

—¡Lárgate o llamo a la policía, perro! —exclamó Meshad.

De modo que Gil se marchó, y regresó inmediatamente a Israel en el primer avión para que no pudieran relacionarle con Meshad.

En cuanto a éste, le aguardaba un destino muy diferente.

El Mossad sólo ejecuta a aquellos que se han manchado las manos de sangre. Si aquel hombre llevaba hasta el fin su proyecto, derramaría la sangre de muchos hijos de Israel. En consecuencia, ¿para qué esperar?

Aguardaron a que el científico se solazara con Magal y a que ésta se marchase dos horas después, ya que, puesto que debía morir, que lo hiciese dichoso.

Y mientras dormía, dos hombres se introdujeron sigilosamente en su suite provistos de una llave maestra y le cortaron el gaznate. A la mañana siguiente una camarera del hotel descubriría su cadáver bañado en sangre. La mujer había intentado entrar varias veces en la habitación, pero el letrero de «No molesten» la había hecho desistir de ello. Por fin llamó a la puerta y, al comprobar que no recibía respuesta, se decidió a entrar.

En aquellos momentos la policía francesa manifestó que había sido obra de profesionales: no faltaba nada, no se habían llevado el dinero ni la documentación de la víctima. Tan sólo encontraron una toalla manchada de pintalabios en el suelo del cuarto de baño.

Magal se asustó al enterarse de la noticia. Después de todo, Meshad estaba con vida cuando ella lo dejó. En parte para protegerse y, por otra, por suspicacia, se presentó a la policía y declaró que, cuando ella llegó, Meshad estaba irritado y que despotricaba porque un poco antes se había presentado un hombre en su habitación intentando comprarle información.

Magal confió a su vez todo lo sucedido a su amiga, la antigua amante «regular» de Halim, que a su vez transmitió inconscientemente dicha información a un contacto del Mossad.

A altas horas de la noche del 12 de julio de 1980 Magal estaba haciendo la calle en el bulevar Saint-Germain cuando un hombre que conducía un Mercedes negro se detuvo en una esquina y le hizo señas para que se le acercase.

Aquello no era nada insólito, pero cuando ella comenzaba a tratar con su cliente en potencia, otro Mercedes negro asomó por la curva a toda velocidad. En el instante preciso el conductor del coche aparcado empujó violentamente a Magal y la proyectó de espaldas al suelo por el camino que debía recorrer el coche que se aproximaba. La mujer falleció al instante mientras ambos vehículos desaparecían entre las sombras de la noche.

Aunque tanto Magal como Meshad fueron asesinados por el Mossad, las confabulaciones internas que condujeron a sentenciarlos se diferenciaban dramáticamente.

Veamos en primer lugar el caso de Magal. El cuartel general de Tel-Aviv comenzó a preocuparse seriamente a medida que se descifraban y analizaban los diversos informes recibidos desde el escenario de los hechos, hasta que resultó evidente que si ella había acudido a la policía podía crearles serias dificultades.

Estas preocupaciones remontaron los escalafones administrativos y aterrizaron finalmente en el despacho del jefe del Mossad, donde se tomaría la tajante decisión de «quitarla de en medio».

Su asesinato entraba en la categoría de una emergencia operativa, el género de emergencias que surgen durante el curso de las operaciones, en las que deben tomarse decisiones con relativa rapidez basadas en las circunstancias concretas de cada caso.

Sin embargo, la resolución de ejecutar a Meshad procedió de un sistema interno ultrasecreto resultante de una formal «lista de ejecuciones» y que requirió la aprobación personal del primer ministro de Israel.

El número de nombres que figura en esa lista varía considerablemente, y oscila desde uno o dos hasta un centenar, según el alcance de las actividades terroristas antiisraelíes.

El jefe del Mossad solicita al gabinete del primer ministro que introduzca algún nombre en la lista de ejecuciones. Supongamos, por ejemplo, que se hubiera producido un ataque terrorista en un objetivo israelí, lo cual, dicho sea de paso, no significa necesariamente que se trate de personas judías. Podría tratarse de la explosión de una bomba en unas oficinas de El Al en Roma, en la que perderían la vida algunos ciudadanos italianos. Pero ello constituiría un ataque a Israel puesto que habría sido proyectado para desanimar a la gente para que utilizase los servicios de El Al, una compañía de aviación israelí.

Supongamos que el Mossad tiene la certeza de que Ahmed Gibril fue el culpable que ordenó y/u organizó el ataque. Al llegar a este punto, recomendaría el nombre de Gibril al gabinete del primer ministro y éste, a su vez, lo remitiría a un comité judicial especial, tan secreto que ni siquiera el tribunal supremo israelí conoce su existencia.

El comité, que actúa como un tribunal militar y juzga a terroristas acusados *in absentia,* está formado por personal del servicio de inteligencia, militares y funcionarios procedentes del departamento de justicia. Las audiencias, que se desarrollan como en un tribunal, se celebran en diversos lugares, con frecuencia en alguna residencia privada. Tanto el personal del comité como el punto donde tiene lugar el juicio varían en cada circunstancia.

Se designan dos abogados para el caso, uno que representa al Estado y asume las funciones del fiscal, y otro que se encarga de la defensa, aunque el acusado desconoce todo el proceso. Entonces el tribunal, basándose en las pruebas presentadas, decide si el hombre, en este caso Gibril, es culpable de las acusaciones que se le formulan. De ser así, y en estos casos suele serlo, el «tribunal» puede decidir dos cosas: ordenar que sea conducido a Israel para juzgarlo ante un tribunal normal o, si ello resulta excesivamente peligroso o imposible, ejecutarle en la primera ocasión posible.

Pero antes de que la sentencia se lleve a cabo, el primer ministro debe firmar la orden de ejecución. Esta práctica difiere, dependiendo del primer ministro en activo. Unos

suscriben el documento por anticipado; otros insisten en determinar previamente si la ejecución podría crear dificultades políticas en determinado momento.

De cualquier modo, uno de los deberes primordiales de todo primer ministro es comprobar la lista de ejecuciones y decidir si ratifica con su firma la condena de los personajes allí inscritos.

El 7 de junio de 1981, a las cuatro de la tarde de un hermoso y soleado domingo, un grupo formado por dos docenas de F-15 y F-16 de fabricación norteamericana emprendía el vuelo desde Beersheba (en lugar de Elat como se difundió ampliamente, que se halla muy próximo a los radares de Jordania), en un ficticio viaje de noventa minutos, sobrevolando mil cincuenta kilómetros de países enemigos hasta Tuwaitha, en las afueras de Bagdad, con el propósito de volar la planta nuclear iraquí y destruirla totalmente.

La escuadrilla iba acompañada por lo que parecía un avión comercial de carga de la Aer Lingus (los irlandeses suelen alquilar sus aviones a los países árabes, por lo que no parecía incongruente), pero lo cierto es que se trataba de un Boeing 707 israelí de reabastecimiento. Los cazas mantenían una formación cerrada por encima del Boeing, lo que daba la impresión de que se trataba de un único aparato, un avión civil que cubriera una ruta comercial, y volaban en «silencio», lo que significaba que no transmitían mensajes, pero sí los recibían desde un aparato de apoyo de la Electronic Warfare and Communications, que servía asimismo para captar otras señales, comprendidas las del radar enemigo.

A mitad de camino, cuando atravesaban territorio iraquí, el Boeing repostó a los cazas. (El vuelo de retorno a Israel era demasiado largo para realizarlo sin repostar y no podían arriesgarse a intentarlo después del ataque puesto que acaso serían perseguidos: de ahí el arriesgado aprovisionamiento sobre Iraq.) Una vez concluida su función, el Boeing se separó de la formación acompañado de dos cazas para protegerlo, atajando por Siria y aterrizando finalmente en Chipre, como si siguiera una ruta comercial regular. Los dos aparatos acompañaron al Boeing únicamente hasta que abandonó territorio enemigo, regresando seguidamente a su base de Beersheba.

Entretanto los restantes aviones prosiguieron su camino armados con misiles Sidewinder, bombas blindadas y bombas de novecientos kilos «dirigidas por láser» (que envían un rayo directamente al objetivo).

Gracias a la información originalmente obtenida de Halim, los israelíes sabían exactamente dónde debían infligir el mayor daño. La clave consistía en abatir la cúpula que constituía el núcleo de la planta. En la zona se encontraba asimismo un combatiente israelí con un radiofaro que remitía señales intensas mediante breves impulsos sonoros, con una frecuencia preestablecida para guiar a los aparatos hacia su objetivo.

Existen dos modos esenciales de dar con un objetivo. En primer lugar uno puede distinguirlo con sus propios ojos. Pero para conseguirlo volando a una velocidad cercana a los mil quinientos kilómetros por hora, debe conocerse perfectamente la zona, en especial si se trata de un blanco relativamente pequeño. Uno atraviesa el paisaje, mas tiene que conocer el terreno, advirtiendo hitos particulares, y evidentemente los israelíes no habían tenido oportunidad de practicar sus maniobras sobre Bagdad. No obstante habían ensayado en su propio terreno, sobre un modelo de la planta, antes de disponerse a atacar el blanco auténtico.

El otro método de hallar un objetivo consiste en contar con un radiofaro, un ingenio de dirección por radio que sirva de guía, y aunque ellos disponían de uno en el exterior de la planta, para mayor seguridad habían pedido a Damien Chassepied, un técnico francés reclutado por el Mossad, que depositara una cartera conteniendo otro de tales ingenios dentro del edificio. Por razones desconocidas, Chassepied se demoró en el interior y resultó la única víctima humana del extraordinario ataque.

A las seis y media de la tarde, ya en Iraq, los aviones se remontaron del nivel del suelo. Habían estado volando tan bajo (para evitar el radar) que podían distinguir a los campesinos de los terrenos circundantes, y poco antes de alcanzar su objetivo se elevaron a unos seiscientos metros.

Tan rápida fue su ascensión que desvió las defensas del radar, y la puesta de sol tras los asaltantes deslumbró a los iraquíes que manejaban una red de artillería antiaérea. Los cazas bajaron rápidamente en picado, uno tras otro, y los iraquíes tan sólo pudieron lanzar alguna salva inofensiva al aire, pero no dispararon misiles SAM ni enviaron aparatos en persecución de los asaltantes cuando éstos regresaban a Israel, volando a mayor altura y tomando una ruta de regreso mucho más directa sobre Jordania, tras haber reducido a cenizas las aspiraciones de Saddam Hussein de convertirse en una potencia nuclear.

En cuanto a la propia planta, quedó devastada. La enorme cúpula que cubría el edificio del reactor fue derribada hasta sus cimientos y los muros sólidamente reforzados volaron por los aires. Otros dos edificios importantes, ambos vitales para las instalaciones, quedaron gravemente dañados. En una cinta de vídeo grabada por los pilotos israelíes y exhibida posteriormente ante un comité parlamentario, se registraba la explosión del núcleo del reactor desplomándose en el pozo de refrigeración.

Begin había programado primeramente el ataque para fines de abril ateniéndose a la información recibida del Mossad de que el reactor comenzaría a operar el primero de julio, mas aplazó la operación tras las noticias aparecidas en los periódicos acerca de que el anterior ministro de defensa Ezer Weizman había comentado a sus amigos que él estaba «preparando una arriesgada operación pre-electoral».

También se desistió de otra fecha prevista para el ataque, el 10 de mayo, exactamente siete semanas antes de las elecciones de Israel que tendrían lugar el 30 de junio, cuando Shimon Peres, líder del Partido Laborista, envió a Begin una nota «personal» y «de alto secreto» aconsejándole que «renunciara» al ataque porque la inteligencia del Mossad no era «realista». Peres predecía que la operación podría aislar a Israel «como un árbol en el desierto».

Tres horas después de su partida, los cazas llegaban sanos y salvos a Israel. El primer ministro Menahem Begin estaba aguardando noticias en su casa de la calle de Smolenskin acompañado de su gabinete en pleno desde hacía dos horas.

Poco antes de las siete de la tarde el general Rafel Eitan, comandante en jefe del ejército israelí, telefoneaba a Begin para anunciarle que la misión había sido cumplida (a esta etapa final se la denominó Operación Babilonia) y que toda la tripulación se hallaba a salvo.

Se dice que Begin respondió: *«Baruch hashem»,* que en hebreo significa: «Bendito sea Dios.»

La inmediata reacción de Saddam Hussein jamás se hizo pública.

PRIMERA PARTE: Cadete 16

1. RECLUTAMIENTO

A fines de abril de 1979, cuando acababa de regresar a Tel-Aviv tras dos días de servicio en un submarino, el comandante naval me ordenó que asistiera a una reunión que tendría lugar en la base militar de Shalishut, por las afueras de Ramt Gan, en los suburbios de la ciudad. Entonces yo era capitán, jefe de la división de pruebas del sistema de armamento de la sección de operaciones navales de Israel, en su cuartel general de Tel-Aviv.

Nací en Edmonton, Alberta, el 28 de noviembre de 1949 y mis padres se separaron siendo yo muy pequeño. Mi padre sirvió en la Royal Canadian Air Force durante la segunda guerra mundial, interviniendo en numerosas misiones aéreas sobre Alemania con su bombardero Lancaster y, al concluir la contienda, se ofreció como voluntario para la guerra de independencia de Israel y, con la graduación de capitán, dirigió la base aérea de Sede Dov en el extrarradio norte de Tel-Aviv.

Mi madre, que era israelí, también había servido a su patria durante la guerra conduciendo camiones de suministros desde Tel-Aviv hasta El Cairo para los británicos. Después colaboró activamente en las filas de la *Hagona,* la resistencia. Más tarde, ejerciendo como profesora, se trasladó conmigo a Londres, Ontario, luego brevemente a Montreal y por fin, cuando yo ya tenía seis años, a Holon, una ciudad próxima a Tel-Aviv. Mi padre había emigrado a Estados Unidos desde Canadá.

Mi madre regresó otra vez a Canadá, pero a mis trece años nos encontrábamos de nuevo en Holon. Con el tiempo ella aún regresaría a Canadá, mas yo permanecí en Holon con Haim y Ester Magolin, mis abuelos maternos, que habían escapado de un pogrom ruso en 1912 con su hijo Rafa. Otro de sus hijos había encontrado la muerte en un pogrom, pero en Israel tenían dos hijos más: Maza, un varón, y Mira, mi madre, auténticos pioneros en el país. Aunque mi abuelo era contable, hasta que no llegó a recobrar sus documentos de Rusia para poder demostrarlo fregaba los suelos en la United Jewish Agency. Posteriormente llegaría a ser interventor general de cuentas de la empresa y persona muy respetada.

Me educaron como sionista. Mi tío Maza había formado en las filas de «los lobos de Salomón», unidad selecta del ejército antes de la constitución del Estado, y luchado durante la guerra de la independencia.

Mis abuelos eran unos idealistas y la idea que se me había inculcado de Israel a medida que fui creciendo era la de un país de leche y miel por el que valía la pena realizar cualquier sacrificio. Creía que mi patria jamás obraría equivocadamente, que no infligiría daño a nadie y que se convertiría en modelo y ejemplo de naciones. Si algo no marchaba debidamente en el aspecto financiero o político, siempre imaginé que sucedía en las escalas más inferiores del gobierno, entre los burócratas, que con el tiempo acabarían por sanear su conducta. Imaginaba básicamente que éramos un pueblo que defendía sus derechos, con grandes hombres como Ben Gurión, al que admiraba sinceramente. Crecí considerando a Begin un militante insoportable. Cuando alcancé la madurez la pauta principal era la tolerancia política: los árabes eran considerados como seres humanos. Habíamos estado en paz con ellos anteriormente y volveríamos a estarlo. Aquélla era la imagen que yo tenía de Israel.

Poco antes de cumplir los dieciocho me incorporé al ejército para cumplir con los tres años obligatorios de servicio en filas, siendo nombrado subteniente de la policía militar nueve meses después, a la sazón el oficial más joven de los militares israelíes.

Durante mi época de servicio fui destinado al canal de Suez, a los Altos del Golán y al río Jordán. Allí me encontraba cuando Jordania expulsó a la OLP y permitimos que tanques jordanos cruzasen nuestro territorio para poder rodearlos. Fue algo muy extraño: los jordanos eran nuestros enemigos, pero la OLP era un enemigo aún peor.

En noviembre de 1971, cuando hube concluido mi servicio militar, regresé a Edmonton, donde pasé cinco años desempeñando distintos empleos, desde trabajos de publicidad hasta dirigir los almacenes de alfombras CVJ del Centro Comercial Londonderry, por lo que me perdí la guerra del Yom Kippur de 1973. Pero al comprender que la guerra no se habría acabado para mí, renuncié a todo, regresé a Israel en mayo de 1977 y me alisté en la marina.

Cuando acudí a entrevistarme a la base de Shalishut me introdujeron en un pequeño despacho donde me aguardaba un desconocido sentado ante un escritorio sobre el que se veían algunos documentos.

—Nos ha facilitado su nombre una computadora —me dijo—. Usted responde a nuestras expectativas. Sabemos que está sirviendo a su país, pero existe otro medio por el que quizá le resultaría más útil. ¿Podría interesarle?

—Sí, me interesa. Pero ¿de qué se trata?

—En primer lugar tendrá que superar una serie de pruebas para comprobar si posee las aptitudes necesarias. Ya le avisaremos.

Dos días después me citaban a un apartamento de Herzlia donde debía comparecer a las ocho de la tarde. Me sorprendió que me abriese la puerta el psiquiatra de la base naval: aquello había sido un error. El hombre me dijo que realizaba aquel trabajo para un grupo de seguridad y que no debía mencionarlo en la base. Le respondí que no tenía por qué preocuparse.

Durante cuatro horas me sometieron a diversos tests psiquiátricos: desde manchas de tinta hasta interrogatorios detallados acerca de mis opiniones sobre cuestiones de toda índole.

Una semana después me convocaban a otra reunión en la zona norte de Tel-Aviv, en las proximidades de Bait Hahayal. Yo ya había hablado de ello con mi esposa y teníamos la impresión de que en todo aquello se hallaba implicado el Mossad. Cuando uno se ha criado en Israel estas cosas se saben. Y, de todos modos, ¿de quién hubiera podido tratarse?

Aquélla sería la primera de una serie de reuniones con un individuo que se me dio a conocer como Ygal, seguidas de largas sesiones en el café Scala de Tel-Aviv. El hombre estuvo explicándome que se trataba de algo muy importante y sostuvimos conversaciones muy animadas. Rellené centenares de formularios, respondiendo a preguntas como: «¿Consideraría negativo asesinar a alguien por el bien de su país? ¿Cree usted que la libertad es importante? ¿Hay algo más importante que la libertad?» Y cosas por el estilo. Puesto que ya estaba convencido de que se trataba del Mossad, consideraba bastante evidente y previsible la clase de respuestas que esperaban y deseaba sinceramente ser admitido.

A medida que pasaba el tiempo aquellas reuniones se fueron celebrando cada tres días, proceso que se prolongó durante cuatro meses. En un momento determinado me

sometí a una revisión médica completa en una base militar. Cuando uno se halla de servicio suele entrar en una sala en la que se encuentra con otros ciento cincuenta tipos, es como una fábrica. Pero allí había diez habitaciones para examinar a la gente, y en cada una de ellas me aguardaban un médico y una enfermera. Y yo estaba solo. A medida que iba de una a otra habitación cada uno de aquellos equipos pasaba media hora conmigo. Me sometieron a toda clase de pruebas; incluso había un dentista. En cierto modo me hizo sentirme muy importante.

Después de todo esto aún seguía sin recibir gran información acerca del trabajo que parecían tan ansiosos de confiarme. Aun así estaba deseando aceptar, fuera lo que fuese.

Finalmente Ygal me dijo que mi preparación profesional me mantendría la mayor parte del tiempo en Israel, pero no en mi casa, aunque me estaría permitido ver a mi familia cada dos o tres semanas. Llegado el caso sería enviado al extranjero y entonces sólo vería a los míos cada dos meses aproximadamente. Le respondí que no, que no podía estar ausente tanto tiempo, que aquello no era para mí. Pero, aun así, cuando me pidió que lo considerara mejor, acepté. Entonces telefonearon a Bella, mi esposa. Y durante los ocho meses siguientes nos estuvieron hostigando telefónicamente.

Puesto que ya estaba sirviendo a mi país militarmente no sentía que descuidase a mi patria, sino que aquella actividad sería compensatoria. Por aquella época yo era de derechas, política, no socialmente. Entonces creía que uno podía separar ambas cosas, especialmente en Israel. De todos modos, *deseaba* sinceramente obtener aquel trabajo, mas no podía mantenerme tanto tiempo alejado de mi familia.

En aquellos momentos no me concretaron qué clase de ocupación me destinaban, pero más tarde, cuando me incorporé al Mossad, me enteré de que me habían estado preparando para el *kidon,* la unidad encargada de las ejecuciones del Metsada. (El Metsada, actualmente conocido como Komemiute, es el departamento que se encarga de los combatientes.) Pero yo aun no había decidido qué quería hacer en la vida.

En 1981 dejé la marina tras haber servido en el Líbano al comienzo de la guerra. En mi calidad de diseñador de artes gráficas, decidí instalarme por mi cuenta, realizando vidrieras de colores. Hice unas cuantas y traté de venderlas, pero pronto comprendí que los vidrios de colores no eran nada populares en Israel, en cierto modo porque recordaban a las iglesias y nadie deseaba comprar vidrieras. Como quiera que algunos se mostraron interesados por aprender a hacerlas, convertí mi negocio en una escuela.

En octubre de 1982 recibí un telegrama facilitándome un número telefónico al que debía llamar el miércoles entre las nueve de la mañana y las siete de la tarde preguntando por Deborah. Telefoneé inmediatamente y me facilitaron una dirección del piso principal del edificio Hadar Dafna, una torre destinada a oficinas en el bulevar Rey Saúl, de Tel-Aviv —más tarde me enteraría de que se trataba del edificio que albergaba el cuartel general del Mossad—, una de esas moles desnudas y grises de hormigón tan populares en Israel.

Entré en el vestíbulo. Había un banco a la derecha y, a la izquierda, en la pared, un letrero pequeño y discreto decía: «Reclutamiento del Servicio de Seguridad.» Mis anteriores experiencias aún me obsesionaban: me sentía como si realmente hubiera fallado en algo.

Como estaba muy nervioso llegué con una hora de antelación y subí a la cafetería de la segunda planta que está abierta al público. En aquella parte del edificio varias empresas privadas daban una sensación de absoluta normalidad, pero el cuartel general

del Mossad había sido construido como un edificio dentro de otro. Pedí un emparedado caliente de queso, nunca lo olvidaré. Mientras me lo comía, paseé la mirada en torno preguntándome si habría allí alguien más que, al igual que yo, hubiese sido convocado.

Cuando llegó el momento, bajé a la oficina que me habían indicado y me condujeron a una pequeña estancia en la que había una gran mesa escritorio de madera de color claro. La estancia estaba parcamente amueblada. Sobre la mesa había una cesta para dar entrada y salida a los documentos y un teléfono y, en la pared, un espejo y la foto de un hombre que me resultó familiar, aunque no acabé de identificarlo.

Un individuo de agradable aspecto que se sentaba ante el escritorio abrió un pequeño dossier, le echó una rápida mirada y dijo:

—Estamos buscando gente. Nuestro principal objetivo consiste en salvar a los judíos de todo el mundo. Creemos que usted podría ser la persona adecuada: somos como una familia. Se trata de un trabajo difícil y acaso peligroso, pero no puedo decirle nada más hasta que haya superado ciertas pruebas.

El hombre siguió explicándome que me irían llamando tras cada juego de tests. Si fallaba en alguno de ellos, así quedarían las cosas. Si lograba superarlos, se me facilitarían los detalles de la próxima prueba.

—Si fracasa o abandona no debe volver a contactarnos. No cederemos a súplicas ni ruegos. Nuestra decisión será inapelable. ¿Lo ha comprendido?

—Sí.

—Magnífico. Dentro de dos semanas le espero aquí a las nueve de la mañana para dar comienzo a los ejercicios.

—¿Significa eso que estaré mucho tiempo lejos de mi familia?

—No, nada de eso.

—Bien, entonces aquí estaré dentro de dos semanas.

Cuando llegó el momento me introdujeron en una habitación de grandes proporciones donde ya se encontraban otras nueve personas acomodadas en pupitres escolares. Nos facilitaron a cada uno un cuestionario de treinta páginas que contenía preguntas personales y toda clase de tests, todo ello destinado a descubrir quiénes éramos y cómo pensábamos. Una vez hubimos completado y devuelto los cuestionarios nos dijeron que ya nos llamarían.

Al cabo de una semana me citaron de nuevo para entrevistarme con una persona que comprobaría mi inglés, idioma en el que me expresaba sin acento israelí. Me preguntó el significado de muchas expresiones en argot, pero el hombre estaba algo anticuado y utilizaba frases muy manidas. Me interrogó asimismo sobre algunas ciudades de Canadá y de Estados Unidos, y me preguntó quién era el presidente de este último país y cosas por el estilo.

Las entrevistas se prolongaron durante unos tres meses, pero, contrariamente a mi primera experiencia, se celebraban en la oficina del centro de la ciudad y de día. También me sometieron a otro examen físico, mas en esta ocasión no estuve solo. Completé asimismo mis pruebas polígrafas. A los aspirantes se nos recordaba constantemente que no debíamos revelarnos mutuamente nuestras circunstancias personales. «Manténganse aislados», tal era la consigna.

Yo me sentía cada vez más nervioso a medida que se sucedían las sesiones. El hombre que me entrevistaba se llamaba Uzi y más adelante llegué a saber su nombre completo, Uzi Nakdimon, y que era el jefe de reclutamiento de personal. Por fin me

comunicó que había superado todas las pruebas, salvo 1a definitiva, pero que antes de ello deseaban entrevistarse con Bella.

La reunión con Bella duró seis horas. Uzi la interrogó sobre todo lo imaginable, no únicamente acerca de mí sino sobre sus propios antecedentes políticos, sus padres, su fortaleza y sus debilidades, amén de someterla a un prolongado examen acerca de su posición sobre el Estado de Israel y el lugar que ocupaba en el mundo. También se hallaba presente el psiquiatra de servicio en calidad de observador silencioso.

Posteriormente Uzi me llamó y me dijo que me presentara el lunes a las siete. Debía llevar dos maletas en las que hubiese metido diferentes clases de ropa, desde pantalones téjanos hasta un traje. Aquélla sería la prueba definitiva que duraría tres o cuatro días. Siguió explicándome que el programa comprendía dos años de entrenamiento y que el salario sería el equivalente a una categoría superior a la de mi actual rango militar. Pensé que no estaba mal: a la sazón era capitán de corbeta y aquello me convertiría en coronel. Estaba terriblemente excitado. ¡Por fin iba a conseguirlo! Sentí como si realmente fuese algo especial, pero más tarde me enteré de que son miles los entrevistados y que si consiguen captar bastante personal aproximadamente cada tres años organizan un curso. Los cursos suelen acabar con unas quince personas que a veces superan todos y otras ninguno: los resultados son imprevisibles. Dicen que por cada uno de los quince aceptados deben examinar a cinco mil. Escogen la gente *correcta,* no necesariamente la *mejor.* Existe una gran diferencia en ello. La mayoría de los seleccionadores son profesionales muy especializados que buscan aptitudes muy concretas. Pero eso no suelen revelarlo: se limitan a hacerle creer a uno que es diferente, que por eso ha sido escogido para realizar los tests.

Poco antes del día señalado un mensajero entregó una carta en mi casa, especificando nuevamente la hora y el lugar de la nueva cita y recordándome que llevase ropa para distintas ocasiones. También me advertían que no utilizase mi verdadero nombre. Debía escribir en una hoja de papel el nombre ficticio que hubiera escogido, junto con un breve resumen de mis antecedentes en aquella nueva identidad. Decidí adoptar el nombre de Simón Lahav. Mi padre se llama Simón y, según tenía entendido, en ruso o en polaco el apellido Ostrovsky significa hoja afilada. En hebreo Lahav significa hoja.

Me presenté como un dibujante de artes gráficas que trabajaba por cuenta propia, valiéndome de mi experiencia real en el terreno, pero sin vincularme a nada excesivamente específico. Y facilité una dirección de Holon donde me constaba que había un descampado.

Llegué, como estaba previsto, poco antes de las siete de la mañana de un día lluvioso de enero de 1983 y me encontré con un grupo formado por dos mujeres y ocho hombres, más tres o cuatro personas que supuse serían los instructores. Una vez hubimos entregado los sobres que contenían nuestras nuevas identidades, nos condujeron en autobús a un famoso centro apartamento-hotelero llamado Country Club, en las afueras de Tel-Aviv, en la carretera que va a Haifa y que se jacta de poseer las instalaciones recreativas más importantes de todo Israel.

Nos destinaron por parejas en cada habitación, indicándonos que guardáramos nuestras maletas y nos reuniésemos en la Unidad número uno.

En una colina que domina el Country Club se encuentra la supuesta residencia veraniega del primer ministro. En realidad se trata de la Midrasha, la academia de instrucción del Mossad. Aquel primer día contemplé la colina: en Israel se sabe

perfectamente que aquel lugar tiene algo que ver con el Mossad y me preguntaba si, después de todo, acabaría allí. Entonces imaginaba que todos los demás se encontraban presentes para someterme a prueba. Podrá parecer paranoico, pero la paranoia es algo que en este ámbito se da por añadidura.

La Unidad número uno consistía en un enorme vestíbulo en cuyo centro estaba instalada una gran mesa, dispuesta con todo lo necesario para un desayuno refinado. Había un despliegue increíble, tal cantidad de alimentos que yo no había visto en mi vida, así como un jefe de cocina que aguardaba para tomar nota de nuestros encargos por si deseábamos algo especial.

Aparte de los diez candidatos, rondaba por allí casi una docena de personas para desayunarse. Sobre las diez y media el grupo se trasladó a una sala contigua, en cuyo centro se había instalado uña gran mesa a la que nos sentamos los cursillistas, y algunas mesas junto a las paredes, que ocuparon los demás. Nadie nos obligó a apresurarnos. Nos desayunamos tranquilamente y en la sala de conferencias nos sirvieron café y, como de costumbre, todos fumaban.

Uzi Nakdimon se dirigió al grupo en estos términos:

—Permaneceremos aquí tres días. No hagan nada porque crean que es lo que se espera de ustedes. Sigan su propio criterio ante cualquier circunstancia. Estamos buscando la clase de gente que necesitamos. Ustedes ya han superado cierto número de pruebas: ahora deseamos asegurarnos de que son las personas que nos convienen.

»A cada uno de ustedes se les asignará un guía/instructor —prosiguió—. Todos han adoptado un nombre y una profesión ficticios. Deberán esforzarse por mantener esa personalidad pero, al mismo tiempo, su labor consistirá en tratar de desenmascarar a los restantes que se sientan a esta mesa.

Aunque yo en aquel momento lo ignoraba, aquél era el primer grupo de pruebas en el que se incluían mujeres. Existían ciertas presiones políticas para que hubiese mujeres *katsa,* por lo que decidieron admitir algunas, según cabe suponer para comprobar si salían airosas de las pruebas, pero naturalmente no tenían intención alguna de consentir que así sucediera. Hay mujeres combatientes, pero jamás han permitido que las mujeres sean *katsas.* En primer lugar, ellas son más vulnerables, mas el principal objetivo del Mossad son los hombres árabes y, aunque ellas consiguen atraerlos fácilmente, ningún árabe trabajaría jamás para una mujer, por lo que no pueden reclutarlos.

Los diez aspirantes comenzamos por presentarnos y dar a conocer nuestras supuestas historias. Mientras cada uno de nosotros así lo hacía, los restantes compañeros sometidos a examen comenzaron a formular preguntas. Y de vez en cuando alguno de los tutores sentados a las mesas intervenía asimismo interrogándonos.

Yo me sentía muy cómodo con mi historia. No había querido confesar que trabajaba para determinada compañía porque alguien podría conocerla. Dije que tenía dos hijos, aunque los convertí en muchachos puesto que no me era permitido ningún detalle auténtico. Pero deseaba mantenerme lo más ajustado posible a mi historia y no me resultó difícil. No me sentía presionado, era únicamente un juego con el que estaba disfrutando.

Aquel ejercicio duró unas tres horas. En un momento determinado en que yo estaba formulando preguntas, uno de los tutores se inclinó sobre su agenda y me preguntó:

—Perdone, ¿cómo dijo que se llamaba?

Intervenían con detalles insignificantes como aquél, para comprobar cuan concentrados estábamos y cosas similares, por lo que debíamos estar constantemente en guardia.

Cuando concluyó la sesión nos ordenaron que regresáramos a nuestras habitaciones y que nos vistiésemos con trajes de calle.

—Vamos a ir al centro —dijeron.

Nos dividieron en grupos de tres que ocupamos distintos coches acompañados de dos instructores. Una vez nuestro vehículo llegó a Tel-Aviv, se reunieron con nosotros otros dos individuos en el cruce del bulevar Rey Saúl e Ibn Gabirol. Eran aproximadamente las cuatro y media de la tarde. Uno de los instructores se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Ve el balcón del tercer piso de aquella casa? Quiero que permanezca aquí tres minutos meditando. Luego deseo que vaya a aquel edificio y seis minutos después espero verle allí asomado con el propietario o realquilado y sosteniendo un vaso de agua en la mano.

Me asusté. No llevábamos encima documento alguno que nos identificara, y en Israel es ilegal estar desprovisto del carné de identidad. Nos dijeron que, pasara lo que pasase, utilizásemos únicamente nuestro nombre ficticio y que si teníamos dificultades con la policía deberíamos facilitar nuestra falsa identidad.

¿Qué hacer entonces? Mi principal problema consistía en calcular exactamente qué apartamento era aquél. Tras unos momentos que se me hicieron interminables, finalmente anuncié al instructor que estaba dispuesto a ir.

—¿Qué piensa hacer más o menos? —se interesó.

—Diré que me propongo filmar una película —respondí.

Aunque querían que actuásemos con cierta espontaneidad, también preferían que siguiéramos un plan preconcebido, antes que guiarnos por la expresión árabe «Ala bab alah», que significa: «Lo que sea, será, dejadlo en manos de Dios.»

Avancé rápidamente hacia el edificio y subí la escalera contando los apartamentos desde el primer descansillo para asegurarme de que llegaba al lugar deseado. Una mujer de unos sesenta y cinco años respondió a mi llamada.

—¡Hola! —la saludé en hebreo—. Me llamo Simón, y pertenezco al departamento de transportes. Como sabrá, en este cruce se producen bastantes accidentes.

Hice una pausa para observar su reacción.

—Sí, lo sé —repuso.

(Considerando cómo conducen los israelíes, se producen muchos accidentes en la mayoría de cruces, por lo que no me arriesgaba demasiado con tal afirmación.)

—A ser posible quisiéramos alquilar su balcón.

—¿Alquilar mi balcón?

—Sí. Queremos filmar el tráfico que pasa por este cruce. No habrá nadie aquí: simplemente instalaremos una cámara fotográfica. ¿Me permitiría echar una mirada y asegurarme de que se halla en el ángulo correcto? De ser así, ¿bastarían quinientas libras mensuales?

—Sí, desde luego —repuso acompañándome.

—A propósito, le ruego que me disculpe, pero ¿podría darme un vaso de agua? Hoy hace un calor terrible.

Al cabo de unos momentos nos encontrábamos en el balcón contemplando la calle.

Me sentí muy importante al comprobar que todos nos miraban, y cuando la anciana volvió la cabeza alcé mi vaso brindando por ellos. Anoté el nombre de la mujer y su número de teléfono y le dije que aún teníamos que comprobar otros lugares y que le informaríamos si nos habíamos decidido por el suyo.

Cuando me reuní con mis compañeros, uno de ellos había ido a cumplir su misión. Se presentó en un cajero automático donde debía conseguir que cualquier desconocido que utilizase la máquina le prestase el equivalente a diez dólares. El joven dijo al hombre que necesitaba dinero para coger un taxi porque su esposa estaba en el hospital a punto de alumbrar a su hijo y no tenía dinero, y tomó nota de su nombre y dirección comprometiéndose a devolverle la cantidad que le entregaba.

Nuestro tercer compañero no fue tan afortunado. Le ordenaron que se asomase al balcón de otro edificio de apartamentos, por lo que primero subió hasta el tejado con el pretexto de comprobar la antena de la televisión. Por desdicha para él, cuando llegó al apartamento escogido y tras exponer su historia y pedir al inquilino que le permitiese ver la antena desde su balcón, descubrió que el hombre era un empleado de la propia compañía.

—¿Qué patrañas está diciendo? —le interpeló—. ¡A la antena no le sucede nada!

El muchacho tuvo que retirarse apresuradamente mientras el hombre le amenazaba con avisar a la policía.

Tras aquel ejercicio nos condujeron a la calle de Hayarkon, una arteria principal paralela al Mediterráneo en la que se hallan situados los hoteles más importantes. Me condujeron al vestíbulo del Sheraton y me indicaron que me sentara.

—¿Ve ese hotel del otro lado de la calle? ¿El Basel? —inquirió un instructor—. Deseo que entre allí y me consiga el tercer nombre de su relación de huéspedes.

En Israel los registros de los huéspedes se guardan bajo el mostrador, no en la parte superior, y como muchas otras cosas propias de los hoteles, suele considerarse material confidencial. Cuando cruzaba la calle sin saber todavía cómo iba a conseguir aquel nombre comenzaba a oscurecer. Sabía que estaba respaldado y que sólo era un juego, pero a pesar de ello tenía miedo y estaba excitado. Deseaba salir airoso de aquella empresa aunque, pensándolo bien, era una misión bastante absurda.

Decidí expresarme en inglés porque sin duda me tratarían mejor si creían que era un turista. Mientras me aproximaba al mostrador para preguntar si había algún recado para mí pensé en el viejo truco de telefonear al azar y preguntar por Dave. Se llama varias veces formulando siempre la misma pregunta y el tipo que responde se va enojando cada vez más porque se trata de un número equivocado. A continuación uno telefonea de nuevo y pregunta:

—¡Hola, soy Dave! ¿Hay algún recado para mí?

El encargado de la recepción me miró inquisitivamente.

—¿Se aloja usted en el hotel? —preguntó.

—No —repuse—. Pero estoy esperando para reunirme con alguien.

El empleado me dijo que no había ningún mensaje para mí por lo que me senté en el vestíbulo dispuesto a aguardar. Al cabo de media hora, durante la cual estuve consultando continuamente mi reloj, me acerqué de nuevo al mostrador.

—Tal vez ya haya venido y no nos hayamos visto —le dije.

—¿Cómo se llama? —me preguntó el empleado. Murmuré un nombre que sonaba como «Kamalunke». El hombre sacó el registro y comenzó a examinarlo.

—¿Cómo se deletrea eso? —me preguntó.

—No estoy seguro. Ignoro si se escribe con C o con K —dije inclinándome sobre el mostrador ostensiblemente para ayudarle a encontrarlo, aunque en realidad trataba de detectar el tercer nombre de la lista.

De pronto, como si comprendiera mi error, exclamé:

—¡Oh, éste es el hotel Basel! Creí que estaba en el City. Lo siento. ¡Qué distraído soy!

Volví a sentirme importante. De todos modos me pregunté cómo diablos sabrían mis instructores si el nombre que yo había conseguido era correcto. Pero en Israel ellos tienen acceso a todo.

Por entonces los vestíbulos de los hoteles comenzaban a llenarse de gente, de modo que los dos instructores y yo salimos a la calle. Tras comunicarme que aquélla era la última prueba del día, uno de ellos me tendió un micrófono de teléfono al que estaban unidos dos cables. El equipo tenía una tarjeta en la parte posterior, con carácter identificativo. Me dijeron que entrase en el hotel Tal, me dirigiese al teléfono que se hallaba situado en la pared del vestíbulo, retirase el altavoz, instalase el que acababan de entregarme y regresara con el que había sustituido, dejando el aparato en condiciones de uso correcto.

Había bastante gente en la cola del teléfono, pero me dije a mí mismo que tenía que cumplir mi cometido. Cuando llegó mi turno, puse la ficha en la ranura y marqué un número al azar, llevándome el receptor a la oreja. Las rodillas comenzaban a temblarme, la gente se había multiplicado detrás de mí, y aguardaba para usar el aparato. Desenrosqué la parte superior del micrófono y luego saqué mi agenda del bolsillo haciendo ademanes distraídos como si estuviera tomando notas al tiempo que apretaba el receptor entre la barbilla y el hombro hablando en inglés por él.

Por entonces casi sentía en la nuca el aliento del tipo que estaba detrás de mí. De modo que guardé mi agenda y me volví hacia él diciendo:

—Discúlpeme. —Y mientras él retrocedía un poco, acoplé la pieza nueva.

En aquellos momentos alguien había respondido a mi ficticia llamada y preguntaba quién era. Pero en cuanto hube atornillado la pieza de plástico en el micrófono colgué el aparato.

Cuando me metí el altavoz en el bolsillo estaba temblando. Jamás había hecho algo semejante: nunca había robado nada. Regresé junto al instructor y le entregué el recambio telefónico, sintiéndome muy débil.

A continuación regresamos al Country Club sin apenas cambiar palabra. Después de cenar nos indicaron que por la mañana realizaríamos un informe detallado de todas las actividades que habíamos llevado a cabo aquel día, sin omitir nada, por insignificante que pudiera parecer.

Alrededor de la medianoche mi compañero de habitación y yo estábamos cansados y viendo la televisión cuando uno de los instructores llamó a la puerta y me dijo que me pusiera unos pantalones téjanos y le acompañase. El hombre me condujo hasta un huerto y me informó de que probablemente iba a celebrarse allí una reunión. Yo tan sólo distinguía el aullido de los chacales en la lejanía y el ininterrumpido canto de los grillos.

—Ahora le diré dónde será eso —añadió—. Queremos saber cuánta gente se reúne y qué dice. Le recogeré dentro de dos o tres horas.

—De acuerdo —repuse.

Me condujo por un camino de grava hasta un *wadi* (un arroyo seco salvo durante las épocas de lluvia). Tan sólo discurría un reguero de agua por él y las tuberías de hormigón de dos pies y medio de diámetro que se internaban bajo la carretera.

—Allí tiene un excelente lugar donde ocultarse —me dijo señalando las tuberías—. Encontrará algunos periódicos viejos que puede amontonar delante suyo.

Fue una auténtica prueba para mí. Por las pruebas psicológicas a que me habían sometido sabían perfectamente que padezco claustrofobia y que me asquean los bichos: las cucarachas, los gusanos, las ratas... Ni siquiera me gusta nadar en un lago por el pegajoso cieno del fondo. Cuando miré por el conducto de la tubería no pude distinguir el extremo opuesto: fueron las tres horas más largas de mi vida. Y, desde luego, no se presentó nadie: no hubo reunión alguna. Tuve que esforzarme por no quedarme dormido: recordaba en todo momento dónde estaba y aquello me mantuvo despierto.

Por fin regresó el instructor.

—Quiero un informe completo de la reunión —me dijo.

—No ha venido nadie —repuse.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Tal vez se haya quedado dormido.

—No, no me he dormido.

—Pues bien. Yo he pasado por aquí —dijo el instructor.

—Debe de haber pasado por cualquier otro lugar. Por aquí no ha pasado nadie.

Cuando regresamos me dijeron que no comentase lo sucedido.

Al día siguiente, por la tarde, nos ordenaron a todos que vistiéramos deportivamente. Nos condujeron a Tel-Aviv y nos asignaron a cada uno un edificio específico, encargándonos de su vigilancia. Durante aquel ejercicio debíamos tomar nota de todo cuanto viésemos y asimismo teníamos que idear una historia ficticia para justificar nuestra presencia en el lugar.

Sobre las ocho de la tarde me condujeron a la ciudad dos hombres en un coche pequeño. Uno de ellos, llamado Shai Kauly, era un *katsa* veterano con un larguísimo historial de éxitos en su haber.[1] Me dejaron en una manzana de la calle de Dizengoff, la arteria principal de Tel-Aviv, ordenándome que vigilase un edificio de cinco plantas y que anotase las entradas y salidas de todos cuantos fuesen allí, la hora en que llegaban y el momento en que salían, efectuando una descripción personal de los individuos, y que registrase las luces que se encendían y se apagaban y en cuántas ocasiones. Me dijeron que me recogerían más tarde haciéndome señales con los destellos de sus faros.

Ante todo se me ocurrió que debía ocultarme. ¿Pero dónde? Los instructores me habían dicho que debía estar visible. No sabía qué pensar. Entonces se me ocurrió una idea. Me sentaría en el suelo y me dedicaría a dibujar el edificio, anotando al mismo tiempo la información que necesitaba, a base de incluir notas en inglés y escribiendo en el dorso. El pretexto que ideé para dibujar de noche era que a aquellas horas había menos cosas que distrajeran la atención y que, como estaba dibujando en blanco y negro, no necesitaba mucha luz.

Al cabo de una media hora de realizar aquel ejercicio, mi tranquilo aislamiento se vio alterado por un coche que con un chirrido de frenos se detuvo en la esquina. Un hombre saltó del vehículo y exhibió una insignia.

---

[1] Véase el capítulo 9.

—¿Quién es usted? —preguntó.
—Simón Lahav.
—¿Qué hace aquí?
—Estoy dibujando.
—Un vecino se ha quejado. Dice que está usted vigilando el banco.
(En el primer piso del edificio había un banco.)
—No, estoy dibujando. Mire. Y mostré mi trabajo al policía.
—¡No me venga con tonterías! ¡Entre en ese coche!
En la parte delantera estaban el conductor y otro hombre. El vehículo era un vulgar Ford Escort. Comunicaron por radio que habían recogido a alguien mientras que aquel que me había ordenado que entrase en el coche se sentaba a mi lado. El ocupante del asiento delantero preguntó:
—¿Cómo se llama?
—Simón —repetí por dos veces.
Volvió a preguntarme y le respondí lo mismo. El tipo que se sentaba a mi lado me abofeteó.
—¡Cállate! —dijo.
—¡Me ha hecho una pregunta! —protesté.
—No te ha dicho nada —negó.
Estaba asustado. Me preguntaba quiénes serían aquellos tipos. De pronto el que se sentaba a mi lado quiso saber de dónde venía. Le contesté que de Holon y el policía del asiento delantero me dio un puñetazo en la frente y me dijo:
—Quiere saber tu nombre.
Cuando le contesté que era Simón de Holon, intervino el policía que estaba junto a mí.
—¿Acaso eres un sabihondo?
Y acto seguido me empujó hacia adelante y me esposó las manos en la espalda sin dejar de proferir denuestos contra mí, calificándome de sucio y canalla traficante de drogas.
Protesté diciendo que sólo estaba dibujando. Entonces me preguntó a qué me dedicaba, a lo que respondí que era un artista.
Por entonces ya nos estábamos alejando. El policía que se sentaba delante dijo:
—Ahora te conduciremos al centro: vamos a darte una lección.
Cogió mis dibujos, los estrujó y los tiró al suelo. Luego me ordenó que me quitase los zapatos, algo que me resultó muy difícil estando esposado.
—¿Dónde llevas las drogas? —me preguntó uno de ellos.
—¿Qué queréis decir? No llevo drogas: soy un artista.
—Aunque ahora te niegues a hablar lo harás más tarde —me amenazó.
Entretanto seguían golpeándome. Uno de ellos me atizó con tal fuerza en la mandíbula que creí perder un diente.
El hombre que ocupaba el asiento delantero me atrajo violentamente hacia sí y me gritó en el rostro, sin dejar de amenazarme, exigiéndome que le informase dónde estaban las drogas, mientras que el conductor erraba sin rumbo fijo por la ciudad.
Supuse que sólo se proponían asustarme: habían encontrado a un tipo en la calle y querían hacerle pagar por ello. Yo había oído decir que tales cosas sucedían, por lo que les rogué que me condujesen a comisaría para que pudiera procurarme un abogado. Una

hora después uno de ellos me preguntó dónde estaban expuestas mis obras. Como conocía todas las galerías de arte de Tel-Aviv y me constaba asimismo que a aquellas horas de la noche estaban cerradas, les indiqué un nombre al azar. Cuando llegamos allí, como aún seguía esposado, señalé con la cabeza el local y les dije:

—Ahí están mis pinturas.

Otro de mis problemas era que iba indocumentado. Les expliqué que había olvidado mis papeles en casa. Entonces me quitaron los pantalones alegando que querían comprobar si llevaba droga escondida. Me sentí muy incómodo, pero finalmente acabaron ablandándose y parecieron creerme. Les rogué que me devolviesen al lugar donde me habían encontrado, explicándoles que aunque no tenía dinero, más tarde debía recogerme un amigo. Pero no sabían volver allí.

De modo que me condujeron hacia aquella zona y me dejaron junto a una parada de autobús. Uno de ellos recogió mis dibujos del suelo y los arrojó por la ventanilla. Me quitaron las esposas y siguieron un rato sentados mientras otro policía rellenaba unos impresos. Luego se detuvo un autobús y el tipo que estaba a mi lado me dio un empujón que dio con mis huesos en el suelo. A continuación me arrojaron los pantalones y los zapatos encima y se largaron, no sin antes advertirme que cuando regresaran no querían volver a verme allí.

Y allí me quedé, tirado en el suelo y sin pantalones, mientras la gente se apeaba del vehículo. Pero tenía que recuperar aquellos papeles, y cuando lo hube conseguido me sentí como si hubiese escalado la cumbre del Everest. ¡Qué sensación de éxito!

Media hora después, cuando ya me había vestido y reanudado mi vigilancia, distinguí los destellos de unos faros, me acerqué al coche y me devolvieron al Country Club, donde tuve que redactar mi informe. Mucho después volvería a encontrarme con los «polis».

No se trataba de la policía. Al parecer, aquella noche todos nos encontramos con nuestros «policías»: formaba parte de la prueba.

A uno de los aspirantes le habían abordado cuando se encontraba bajo un árbol. Al preguntarle qué estaba haciendo, repuso que observaba las lechuzas. El policía objetó que no se veía ninguna y el hombre le respondió:

—Vosotros las habéis espantado.

También a él se lo llevaron a dar un paseo. Otro fue «arrestado» en Kiker Hamdina, una famosa plaza de la que solíamos decir que representaba al Estado de Israel. En verano se instala allí el circo y en invierno está llena de barro. Lo mismo que Israel: medio año embarrada y el resto como un circo. Aquel tipo se comportó como un imbécil. Les dijo que estaba desempeñando una misión especial, que había sido reclutado por el Mossad y que aquélla era una prueba. Evidentemente, fracasó por completo.

El tercer día, después de desayunarnos, volvieron a conducirnos a Tel-Aviv. Mi primera tarea consistió en ir a un restaurante, entablar conversación con un hombre que me habían señalado y concertar una entrevista con él para aquella noche. Estuve observando el restaurante durante rato antes de entrar y advertí que el camarero le atendía servilmente, lo que me hizo pensar que se trataba del gerente. Me senté a la mesa próxima a la suya y descubrí que leía una revista cinematográfica. Pensé que si el truco de la filmación había funcionado en el caso del balcón, tal vez volviera a dar resultado. Dije al camarero que quería hablar con el gerente porque estaba haciendo una película y aquél podría ser un local adecuado para el rodaje. Apenas había acabado de expresar mis

deseos, el hombre se encontraba sentado a mi lado. Le expliqué que debía marcharme porque aún tenía que visitar otros lugares, pero concertamos una entrevista para aquella noche. Nos despedimos con un apretón de manos.

Seguidamente los diez aspirantes fuimos conducidos a un parque próximo al bulevar Rothschild. Nos informaron de que pasaría por allí un hombretón vestido con una chaqueta ajedrezada en rojo y negro y que debíamos seguirle sin ser vistos, algo muy difícil si teníamos en cuenta que éramos diez los seguidores y que otras veinte personas nos vigilaban a nosotros. El seguimiento se prolongó durante dos horas. Había tipos que nos observaban desde los balcones; otros, tras los árboles: por todas partes había gente. Pero los que nos vigilaban lo hacían para comprobar nuestra habilidad y reacciones.

Una vez concluido el ejercicio y realizados nuestros informes, volvieron a separarnos. A mí me condujeron por la calle de Ibn Gabirol, pero en esta ocasión el coche se detuvo frente al Banco Hapoalim. Me indicaron que entrara y obtuviese el nombre, la dirección particular y toda la información posible del director de la entidad.

Es preciso recordar que Israel es un país donde todos se muestran siempre muy recelosos de los demás y de cuanto los rodea. Entré en el local, formalmente trajeado, y pregunté a un empleado el nombre del director. El hombre me lo indicó y, a solicitud mía, me dirigió a la segunda planta. Una vez allí insistí en ser recibido personalmente por el director, por lo que tuve que explicar que tras residir algún tiempo en Estados Unidos, pensaba trasladarme a Tel-Aviv y, por tanto, deseaba transferir importantes sumas de dinero a una nueva cuenta.

Al entrar en su despacho observé que sobre su escritorio tenía una placa de fin de curso de una escuela religiosa. Estuvimos charlando un rato acerca de ello y en un momento dado me invitó a su casa. Me informó que en breve iba a ser trasladado a Nueva York, donde iría destinado como subdirector de una sucursal. Le dije que como estaba de paso no tenía teléfono, pero que le llamaría si me daba el suyo. Incluso llegó a invitarme a café.

Le insinué que deseaba abrir una cuenta de ciento cincuenta mil dólares y que cuando viera cuánto se demoraban los trámites, transferiría más dinero. En realidad estuvimos hablando durante diez o quince minutos del aspecto monetario y luego comenzamos a confraternizar. Al cabo de una hora lo sabía todo de aquel hombre.

Cuando hubo finalizado aquella prueba me condujeron de nuevo al hotel Tal con otros dos compañeros y nos indicaron que aguardásemos hasta que llegasen los demás. Apenas llevábamos allí diez minutos cuando aparecieron seis hombres.

—¡Es ése! —exclamó uno de ellos señalándome a mí.

—Acompañadnos —dijo otro exhibiendo rápidamente una insignia.

Nos metieron a los tres en una furgoneta, nos vendaron los ojos y nos llevaron de un lado a otro de la ciudad. Finalmente nos metieron en un edificio, con los ojos aún tapados, y nos separaron. Primero distinguí rumor de gente que iba y venía, pero luego me introdujeron en una habitación pequeña y cerrada y me ordenaron que me sentase. Al cabo de dos o tres horas me sacaron de aquel lugar. Al parecer había estado en un pequeño cuarto de baño, sobre la tapa del retrete. Aunque entonces yo lo ignoraba, se trataba de la Academia (el centro de adiestramiento del Mossad), situada en la segunda planta del edificio. A continuación me llevaron a otra habitación de reducidas dimensiones, que se encontraba más adelante del pasillo. La ventana estaba herméticamente cerrada y allí me aguardaba sentado un individuo muy corpulento con un

puntito negro en el ojo que daba la impresión de tener dos pupilas. El hombre comenzó a interrogarme amablemente. Me preguntó mi nombre, por qué me encontraba aquel día en el hotel desmontando el teléfono, si me proponía realizar algún acto terrorista, cuál era mi domicilio...

En determinado momento me dijo que iban a llevarme a mi casa. Como yo sabía que se trataba de un descampado me eché a reír. El hombre me preguntó por qué me reía y respondí que me parecía una situación divertida.

Imaginaba que me conducían allí y yo exclamaba: «¡Mi casa! ¿Dónde está mi casa?» Y no podía dejar de reírme.

—Debe de ser una especie de broma —repuse—. ¿Qué es lo que desea?

Me pidió que le entregase mi chaqueta, una prenda deportiva de Pierre Balmain. Se quedó con ella y asimismo con todas mis ropas. Cuando me devolvieron al cuarto de baño estaba desnudo y poco antes de cerrar la puerta alguien me echó un cubo de agua encima.

Y allí me dejaron, desnudo y tiritando durante unos veinte minutos. Luego me condujeron de nuevo ante el fornido individuo.

—¿Sigue teniendo ganas de reírse? —me preguntó.

Me hicieron ir y venir otras cuatro o cinco veces desde la oficina al cuarto de baño. Cuando alguien llamaba a la puerta del despacho me veía obligado a esconderme debajo de la mesa. Y eso sucedió en tres ocasiones. Por fin el hombre me dijo:

—Lo siento: debe disculparnos. Ha habido un mal entendido.

Me devolvió mis ropas y me aseguró que me acompañarían al lugar donde me habían recogido. Volvieron a taparme los ojos y entré de nuevo en la furgoneta, pero cuando el chofer ponía en marcha el motor alguien llegó corriendo y gritando:

—¡Esperad un momento! ¡Traedlo otra vez! ¡Hemos comprobado su dirección y allí no hay nada!

—No sé de qué están hablando —protesté.

Pero fue inútil porque volvieron a llevarme al cuarto de baño.

Transcurrieron otros veinte minutos y luego me condujeron de nuevo al despacho donde el hombre repitió:

—Lo siento, ha habido un error.

A continuación me dejaron en el Country Club, volvieron a disculparse y se perdieron de vista.

El cuarto día de aquella primera semana, por la mañana, nos llevaron uno tras otro a una habitación para celebrar una entrevista.

—¿Qué opina usted? —me preguntaron—. ¿Piensa que ha superado favorablemente las pruebas?

—Lo ignoro —respondí—. No sé qué desean ustedes de mí. Me dijeron que me esforzase todo lo posible y así lo he hecho.

Algunos de mis compañeros permanecieron en la habitación unos veinte minutos; yo sólo estuve allí cuatro o cinco. Por fin me dijeron:

—Gracias por todo. Ya le avisaremos.

Dos semanas después me llamaban para decirme que me presentase a la mañana siguiente, a primera hora, en la oficina.

Había sido admitido: entonces comenzaría la auténtica prueba.

2. AÑOS ESCOLARES

Distintos grupos de la población israelí creen que el país se halla constantemente en peligro y que un poderoso ejército no garantiza su seguridad: también yo lo creía entonces.

Todos son conscientes de la necesidad de contar con una gran protección y, aunque no esté oficialmente reconocida en Israel, saben de la existencia de una organización llamada Mossad que es el compendio de todo, la cúspide de la colina. Uno intuye que se trata de una entidad muy secreta, y una vez ingresas en ella, acatas las órdenes que recibes creyendo que está dotada de una especie de magia superior que descubrirás a su debido tiempo.

Para aquel que se ha formado en Israel es una convicción muy arraigada. Uno suele comenzar alistándose en las brigadas juveniles: allí aprendí a disparar y a los catorce años era el segundo en el país tirando al blanco. Utilizando un rifle Shtutser de francotirador, conseguí ciento noventa y dos puntos sobre doscientos, quedando cuatro puntos por debajo del vencedor.

También había pasado bastantes años en el ejército, por lo que sabía, o creía saber, dónde iba a meterme.

Desde luego que no todos los israelíes andarían a ciegas, pero aquellos que buscan nuevos efectivos para el Mossad, los que realizan todos los tests psicológicos, encuentran personas dispuestas, y en ese estado se supone que uno hará lo que se le diga. Si se formularan preguntas podría obstaculizarse posteriormente el éxito de una operación.

Por entonces yo era miembro muy activo del Partido Laborista de Herzlia, de ideas relativamente liberales, por lo que, desde ese punto de vista, me hallaba en constante conflicto entre mis creencias y mi lealtad. El conjunto del sistema comprende, ante todo, la incorporación de candidatos adecuados y luego, en el transcurso del tiempo y con un proceso muy bien orquestado de propaganda, su lavado y moldeado de cerebro. Dicen que si se piensa hacer zumo de tomate, se escogerán los más maduros. ¿Para qué, pues, molestarse con los verdes? También se escurrirían, pero costaría más.

Las primeras seis semanas transcurrieron sin incidentes. Trabajaba en las oficinas del centro de la ciudad, principalmente archivando y haciendo diligencias. Pero una fresca mañana de febrero de 1984 me encontré con otros catorce individuos en un pequeño autobús. No conocía a ninguno de ellos, mas todos nos fuimos emocionando al observar que el vehículo escalaba finalmente una escarpada colina y atravesaba una entrada custodiada, deteniéndose ante el enorme edificio de dos pisos de la Academia. Los quince cadetes, entre ellos yo, entramos en grupo en el edificio de techo plano, en el centro de cuyo espacioso vestíbulo se encontraba una mesa de ping-pong. En las paredes se veían fotos aéreas de Tel-Aviv, un muro de vidrio revelaba la existencia de un jardín interior, del que partían dos grandes salas y una escalera de hormigón que ascendía flotando hasta el segundo piso. El exterior del edificio era de piedra blanca y, en el interior, los suelos de mármol claro y las paredes también blancas.

Inmediatamente comprendí que no era la primera vez que estaba allí. Cuando me condujeron al pequeño cuarto de baño durante las pruebas de acceso había logrado echar un vistazo bajo el vendaje que cubría mis ojos y había distinguido aquella escalera.

En breve apareció un hombre moreno y de cabellos grises que nos condujo hacia la puerta posterior, a una de las cuatro aulas móviles, indicándonos que el director se reuniría en seguida con nosotros.

La habitación era muy amplia, con ventanas a ambos lados, una pizarra en la pared de enfrente y una larga mesa en forma de T en el centro y sobre la cual se hallaba un proyector-videógrafo. Aquel curso se llamaría Cadete 16, puesto que era el decimosexto curso de cadetes del Mossad. En breve oímos unas rápidas pisadas por el área de grava del aparcamiento y tres hombres entraron en la habitación. Uno era de baja estatura, arrogante y moreno. Otro, al que reconocí, era mayor que él y de aspecto sofisticado. El tercero, que mediría casi un metro noventa, era rubio, de unos cincuenta años, llevaba gafas de montura dorada y cuadrada y vestía camisa y suéter deportivos.

—Me llamo Aharon Sherf —se presentó—, y soy el jefe de la Academia. Bienvenidos al Mossad, cuyo nombre completo es Ha Mossad, le Módiyn ve le Tafkidim Mayuhadim (Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales). Nuestro lema es: «Por la vía del engaño, harás la guerra.»

Sentí como si me faltase el aire. Sabíamos que se trataba del Mossad, pero al cerciorarnos de que no nos habíamos equivocado, creí que iba a asfixiarme. Sherf, más conocido como Araleh, apodo de Aharon, se apoyó en la mesa, luego se irguió y, a continuación, volvió a apoyarse. Parecía muy severo y muy enérgico.

—Formáis parte de un equipo —prosiguió—. Habéis sido escogidos entre miles. Hemos examinado concienzudamente un gran número de personas hasta llegar a formar este grupo. Tenéis todas las posibilidades de convertiros en lo que deseamos; tenéis la oportunidad de servir a vuestro país de un modo a muy pocos dado.

»Debéis comprender que en nuestra organización no existen cupos. Celebraríamos que todos vosotros os graduarais y consiguierais desempeñar ocupaciones muy necesarias. Por otra parte, no admitimos a nadie que no esté totalmente calificado. Si ello significa que no ingresará nadie, no nos importa. No es la primera vez que sucede.

«Ésta es una academia extraordinaria. Colaboraréis en el proceso de enseñanza formándoos de nuevo a vosotros mismos. En estos momentos sólo sois materia prima para las tareas de seguridad. Cuando llegue el final, os habréis convertido en el personal más calificado del servicio secreto mundial.

«Durante este período no tendréis profesores. Disponemos de profesionales que dedicarán parte de su tiempo a la Academia en calidad de instructores y luego regresarán al campo de acción. Os enseñarán como futuros colaboradores y colegas, no como si fuerais estudiantes.

«Nada de lo que os digan está grabado en la piedra: todo debe demostrarse mediante el esfuerzo y ello varía de una a otra persona. Pero sus conocimientos se basan en la experiencia y eso queremos que adquiráis. En otras palabras, tratarán de transmitiros la experiencia colectiva y los recuerdos del Mossad según su entender, y tal como les fueron transmitidos a ellos por medio de la experiencia, el ensayo y el error.

»E1 juego en el que vais a entrar es peligroso. Tendréis mucho que aprender. No es un simple juego. Y la vida no es siempre lo más importante en él. Recordad siempre que en este mundo tenemos que depender unos de otros, o que podemos fracasar unos tras otros.

»Soy el director de esta academia y del departamento de instrucción. Me encontraréis en todo momento y mi puerta siempre estará abierta para todos. Buena suerte. Ahora voy a dejaros con vuestros instructores. Y se marchó.

Más tarde descubriría la ironía de un letrero que colgaba sobre la puerta de Sherf. La cita que allí aparecía y que se atribuía a un antiguo presidente norteamericano rezaba así: «No realices un acto inmoral por una razón moral», mensaje totalmente opuesto a cuanto se aprende en la Academia.

Mientras Sherf hablaba, otro hombre entró en la habitación y se sentó. Cuando el director hubo salido, aquel tipo, que era muy corpulento y se expresaba con acento norteafricano, avanzó unos pasos y se presentó:

—Me llamo Eiten y soy el encargado de la seguridad interna. Estoy aquí para explicaros algunas cosas, pero seré breve. Si deseáis alguna aclaración, no dudéis en interrumpirme y preguntarme.

No tardaríamos en descubrir que todos los profesores del curso iniciaban sus lecciones con aquel comentario.

—Debéis saber que estas paredes tienen oídos. Hay instalados ingenios tecnológicos que funcionan constantemente acerca de los cuales seréis ilustrados, pero algunos son tan nuevos que ni siquiera nosotros los dominamos aún. Sed discretos. Sabemos que todos vosotros procedéis del ámbito militar, pero la clase de secretos que aquí compartiréis son aún más importantes. Por favor, no dejéis de pensar en ello.

»Y olvidad la palabra Mossad. Olvidadla. No quiero volverla a oír jamás. A partir de este momento os referiréis al Mossad como a la oficina. En cualquier conversación aludiréis a él de tal modo. No quiero volver a oír la palabra Mossad.

«Diréis a vuestros amigos —prosiguió— que estáis empleados en el departamento de seguridad y que no podéis hacer comentario alguno sobre vuestras ocupaciones. Ellos observarán que no trabajáis en un banco ni en una fábrica y tendréis que darles una explicación pues de otro modo su curiosidad podría reportaros problemas. De modo que les diréis eso. En cuanto a crear nuevas amistades, no lo haréis sin contar con nuestra aprobación. ¿Habéis comprendido?

»Y no utilizaréis el teléfono para hablar de vuestro trabajo. Si descubro que alguno de vosotros habla de la oficina desde su casa, será severamente castigado. No. me preguntéis cómo voy a enterarme de lo que decís por teléfono en vuestro domicilio: soy el responsable de la seguridad de la oficina y lo sé todo.

»Si necesito enterarme de algo, utilizaré todos los medios disponibles para conseguirlo. Y quiero que sepáis que esa historia que circula sobre mi época en el Shaback (policía de seguridad interna) acerca de que en el curso de una investigación me cargué accidentalmente los testículos de un tipo, no es cierta.

»Cada tres meses se os someterá a una prueba de detección de mentiras. Y más adelante, cada vez que regreséis de un viaje por el extranjero o de cualquier salida de Israel, se os obligará a someteros a un test.

«Podréis negaros a pasar dicha prueba, pero ello me autorizará a pegaros un tiro.

»En el futuro nos seguiremos reuniendo y trataremos de otros temas. Dentro de unos días se os entregarán chapas de identificación y vendrán a tomaros fotografías. En ese momento deseo que me traigáis toda la documentación extranjera que poseáis, ya sea un pasaporte o un carné de identidad a vuestro nombre, o a nombre de vuestra esposa o

vuestros hijos. Puesto que en un próximo futuro no vais a salir a ninguna parte, los guardaremos nosotros.

Por mi parte ello representó entregar los pasaportes canadienses de toda mi familia.

Tras estas palabras Eiten saludó con una inclinación de cabeza y abandonó la estancia. Nos dejó asombrados: era un individuo grosero y vulgar, no resultaba una persona agradable. Lo cierto es que al cabo de dos meses desapareció sin que jamás volviese a verlo.

En aquel momento el hombre moreno tomó la palabra para presentarse como Oren Riff[2] e informarnos que era el jefe del curso.

—Muchachos, estáis bajo mi responsabilidad. Me esforzaré para que vuestra estancia en este lugar os resulte agradable. Confío que aprovecharéis nuestras enseñanzas —dijo. Y a continuación nos presentó al hombre más bajito del grupo como Ran S. («Donovan» en la Operación Esfinge), en calidad de su ayudante en el curso. En cuanto al individuo sofisticado y bien vestido, era Shai Kauly, subdirector de la Academia y uno de los primeros que me habían examinado.

Antes de comenzar, Riff nos puso un poco al corriente de sus antecedentes. Hacía varios años que trabajaba para la oficina. Una de sus primeras misiones había consistido en ayudar a los kurdos a luchar en su propio terreno en la guerra de independencia contra los iraquíes. También había servido de enlace para el gabinete de Golda Meir, en calidad de *katsa* de la base de París, y había estado estableciendo contactos con otras muchas partes del mundo.

—Por lo que respecta al presente —prosiguió—, hay pocos lugares en Europa a los que pueda ir libremente.

A continuación dijo que podíamos comenzar con los dos temas que nos ocuparían la mayor parte del tiempo durante los dos o tres próximos meses. El primero era la seguridad, que nos sería impartida por instructores del Shaback, y el segundo se denominaba NAKA, una abreviatura que significaba un sistema de escritura uniforme.

—Eso representa informes que deben ser escritos de uno u otro modo exclusivamente. Si hacéis algo, pero no informáis de ello, es como si no lo hubieseis hecho. Por el contrario, si dejáis de hacer algo, pero informáis como si lo hubierais hecho, será como si así hubiera sido —concluyó echándose a reír—. De modo que comenzaremos aprendiendo NAKA[3] —anunció.

En los mensajes de comunicación, no se permitía ninguna variación en el modelo. El papel debía ser blanco, cuadrado o rectangular. En lo alto se anotaba la contraseña de seguridad subrayada de un modo que indicase si el mensaje era secreto, de alto secreto o si no lo era en absoluto.

En la parte derecha del papel se anotaba el nombre del destinatario y quién debía intervenir en el mensaje. Podía tratarse de otra persona, incluso de dos o tres, pero cada nombre iría subrayado. Debajo se consignarían los nombres de cualquier otro destinatario al que debieran facilitársele copias, mas cuya intervención en el proceso informativo no fuese necesaria. El remitente solía identificarse como un departamento en lugar de un individuo.

---

[2] Véase el capítulo 10.

[3] Véase el apéndice II.

La fecha se consignaba a la izquierda, junto con la rapidez que requería la entrega del mensaje —por cable, por cable urgente, regular, etc.— y con un número de identificación en cada carta.

Debajo de todo ello, en el centro de la página, se transmitía el tema en un epígrafe de una sola frase con dos puntos y subrayando todo el contexto.

En la parte inferior se anotaba, por ejemplo: «Con relación a su carta referencia 3J y la fecha de referencia.» Si en la lista de destinatarios se incluían personas que no hubiesen recibido la carta a que se aludía, debía enviárseles asimismo una copia.

Si se trataba más de un tema, entonces se dividía en números, asignándole a cada uno una referencia inteligible. Cada vez que se anotara una cifra numérica, por ejemplo: «Yo pedí 35 rollos de papel higiénico», debía repetirse: «Yo pedí 35x35 rollos...» De este modo, si se produjera alguna distorsión en la computadora, el número seguiría siendo legible. Finalmente debía suscribirse la firma en el documento, utilizando el nombre clave personal.

Dedicamos muchas horas de clase a practicar NAKA, puesto que el principal objetivo de la organización era recoger información y transmitirla.

Al segundo día, se aplazó una conferencia sobre seguridad y nos entregaron montones de periódicos, en los que aparecían ciertas noticias señaladas con recuadros. Se nos confió a cada uno de nosotros un tema y, utilizando los periódicos como recurso, nos ordenaron que redujéramos a fragmentos las noticias y redactáramos informes. Cuando hubiésemos agotado todos los datos, debíamos anotar «no hay más información», dando a entender de este modo que por el momento estaba completo. También aprendimos a redactar el titular que condensaba el tema tras haber consignado el informe.

Al llegar a este punto aún seguíamos yendo a clase cada día. Entonces recibimos una chapita blanca de identificación que consistía únicamente en nuestra foto con una clave inscrita al pie.

Al finalizar la primera semana, Riff anunció que en breve nos instruirían sobre seguridad personal. Acababa de iniciar su conferencia cuando la puerta del aula se abrió con violencia y dos hombres se introdujeron bruscamente en la habitación. Uno de ellos empuñaba una enorme pistola, una Eagle, y el otro una ametralladora, y ambos comenzaron a disparar. Los cadetes nos lanzamos al suelo, pero tanto Riff como Ran S. se desplomaron contra la pared cubiertos de sangre.

Sin darnos tiempo a reaccionar los dos tipos habían abandonado la estancia y huían en un coche. Estábamos horrorizados. Aún no habíamos logrado sobreponernos cuando Riff se levantó, señaló a Jerry S., uno de los cadetes, y le dijo:

—Bien, has visto que acaban de matarme: quiero que nos describas a mi asesino y que nos indiques cuántos disparos se hicieron y toda cuanta información puedas aportar para ayudarnos a perseguir a esos criminales.

Mientras Jerry exponía su versión de los hechos, Riff la anotaba en la pizarra. A continuación consultó al resto de los cadetes y luego salió para hacer entrar a los «asesinos», y comprobamos que no respondían en absoluto a nuestra descripción: ni siquiera logramos reconocerlos.

En realidad aquellos dos hombres eran Mousa M., jefe del departamento de entrenamiento para operaciones de seguridad o APAM, y su ayudante, Dov L. Mousa se parecía muchísimo a Telly Savalas.

—Vamos a explicaros en qué consistía la charada —dijo Mousa—. Realizamos nuestro trabajo principalmente en países extranjeros. Para nosotros, todos ellos son enemigos u objetivos. No consideramos a nada ni a nadie nuestro amigo.

»Sin embargo no debemos volvernos paranoicos. No podemos pensar constantemente en los peligros que corremos ni en el temor a ser seguidos o vigilados. De ser así, seríamos incapaces de ejecutar nuestra tarea.

»APAM es un instrumento, se trata de la abreviatura de *Avtahat Paylut Modienit,* es decir, la garantía de las actividades del servicio secreto, y se halla presente para facilitaros islotes de paz y seguridad de modo que podáis realizar debidamente vuestro trabajo y mantener el control. En APAM no hay lugar para los errores. Gabriel podría daros una segunda oportunidad, pero los errores son fatales.

«Vamos a enseñaros la seguridad por etapas. Pese a la experiencia que podáis haber adquirido en cualquier otra habilidad, o por muy hábiles e inteligentes que seáis, no seréis admitidos si no superáis APAM a mi satisfacción. Para ello no se requiere ninguna condición especial, pero debéis ser capaces de aprender. Tenéis que conocer el miedo y cómo superarlo: debéis pensar constantemente en vuestro trabajo.

»El sistema que voy a enseñaros durante los próximos dos o tres años es infalible: ha sido comprobado y perfeccionado y lo seguirá siendo. Y es tan lógico que aunque vuestros enemigos lo conozcan tan bien como vosotros jamás lograrán capturaros.

Mousa dijo que Dov sería nuestro instructor, aunque también él nos daría algunas charlas o colaboraría en los ejercicios. Luego cogió un ejemplar del programa del curso y tras señalarlo nos dijo:

—Fijaos en el espacio que existe entre la última conferencia del día y la primera del siguiente. Ahí es cuando me pertenecéis.

«Disfrutad de este último fin de semana como si estuvieseis ciegos porque la semana que viene comenzaremos a abriros gradualmente los ojos. Mi puerta siempre estará abierta para vosotros. Si tenéis algún problema, no dudéis en recurrir a mí. Pero si queréis seguir mi consejo, espero que actuéis por propia iniciativa.

Mousa, que era el jefe de seguridad en Europa la última vez que oí hablar de él, procedía del Shaback al igual que Eiten. En otros tiempos había formado parte de la Unidad 504, situada en un cruce de fronteras y que colaboraba con la inteligencia militar. Era un tipo muy duro, pero una persona excelente. Un gran ideólogo que se consagraba totalmente a su trabajo y también muy aficionado a las bromas.[4]

Antes de marcharnos de fin de semana, los cadetes tuvimos que entrevistarnos con Ruty Kimchy, la secretaria de la escuela, cuyo marido en otros tiempos había sido jefe del área de reclutamiento y que más tarde, como viceministro de Asuntos Exteriores, desempeñó un importante papel en la intervención de Israel durante la desastrosa contienda del Líbano, estando asimismo implicado posteriormente en el asunto Irán-Contra.

Las jornadas solían dividirse en cinco fases: de ocho a diez de la mañana, de diez a once, de once a una, de dos a tres y de tres a ocho de la tarde. Nos concedían descansos regulares de veinte minutos y el almuerzo se servía de una a dos en otro edificio situado algo más abajo de la colina. Por el camino pasábamos por un quiosco donde podíamos comprar cigarrillos, caramelos y comestibles a precios reducidos. Por entonces, al igual que casi todos en la Academia, yo fumaba dos o tres paquetes de cigarrillos al día.

[4] Véase el capítulo 13.

El curso estaba dividido en cuatro temas principales: NAKA, APAM, Estrategia Militar y Coberturas.

En el apartado militar general aprendíamos todo lo referente a tanques, fuerzas aéreas, marina y estructura de las bases. Y respecto a los países vecinos, nos instruían acerca de sus estructuras políticas, religiosas y sociales, apartado este último que solía consistir en apasionantes conferencias impartidas por profesores universitarios.

A medida que transcurrían los días aumentaba nuestra confianza e incluso contábamos chistes en las aulas, disfrutando por lo general de excelente humor. Cuando ya llevábamos tres semanas en el curso se incorporó al mismo un nuevo estudiante, Yosy C., de veinticuatro años. Era amigo de Heim M., otro cadete de treinta y cinco años, grandote y calvo, con enorme y carnosa nariz, que hablaba árabe y sonreía siempre astutamente. Estaba casado y tenía dos hijos.

Yosy había trabajado con él en el Líbano en la Unidad 504 y acababa de regresar de Jerusalén, donde había realizado un curso de seis meses de lengua árabe, en la que se expresaba con gran fluidez, aunque su dominio del inglés era pasmoso. Estaba casado y su mujer esperaba un hijo. Yosy era judío ortodoxo y siempre llevaba un *yarmelke* de punto, pero lo que le hacía más notable eran sus proezas amorosas. El tipo estaba dotado de gran atractivo sexual y ejercía una especie de magnetismo con las mujeres, que aprovechaba largamente.

Cada día al concluir la jornada escolar y si no había más ejercicios, yo solía pasar algún tiempo tomando café y pasteles en Kapulsky, un establecimiento de dicha cadena situado en Ramat Jasaron, camino de mi hogar en Herzlia. Más tarde acabamos formando un grupo muy unido formado por Yosy, Heim y Michel M., un experto francés en comunicaciones que había llegado a Israel antes de la guerra del Yom Kippur y trabajado para una unidad llamada 8200, realizando ciertos trabajos para el Mossad en Europa antes de incorporarse al curso como «experto en entregas». Como el francés era su lengua materna, estaba considerado un buen candidato. Por ello consiguió ingresar en el curso por la puerta falsa.

En nuestras sesiones de café solíamos realizar muchos planes y comentar distintas estrategias.

—Esperadme un momento —solía decir Yosy.

Encargaba café y pasteles y se marchaba. Al cabo de media hora regresaba y nos decía que había estado con una muchacha cuyos datos nos detallaba.

—He tenido que hacerle un favor —decía.

Hacía «favores» constantemente. Le decíamos que acabaría cogiendo algo, pero siempre respondía:

—Soy joven y Dios está de mi parte.

Llegó a convertirse en una costumbre tan absurda que solíamos bromear con él diciéndole que era como su segundo empleo.

La técnica de cobertura nos la enseñaban principalmente los *katsas* Shai Kauly y Ran S., que nos decían:

—Cuando estéis recogiendo información para el servicio secreto, no seréis Víctor, Heim ni Yosy, sino *katsas.* La mayor parte de vuestro reclutamiento se realiza bajo cobertura. No podéis acercaros a un tipo y decirle: «¡Hola!, pertenezco al servicio secreto israelí y deseo que me facilites información a cambio de la cual te entregaré dinero.»

»Trabajáis con personalidad ficticia, lo que significa que no sois lo que aparentáis. Un *katsa* se supone que debe ser versátil. Ésa es la palabra clave, versátil. Podríais celebrar tres reuniones en un día y en cada una de ellas ser alguien distinto, y con ello quiero decir alguien *completamente* distinto.

»¿Y cuál es una buena cobertura? Algo que puede explicarse con una palabra, que admite la más amplia gama de posibilidades. Si alguien os pregunta qué hacéis y respondéis: «Soy dentista», ésa es una magnífica cobertura. Todo el mundo sabe qué es un dentista. Pero, desde luego, si alguien abre la boca y os pide ayuda, *entonces* tendréis problemas.

Dedicábamos un tiempo considerable a elaborar coberturas, estudiando diversas ciudades a través de los archivos de la biblioteca y aprendiendo a hablar de determinada ciudad como si hubiésemos vivido en ella toda nuestra vida. También practicamos el arte de forjarnos una personalidad y conocer una profesión en un día. Eso comprendía reuniones con *katsas* expertos en las que se ponían a prueba nuestras historias por medio de una charla despreocupada.

Los ejercicios se representaban en una sala equipada con cámaras de televisión de modo que los restantes cadetes pudieran observar desde el aula.

Una de las primeras cosas que aprendimos fue a no dar excesiva información en seguida: no era natural hacerlo así. Ésa fue una lección que comprendimos inmediatamente a través de la experiencia de Tsvi G., de cuarenta y dos años, psicólogo y el primer cadete sometido a tal ejercicio.

Tsvi se enfrentó al *katsa* y estuvo habiéndole ininterrumpidamente durante veinte minutos, contándole de buenas a primeras todo cuanto sabía de sus supuestas ciudad y profesión. El *katsa* no dijo palabra. Nosotros, que lo estábamos observando desde el aula, nos desternillábamos de risa. Y cuando regresó y se reunió con nosotros exclamando: «¡Por fin he terminado!», parecía realmente satisfecho.

Todos habíamos sido instruidos con espíritu militar, lo que implicaba sentimientos de lealtad hacia nuestros compañeros, por lo que la primera vez que Kauly me preguntó qué me había parecido la prueba le respondí que creía que Tsvi había estudiado muy bien el tema y que había demostrado conocer la ciudad. Otros dijeron que se había expresado claramente y de modo muy inteligible.

Entonces Ran se levantó y exclamó:

— ¡Vamos! ¡No iréis a decirme que estáis de acuerdo con esa bazofia que habéis presenciado! ¿No os habéis dado cuenta del error que ha cometido este *putz?* ¡Y dice ser psicólogo! ¿Quién podría creerlo? ¿Es esto una representación de vuestro curso? Deseo saber qué es lo que pensáis, lo que os ha parecido realmente. Comencemos por el propio Tsvi G.

Tsvi reconoció que se había extralimitado, que estaba demasiado nervioso. Y con ello nos abrió las puertas. Ran nos conminó a expresarnos con sinceridad puesto que todos deberíamos superar la misma prueba y si no actuábamos correctamente también seríamos crucificados.

—Tal vez algún día esto pueda salvaros la vida —concluyó.

Al cabo de noventa minutos Tsvi había quedado reducido a la nada. Una lagartija que se hubiese paseado por el aula hubiera sido considerada una criatura más despierta. Llegó un punto en que incluso pedimos que volviesen a pasar la película por vídeo únicamente para demostrar determinada torpeza. Y disfrutábamos con ello.

Eso es lo que sucede cuando se escoge a un grupo de personas sumamente competitivas y se prescinde de las normas del comportamiento civilizado. Resulta sorprendente la crueldad que son capaces de desplegar. Considerándolo retrospectivamente, resultó vergonzoso, incluso abusivo. Se convirtió en una competición acerca de quién pegaba más fuerte y en el punto más débil. Cada vez que el ataque amainaba o se apaciguaba, Ran y Kauly atizaban nuevamente el fuego formulando preguntas. Realizábamos esos ejercicios dos o tres veces por semana. Era algo brutal, pero ciertamente nos enseñó cómo preparar una cobertura.

Por entonces ya llevábamos once semanas de curso. Las clases prácticas incluían el vino como tópico: cómo reconocer su calidad, cómo hablar de él, el modo de adivinar su procedencia. También practicamos una comida en el comedor formal del primer ministro, en la Academia, utilizando menús auténticos de los restaurantes más importantes del mundo para aprender el modo de encargar los alimentos adecuados y asimismo de comerlos.

En un rincón de la sala de ping-pong se hallaba constantemente en funcionamiento un televisor que emitía programas grabados de las televisiones canadiense, británica, norteamericana y europeas, entre los que se comprendían incluso reposiciones de series como «I love Lucy» y diversos seriales para familiarizarnos con las series americanas. Si, por ejemplo, algún día llegáramos a oír determinada sintonía, sabríamos de dónde procedía y podríamos comentarla. Al igual que las nuevas monedas canadienses de un dólar y que allí se llamaban *loonies*. Pero si simuláramos ser canadienses, alguien nos preguntara por ellas y no supiéramos de qué nos estaban hablando, nuestra cobertura podía irse al traste.

A continuación, aprendimos en APAM cómo seguir a alguien, primero en grupo y luego individualmente. El modo de combinarse, escoger puntos ventajosos y desaparecer en el instante oportuno, la diferencia entre realizar un seguimiento por una zona «rápida» (calles concurridas por las que debe seguirse a otro muy de cerca) o en una zona «lenta», y el concepto de «espacio y tiempo», que consiste en aprender a calcular la distancia que alguien recorrerá en determinado lapso. Por ejemplo, suponiendo que el individuo que estuviéramos siguiendo por las calles de una ciudad girase por una esquina y al llegar nosotros allí hubiese desaparecido, entonces deberíamos calcular si desde que se perdió de vista había podido alcanzar la siguiente esquina. De no ser así, comprenderíamos que había entrado en un edificio y deberíamos detenernos.

Una vez hubimos aprendido a seguir, tuvimos que instruirnos en adivinar cuándo *éramos* seguidos, a través de cierto procedimiento llamado «la ruta rutinaria».

Nos condujeron a una aula nueva del edificio principal. Se hallaba en el segundo piso y era una habitación grande con veinte sillas, asientos similares a los de un avión, de los que tienen mesitas desplegables y ceniceros en los brazos. En la parte delantera había una pequeña rampa, una mesa y una silla, y detrás un panel de plexiglás frente a una pantalla en la que se proyectaban mapas de Tel-Aviv divididos en sectores parciales. Tras el ejercicio cada uno de nosotros debíamos explicar nuestra «ruta» en el mapa. La ruta es la base de todo trabajo que se realiza, sin ella no podíamos trabajar.

Nos asignaban distintas localizaciones y nos ordenaban que partiésemos de ellas en determinado momento, realizásemos una ruta particular e informásemos acerca de si habíamos sido o no seguidos. En caso afirmativo, teníamos que informar de quién habíamos visto, cuándo, cuántos eran nuestros seguidores y qué aspecto tenían. Aquellos

que informaban que no habían sido seguidos debían decir dónde y cuándo lo habían comprobado, cómo lo habían hecho y por qué lo creían así. Y todo ello se señalaba con marcadores especiales sobre el plexiglás que había ante los mapas.

Los cadetes solían informar a la mañana siguiente, y cuando los quince habíamos concluido nos explicaban cuál de nosotros había acertado.

Era tan importante discernir si uno era seguido como si no lo había sido. Si creíamos serlo y nos equivocábamos, debíamos interrumpir nuestra misión. En Europa, por ejemplo, si un *katsa* creía haber sido seguido, la base interrumpía sus operaciones durante uno o dos meses hasta que se comprobaba. Resultaba peligroso decir que nos seguían porque ello suscitaba las consiguientes preguntas acerca del perseguidor y de sus posibles razones.

También nos informaron de que las casas donde vivíamos eran pisos francos. Debíamos asegurarnos de que no nos seguían cuando salíamos de ellos por la mañana o regresábamos por la noche. La Academia era prácticamente como una base y nuestros propios hogares los pisos francos.

Una ruta se dividía en dos partes principales. Esto solía planearse sobre un mapa. Se partía de un punto determinado y se actuaba con plena naturalidad. Buscábamos emplazamientos ventajosos, lugares donde tuviéramos razones especiales para encontrarnos y de los cuales pudiera verse el punto desde donde se venía, pero desde donde nadie pudiese vernos. Supongamos que en el tercer piso de un edificio hubiese un dentista y en ese piso se encontrase una ventana que dominase la calle por la que veníamos. Si avanzábamos zigzagueando un poco, advertíamos si alguien nos estaba siguiendo. Desde aquella ventana comprobaríamos si nos observaban y nos aguardaban.

En el caso de ser seguidos por un equipo cuando saliéramos de un hotel, podíamos vernos acorralados. Por lo tanto teníamos que avanzar rápidamente en línea recta durante cinco minutos para extender el cerco, seguidamente entrar zigzagueando en un edificio y observar desde un punto ventajoso cómo se reorganizaban. A continuación debía romperse cualquier factor coincidente, por lo que subiríamos en un autobús, nos dirigiríamos hacia otro sector de la ciudad y repetiríamos la operación, en esta ocasión muy lentamente para darles la oportunidad de alcanzarnos.

Algo que debíamos evitar a toda costa era despistar a nuestros seguidores. De ser así, ¿cómo íbamos a hacer comprobaciones? Por consiguiente, dando por supuesto que ellos volverían a presentarse, por lo que sabríamos que nos estaban siguiendo, interrumpiríamos inmediatamente cualquier actividad prevista. Incluso podíamos entrar en un cine... pero en cuanto a nuestras prácticas a este respecto se refieren, yo acababa rendido.

Llevábamos un sombrerito en el bolsillo y cuando estábamos seguros de ser seguidos nos lo poníamos. Entonces buscábamos un teléfono, marcábamos un número, nos dábamos a conocer, informábamos de si nos seguían o no y regresábamos a casa. Más tarde solíamos reunimos en el piso de alguien para comentar lo sucedido.

Durante todo el período de instrucción únicamente cometí un error. En una ocasión dije que había sido seguido cuando no era así. Y ello sucedió porque otro de los cadetes copió mi misma ruta y fue en pos mío durante cinco minutos. Vi cómo le seguía el equipo y pensé que era a mí a quien seguían. Pero *él* no se dio cuenta de que era seguido.

Por entonces la clase se había dividido en varios grupos, comprendido el mío. Dentro del curso se respiraba vulnerabilidad. Uno debía estar siempre dispuesto a atacar y, en

clase, eso afectaba a cualquiera. Pero después comenzamos a reunimos en grupos de tres o cuatro, ofreciéndonos mutuo consejo, e incluso empezamos a «reclutar» a los miembros del equipo para ayudar a los compañeros de nuestro grupo. Practicábamos lo que nos enseñaban con la gente que nos lo estaba enseñando.

En esa etapa los instructores comenzaron a explicarnos la aplicación de cuanto habíamos aprendido.

—Ahora que ya sabéis protegeros, os enseñaremos a reclutar —nos dijeron—. Llegaréis a un lugar, comprobaréis que no os han seguido y comenzaréis a trabajar. Y después redactaréis el informe con el NAKA que os hemos enseñado y sabréis cómo utilizar la información por el constante bombardeo de datos que habréis recibido.

Recuerdo que Mousa dijo:

—Y en estos momentos, amigos míos, estáis comenzando a romper la cáscara del huevo.

La yema estaba exactamente al doblar la esquina.

3. ESTUDIANTES DE PRIMER CURSO

Al llegar a este punto del curso los cadetes habíamos acumulado una cantidad considerable de conocimientos técnicos a los que íbamos a dar aplicación en la vida real. Uno de los modos en que comenzamos el proceso fue con una serie de ejercicios denominados «boutiques» que realizábamos dos veces al día, cuya finalidad consistía en enseñarnos cómo mantener una reunión complementaria tras haber logrado establecer el contacto inicial con un recluta en potencia.

De nuevo todos observamos la actuación de los demás por televisión desde otra habitación, sometiéndole a un intenso y con frecuencia hostil análisis de sus esfuerzos. Los ejercicios tenían una duración aproximada de unos noventa minutos y eran verdaderamente espantosos.

Nuestras propias palabras eran criticadas y examinadas a fondo.

—¿Pusiste un cebo bastante atractivo? ¿Qué querías decir cuando le comentaste que llevaba un traje muy elegante? ¿Por qué le hiciste esa pregunta? ¿Y la otra?

Un error en la «boutique», aunque fuese enojoso, no era fatal; un error en el auténtico mundo del servicio secreto podía llegar a serlo. Y todos queríamos acceder a aquel mundo.

Deseábamos obtener la mejor puntuación posible para cubrir cualquier posible fracaso futuro. El temor al fracaso era enorme. En cierto modo estábamos obsesionados por trabajar en el Mossad. Parecía como si fuera de allí ya no hubiese ningún otro tipo de vida posible para nosotros. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Qué podría activar nuestra adrenalina fuera del Mossad?

La próxima lección más importante la impartió Amy Yaar, jefe del departamento de Extremo Oriente y África en Tevel (enlace). La historia que nos contó fue tan fascinante que cuando hubo concluido exclamamos todos al unísono:

—¿Cómo podemos alistarnos?

El departamento de Yaar disponía de personal distribuido por todo el Extremo Oriente que realizaba escaso trabajo real para el servicio secreto; en lugar de ello elaboraban la estructura de futuros negocios y relaciones diplomáticas. Por ejemplo, uno de sus enlaces con pasaporte británico residía en Yakarta y tenía un empleo que le servía de cobertura. Ello significaba que el gobierno indonesio sabía que era miembro del Mossad. Entre otras medidas de seguridad tenía prevista una ruta de huida y un cinturón en el que guardaba reservas de oro por si fuese necesario. Su principal tarea consistía en facilitar ventas de armamento a la región. También tenían un hombre en Japón, otro en la India, otro en África y, de vez en cuando, gente en Sri Lanka y en Malasia. Yaar celebraba una convención anual para su equipo en las Seychelles: se lo pasaba estupendamente sin apenas correr peligro.

Los delegados de Yaar en África también realizaban operaciones de millones de dólares en ventas de armas. Esos enlaces trabajaban en tres etapas: en primer lugar, establecían contactos para averiguar cuáles eran las necesidades del país, qué temían, a quién consideraban sus enemigos, información que recogían a través de sus actividades in situ. Contando con esas necesidades su propósito consistía en crear una relación más firme y luego informarles de que Israel podía facilitar al gobierno en cuestión armamento e instrucción, todo cuanto necesitasen. El siguiente paso en el proceso, una vez el

dirigente del país había sido atraído con el señuelo de las armas, consistía en que el agente del Mossad le insinuase que también debía adquirir, por ejemplo, algún equipamiento agrícola. El líder se veía entonces obligado a responder que únicamente podía entrar en relaciones con Israel si entablaban relaciones diplomáticas. Era un sistema esencial de crear esas relaciones por la puerta falsa aunque, en la mayoría de casos, los negocios de armamento resultaban tan lucrativos que los enlaces no se preocupaban de dar el siguiente paso. Sin embargo sí lo hicieron en Sri Lanka. Amy Yaar estableció el contacto y luego comprometió al país en el aspecto militar, facilitándole considerable equipamiento, comprendidos buques para patrullar las costas. Al mismo tiempo Yaar y compañía facilitaban a los tamiles equipamiento antipatrulleras para utilizarlo en su lucha contra las fuerzas del gobierno. Los israelíes entrenaron asimismo a fuerzas escogidas de ambos bandos sin que ninguno de ellos conociera la existencia de los otros,[5] y ayudaron a Sri Lanka a estafar al Banco Mundial y a otros inversores millones de dólares para pagar las armas que les estaban comprando.

Al gobierno de Sri Lanka le preocupaba la inquietud reinante entre los campesinos. El país arrastraba desde tiempo una tradicional secuela de problemas económicos, por lo que deseaba dividirlos como fuese, trasladándolos de un extremo a otro de la isla. Pero para ello era precisa una explicación aceptable. Ahí fue donde intervino Amy Yaar: él fue quien ideó el gran «Proyecto Mahaweli», una ambiciosa labor de ingeniería que desviaría el río Mahaweli de su curso natural hacia las zonas áridas del extremo opuesto del país, con el pretexto de que de aquel modo se duplicaría la energía hidroeléctrica y se conquistarían setecientos cincuenta mil acres de terreno recién irrigado. Además del Banco Mundial, Suecia, Canadá, Japón, Alemania, la Comunidad Económica Europea y Estados Unidos invirtieron dos mil quinientos millones de dólares en el proyecto.

Desde el principio se trató de una empresa excesivamente ambiciosa, pero el Banco Mundial y los restantes inversores no lo comprendieron así y, por lo que a ellos se refiere, aún sigue desarrollándose. En un principio se preveía que su realización durase treinta años, pero se amplió repentinamente cuando Junius Jayawardene, presidente de Sri Lanka, descubrió que con alguna ayuda del Mossad aún podía resultar más importante.

A fin de convencer al Banco Mundial especialmente (que había comprometido en la empresa doscientos cincuenta millones de dólares) de que el proyecto era factible —lo que asimismo serviría de adecuado pretexto para trasladar a los campesinos de sus territorios—, el Mossad encargó a dos académicos israelíes, un economista de la Universidad de Jerusalén y un profesor de agricultura, la redacción de eruditos documentos en los que se describía la magnitud del propósito y su coste, y Solel Bonah, una importante empresa constructora israelí, obtuvo un sustancioso contrato para participar en el trabajo.

Representantes del Banco Mundial acudían regularmente a Sri Lanka para comprobar el proceso de las obras, pero los indígenas habían sido aleccionados acerca de cómo engañar a dichos inspectores acompañándolos por vías indirectas —fácilmente justificables por razones de seguridad—, devolviéndolos después a la misma y reducida zona donde se habían realizado realmente algunas obras para tal fin.

Posteriormente, cuando estuve trabajando en el departamento de Yaar en la base general del Mossad, fui destinado a escoltar a la nuera de Jayawardene, llamada Penny, en una visita secreta a Israel, presentándome a ella como «Simón».

---

[5] Véase el capítulo 6.

La acompañamos a todos los lugares que le interesaban y, aunque charlamos de temas generales, ella insistió en hablarme del proyecto explicándome que el dinero a él destinado estaba financiando el equipamiento del ejército y lamentándose de que realmente no realizaran progresos. Lo irónico del caso era que todo ello había sido *ideado* para sacar dinero al Banco Mundial para pagar aquellas armas.

En aquellos momentos Israel no mantenía relaciones diplomáticas con Sri Lanka. En realidad se suponía que nos estaban embargando. Pero ella me comentaba las reuniones políticas secretas que se estaban celebrando. Lo divertido fue que cuando se filtraron nuevas noticias acerca de tales reuniones, ellos pretendieron que Israel había tenido ciento cincuenta *katsas* operando en Sri Lanka cuando no disponíamos de semejante número en todo el mundo. Lo cierto es que por entonces únicamente se encontraban allí Amy y su ayudante, ambos realizando una breve visita.

Un nuevo mundo nos fue revelado a mí y a mis compañeros con una clase que nos impartieron en el cuartel general del Mossad sobre PAHA, el departamento de *Paylut Hablanit Oyenet,* o «actividades enemigas de sabotaje», específicamente la OLP. El departamento también es a veces conocido como PAHA-Extranjero. Sus empleados son esencialmente oficinistas y es una de las mejores secciones de investigación de toda la organización, siendo sus análisis principalmente operacionales.

Fue un impacto para nosotros. Nos condujeron a una sala del sexto piso, nos invitaron a sentarnos y nos dijeron que allí se recogía la información diaria sobre los movimientos de la OLP y de otras organizaciones terroristas. El instructor corrió de uno a otro extremo el enorme tabique, que mediría unos treinta metros, y apareció ante nuestros ojos un imponente mapamundi —del que quedaba excluido el Polo Norte y la Antártida— debajo del cual se encontraban una serie de consolas de computador. El mapamundi estaba dividido en pequeños recuadros que se iluminaban. Si, por ejemplo, se pulsaba la palabra «Arafat» en el teclado del computador, se iluminaba en el mapa el lugar donde él se hallaba en aquellos momentos. Si se consultaba «Arafat, tres días», se iluminaban los puntos donde se había encontrado durante los últimos tres días. El recuadro más reciente era el que tenía la luz más intensa; a medida que los movimientos se hacían más antiguos, la luz se tornaba más opaca.

En el mapa se hallaban incluidos muchos personajes. Si, por ejemplo, uno deseaba enterarse de las actividades de diez personajes clave de la OLP, podía pulsar los nombres de todos ellos y cada uno aparecería de distinto color. También podía conseguirse un gráfico siempre que fuese necesario. El mapa era especialmente valioso para obtener una referencia rápida. Por ejemplo, suponiendo que ocho de los diez personajes que se estaban localizando se hubiesen encontrado en París en la misma fecha, ello hubiera significado que probablemente estaban planeando algo, y en tal caso podían tomarse «medidas».

El computador principal del Mossad contenía más de un millón y medio de nombres en su memoria. Todos aquellos que hubieran sido registrados por el Mossad como miembros de la OLP o enemigos de cualquier índole se denominaban «paha», al igual que el departamento. Éste disponía de su propio programa, pero recurría asimismo a la memoria del computador principal. El computador que el Mossad utilizaba era un Burroughs, mientras que el servicio secreto militar y los restantes los utilizaban de la firma IBM.

Las pantallas de las consolas allí alineadas también desglosaban detalles minuciosos, por ejemplo, del interior de las ciudades. Cuando se introducía información de cualquier base junto con la referencia OLP, se reflejaba así en la pantalla. El encargado del servicio lo leía y sacaba un gráfico (la pantalla también registraba el hecho de que se tomara un gráfico y el instante en que ello sucedía). Apenas había un movimiento que la OLP pudiera realizar en cualquier lugar del mundo que no acabara revelándose en la gigantesca pantalla del Mossad.

Lo primero que hacía un encargado del servicio cuando comenzaba su turno era solicitar un movimiento completo de veinticuatro horas, con lo que obtenía una perspectiva de dónde se había encontrado la gente de la OLP durante aquel lapso de tiempo. Si, por ejemplo, se trataba de uno de sus campamentos situado al norte del Líbano y un agente había advertido que entraban en él dos camiones, esa información sería transmitida al encargado del servicio. El siguiente paso consistiría en descubrir qué transportaban dichos camiones. Los contactos con tales agentes eran diarios, a veces incluso se sucedían cada hora, dependiendo de su ubicación y de la gravedad que la supuesta amenaza representara para Israel.

En realidad la experiencia había demostrado que hechos aparentemente inocuos solían facilitar informaciones sobre actividades más importantes. En una ocasión, antes de que estallara la guerra del Líbano, se recibieron noticias de un agente de que en un campamento de la OLP en el Líbano había llegado una expedición de carne de buey de excelente calidad, algo que no suele recibirse en tales lugares. El Mossad sabía que los palestinos planeaban un ataque, pero ignoraba cuándo iba a producirse. El envío de carne le facilitó los datos necesarios: se trataba de una cena de celebración. Basándose en esta información, los comandos navales israelíes efectuaron un ataque anticipado destruyendo a once guerrillas enemigas cuando embarcaban en sus botes de goma.

Ése es otro ejemplo de cuan importantes pueden ser pequeños retazos de información y cuan esencial era informar de todo adecuadamente.

Al comenzar el segundo mes nos facilitaron nuestras armas personales, una Beretta de calibre veintidós, arma oficial de los *katsas* del Mossad, aunque, en realidad, pocos son las que las llevan cuando están de servicio puesto que ello podría crearles graves problemas. En Gran Bretaña, por ejemplo, es ilegal ir armado, por lo que no vale la pena arriesgarse a ser descubierto en posesión de una pistola. Si uno trabaja adecuadamente, no necesita llevar armas. Es mucho mejor tratar de escaparse o escabullirse con cualquier pretexto.

Sin embargo, se nos aleccionaba en el sentido de que si el cerebro nos ordenaba empuñar el arma, debíamos matar; nuestro instinto había adivinado que el tipo que teníamos delante tenía que morir: se trataba de él o de nosotros. Como es lógico, la utilización del arma nos exigió cierta práctica. Era como el ballet: se aprendía un movimiento en cada momento.

El arma debía llevarse debajo de los pantalones, en la cadera. Algunos *katsas* usaban fundas pistoleras, pero la mayoría no. Las Berettas son ideales por su reducido tamaño. Nos enseñaron a cosernos pequeños pesos de plomo en el fondo interior del forro de las americanas, lo que permitía que el faldón se apartara bruscamente cuando desenfundábamos. La acción de retorcerse y agacharse debe ser simultánea para poder

ofrecer un blanco más reducido: el tiempo que se tarda en abrir la chaqueta puede costarle a uno la vida.

Si tenías que hacer fuego, debías disparar el mayor número posible de balazos contra tu víctima. Y cuando se hallase en el suelo, era preciso aproximarse a ella, apoyar el arma contra su sien y disparar una vez más. Sólo así podías quedarte tranquilo.

Los *katsas* solían utilizar balas de punta plana o dum-dum, huecas o chatas, que se dilatan al salir disparadas, infligiendo heridas especialmente graves. Realizamos nuestro entrenamiento de tiro en una base militar próxima a Petah Tikvah, donde los militares israelíes también efectúan entrenamientos especiales para potencias extranjeras. Practicamos durante horas frente a los blancos, así como en una galería de tiro donde a medida que avanzábamos surgían repentinamente objetivos de cartón.

También disponíamos de unas instalaciones similares al pasillo de un hotel. Debíamos avanzar por él y girar a la derecha en dos ocasiones llevando la «llave de una habitación» y un maletín. A veces podíamos llegar a nuestra «habitación» sin incidentes, pero otras se abría bruscamente una puerta y aparecía de pronto en ella un blanco de cartón: en tal caso teníamos órdenes de desprendernos de todo y disparar.

También nos enseñaron cómo empuñar una arma cuando estuviéramos sentados en un restaurante, si se presentaba tal eventualidad, ya fuera dejándonos caer de la silla y disparando desde debajo de la mesa o tirándonos de espaldas y dando al mismo tiempo una patada a la mesa (jamás llegué a dominar esta técnica, aunque algunos sí lo consiguieron) y disparando.

¿Y qué ocurre con los espectadores inocentes? Nos habían enseñando que en una situación en que va a producirse un tiroteo, es como si no existiesen. Un espectador puede estar presenciando la muerte de uno mismo o la de otra persona. Si se trata de la nuestra, ¿nos importaría que resultase herido? ¡Desde luego que no! Lo importante es sobrevivir. La *propia* supervivencia. Debe olvidarse todo cuanto se nos haya imbuido sobre honestidad. En tales situaciones se trata de matar o morir y nuestra responsabilidad consiste en proteger la propiedad del Mossad, que es uno mismo. Una vez se haya comprendido así, se perderá la vergüenza de sentirse egoísta. El egoísmo incluso nos parecerá una valiosa mercancía, algo de lo que es difícil desprenderse cuando se regresa al hogar al concluir la jornada.

Cuando reanudamos las clases tras nuestro extenso entrenamiento de tiro, Riff nos dijo:

—Ahora ya sabéis cómo utilizar una arma, de modo que podéis olvidarlo: no vais a necesitarlas.

De modo que tras transformarnos en los pistoleros más rápidos de Occidente de pronto nos desalentaban asegurándonos que no necesitaríamos las armas. Aun así pensábamos: «Sí, claro, eso es lo que dice, pero me consta que la utilizaré.»

En aquel punto nuestra jornada constaba de largas horas de clase seguidas de prácticas rutinarias por Tel-Aviv en las que perfeccionábamos nuestra habilidad en seguir y/o ser seguidos. Un individuo que a la sazón era el comandante decano del ejército israelí nos impartió una conferencia especialmente aburrida. En voz baja y monótona estuvo disertando durante más de seis horas sobre camuflaje y detección de armamento, mostrándonos centenares de diapositivas sobre equipamiento camuflado. Los únicos movimientos que hacía eran para cambiar las diapositivas.

—Es un tanque egipcio —decía.

Y más tarde añadía:

—Ésta es una vista aérea de cuatro tanques egipcios camuflados.

Había muy poco que ver en una foto en la que aparecía un paisaje desértico con varios tanques perfectamente disimulados: se parece muchísimo a un desierto *sin* tanques. También vimos jeeps sirios, americanos y egipcios camuflados y de otros modos. Fue la conferencia más tediosa de mi vida. Posteriormente supe que ningún estudiante se libra de ella.

La siguiente fue más interesante. La pronunció Pinhas Aderet y se refería a documentación: pasaportes, documentos de identificación, tarjetas de crédito, permisos de conducción y demás. Los documentos más importantes del Mossad son los pasaportes, y los había de cuatro calidades: superiores, de segunda, para operaciones de campo y desechables.

Los pasaportes desechables habían sido encontrados o robados y se utilizaban cuando tan sólo era preciso exhibirlos fugazmente. Jamás se empleaban con fines identificativos. La foto había sido cambiada y a veces también el nombre, mas el propósito era alterarlos lo menos posible; tales documentos no resistían un examen profundo. Los oficiales *neviot* (que efectuaban allanamientos de moradas, registros domiciliarios y demás) solían utilizarlos. También se empleaban en los ejercicios de entrenamiento por el interior de Israel o para los reclutamientos efectuados dentro del país.

Con cada pasaporte que se emitía se incluía una página tamaño folio en la que se facilitaba el nombre y la dirección, que se completaba con una fotocopia del sector de la ciudad donde se encontraba la misma. La casa real estaba señalada en el mapa y aparecía una fotografía de ella y la descripción del vecindario. Si uno acertara a encontrarse con alguien que conociese aquella zona, no le cogería desprevenido simplemente porque preguntase por ella.

Cuando utilizábamos un pasaporte desechable se nos informaba en el folio anexo acerca de dónde había sido empleado antes. Por ejemplo, no podría ser utilizado en el Hilton si alguien lo hubiese mostrado allí recientemente y, por añadidura, debíamos tener preparada una historia para justificar los sellos que aparecían en él.

Los pasaportes para operaciones de campo se utilizaban para trabajos rápidos en países extranjeros, pero no se exhibían para cruzar fronteras. En realidad los *katsas* raras veces utilizaban documentos falsos de identidad cuando iban de un país a otro, a menos que fueran con un agente, algo que ellos siempre trataban de evitar. El pasaporte *falso* se llevaría en una valija diplomática sellada con un «bordero», lacre del que pendía una cuerdecita, para demostrar ostensiblemente que no podía ser abierto sin que se descubriera. Este medio suele utilizarse para transportar documentos entre las embajadas —está mundialmente reconocido que no debe abrirse en los puestos fronterizos— y el portador goza de inmunidad diplomática. (Los pasaportes, naturalmente, también serían entregados a un *katsa* en otro país por un *bodel* o mensajero.) Los lacres estaban puestos de modo que los sobres pudieran abrirse fácilmente y cerrarse sin que el sello se viese afectado.

Los pasaportes de segunda categoría, en realidad absolutamente perfectos, se preparaban de acuerdo con las personalidades que utilizaban los *katsas* como cobertura, pero no respondían a ninguna persona concreta.

Por otra parte, un pasaporte de categoría superior contaba tanto con una historia justificada como con una persona real que pudiese respaldarla. Podían resistir perfectamente cualquier examen oficial, comprendido un control en el país de origen.

Estos documentos se fabrican con distintos tipos de papel. No hay modo de que el gobierno canadiense, por ejemplo, venda a alguien el papel que usa para hacer sus pasaportes (que sigue siendo el favorito del Mossad), pero un pasaporte falso no puede ser fabricado con un material impropio, por lo que el Mossad cuenta con una pequeña fábrica y un laboratorio químico en los sótanos de la Academia, que elaboran diversas clases de papel para tal fin. Los químicos analizan el material de los auténticos pasaportes e investigan la fórmula exacta para producir láminas, de papel que reproduzcan fielmente los originales.

Tales materiales se guardan en una gran sala de almacenaje en las condiciones precisas de temperatura y humedad para su conservación, y en sus estanterías se encuentra papel de pasaporte de la mayoría de naciones. Otra clase de operaciones consistió en la fabricación de dinares Jordanes que pudieron utilizarse sin problemas para canjearlos por auténticos dólares y que al mismo tiempo inundaron a Jordania de efectivo circulante, exacerbando los problemas de inflación de aquel país.

Cuando visité la fábrica en calidad de cursillista vi una gran partida de pasaportes canadienses en blanco que supuse habrían sido robados. Parecía una expedición completa: había más de mil y no creo que siquiera se hubiese denunciado la pérdida de los mismos, por lo menos para el gran público.

A muchos inmigrantes que llegan a Israel se les pide que entreguen sus pasaportes para salvar a otros judíos. Por ejemplo, a una persona que acabe de trasladarse al país desde Argentina probablemente no le importará donar su pasaporte, que acabará en una enorme sala parecida a una biblioteca donde se conservan muchos miles de pasaportes clasificados por países, ciudades e incluso distritos, con nombres judíos y otros que no lo parecen, y asimismo catalogados por edades... y todos los datos están procesados por computadora.

El Mossad también cuenta con una importante colección de timbres y firmas que se utilizaron para sellar los propios pasaportes, que se conservan en un registro. Muchos de ellos se recogieron con ayuda de la policía, que puede retener los documentos temporalmente y fotografiar los diversos sellos antes de devolverlos a sus propietarios.

Incluso el hecho de sellar un pasaporte falso se realiza metódicamente. Si, por ejemplo, mi pasaporte llevase un sello de Atenas en una fecha determinada, el departamento comprobaría sus archivos para encontrar la firma y sello de aquella fecha exacta y el horario correcto del vuelo, de modo que si alguien verificase en Atenas qué oficial estaba entonces de servicio, se correspondería perfectamente. Este equipo se enorgullece de su trabajo. A veces rellenan un pasaporte con veinte sellos. Dicen que jamás se ha ido al traste una operación porque un documento no reuniera las condiciones necesarias.

Por añadidura, recibí un expediente con mi pasaporte, que tuve que aprender de memoria y luego destruir, que contenía información general sobre la fecha en que supuestamente me encontraba en Atenas: qué tiempo hacía, los titulares de los periódicos y los temas corrientes de debate, dónde me alojé, qué hice allí, y así sucesivamente.

En cada misión los *katsas* reciben notitas recordatorias sobre los antecedentes: por ejemplo, «no olvides que en cierta fecha estabas en tal hotel y te llamabas fulano de tal».

También se les detallaba toda la gente con la que se habían reunido y que habían visto, otra razón adicional para incluir todos los detalles, por insignificantes que pudieran parecer, en los informes.

Si yo deseara hacer un reclutamiento, el computador buscaría a todos aquellos relacionados conmigo de algún modo: personas a quienes yo no hubiese visto jamás. E idéntica comprobación se efectuaría con aquel a quien se estuviera reclutando. Si deseara asistir a una fiesta con aquella persona, no se tropezaría con algún amigo suyo que uno ya hubiese reclutado con otro nombre.

Durante las seis semanas siguientes el profesor Arnon nos dio clase una hora o dos diarias sobre el tema del islam en la vida cotidiana, un estudio de las diversas sectas islámicas, su historia y sus costumbres, sus festividades, lo que se les permite hacer a sus seguidores —y lo que *realmente* hacen-—, sus restricciones... Todo lo posible para completar una descripción del enemigo y lo más característico en él. Al finalizar se nos concedió una jornada para redactar un documento sobre el conflicto en Oriente Medio. Seguidamente nos enseñaron todo lo concerniente a los *bodlim (bodel* en singular). Son personas que funcionan como mensajeros entre los pisos francos y las embajadas o entre los diversos pisos francos. El principal entrenamiento de un *bodel* consiste en APAM, saber si es o no seguido, y todo lo transporta en correos o valijas diplomáticas. Los mensajeros de valija diplomática gozan de inmunidad política y a tal fin llevan un documento acreditativo. Su principal función consiste en llevar pasaportes y otros documentos a los *katsas* y los informes de éstos a las embajadas. A los *katsas,* según la naturaleza de su misión, no siempre se les permite entrar en la embajada israelí.

Los *bodlim* suelen ser jóvenes de veintitantos años, que realizan ese trabajo durante uno o dos. Son en su mayoría estudiantes israelíes que han formado parte de una unidad de combate y personas de confianza. Aunque es esencial que estén entrenados acerca de cómo evitar ser seguidos, pueden realizar el trabajo mientras están estudiando. Se los considera pertenecientes a los escalafones más inferiores de una base, pero aun así no es una ocupación desdeñable para un estudiante.

La mayoría de bases cuentan con dos o tres *bodlim.* Otra de sus funciones es cuidar de los pisos, francos. Los *bodlim* de una base pueden ocupar, por ejemplo, seis apartamentos, de modo que los vecinos no se sorprenderán de que a un vecino suyo se le amontone el correo. Estos muchachos residen gratuitamente en los pisos francos y se responsabilizan de que las neveras estén debidamente surtidas de alimentos y bebidas, se abonen las facturas y demás. Si se necesita el piso franco, el *bodel* «ocupante» puede trasladarse a otro o ir a un hotel hasta que no haya moros en la costa. No pueden llevar amigos o muchachas a esos pisos, pero sus contratos personales suelen oscilar entre los mil y los mil quinientos dólares mensuales, según el número de apartamentos que estén cuidando. Además de no pagar alquileres, comidas, bebidas ni sus estudios —que son abonados por el Mossad—, no realizan un mal negocio.

El siguiente tema que tratamos fue *Mishlasim* o, en términos de servicio secreto, las entregas y los apartados de cartas sin respuesta. La primera norma que aprendimos fue que en el Mossad dichas cartas eran de dirección única: de ellos para nosotros. Tampoco era en modo alguno admisible que un agente nos hiciera una entrega porque probablemente sería una trampa.

Un grupo de gente del departamento del Mossad que manejaba este género de expediciones nos explicó los elementos básicos de tal arte del siguiente modo:

«Una vez se ha establecido lo que debe depositarse, las cuatro consideraciones principales para una gestión segura son: emplear el menor tiempo posible para colocar el objeto; que resulte inofensivo cuando se conduce al lugar de entrega previsto; que su localización sea lo más sencilla posible de explicar al contacto y que cuando él se lo lleve vuelva a resultar inofensivo.»

Hice un paquete con una caja de plástico que había contenido jabón y lo pinté de idéntico color que la muestra que había obtenido del gris metal de un poste eléctrico y seguidamente dibujé un relámpago rojo en la caja. Cogí cuatro tornillos y tuercas que pinté asimismo de gris y los enrosqué en el plástico incorporando seguidamente un imán en el fondo. Adosé la caja con el imán en el interior de la capota de mi coche, que había detenido junto al poste eléctrico como si estuviese averiado, y ajusté la caja al pie, en su parte interior. Acto seguido arranqué sin ser visto por nadie. Y aunque así hubiera sido, no se habrían atrevido a tocarlo por temor a la electricidad. Cuando el agente lo recogió, lo depositó a un lado del motor de su coche y se largó.

También nos enseñaron a hacer un «deslizamiento», un escondrijo practicado dentro de una casa o apartamento, en un lugar que fuese accesible para uno mismo, pero difícil de detectar por los demás, lo que es aún mejor que una caja de caudales. Si uno se encuentra en un lugar donde debe ocultar algo rápidamente, no tendrá problema alguno para procurarse «deslizamientos» utilizando objetos sencillos que pueden adquirirse en una ferretería o incluso en un bazar.

Uno de los lugares más sencillos donde ocultar cosas es en una puerta con un contrachapado a ambos lados y un panel en el centro. Para introducir un objeto se agujerea la parte superior de la puerta y se deslizan las cosas en el interior. También es un escondrijo excelente el tubo que sostiene los colgadores de un vestidor. Hay muchos lugares donde ocultar objetos. Podrían quitar los trajes de los colgadores, pero a muy pocos se les ocurriría mirar dentro del tubo donde estaban colgados.

Otro sistema muy corriente de pasar un documento secreto o dinero por la aduana es comprar dos periódicos iguales, recortar un fragmento de uno de ellos formar un pequeño bolsillo en su interior con el mismo fragmento del otro y pegarlo sobre el lugar donde se ha recortado el primero. Es un antiguo truco de magos. Solíamos leer muchos libros de magia. Uno podía pasar tranquilamente por el control de aduanas llevando el periódico, e incluso entregárselo al policía para que lo sostuviese mientras pasabas el puesto de control.

El siguiente grupo de ejercicios, denominado «café», lo practicábamos los estudiantes formando grupos de tres. Yosy, Arik F., un gigante religioso de metro noventa de estatura y yo, con Shai Kauly en calidad de instructor, nos dirigimos a la zona hotelera de la calle de Hayarkon, nos sentamos en un café un rato y luego fuimos conducidos uno tras otro al vestíbulo de un hotel. Todos llevábamos pasaporte falso y estábamos provistos de una buena cobertura. Kauly entraba con nosotros en el vestíbulo, echaba una ojeada en torno y nos ordenaba que nos pusiéramos en contacto con la persona por él escogida. A veces se trataba de estratagemas; otras, no. Pero el propósito consistía en obtener la mayor información posible sobre ellos y concertar una cita.

Yo tuve que abordar a un corresponsal de *Afrique-Asie.* Le pregunté si tenía fuego, lo que me sirvió para entablar conversación, y finalmente me salió muy bien. Aunque se

trataba de un señuelo, de un *katsa* que había cubierto la convención de la OLP en Túnez so pretexto de ser corresponsal del periódico. Y ciertamente escribió varios artículos para ellos.

Como de costumbre, después de tales ejercicios debíamos redactar un informe completo acerca de cómo habíamos establecido el contacto, la conversación que habíamos sostenido y todo cuanto había sucedido. Al día siguiente, cuando nos reuníamos en clase, nos criticábamos mutuamente. A veces resultaba extraño llegar al aula y encontrarse allí sentado a nuestro interlocutor del día anterior.

Al igual que todos los ejercicios del curso, aquél debería repetirse una y otra vez. Nuestro programa, ya muy completo, resultó de una actividad febril. Aún estábamos instruyéndonos, pero ya comenzábamos a integrarlo todo, hasta el punto de que buscábamos personas con quienes ensayar. Llegamos a tal extremo que no podíamos iniciar ninguna conversación sin echar el anzuelo. Normalmente, cuando se efectúan con reclutas, es mejor comportarse sin reservas, mas no se puede ser excesivamente específico; y, por otra parte, tampoco cabe mostrarse demasiado ambiguo so pena de parecer un embaucador.

En realidad el curso era una gran escuela de engaños, una escuela que nos enseñaba a convertirnos en artistas del fraude para nuestro propio país.

Uno de los problemas que tuve tras un ejercicio durante el cual había simulado ser un próspero empresario consistió en volver después a la realidad. De repente había dejado de ser rico, era un oficinista, un funcionario, aunque empleado en un departamento muy interesante, y había llegado el momento de redactar el informe.

A veces la situación en los «cafés» se complicaba. Algunos cadetes no confesaban realmente lo que había sucedido, creyendo que puesto que sus interlocutores no estaban vinculados a la organización, podían tratar de glorificar su actuación.

Teníamos un compañero llamado Yoade Avnets que nos recordaba al pájaro «ay-ay» o «auch-auch», una ave no muy inteligente, cuyos testículos penden entre las patas, por lo que cada vez que aterriza exclama «ay-ay».

Cuando Yoade realizaba una sesión de «café», a menos que se hubiese tratado de un colaborador, nos narraba una historia fantástica. Esto se repitió una y otra vez hasta que un día, durante la pausa del desayuno, se presentó Shai Kauly llamándole por su nombre.

—¿Qué quiere? —respondió.

—Recoja sus cosas y márchese de aquí.

—¿Cómo? —exclamó Avnets sosteniendo en el aire el bocadillo que estaba comiendo—. ¿Por qué?

—¿Recuerda el ejercicio que realizó ayer? Ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Al parecer Yoade había abordado a su personaje preguntándole si podía sentarse junto a él. El hombre respondió afirmativamente y Yoade se instaló a su lado y no volvió a abrir la boca. En este, caso el silencio no fue de oro y la carrera de Yoade llegó bruscamente a su fin.

La primera media hora diaria de clase se dedicaba a que uno de los cadetes efectuase un ejercicio llamado *Da,* o «saber». Ello representaba realizar un análisis detallado de un tema de noticias de actualidad. Seguía siendo una carga adicional, pero querían que estuviésemos muy al corriente de todo cuanto sucedía en el mundo. Cuando uno se introduce en una organización como ésa es muy posible que se desconecte del mundo real, lo que podría ser fatal, literalmente hablando. Ello nos daba asimismo cierta práctica

en oratoria pública y nos obligaba a leer cada día los periódicos. Si alguien sacaba a colación un tema, podíamos demostrar que estábamos enterados y tal vez, con algo de suerte, demostrar que su explicación estaba equivocada. En breve nos introdujeron en lo que se denominaba un ejercicio «verde», una actividad de enlace destinada a establecer un planteamiento especial a un problema. Supongamos que estuviésemos enterados de que existía una amenaza PAHA contra una instalación de un país. Descubrir cómo analizar y valorar dicha amenaza implicaba enormes debates. Si se producía básicamente contra unas instalaciones locales que nada tenían que ver con Israel y podíamos divulgarlo sin hacer peligrar nuestra fuente, la información sería transmitida a las partes interesadas, por lo general mediante llamada telefónica anónima o directamente de uno a otro enlace. Sin embargo, si se trataba de un caso en el que se podía facilitar la información sin divulgar su origen, entonces también cabía informar de quiénes éramos para que más adelante pudieran devolvernos el favor que les hacíamos.

Si el objetivo era Israel, entonces debíamos utilizar todos los medios a nuestro alcance para evitar cualquier daño, aunque ello significase denunciar a nuestra fuente. Pese a tener que perjudicar a un agente destinado a un país «objetivo» con el fin de proteger nuestras instalaciones en un país «base», debíamos hacerlo así. Ése era el sacrificio a que estábamos obligados. (Todos los países árabes eran considerados «objetivo» mientras que cualquier otro lugar donde el Mossad estuviera representado se denominaba «país base».)

Si el objetivo no era propio y podía peligrar cualquier tipo de fuente, entonces debía dejársele expuesto a su suerte: ya no era de la incumbencia del Mossad. Lo máximo que podíamos hacer era ofrecer un leve aviso, una advertencia ambigua para que estuviera alerta en el caso de que algo sucediese, y que, desde luego, probablemente podía perderse entre muchas otras.[6]

Tales comportamientos quedaban grabados en nuestras mentes. Debíamos hacer lo que fuese conveniente para nosotros aunque se perjudicasen todos los demás si no podían sernos útiles. En Israel, cuanto más a la derecha se encuentra uno, más le aleccionan en ese sentido. Si permaneces en el lugar donde te hallas políticamente, de modo automático te estás desplazando hacia la izquierda porque actualmente todo el país parece desviarse rápidamente hacia la derecha.

—Aquellos que no nos perjudicaban durante la segunda guerra mundial, nos estaban ayudando, o si no nos estaban ayudando, nos ignoraban —dicen los israelíes.

Sin embargo no recuerdo que se produjera ninguna manifestación en Israel cuando asesinaron a tantísima gente en Camboya. ¿Por qué, pues, esperar que todos se comprometieran por nuestra causa? ¿Acaso los padecimientos que hemos sufrido los judíos nos dan el derecho a infligir penas e infortunios a los demás?

Como parte del Tsomet nos enseñaron asimismo a impartir instrucciones a un agente que fuese enviado a un país objetivo. El agente básico —son muy corrientes— se denomina «de aviso». Tales colaboradores podrían ser el enfermero de algún hospital cuya misión consistiera en informar al Mossad acerca de si se estaban preparando camas adicionales, organizando nuevas salas o haciendo acopio de medicamentos, todo cuanto puedan parecer preparativos para una guerra. Había agentes de aviso en el puerto que informaban si llegaban más barcos de los previstos, agentes en el cuerpo de bomberos que avisaban si se habían iniciado preparativos especiales, en las bibliotecas en caso de

[6] Véase el capítulo 17.

que la mitad del equipo fuese reclutado súbitamente por considerar innecesario su trabajo...

Ello supone múltiples implicaciones, por lo que se debe ser muy específico cuando se instruye al agente. Si el presidente de Siria amenaza con declarar la guerra —suele hacerlo y no sucede nada—, no debemos preocuparnos excesivamente. Pero si se produce una *amenaza* de este tipo y se toman toda clase de medidas logísticas, es necesario estar informados porque existen muchas probabilidades de que en esa ocasión se proponga hacerlo así.

También nos enseñó David Diamond, jefe del *kasaht,* más tarde llamado *neviot,* cómo valorar y abordar un objeto inmóvil o un edificio. Desde luego que se trató de una charla y no de un ejemplo práctico. Hicimos un simulacro: debíamos suponer que nuestro personaje se encontraba en la planta sexta de un edificio y poseía un documento que debíamos ver. ¿Cómo llegar hasta él? Nos invitó a observar el edificio, a reconocer el terreno, a comprobar las pautas de tráfico, los movimientos de la policía, los lugares más peligrosos —a no pasar demasiado tiempo frente a un banco, por ejemplo—, cómo planear la huida, quién entraría en el local y toda clase de señalizaciones.

A continuación recibimos otras lecciones sobre comunicaciones secretas, divididas en envíos y recepciones. Desde el Mossad, las comunicaciones podían ser emitidas por radio, carta, teléfono, entregas, cartas sin remite o auténticos encuentros. A cada agente que disponía de radio se le asignaba determinado tiempo cada día para que pudiera transmitir su mensaje por una estación especial continua que actualmente funciona por computadora. Por ejemplo, transmitía «Esto es para Charlie», y a continuación una clave de letras en grupos de cinco. El mensaje cambiaba únicamente una vez por semana para facilitar al agente la oportunidad de escucharlo. Los agentes disponían de radio y antena fija, bien en su casa o en su lugar de trabajo. Otro método especial de comunicación se efectuaba a través de lo que se denomina un «flotador», un microfilme enganchado en el interior de un sobre. El agente abriría el sobre y sumergiría el microfilme en un vaso de agua. Luego lo engancharía en la parte exterior del vaso y, valiéndose de una lupa, leería el mensaje.

Actuando a la inversa, los agentes podrían comunicarse con sus *katsas* por teléfono, télex, cartas escritas con tintas especiales, encuentros o comunicaciones repentinos, un sistema por el cual se transmitían muy breves ráfagas de información en una frecuencia específica. Es difícil de detectar y cada vez que lo utiliza un agente lo hace con distinta galena, sin repetir jamás la misma frecuencia. Los cambios de éstas seguían un orden previamente establecido. La intención era simplificar todo lo posible las comunicaciones. Pero cuanto más tiempo pasaba un agente en un país objetivo, más información poseía y más sofisticado era el equipo que necesitaba. Esto podía constituir un problema puesto que tales equipos son mucho más peligrosos cuando uno es descubierto. Al agente debía enseñársele cómo utilizar tal equipo y, cuanto más aprendía, más nervioso se sentía.

Para infundir más entusiasmo a nuestro sionismo, dedicaron un día para visitar la Casa de la Diáspora, en la Universidad de Tel-Aviv, un museo que contiene modelos de sinagogas de todas las partes del mundo y donde se representa la historia de la nación judía.

Seguidamente tuvo lugar una conferencia a cargo de una mujer llamada Ganit, responsable del departamento jordano, y que versó sobre el monarca Hussein y el problema palestino. Y, a ésta, sucedió otra sobre las operaciones del ejército egipcio que

por entonces se aproximaba al final de una consolidación prevista de diez años. Otros dos días de Shaback para informarnos sobre los métodos y operaciones del PAHA en Israel, fueron rematados por una charla de dos horas pronunciada por Lipean, el historiador del Mossad, lo que constituyó el final de la primera sección de nuestro programa: era junio de 1984.

Gran parte de nuestro entrenamiento se basaba en establecer relaciones con personas inocentes. Cuando encontrábamos un recluta probable, nos decíamos in mente: «Tengo que hablar con él y tratar de conseguir otra entrevista: podría ser útil.»

Y ello nos reportaba una extraña sensación de confianza. De pronto cualquier transeúnte podía convertirse en un instrumento. Uno pensaba: «¡Vaya!, puedo pulsar estas teclas.» Y asimismo, de repente, todo consistía en contar mentiras: decir la verdad se convertía en algo irrelevante. Lo único importante era que aquélla sería una delicada pieza de equipamiento. ¿Cómo conectar con él? ¿Cómo conseguir que trabajase para nosotros... es decir, para nuestra patria?

Siempre supe lo que había en aquella colina: todos lo sabíamos. A veces, era realmente la residencia de verano del primer ministro o se empleaba para acoger a dignatarios que visitaban el país. Golda Meir solía utilizarla muchísimo con esta finalidad. Pero nosotros sabíamos que allí se ocultaba algo más. Es algo de lo que uno se entera cuando se ha criado en Israel: nos consta que pertenece al Mossad.

Israel es una nación de guerreros, lo que significa que el contacto directo con el enemigo está considerado como el más honorable acercamiento que cabe hacer y convierte al Mossad en el máximo símbolo del Estado de Israel. Y yo ya formaba parte de él. Resulta difícil describir la sensación de poder que tal convencimiento confería. Valía la pena todo cuanto había tenido que soportar para llegar hasta allí. Me constaba que muchos hubieran querido encontrarse en mi lugar.

4. ESTUDIANTES DE SEGUNDO AÑO

Nos aconsejaban constantemente qué fuésemos flexibles y versátiles, que mejorásemos cualquier habilidad que poseyésemos. Todo cuanto hubiésemos hecho alguna vez podía convertirse más adelante en una baza, por lo que nos estimulaban para que nos perfeccionásemos lo máximo posible. Michel M. y Heim M., que formaban parte de nuestro reducido grupo, habían ingresado en instrucción por la puerta falsa. Ambos eran grandes conversadores. Conocían a la mayoría de conferenciantes y hablaban constantemente acerca de cómo iban a reclutar a generales y oficiales de alto rango. Yo, aparte de Jerry S., me expresaba en mejor inglés que nadie del curso y los superaba asimismo en lo que ellos calificaban de pensamiento operativo, es decir, cómo calcular lo que va a suceder y adivinar los problemas antes de que se presenten.

Pero como por entonces Heim y Michel parecían más mundanos, solía consultarles, y ellos, a su vez, me tomaron bajo su protección. Todos vivíamos por la misma zona, íbamos y volvíamos juntos de clase, y solíamos celebrar alguna sesión vespertina tomando café y pasteles y charlando en Kapulsky, donde servían el mejor pastel Black Forest que he tomado en mi vida.

Estábamos muy unidos. Compartíamos muchas opiniones y emprendíamos muchos ataques conjuntamente. Procurábamos realizar juntos los diversos ejercicios porque podíamos confiar los unos en los otros, o por lo menos así lo creíamos. Y nadie trataba de impedírnoslo.

Oren Riff, nuestro principal instructor, que había trabajado para Tevel, o enlaces, siempre destacaba la importancia de éstos. Entre el sesenta y el sesenta y cinco por ciento de la información se recibe a través de los medios de comunicación: radio, periódicos, televisión; un veinticinco por ciento vía satélite, télex, teléfono y comunicaciones radiofónicas; de un cinco a un diez por ciento por los enlaces, y entre un dos y un cuatro por ciento por *humant,* agentes o servicio secreto recogido por el departamento Tsomet (más tarde transformado en Melucha), pero aquel pequeño porcentaje era el más importante de todos los obtenidos por el servicio secreto.

Entre las conferencias que nos impartieron en esa segunda etapa del curso estuvo una disertación de dos horas de Zave Alan, el niño prodigio de los enlaces entre el Mossad y la CIA. El joven se expresó en nombre de Estados Unidos y América Latina. Nos explicó que cuando se trata con un enlace de otra organización, aquél nos considera como un vínculo y nosotros, por nuestra parte, un vínculo y una fuente. Y ambos nos transmitíamos mutuamente la información que nuestros superiores deseaban que fuera conocida. No éramos más que conectadores, pero en nuestra calidad de seres humanos, la química es importante. Por dicha razón la gente que sirve de enlace debe sustituirse cuando es necesario. Una vez la química es correcta, se puede crear una relación personal entre nosotros y los del otro bando. A medida que aumenta la relación, el contacto siente crecer su simpatía hacia nosotros y comprende los peligros a los que nuestro país debe enfrentarse. Se trata, pues, de conducir el sistema hasta tal nivel personal que se acabe tratando con un amigo. Pero no debe olvidarse que él sigue formando parte de una organización y que sabe mucho más de lo que le está permitido contarnos.

Sin embargo, a veces uno puede encontrarse en determinada situación que precise la información que él pueda ofrecerse a facilitarnos en calidad de amigo, sabiendo que ello

no puede perjudicarle y que nosotros no permitiremos que se filtre. Esos datos son muy valiosos y, si debemos introducirlos en nuestros informes, están catalogados como «Jumbo».

Alan, observándonos a través de sus gafas modelo John Lennon, se jactó de poseer más información «Jumbo» que nadie en el Mossad.

Por otra parte nosotros, como *katsas,* no proporcionaríamos tal tipo de información. Podíamos preparar alguna noticia simulada de este género, que sería facilitada a nivel personal a cambio de la información personal recibida por la parte contraria, pero transmitir auténtico «Jumbo» sería considerado como flagrante traición.

Alan nos dijo que tenía muchos amigos en el servicio secreto norteamericano.

—Pero jamás olvido lo más importante —prosiguió tras una pausa efectista—. Cuando estoy sentado junto a mi amigo, él no se sienta junto a *su* amigo. Y tras estas palabras se marchó. La charla de Alan estuvo seguida de otra sobre cooperación tecnológica entre las agencias, por la que nos enteramos de que el Mossad era la más capacitada de todas para franquear cerraduras. Por ejemplo, varios fabricantes de tales mecanismos en Gran Bretaña enviaban nuevos prototipos al servicio secreto británico para efectuar pruebas de seguridad, quien, a su vez, los remitía al Mossad para que los analizaran. El procedimiento consistía en que nuestra gente los estudiaba, ideaba el modo de abrirlos y luego los devolvía acompañados de un informe en que los declaraba «inexpugnables».

Aquel día, después de comer, Dov L. condujo a toda la clase al aparcamiento donde se encontraban siete Ford Escort. (En Israel la mayoría de los coches del Mossad, del Shaback y de la policía son blancos, aunque el jefe del Mossad conducía entonces un Lincoln Town de color burdeos.) Se trataba de aprender *a* detectar si éramos seguidos por un coche. Esto es algo que debe practicarse una y otra vez. Lo cierto es que no guarda ningún parecido a lo que se ve en el cine o se lee en las novelas, acerca de notar cómo se nos eriza el vello en la nuca, lo que nos advierte de que somos seguidos. Es algo que únicamente se domina con una práctica continuada.

Cada noche, cuando regresábamos a nuestro hogar, y cada día, cuando salíamos hacia la escuela, debíamos comprobar si nos seguían.

Al día siguiente Ran S. nos habló de los *sayanim,* una parte importantísima, extraordinaria, de las operaciones del Mossad. Los *sayanim* —ayudantes— deben ser ciento por ciento judíos. Residen en el extranjero y, aunque no son ciudadanos israelíes, muchos son accesibles por medio de los parientes que tienen en nuestro país. Por ejemplo, a alguien así relacionado se le puede pedir que escriba una carta a su pariente en Inglaterra diciendo que el portador de la misma representa a una organización cuyo objetivo principal consiste en salvar a los judíos de la diáspora y pidiéndole que le preste de algún modo su ayuda. Hay miles de *sayanim* por el mundo. Únicamente en Londres son unos dos mil los que están en activo y otros cinco mil en reserva, que realizan múltiples funciones. Por ejemplo, un *sayan* que dirija una agencia de alquiler de automóviles podría ayudar al Mossad alquilándole un vehículo sin tener que cumplimentar la documentación habitual; otro, albergaría en su apartamento a alguien sin despertar sospechas; un banco *sayan* nos facilitaría dinero si lo necesitáramos a medianoche; un doctor *sayan* trataría una herida de bala sin informar a la policía. Y así sucesivamente. Se trata de contar con una serie de personas disponibles cuando es necesario, que pueden facilitar servicios, pero manteniendo reserva sobre ellos por lealtad

a la causa. Y a los que únicamente se satisfarían los gastos. Con frecuencia los *katsas* se aprovechan de la ayuda de los *sayanim* en beneficio propio. En ese sentido los *sayanim* no pueden efectuar control alguno.

Y uno puede estar seguro de que aunque un judío sepa que se trata del Mossad y acaso no esté de acuerdo en colaborar, tampoco le delatará. Tenemos a nuestra disposición un sistema de reclutamiento exento de riesgos que nos facilita realmente unos efectivos de millones de judíos a quienes recurrir allende las fronteras del país. Resulta mucho más fácil operar con lo que se halla disponible in situ y los *sayanim* ofrecen un apoyo increíblemente práctico en todas partes. Pero nunca debe ponérselos en peligro ni tampoco dárseles a conocer información secreta.

Supongamos que durante el curso de una operación un *katsa* tiene que utilizar repentinamente un almacén de aparatos electrónicos como tapadera. Recurriendo a un *sayan* introducido en el sector éste podría aportar cincuenta aparatos de televisión, doscientos vídeos, todo cuanto fuese necesario, desde su almacén hasta unas instalaciones improvisadas, y sin pérdida de tiempo contaríamos con un stock de tres o cuatro millones de dólares de mercaderías. Puesto que la mayor parte de la actividad del Mossad se desarrolla en Europa, acaso fuese preferible contar con una dirección comercial en Norteamérica. Por consiguiente, dispondríamos de direcciones y teléfonos *sayanim.* Si un *katsa* tiene que facilitar una dirección y un número telefónico puede utilizar los del *sayan.* Y si el *sayan* recibe una llamada telefónica o una carta, inmediatamente sabrá cómo debe proceder. Algunos negocios *sayanim* tienen una plantilla de veinte operadoras respondiendo a teléfonos, contestando cartas y enviando mensajes por fax, todo ello para el Mossad. Lo curioso es que el sesenta por ciento de los negocios de las empresas que responden a los teléfonos en Europa proceden del Mossad. De otro modo fracasarían.

El único problema del sistema es que a dicha organización no parece preocuparle cuan perjudicial resultaría que esto se supiese para el estatus de los judíos que se hallan en la diáspora. Cuando uno se interesa por ello, le responden: «¿Y qué es lo peor que podría sucederles a esos judíos? ¿Que viniesen todos a Israel? ¡Pues serían bien recibidos!»

Los *katsas* destinados a las bases tienen a su cargo a los *sayanim,* y los más activos son visitados por su *katsa* cada trimestre más o menos, lo que para ellos suele representarles entre dos y cuatro reuniones personales diarias con los *sayanim* junto con numerosas conversaciones telefónicas. El sistema permite al Mossad trabajar con la estructura de un equipo. Por ejemplo, una base del KGB utilizaría para ello a unas cien personas, mientras que su homónima israelí únicamente precisaría de seis a siete.

La gente comete el error de creer que el Mossad se halla en desventaja al no poseer bases en países «objetivo» evidentes. Por ejemplo, Estados Unidos cuenta con una base en Moscú y los rusos las tienen en Washington y Nueva York. Pero Israel no tiene base alguna en Damasco. No comprenden que el Mossad considera a todo el mundo exterior como «objetivo», comprendida Europa y Estados Unidos. La mayoría de países árabes no fabrican sus propias armas ni, por ejemplo, cuentan con academias militares de alto nivel. Si se desea reclutar a un diplomático sirio, no debe hacerse en Damasco: puede conseguirse en París. Y si se pretende obtener datos sobre misiles árabes, se lograrán en París, Londres o Estados Unidos, donde se fabrican. Puede obtenerse más información sobre Arabia Saudí de los americanos que de los propios saudíes. ¿Qué tienen los saudíes? Boeings. Y los Boeings son americanos. ¿Para qué se necesitan los saudíes?

Durante todo el tiempo que estuve en el Instituto, el reclutamiento total de árabes saudíes consistió en un agregado de la embajada japonesa: eso fue todo.

Y si se desea lograr un acercamiento a los oficiales de alta graduación, estudian en Inglaterra o Estados Unidos.

Sus pilotos se preparan en Inglaterra, Francia y Norteamérica. Sus comandos se entrenan en Francia e Italia: allí se puede reclutarlos. Es más fácil y menos peligroso.

Ran S. también nos dio una clase sobre «agentes blancos», individuos reclutados ya sea por medios directos o encubiertos, que puede o no ser sabido que trabajan para Israel. Se trata siempre de gente no árabe y suelen poseer conocimientos técnicos más sofisticados. En Israel existe el prejuicio de que los árabes no comprenden los temas técnicos. Y lo mismo se demuestra en los chistes, como aquel del hombre que vendía cerebros árabes a ciento cincuenta dólares la libra y judíos a dos dólares la libra. Al preguntarle por qué eran tan caros los primeros respondió: «Porque apenas se han utilizado», opinión ampliamente extendida en Israel sobre los árabes.

Los agentes blancos suelen ser de trato menos peligroso que los «negros» o árabes. En primer lugar, es muy probable que los árabes que trabajan en el extranjero estén sometidos a vigilancia por la seguridad del servicio secreto de su país, y si le descubren a uno trabajando con ellos como agente negro se propondrán acabar contigo. Lo peor que podría sucederle a un *katsa* que fuese sorprendido trabajando con un agente blanco en Francia es la deportación, pero el agente blanco podría ser acusado de traición. Uno haría todo lo posible por protegerle, pero el principal peligro se concentraría en él. Cuando se trabaja con un árabe, ambos están en peligro.

Al mismo tiempo que se sucedían nuestras clases en la Academia, proseguían ininterrumpidamente los ejercicios con vehículos en el exterior. Aprendimos una técnica llamada *maulter,* la utilización repentina de un coche al detectar o improvisar un seguimiento. Si se debe conducir por una zona en la que no se está familiarizado y no se ha previsto una ruta, hay una serie de procedimientos a seguir: girar primero a la derecha, avanzar, detenerse, y así sucesivamente, principalmente para eliminar la coincidencia y asegurarse de si se es o no seguido. También solían recordarnos que no nos encerrásemos en nuestros coches. Si creíamos ser seguidos, pero no podíamos comprobarlo totalmente, acaso sería prudente aparcar y aventurarse a seguir a pie partiendo desde allí.

Otro *katsa* llamado Rabitz nos dio una charla acerca de la base israelí, o local, que controla Chipre, Egipto, Grecia y Turquía. Sus *katsas* se llaman «insectos» o «saltadores» porque trabajan fuera del cuartel general de Tel-Aviv, vendo de aquí para allá durante varios días en cada ocasión, para dirigir a los agentes y a los *sayanim.* En todos esos países es peligroso operar porque sus gobiernos tienden a simpatizar con la OLP.

La base israelí no es un destino que goce de gran popularidad entre los *katsas.* Durante su conferencia sobre este tema, Ran S. se descargó a gusto. Irónicamente, más tarde sería designado jefe de la misma.

Para relajarnos, comenzamos a competir contra veinticinco estudiantes de otro curso que se seguía en la escuela, destinado a oficinistas, operadores de computadoras, secretarias y personal en general, a quienes se impartieron las nociones básicas sobre el funcionamiento de la organización y que en todo momento se comportaron mucho más formalmente que nosotros.

Con el fin de mantenerlos alejados de la codiciada mesa de ping-pong, solíamos ocultar las pelotas y las palas, pero competían con nosotros en la pista de baloncesto. Nosotros íbamos a por todas. Teníamos a un compañero infiltrado en el marcador y siempre ganábamos. El equipo contrario protestaba, pero durante algún tiempo seguimos jugando un partido semanal contra ellos, todos los martes de doce a una.

Entretanto nuestras lecciones, se sucedían intensas y rápidas. Tras instruirnos acerca de cómo trabajar a una persona tras un contacto básico hasta su reclutamiento, nos enseñaron algunas directrices financieras. Por ejemplo, antes de llegar a un compromiso era necesario determinar la situación económica del recluta. No debía colmarse de dinero a un necesitado puesto que ello siempre despertaría sospechas. Supongamos que un agente regresara a un país objetivo y tuviera que establecerse financieramente. Sigamos suponiendo que hubiese suscrito un contrato de dos años durante los cuales el salario que recibiría del Mossad sería de cuatro mil dólares mensuales. Si el agente pudiera absorber mil dólares mensuales sin alardes ni alteraciones en su género de vida, el *katsa* abriría una cuenta bancaria a su nombre, quizá en Inglaterra, en la que ingresaría su salario de todo un año. De modo que el agente percibiría los doce mil dólares por un lado y tendría treinta y seis mil depositados en su cuenta londinense. En cuanto al segundo año, suponiendo que se tratase de un contrato de dos, los doce mil dólares anticipados le serían entregados personalmente y los treinta y seis mil restantes se depositarían en su cuenta. De modo que no sólo se le proporcionaría la seguridad de su existencia cotidiana, sino que se le solucionaría el futuro y también se le atraería cada vez más protegiendo nuestros propios intereses. Existía asimismo una estructura a base de gratificaciones, algún extra por una carta, por ejemplo, que dependía de la calidad o de la situación del agente, y que solían oscilar de un promedio de cien a mil dólares extras por carta, aunque un ministro sirio, por ejemplo, podía recibir entre diez mil y veinte mil por un comunicado oficial. Los treinta a treinta y cinco *katsas* que funcionaban en un momento determinado disponían individualmente de por lo menos veinte agentes. Cada uno de esos seiscientos agentes extras percibe por término medio unos tres mil dólares mensuales, más tres mil de gratificaciones, y muchos incluso obtienen bastantes más ingresos, lo que representa unos gastos para el Instituto de unos quince millones de dólares mensuales como mínimo, sólo para pagar a los agentes. Por añadidura, están los costes de reclutamiento, los pisos francos, operaciones, vehículos y otros gastos numerosos, ascendiendo todo ello a centenares de millones mensuales.

Un *katsa* puede gastar fácilmente de doscientos a trescientos dólares diarios en comidas y cenas y unos mil diarios en gastos generales. Debían calcularse, además, de treinta mil a treinta y cinco mil dólares únicamente para cubrir sus extras. Y ello sin considerar el salario, que oscilaba de quinientos a mil quinientos dólares mensuales, según su categoría.

Nunca se dijo que el servicio secreto resultase económico.

A continuación Dov nos enseñó cómo construir una «ruta segura». Ello significa una ruta que alguien más está asegurando. Aprendimos a relacionarnos con la división de la seguridad de operaciones *yarid* (o de país leal) y nos pasaron una larga película de entrenamiento sobre el tema.

Los equipos del *yarid* constaban de cinco a siete personas. En aquella época se disponía de un total de tres equipos que, cuando se encontraban en Europa, dependían asimismo del jefe de la seguridad europea.

La principal razón para impartirnos esta lección –era demostrarnos el apoyo que los *yarid* ofrecen a los *katsas,* pero también para demostrarnos cómo asegurarnos una ruta por nuestra cuenta en el caso de que no se dispusiera de ningún *yarid.*[7] Tras haber aprendido esto, un nuevo mundo se abrió para mí. Iba por los cafés de Tel-Aviv y de pronto advertía toda esa actividad que se desarrolla en las calles en la que jamás había reparado: la desplegada por la policía que sigue a la gente. Sucede constantemente, pero a menos que uno se haya instruido en ello no se da cuenta.

A continuación llegó el turno a la conferencia de Yehuda Gil sobre las sutilezas del reclutamiento. Gil era un *katsa* legendario al que Riff nos presentó como «un maestro».[8] Comenzó diciéndonos que existen tres «incentivos» importantes para reclutar al agente: el dinero, la emoción (ya sea deseos de venganza o ideología) y el sexo.

—Deberéis tener siempre presente que en todo momento se debe actuar lenta pero delicadamente —dijo Gil—. Avanzad paso a paso. Por ejemplo, encontraréis a alguien entre una minoría a quien se ha tratado injustamente y que desea vengarse de su país: a ése podéis reclutarlo. Y cuando le entreguéis dinero y él lo acepte comprenderéis que ha sido captado y él será asimismo consciente de ello. Cualquiera es consciente de que nadie da dinero por nada. Y nadie espera conseguirlo a menos que se suponga que va a dar algo a cambio.

»Y, desde luego, está el sexo. Resulta útil, mas no debe ser considerado como un método de pago, porque la mayoría de personas que reclutamos son hombres. Hay un proverbio que dice: «Las mujeres dan y perdonan, los hombres cogen y olvidan.» Por ello el sexo no es un sistema de pago. El dinero no se olvida.

»E incluso aunque algo funcione —prosiguió—, no significa necesariamente que sea el método adecuado. Si es correcto funcionará cada vez, pero si está equivocado, sólo funcionará a veces.

Y nos contó la anécdota del obrero árabe, un *oler* (o descubridor), que esperaban preparase una entrevista con un tipo que ellos deseaban reclutar. Gil aguardó en un coche mientras el *oter* iba a recoger al individuo en cuestión. Él había preparado una historia acerca de que se conocían por asuntos de negocios. El *oter* había estado trabajando para el Mossad durante mucho tiempo y, sin embargo, cuando condujo al hombre al coche de Gil, presentó a éste como Albert y al aspirante a recluta como Ahmed y seguidamente se expresó en estos términos:

—Éste es el agente del servicio secreto israelí de quien te he hablado. Albert, Ahmed está dispuesto a trabajar para vosotros por dos mil dólares mensuales. Hará todo cuanto le ordenéis.

Los *oter,* que suelen ser árabes, se utilizan porque hay muy pocos *katsas* que sepan expresarse en su lengua, y a un árabe le resulta mucho más fácil entablar los contactos iniciales con otro, por así decirlo. Los *katsas* no tardaron en descubrir cuan útiles son.

En el caso mencionado por Gil la técnica directa funcionó. Ahmed fue reclutado, pero evidentemente la gestión no se llevó a cabo de un modo adecuado. Gil nos enseñó que la vida tiene un proceso y que cuando uno está reclutando debe seguirlo. Las cosas deben suceder de un modo natural. Por ejemplo, supongamos que sabéis que el hombre que deseáis reclutar estará en un bistre de París una tarde determinada y sabéis que se expresa en árabe. Gil se sentaría junto a él y el *oter* se encontraría algo más allá, en la barra. De

---

[7] Véase el apéndice I.

[8] Véanse el prólogo, y los capítulos 12 y 15.

pronto el *oter* advertiría la presencia de Gil, le saludaría e iniciarían una conversación en árabe. El tipo que se encontrase sentado en medio no tardaría en intervenir. Como estarían al corriente de sus antecedentes dirigirían la conversación hacia aquello que pudiera interesarle.

Entonces Gil podría decirle al *oter.*

—¿Te reunirás luego con tu novia?

—Sí, pero vendrá acompañada de su amiguita y delante de ella no podremos hablar. ¿Por qué no vienes tú también? —le respondería el *oter.*

Gil alegaría que le era imposible porque tenía un compromiso. Al llegar a este punto el tipo en cuestión probablemente anunciaría que él estaba libre y de ese modo se encaminaría inconscientemente hacia su reclutamiento.

—Consideradlo desde este punto de vista —concluyó Gil—. Si esta conversación se hubiese desarrollado en hebreo en algún bar de París, *vosotros* mismos podíais haber sido reclutados. Cuando la gente se halla en un país extranjero siempre se siente atraída hacia aquellos que se expresan en su propio idioma.

El truco de establecer el contacto inicial consiste en hacerlo parecer tan natural que si el individuo lo considera retrospectivamente no encuentre nada extraño en ello. De ese modo si no funcionara no le habríais engañado. Nunca debe permitirse que llegue a considerar que ha sido vuestro objetivo. Pero antes de que llegarais a intentar el acercamiento en aquel bistró de París, deberíais haber estudiado su expediente de arriba abajo, descubriendo todo lo posible sobre sus preferencias y asimismo sobre lo que se proponía hacer aquella noche... y procurando por todos los medios evitar cualquier elemento fortuito y el consiguiente riesgo.

La conferencia más importante la pronunció Yetzak Knafy, que llegó provisto de una serie de gráficos para explicarnos el apoyo logístico que el Tsomet (departamento de reclutamiento *katsa*) recibe en sus operaciones. Es algo colosal, comenzando con los *sayanim* y continuando con dinero, coches, apartamentos y demás. Sin embargo, el principal respaldo consiste en la documentación. Un *katsa* puede decir que es propietario de una empresa que fabrica botellas, o que es un ejecutivo de una delegación extranjera de la IBM, una compañía excelente, tan enorme que uno puede pasarse años simulando ser ejecutivo de ella. Incluso teníamos algunos almacenes en la IBM que nos facilitaban apoyo en caso de emergencia. Contábamos con trabajadores y un despacho, todo lo necesario, y la central lo desconocía.

Pero establecer un negocio, aunque sea falso, no es tan sencillo. Se necesitan tarjetas comerciales, papeles con membrete, teléfono, télex y demás. El Mossad cuenta con una reserva de antecedentes de empresas archivadas en una estantería, empresas con una estructura completa que tienen dirección y número de registro y sólo esperan la oportunidad de entrar en funcionamiento. Incluso mantiene algún capital invertido en ellas, suficiente para archivar declaraciones de impuestos e impedir que se despierten sospechas. Existen centenares de ellas en todo el mundo.

En el cuartel general había cinco salas repletas del material necesario para poner en funcionamiento compañías ficticias. En ellas se encontraban ocho hileras de estanterías con sesenta cajas por estantería en cada una de las cinco habitaciones. La información comprendía el historial de las compañías, sus estados de cuentas financieros, la historia de sus logotipos y con quiénes habían sido registradas, todo cuanto pudiera interesar a un *katsa* acerca de la empresa.

Cuando llevábamos seis meses de aprendizaje celebramos una reunión de mediado de curso llamada *bablat,* una abreviatura hebrea del *bilbut baitsim,* que significa «mezclar las bolas» o simplemente hablar ininterrumpidamente de todo. La sesión duró cinco horas.

Dos días antes habíamos sido sometidos a un ejercicio en el que nos ordenaron a mi colega Arik F. y a mí que nos sentáramos en un café de la calle de Henrietta Sold, junto a Kiker Hamdina. Pregunté a Arik si había llegado sin complicaciones y me respondió afirmativamente.

—De acuerdo —le dije—, me consta que a mí tampoco me han seguido. ¿Quién es entonces ese tipo que nos está observando desde allí? Por lo que a mí respecta, esto se ha terminado. Me voy.

Arik dijo que no podíamos marcharnos, que teníamos que esperar a que nos recogieran.

—Si deseas quedarte, allá tú —repuse—, pero yo me voy.

Aunque insistió en que yo estaba cometiendo un error, le respondí que le esperaría en Kiker Hamdina.

Le concedí media hora. Cuando me marché tenía la intención de observar el café. Como disponía de tiempo, me formé un itinerario, comprobé que nadie me seguía y regresé, subiendo a lo alto de un edificio desde el que podía vigilar el restaurante. Al cabo de diez minutos el hombre que habíamos estado esperando entró en el local y unos minutos después los coches de policía rodeaban aquel lugar. Los obligaron a salir del local y, los golpearon hasta dejarlos sin sentido. Tuve que llamar a urgencias. Más tarde me enteré de que todo aquel número había sido un ejercicio conjunto entre la Academia del Mossad y el departamento secreto de la policía de Tel-Aviv y que nosotros habíamos constituido el cebo.

Arik, que entonces tendría veintiocho años, hablaba inglés y se parecía muchísimo a Terry Waite, el enviado de la Iglesia anglicana que había sido secuestrado. Antes de incorporarse al curso formaba parte del servicio secreto militar. Era el mayor embustero que ha habido sobre la faz de la tierra. Cuando decía buenos días uno debía ir a la ventana para comprobar si era cierto. Arik no fue tan duramente golpeado por la policía en aquel incidente porque estuvo hablando, mintiendo sin duda, pero no calló un momento: sabía que mientras uno habla no le golpean.

Pero Jakob, el otro muchacho, estuvo diciendo constantemente: «No sé qué quieren ustedes.» Un policía corpulento le abofeteó, estrellando su cabeza contra la pared. Sufrió una fractura de cráneo y estuvo inconsciente durante dos días, permaneciendo seis semanas en el hospital. Durante un año siguió recibiendo el salario que le correspondía por el curso, pero abandonó.

Cuando nos pegaban era como una competición. Los policías estaban dispuestos a demostrar que eran mejores que nosotros. Aquello era peor que ser realmente capturado. Los jefes de ambos bandos solían decir: «Apuesto a que no podrás dominar a mis chicos», y entonces el otro respondía: «¿Estás seguro? ¿Hasta dónde puedo llegar?» En el *bablat* nos quejábamos de que no había ninguna necesidad de ser golpeados tan bestialmente. Nos respondieron que cuando cayésemos, no debíamos resistirnos sino hablar. Nuestros captores no recurrirían a la fuerza mientras estuviésemos hablando.

Cada vez que realizábamos un ejercicio, corríamos el peligro de ser capturados por la policía, y ello nos enseñaba a tomar precauciones.

Al llegar a cierto punto el programa de la clase comprendía una conferencia de Mark Hessner[9] prevista para el día siguiente y que trataba de operaciones mutuas, algo denominado Operación Ben Baker, que el Mossad había realizado conjuntamente con el servicio secreto francés. Mis compañeros y yo decidimos adelantar el tema estudiando el caso la noche anterior por lo que aquella tarde, cuando concluyó la clase, regresamos a la Academia y fuimos a la Sala seis, una sala blindada del segundo piso donde se guardaban los archivos. Corría el mes de agosto de 1984 y era una noche maravillosa de viernes, por lo que perdimos la noción del tiempo. Era ya cercana la medianoche cuando salimos de la habitación y la cerramos. Habíamos dejado nuestro coche en el aparcamiento, cerca del comedor, y nos encaminábamos hacia allí cuando oímos un gran estrépito desde la zona de la piscina.

—¿Qué diablos será eso? —pregunté a Michel.

—Vamos a verlo —respondió.

—Aguardad —intervino Heim—. Vayamos sigilosamente.

—Mejor aún —sugerí—, volvamos al segundo piso y desde la ventana veremos qué sucede.

Los ruidos se sucedieron ininterrumpidamente mientras entrábamos de nuevo en la Academia y subíamos la escalera y hasta que llegamos a la ventana del pequeño cuarto de baño donde yo había estado encerrado en una ocasión, durante las pruebas a que me sometieron antes de iniciar el curso.

Jamás podré olvidar lo que vimos en aquel momento. Había unas veinticinco personas alrededor de la piscina y todas estaban completamente desnudas. El subdirector del Mossad, su jefe actualmente, también se encontraba allí. Y Hessner. Y varias secretarias: era algo increíble. Algunos individuos no constituían un espectáculo muy agradable, pero la mayoría de las muchachas eran absolutamente impresionantes. Debo confesar que me parecieron mucho mejor que con uniforme. Muchas eran soldados femeninos que habían sido destinadas allí y que tan sólo tendrían dieciocho o veinte años.

Algunos jugaban en el agua o bailaban, y otros estaban tendidos sobre mantas a derecha e izquierda haciendo el amor con el mayor entusiasmo. Nunca había visto nada parecido.

—Hagamos una lista con todos los que están ahí —propuse.

Heim sugirió que buscásemos una cámara fotográfica.

—Yo no tengo nada que ver con eso —repuso Michel—, y deseo seguir en la organización.

Yosy estuvo de acuerdo con él y Heim admitió que acaso fuese imprudente sacar fotografías.

Permanecimos en aquel lugar unos veinte minutos. Sin duda alguna, todos eran peces gordos y estaban haciendo intercambio de parejas. Aquello me sorprendió extraordinariamente: desde luego era algo que jamás hubiera imaginado. Considerábamos a aquellos hombres como héroes, los respetábamos y luego los veíamos celebrando una orgía sexual junto a la piscina. Me maravilló que Heim y Michel no parecieran sorprendidos.

---

[9] Véase el capítulo 9.

Nos marchamos sigilosamente, fuimos hacia nuestro coche y lo empujamos hasta la entrada. No lo pusimos en marcha hasta que cruzamos la verja y descendimos por la cuesta.

Según comprobamos posteriormente, aquellas reuniones se celebraban constantemente. La zona que rodea la piscina es el lugar más seguro de Israel. Uno no accede allí si no forma parte del Mossad. ¿Qué es lo peor que podría suceder? Que las descubriera un cadete. ¿Y qué podría ocurrir en tal caso? Uno siempre podría negarlo.

Al día siguiente, en clase, resultaba extraño estar allí sentado oyendo hablar a Hessner después de lo que le habíamos visto hacer la noche anterior. Recuerdo que no pude por menos de formularle una pregunta.

—¿Le pasa algo en la espalda? —le dije.

—¿Por qué? —respondió.

—Porque camina como si la hubiese forzado.

Heim me miró y la barbilla casi le tocó al suelo.

Tras la larga y tediosa charla de Hessner nos dieron otra conferencia sobre la estructura militar de Siria. Resultaba difícil no quedarse dormido con aquellas disertaciones. Si uno se encontrara en los Altos del Golán podría sentirse interesado, pero todas aquellas tonterías acerca de cómo desplegaban los sirios sus efectivos eran bastante aburridas, aunque nos infiltraban una perspectiva general y eso era lo que realmente deseaban.

A continuación el curso comprendía una nueva temática sobre encuentros seguros en países base. Con la primera conferencia se exhibía una película de entrenamiento sobre el tema producida por el Mossad. La filmación, viendo a toda aquella gente sentada en los restaurantes, no nos causó gran impacto. Lo importante era aprender a escoger el local o cuando celebrar la entrevista. Previamente a cualquier reunión debíamos asegurarnos de que nadie nos estuviera vigilando. Si nos reuníamos con un agente, esperaríamos a que él entrase primero y se sentase para poder comprobar que no había sido seguido. Todos los movimientos que se realizan en estos casos tienen sus normas. Si se quebrantan, puedes ser hombre muerto. Si aguardas al agente en el restaurante, eres un objetivo sentado. Aunque él se levantara para ir al cuarto de baño, sería conveniente que no esperaras su regreso.

Eso sucedió en una ocasión en Bélgica, en que un *katsa* llamado Tsadok Offir se reunió con un agente árabe. Tras permanecer sentados durante varios minutos, el árabe dijo que tenía que salir a buscar algo. Cuando regresó, Offir seguía allí esperando. El agente desenfundó una pistola y le llenó el cuerpo de plomo. Offir sobrevivió milagrosamente y el agente fue eliminado más tarde en el Líbano. Actualmente cuenta esta experiencia a todos cuantos quieren escucharle para demostrarles cuan peligroso puede ser un simple desliz.

Nos enseñaban constantemente el modo de asegurarnos.

—Ahora estáis aprendiendo a ir en bicicleta —nos decían—, cuando salgáis de aquí no tendréis que pensar en ello.

La idea del reclutamiento es como echar una piedra por una ladera. Utilizábamos la palabra *ledarder,* que significa estar en la cumbre de una colina y empujar una roca hacia abajo. Así se recluta a la gente. Se escoge a alguien y se consigue que gradualmente realice algo ilegal o inmoral y se le empuja por la ladera. Pero si se halla en un pedestal

no va a ayudarnos y no podremos utilizarle. El quid de la cuestión consiste en utilizar a la gente. Pero con el fin de utilizarlos se debe moldearlos. Si nos encontramos con un individuo que no bebe, no tiene apetencias sexuales, no necesita dinero ni tiene problemas políticos y se siente dichoso con la vida que lleva, no podremos reclutarle. Lo que se hace es trabajar con traidores. Un agente es un traidor, por mucho que lo racionalice. Tratamos con la peor clase de personas. Solíamos decir que no sometíamos a chantaje a la gente. No teníamos por qué hacerlo: nos bastaba con manipularlos. Nunca se dijo que fuese un negocio limpio.

5. NOVATOS

Por fin, a principios de marzo de 1984, llegó el momento de abandonar las aulas.

En aquellos instantes aún seguíamos siendo trece los alumnos del curso. Nos dividieron en tres equipos, instalándonos a cada uno en un apartamento distinto de Tel-Aviv. Mi equipo se alojaba en Givataim; otro, en el centro de la ciudad, cerca de la calle de Dizengoff y, el tercero, en la avenida de Ben Gurión, al norte de la ciudad.

Cada apartamento era a un tiempo base y piso franco. El que yo ocupaba se hallaba en el cuarto piso de una casa sin ascensor, con un balcón en el salón, otro en la cocina, dos dormitorios, baño y aseo. Estaba parcamente amueblado y pertenecía a un *katsa* que se encontraba en el extranjero.

Shai Kauly era el responsable de mi base-piso franco. Los otros novatos allí destinados eran Tsvi G., el psicólogo; Arik F.; Avigdor A., mi compañero, y otro tipo llamado Amy, un lingüista muy nervioso que, entre los distintos defectos que se le apreciaban, era un recalcitrante no fumador en un entorno en el que fumar cigarrillo tras otro se consideraba como parte de los ritos de iniciación.

Amy, un soltero de Haifa, tenía aspecto de artista de cine y le aterraba pensar que alguien pudiera darle una paliza. No puedo imaginar cómo consiguió superar las pruebas básicas.

Llegamos los cinco sobre las nueve de la mañana con nuestro equipaje y trescientos dólares en efectivo en los bolsillos, una cantidad considerable calculando que por entonces el salario de un novato era de quinientos dólares mensuales.

Como nos disgustaba tener a Amy con nosotros porque era un alfeñique, comenzamos a charlar acerca de lo que haríamos cuando viniese la policía y cómo podríamos prepararnos para resistir el dolor, todo ello con el propósito de que él se sintiera aún más incómodo. Éramos unos canallas y disfrutábamos de aquel modo.

Alguien llamó a la puerta y él se levantó sobresaltado, incapaz de disimular la tensión que sentía. Nuestro visitante era Kauly, que nos traía un gran sobre de papel manila para cada uno.

— ¡No quiero saber nada más de esto! —exclamó Amy al verlo.

Kauly le respondió que fuese a entrevistarse con Araleh Sherf, director de la Academia.

Más tarde lo enviaron con el grupo de la calle de Dizengoff, pero una noche que la policía se presentó allí y llamó a la puerta, se levantó y dijo:

—Ya estoy harto.

Y se marchó para siempre.

Así pues, nos quedamos reducidos a una docena.

En los sobres que Kauly nos entregó estaban incluidas las instrucciones que debíamos seguir. Por mi parte, se me ordenaba que me pusiera en contacto con un individuo llamado Mike Harari, nombre que por entonces no significaba nada para mí. Asimismo debía obtener información sobre un hombre conocido como «Mikey» por sus amigos, antiguo piloto voluntario durante la guerra de independencia a fines de los cuarenta.

Kauly nos dijo que debíamos ayudarnos mutuamente para completar nuestras tareas. Ello representaba considerar un plan de operaciones y establecer una rutina para

garantizar la seguridad de nuestro apartamento. Nos entregó algunos documentos —yo volvía a ser «Simón»— y algunos impresos de informes.

En primer lugar debíamos encontrar un escondrijo parar ocultar nuestros documentos y seguidamente ingeniarnos una historia que nos sirviera de tapadera para justificar que estuviésemos todos juntos en el apartamento, por si la policía hacía una redada. El mejor medio para ello era inventar una «razón en cadena». Yo podía decir que procedía de Holon y que había venido a Tel-Aviv, donde había conocido a Jack, el dueño del apartamento, en un café.

—Jack me dijo que podía ocuparlo porque se iba a pasar dos meses en el extranjero —diría—. Entonces me encontré con Arik en un restaurante. Le conozco desde la guerra de Haifa y no tuve inconveniente en que se alojara aquí conmigo.

Avigdor sería un amigo de Arik y ambos tendrían también su propia coartada, y así sucesivamente, para que por lo menos pareciese verosímil. En cuanto a Kauly, le dijimos que tendría que inventarse su propia historia.

Encontramos un hueco en la mesa del comedor, una de esas mesas ensambladas y con un vidrio sobre el panel de madera, y acoplamos cuidadosamente un segundo panel «falso». Bastaba con levantar el cristal y apartar la pieza superior de madera. Era fácilmente accesible y un lugar donde a muy pocos se les ocurriría mirar.

También acordamos llamar a la puerta de un modo especial, los clásicos dos golpes, luego otro, dos más y uno, para indicar que se trataba de alguien de los nuestros. Antes de regresar al apartamento podíamos llamar y transmitir un mensaje cifrado. Ahora bien, si no había nadie en la casa, la señal de «no existe peligro» consistiría en una toalla amarilla colgada en un tendedero en el balcón de la cocina.

Disfrutábamos de excelente talante. Nos sentíamos como si flotásemos por los aires: estábamos realizando un auténtico trabajo, aunque todavía siguiera siendo de simple entrenamiento.

Aquel día, antes de que Kauly se marchara, habíamos elaborado planes para abordar a nuestros contactos y reunir información sobre ellos. Puesto que dispondrían de direcciones, nuestro primer paso consistiría en observar. De modo que Avigdor acudió a vigilar el domicilio de Harari para mí mientras yo iba a vigilar al contacto destinado a Arik, el hombre propietario de una compañía llamada Juguetes Bukis.

Lo único que sabía de Harari era su nombre y su dirección, mas no figuraba en el listín telefónico. Sin embargo, consultando en la biblioteca, le encontré incluido en el *Who's who* de Israel. Figuraban muy pocos antecedentes: tan sólo se decía que era el presidente de Seguros Migdal, una de las firmas más importantes del país en dicho ramo, cuya central se encontraba cerca de un distrito llamado Hakirya. En dicha zona se hallan muchos edificios oficiales. La inscripción indicaba asimismo que la esposa de Harari trabajaba como bibliotecaria en la Universidad de Tel-Aviv.

Decidí acudir en busca de empleo a Seguros Migdal, Me enviaron al departamento de personal y, mientras hacía cola, observé a un hombre, aproximadamente de mi misma edad, que trabajaba en un despacho próximo y oí que un compañero suyo le llamaba «Yakov».

Me levanté, me dirigí hacia su despacho y le dije:

—¡Yakov!

—Sí, yo soy. ¿Quién es usted? —repuso.

—Soy Simón. Te recuerdo: estuvimos juntos en Tel Hashomer —me refería a la principal base de reclutamiento militar donde acuden todos los israelíes.

—¿Qué año estuviste allí? —se interesó.

—Soy un doscientos tres —le dije en lugar de responderle directamente.

Se trataba del comienzo de una serie numérica que representa un fragmento de tiempo de reclutamiento más que un año o mes específicos.

—Yo también soy un doscientos tres —repuso Yakov.

—¿Estuviste en las fuerzas aéreas?

—No, en los tanques.

—¡Oh, entonces acabaste *pongos*! —comenté riendo.

(Pongos es una expresión hebrea que juega con la palabra hongos para designar a la gente metida en un tanque, el cual siempre suele ser oscuro y con frecuencia húmedo.)

Le dije que conocía un poco a Harari y le pregunté si había vacantes en la empresa.

—¡Oh, sí, están buscando vendedores! —me confió Yakov.

—¿Sigue siendo Harari el presidente?

—No, no —repuso mencionando otro nombre.

—¿A qué se dedica ahora?

—Es diplomático —me informó Yakov—. Y también posee un negocio de importación y exportación en el edificio Kur.

Aquello me resultó familiar porque Avigdor manifestó haber visto un Mercedes con la matrícula blanca característica de las embajadas en la puerta de Harari. Me quedé desconcertado: en Israel una persona con nombre hebreo que se asocie con diplomáticos extranjeros resulta muy sospechosa, pues todos los pertenecientes a dicho estamento que se encuentren en el país son considerados espías. Por esa razón un soldado israelí que esté haciendo autostop no puede aceptar que le recojan en un vehículo que ostente dicha matrícula diplomática: si así lo hiciera se vería obligado a presentarse ante un consejo de guerra. Y cuando Avigdor vio el Mercedes en la puerta de Harari ignorábamos que se trataba de su coche y creímos que pertenecería a algún visitante.

Yakov y yo aún estuvimos un rato charlando hasta que se me acercó una mujer y me dijo que había llegado el momento de que me presentase a la entrevista para el empleo. Con el fin de no despertar sospechas me sometí a la prueba, pero fracasé deliberadamente.

Por el momento sabía dónde trabajaba la mujer de Harari —en la Universidad de Tel-Aviv— y que él era diplomático. ¿Pero de dónde? ¿Y para quién? Podía seguir su coche, pero si ostentaba dicho cargo, probablemente habría sido aleccionado por el servicio secreto y no quería fallar en mi primera prueba.

Al segundo día dije a Kauly que había decidido realizar mis ejercicios uno tras otro: primero entraría en contacto con Harari y luego descubriría quién era Mikey.

Cada vez que salíamos del apartamento corríamos el riesgo de ser seguidos. En tal caso, debíamos advertir a los demás de que ya no estábamos seguros. Naturalmente cada uno de nosotros sabía dónde iban los restantes porque presentábamos nuestros informes a Shai Kauly.

Al llegar a este punto podía hacer APAM en sueños. Al cuarto día, cuando me dirigía al edificio Kur, advertí que alguien me estaba escoltando desde las proximidades del distrito de Hakirya. Mi habitual ruta de seguridad consistía en tomar el autobús de

Givataim, dirigirme a Derah Petha Tikvah y apearme en la esquina de la calle de Kaplan, que atraviesa directamente Hakirya.

Aquel día me apeé del autobús, di un rodeo —al igual que había hecho antes de subir — y miré hacia la derecha sin ver a nadie. Sin embargo, cuando me volví hacia la izquierda advertí un coche en el aparcamiento, ocupado por ciertos individuos que me parecieron fuera de lugar, por lo que me propuse jugar con ellos y hacerles una mala pasada. Me dirigí hacia el sur de Derah Petha Tikvah, una arteria principal con tres vías en ambas direcciones, lo que significaba que el vehículo tendría que ir delante de mí si no quería perderme de vista.

Llegué a un punto en que un puente cruza sobre Petha Tikvah hacia el edificio Kafka. Eran sobre las doce menos cuarto de la mañana y el tráfico estaba terriblemente colapsado. Subí al puente, me detuve y pude ver cómo el conductor del coche levantaba la mirada hacia mí, pero no podía acercárseme sin que yo lo advirtiera. En el extremo opuesto había otro tipo dispuesto a seguirme si tomaba dirección norte y un tercero también preparado por si me encaminaba hacia el sur. Desde mi ventajoso punto de vista en lo alto podía distinguirlo todo claramente.

A mis pies había una zona donde los coches podían girar en redondo. En lugar de cruzar el puente, me di un aparatoso manotazo en la cabeza como si hubiese olvidado algo, giré en redondo y regresé a la calle Kaplan lentamente para que pudieran darme alcance. No pude contener una risita al escuchar los bocinazos de los coches que estaban bajo el puente cuando el coche que iba tras mis pasos trató de dar la vuelta por completo entre el denso tráfico.

En Kaplan lo único que podían hacer era seguirme en fila india. Avancé hasta la mitad de la calle, a un puesto militar que se halla frente a la «Puerta Victor», así denominada en honor a mi en otro tiempo sargento mayor, y luego me zambullí entre el tráfico hasta un quiosco donde compré un bocadillo y una gaseosa.

Seguí de pie contemplando cómo el coche se aproximaba lentamente. De repente descubrí que el conductor era Dov L. Concluí mi refrigerio y me acerqué al vehículo, a la sazón irremediablemente atascado entre el tráfico, y pasando sobre su capota logré alcanzar la acera y marcharme. A mis espaldas oí a Dov que hacía sonar la bocina a breves intervalos como si dijera: «De acuerdo: te has salido con la tuya. Me has cogido.»

Yo exultaba de alegría: había sido realmente divertido. Dov me confesaría después muy avergonzado que nadie le había comprometido de tal modo.

Tras asegurarme de que no había nadie más tras de mí, cogí un taxi y me dirigí hacia otro punto de Tel-Aviv desde donde organizaría mi itinerario, asegurándome de que todo aquello no había sido sólo un truco para hacerme bajar la guardia. Luego regresé al edificio Kur y cuando llegué al mostrador de información anuncié que estaba citado con Mike Harari. Me enviaron al cuarto piso, en el que un pequeño letrero decía algo parecido a «Importación-Exportación. Expediciones».

Había decidido presentarme durante la pausa del almuerzo porque en Israel los directivos raras veces se quedan a almorzar. En aquel punto lo único que deseaba era hablar con alguna secretaria y conseguir un número telefónico y alguna información adicional. Y si Harari se encontraba allí, tendría que improvisar.

Afortunadamente sólo estaba la secretaria, la cual me informó que la firma expedía sus propios productos, principalmente a América del Sur, pero que a veces aceptaba encargos o efectuaba envíos parciales ajenos para completar algún cargamento.

Le dije que me había enterado por la compañía de seguros de que Harari trabajaba allí.

—¡No, no! —exclamó ella—. Es uno de los socios, pero no trabaja aquí. Es el embajador de Panamá.

—Discúlpeme —repuse (respuesta fatal, pero me había cogido por sorpresa)—. Creí que era israelí.

—Y lo es —contestó ella—. Pero también es el embajador honorario de Panamá.

Así pues, me marché, seguí mi ruta y redacté un informe completo sobre las actividades de la jornada.

Cuando Kauly llegó, me preguntó qué había conseguido y se interesó por saber cómo me proponía establecer el contacto.

—Pienso ir a la embajada panameña.

—¿Por qué? —se interesó.

Yo ya había elaborado un plan. El archipiélago de las Perlas, en las proximidades de Panamá, solía albergar una rica industria de perlas cultivadas. En Israel, el mar Rojo es asimismo muy propicio para tal producción: es tranquilo y tiene el contenido de sal apropiado y, al otro lado, en el golfo Pérsico, hay ostras perlíferas en abundancia. Yo me había enterado de todo ello, especialmente del proceso de creación de las perlas cultivadas, en la biblioteca. Me presentaría en la embajada, simulando ser socio de un riquísimo hombre de negocios americano que se proponía crear una industria de tal tipo en Eilat. Considerando la alta calidad de la producción panameña en este sector, pensábamos importar un contenedor completo de ostras perlíferas a Israel para iniciar el negocio. En el proyecto se indicaría que las personas implicadas en el mismo tenían muchísimo dinero y eran solventes y que no se trataba de una estafa, puesto que no habría beneficios por lo menos hasta dentro de tres años.

Kauly lo aprobó.

Por consiguiente debía conseguir que Harari, antes que el embajador panameño *oficial,* me concediese una entrevista. Telefoneé identificándome como Simón Lahav y dije que deseaba proponer una inversión en Panamá. La secretaria me sugirió que hablase con un agregado.

—No —respondí—. Necesito tratar con alguien que posea experiencia comercial.

—Entonces tal vez debería entrevistarse con el señor Harari —sugirió ella.

Y así fijamos la cita para el día siguiente.

Le dije que podía concretarme cualquier detalle en el Sheraton, donde yo figuraba inscrito gracias a un acuerdo que el Mossad tenía establecido con la seguridad de diversos hoteles, por el que registran a sus oficiales y les asignan el número de una habitación para recibir mensajes.

Aquel mismo día, un poco más tarde, me dejaron una nota en la que me indicaban que al día siguiente a las seis de la tarde Harari me estaría aguardando en la embajada. Aquello me pareció extraño porque en todas partes cierran a las cinco.

La embajada de Panamá se halla en la playa sur del aeropuerto Sede Dov, en el primer piso de un edificio de apartamentos. Me presenté elegantemente vestido y dispuesto a realizar negocios. Había pedido que me facilitasen un pasaporte porque no debía parecer israelí sino un hombre de negocios de la Columbia Británica, en Canadá. En tal sentido había telefoneado a Raafi Hochman, alcalde de Eilat, a quien conocía desde cuando viví un año en dicha localidad, y con el que había ido a la misma clase en el

Instituto, aunque, desde luego, no me di a conocer, y le expuse dicha propuesta por si llegaba el caso de que Harari decidiese investigar el asunto.

Por desdicha, Kauly no me consiguió el pasaporte que necesitaba, por lo que me presenté sin él. Pensé, ¡qué diablos!, si me lo pide le diré que soy canadiense, pero que no suelo llevarlo encima y que me lo he dejado en el hotel.

Llegué a la embajada y me encontré con que Harari era el único que estaba allí. Nos sentamos uno frente a otro en un lujoso despacho. Tras su enorme mesa escritorio, me estuvo escuchando mientras le describía mi plan. En primer lugar se interesó.

—¿Están respaldados por un banco o son inversores individuales?

Le dije que se trataba de una empresa comercial considerada de alto riesgo. Al oír estas palabras Harari sonrió.

Yo estaba dispuesto a entrar en todos los detalles sobre las ostras, pero entonces me preguntó:

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Lo que sea, hasta quince millones de dólares. Pero contamos con gran libertad de acción. Calculamos que los costes de la operación para tres años no superarán los tres millones y medio.

—Entonces ¿por qué calcular un margen tan elevado si los costes son tan reducidos? —se interesó Harari.

—Porque los beneficios potenciales serán muy altos y mi socio es muy hábil consiguiendo dinero.

Yo estaba sumamente deseoso de entrar en los aspectos técnicos del plan, de soltar en algún momento el nombre del alcalde de Eilat, y todo lo demás. Pero Harari me interrumpió bruscamente, y medio incorporado sobre la mesa me dijo:

—Con una cifra adecuada podrán obtener todo cuanto quieran en Panamá.

Esto me representó un auténtico problema. Me proponía hablar con un individuo y echarlo a rodar cuesta abajo implicándole poco a poco en el juego. Seguí interpretando el papel de buen chico, pero antes de que pudiera volver a abrir la boca era él quien me estaba haciendo rodar cuesta abajo. Me había presentado con una embajada ante el honorable embajador, y aunque él ni siquiera me conocía estábamos hablando de sobornos.

—¿Qué quiere decir? —repuse finalmente.

—Panamá es un país curioso —prosiguió—. En realidad no es un país: es más bien como un negocio. Yo conozco a la gente adecuada o, en otras palabras, a los comerciantes. Allí, una mano lava a la otra. Ahora tendría que negociar para su empresa perlífera y tal vez mañana necesitemos otra cosa de usted. Es una especie de convenio comercial, pero nos gusta tratar a largo plazo.

Hizo una pausa y añadió:

—Antes de seguir adelante, ¿me permite comprobar su identidad?

—¿Qué clase de comprobación?

—Por ejemplo, ver su pasaporte canadiense.

—No llevo mi pasaporte por ahí.

—En Israel debe llevar siempre consigo un documento de identidad. Llámeme cuando lo tenga y hablaremos. —Y concluyó—: Como sabe, la embajada está cerrada.

Se levantó y me acompañó hasta la puerta sin añadir palabra.

Yo no había reaccionado debidamente cuando Harari me pidió el pasaporte: había dudado, casi tartamudeado. Probablemente se habían encendido sus luces de seguridad y había decidido mostrarse más prudente. De repente me pareció muy peligroso.

Regresé al apartamento siguiendo los procedimientos habituales de seguridad y concluí mi informe hacia las diez de la noche, en el instante en que Kauly se presentaba específicamente para leerlo.

Kauly se marchó y no estaría muy lejos cuando llegó la policía. Propinaron patadas contra la puerta del apartamento hasta doblarla y los novatos fuimos conducidos a la comisaría de policía de Ramal Gan y encerrados en celdas separadas para ser interrogados. Se trataba una vez más de inculcarnos que cuando se trabaja en una base, nuestro mayor enemigo podían ser las autoridades locales. Si por ejemplo éramos seguidos, debíamos hacer constar en nuestro informe si creíamos que se trataba de la policía.

Nos retuvieron toda la noche y cuando regresamos al apartamento la puerta ya había sido reparada. Al cabo de unos diez minutos sonaba el teléfono. Era Araleh Sherf, el director de la escuela.

—¿Eres tú, Victor? —interrogó—. Deja todo lo que estés haciendo: quiero que te presentes aquí ahora mismo.

Cogí un taxi hasta la esquina próxima al Country Club, donde me apeé y llegué andando a la escuela. Comprendía que algo no marchaba bien. Quizá ya habían descubierto que el fabricante de juguetes había sido miembro del Mossad, como lo era el contacto de Avigdor, el propietario de una fábrica de bebidas.

—Voy a hablarte claramente —dijo Sherf—. Mike Harari había sido jefe del Metsada. La única tontería la cometió en Lillehammer, en donde era jefe.

»Shai Kauly está muy orgulloso de ti. Me transmitió tu informe, pero en tus declaraciones Harari no resultaba muy favorecido. De modo que anoche le llamé y le pedí que me respondiera. Le leí tu informe y me aseguró que todo cuanto dices es falso.

Y acto seguido procedió a darme la versión de Harari.

Según él, yo había llegado, había aguardado veinte minutos hasta que estuvo dispuesto a recibirme y luego comencé a expresarme en un inglés pésimo. Dijo que había comprendido que yo era un farsante y que me había acusado de haber urdido toda aquella historia.

—Harari fue mi superior —prosiguió Sherf—. ¿A quién piensas que voy a creer, a ti, que eres un novato, o a él?

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza. Estaba irritadísimo.

No suelo recordar los nombres correctamente, pero mis informes siempre han sido casi perfectos. Yo había puesto en marcha la grabadora que llevaba en el maletín antes de comenzar la reunión con Harari. Le tendí la cinta a Sherf.

—Aquí está grabada la conversación. Tú dirás a quién crees: la copié textualmente.

Tras estas palabras Sherf cogió la cinta y salió del despacho, regresando un cuarto de hora después.

—¿Quieres que te acompañen al apartamento? —dijo—. Sin duda ha habido un mal entendido. Toma estos sobres, aquí está el dinero para tu equipo.

—¿Puedes devolverme la cinta? —le dije—. Tengo algunas cosas grabadas en ella referentes a otras operaciones.

—¿Qué cinta?

—La que acabo de darte.

—Verás —respondió—, sé que has pasado una noche terrible en la comisaría. Lamento tener que haberte hecho venir hasta aquí sólo para darte el dinero de tu equipo. Pero a veces las cosas son así.

Más tarde, hablando con Kauly, éste me confesó que se alegraba de que hubiese grabado la conversación.

—De otro modo hubieses quedado en ridículo y probablemente te hubieran expulsado del curso —me dijo.

No volví a ver ni a oír aquel casete, pero aprendí bien la lección. Ello empañó un tanto la visión que yo tenía del Mossad. ¡De modo que aquél era el gran héroe! Anteriormente había oído hablar muchísimo de los éxitos de Harari, pero tan sólo le conocía por su nombre en clave, «Cobra», y por fin había descubierto quién era realmente.

Poco antes de la medianoche del 20 de diciembre de 1989, cuando Estados Unidos invadió Panamá en tiempos del general Manuel Noriega, con las primeras informaciones recibidas se decía que también habían capturado a Harari. Asimismo, en diversos servicios informativos transmitidos por cable se le describía como un «antiguo oficial del servicio secreto del Mossad israelí que se había convertido en uno de los más influyentes consejeros de Noriega».

Un funcionario del nuevo gobierno panameño instalado por los americanos expresó su satisfacción ante esta noticia, diciendo que, después de Noriega, Harari era «la persona más importante de Panamá». No obstante, su alegría fue prematura puesto que aunque capturaron a Noriega, Harari desapareció, reapareciendo poco después en Israel, donde aún continúa.

Yo aún tenía otro proyecto que llevar a cabo: reunir información sobre el antiguo piloto de aviación llamado «Mikey». Syd Osten, mi padre (que había anglicanizado su nombre de Ostrovsky y que actualmente reside en Omaha, Nebraska), había sido capitán de las fuerzas aéreas voluntarias de Israel y yo estaba familiarizado con sus rocambolescas aventuras y el heroísmo que desplegó durante la guerra de independencia. Muchos pilotos de las fuerzas aéreas norteamericanas, británicas y canadienses que combatieron durante la segunda guerra mundial se ofrecieron después como voluntarios para luchar por Israel.

La mayoría de ellos residían en la base del aeropuerto Sede Dov, de la que mi padre había sido comandante. Aunque conseguí muchos de sus nombres por los archivos no pude hallar referencia alguna del tal «Mikey».

A continuación pedí al jefe de seguridad, Mousa M., que me inscribiera en el hotel Hilton. Seguidamente me procuré algunos cartones y trípodes y llamé a la oficina de enlace de las fuerzas aéreas diciendo que era un realizador cinematográfico canadiense y deseaba hacer un documental sobre los voluntarios que habían contribuido a constituir el Estado de Israel. Añadí que me hospedaría durante dos días en el Hilton y que me gustaría entrevistarme con todos cuantos fuera posible.

Hacía sólo un mes que las fuerzas aéreas habían celebrado una ceremonia de condecoraciones, por lo que disponían de una relación con direcciones totalmente actualizada. El enlace me confirmó que se había puesto en contacto con veintitrés de ellos y que unos quince habían prometido aparecer por el Hilton, y se puso a mi disposición por si deseaba algo más.

Valiéndome de los cartones confeccioné algunos carteles en los que se leía: «Cielos Radiantes: historia de la Guerra de Independencia.» Y sobre el titular añadí: «Consejo Cinematográfico Canadiense de Documentales.»

El viernes a las diez de la mañana Avigdor y yo entrábamos en el Hilton. Avigdor vestía un mono y llevaba los letreros. Yo iba formalmente vestido. Mi compañero instaló uno de ellos en la entrada principal, informando de la habitación en que iban a celebrarse las entrevistas, y luego otro en el vestíbulo. En el hotel nadie se molestó siquiera en preguntarnos qué estábamos haciendo.

Estuve reunido con aquellos hombres durante unas cinco horas con una grabadora en la mesa. Uno de ellos, sin darse cuenta, incluso me estuvo contando anécdotas de mi padre.

En cierto momento en que se desarrollaban simultáneamente cuatro o cinco conversaciones y pese a que nadie había pronunciado aquel nombre, dije:

—¿Mikey? ¿Quién es ese Mikey?

—¡Ah, se trata de Jack Cohén! —repuso uno de ellos—. Era un doctor sudafricano.

Entonces estuvieron charlando un rato sobre «Mikey», que había pasado media vida en Israel y el resto en Estados Unidos. En breve les di las gracias a todos ellos y les anuncié que debía irme.

No entregué una sola tarjeta comercial ni efectué promesa alguna y conseguí los nombres de todos ellos. Incluso me invitaron a almorzar: todo fue sobre ruedas. Hubiera podido conseguir cuanto quisiera de ellos, pero con aquello me bastaba.

Acto seguido regresé al apartamento y redacté mi informe, diciéndole a Kauly:

—Si hay algo en esta cinta que no desees que figure, dímelo ahora.

Kauly se echó a reír.

En marzo de 1984, mientras estábamos realizando aquella parte del curso, Araleh Sherf nos escogió para representar un espectáculo dirigido por el famoso productor cinematográfico israelí Amos Etinger en el Museo del Man Concert Hall de Tel-Aviv para la convención anual del Mossad, que debía celebrarse antes de dos días. Tamar Avidar, la esposa de Etinger, es una célebre periodista y en otros tiempos había sido agregada cultural en la embajada israelí en Washington.

El acontecimiento era una de esas ocasiones extraordinarias en que el Mossad realiza un acto público vinculado con la gente del exterior, aunque esas personas más bien fuesen como una prolongación familiar, en su mayoría políticos, servicio secreto militar, veteranos y los directores de diversos periódicos.

Estábamos agotados: aún teníamos que hacer informes para Kauly y la noche anterior apenas habíamos dormido porque estuvimos ensayando para el gran espectáculo. Yosy había sugerido que nuestro grupo fuese a su casa para descansar un poco puesto que debíamos permanecer juntos, pero más tarde nos dijo que le esperaba una mujer a la que había prometido visitar. De modo que no durmió ni un momento.

—Estás recién casado —le dije— y acabas de tener un hijo. ¿Para qué te has casado? No descansas un momento. Eres como pez en el agua, por lo menos una parte tuya siempre está nadando.

Me explicó que sus parientes políticos tenían un almacén en la plaza de Kiker Hamdina (actualmente algo similar a la elegante Quinta Avenida neoyorquina) y que no tenían problemas económicos. Por añadidura, era ortodoxo, por lo que sus padres esperaban un nieto.

—¿Responde esto a tu pregunta? —me dijo.

—En parte —repuse—. ¿Acaso no amas a tu esposa?

—Por lo menos dos veces por semana.

El único que podía competir en proezas sexuales con Yosy era Heim. Resultaba un prodigio. Yosy era muy inteligente, pero Heim no. Nunca pude comprender por qué el Mossad reclutaba a personas tan necias. Dominaba muchos trucos callejeros, pero eso era todo. Lo único que deseaba era superar a Yosy en sus hazañas. Y Jimmy Durante se hubiera peleado con Heim por una cuestión de faldas. Tenía un pico increíble, pero únicamente perseguía la cantidad, no la calidad.

Muchos se quedan impresionados cuando saben que uno trabaja para el Mossad, lo que demuestra que se disfruta de gran influencia. Aquellos tipos se valían de su relación con el Instituto para impresionar a las mujeres, y ello era muy peligroso pues quebrantaba todas las normas. Pero tal era su juego, alardeaban constantemente de sus conquistas.

Heim estaba casado y él y su esposa solían asistir a las reuniones que celebrábamos en nuestra casa. En una ocasión ella confió a Bella que no le preocupaba Heim porque era «la persona más fiel del mundo». Me quedé atónito al oírlo.

Considero que la conquista más sorprendente que Yosy realizó tuvo como escenario la «habitación silenciosa» de la planta decimocuarta del cuartel general de Tel-Aviv, la sala destinada para llamar a los agentes. El sistema telefónico consistía en una extensión por la que un *katsa* podía llamar a su agente, por ejemplo al Líbano, pero para cualquiera que pudiera detectar la llamada, parecería que procediese de París, Londres o cualquier otra capital europea.

Cuando se utilizaba la habitación aparecía encendida una luz roja, bastante apropiada en tal ocasión, y nadie podía entrar. Yosy llevó allí a una secretaria y quebrantando gravemente las normas la sedujo mientras hablaba realmente con su agente del Líbano. Y para demostrar que lo había hecho así, se comprometió con Heim a dejar las bragas de la mujer bajo un monitor que había en la habitación. Cuando más tarde entró Heim y, como es natural, encontró las bragas se las llevó a la mujer y le dijo:

—¿Son suyas?

La mujer, avergonzada, repuso que no.

—¡Tome! No vaya a resfriarse —repuso Heim tirándoselas sobre su escritorio.

En el edificio todos se enteraron de ello. A fuer de sincero debo reconocer que perdí muchísimos contactos. Había una especie de vínculo establecido entre los hombres que iban por ahí haciendo conquistas. Lo que más me disgustaba era haber imaginado que entraba en el Olimpo de Israel y descubrir que en realidad me encontraba en Sodoma y Gomorra. Aquello repercutía en todos los aspectos. Virtualmente todos estaban vinculados entre sí por el sexo. Era un sistema totalmente basado en favores: te debo a ti, me debes a mí. Te ayudaré. Así era como progresaban los *katsas,* a base de copular se abrían camino hacia lo alto.

La mayoría de secretarias del edificio eran muy bonitas: por eso habían sido escogidas. Mas llegaba un punto en que eran como objetos de segunda mano: lo daba el trabajo. Ahora bien, nadie se entendía con su propia secretaria, pues se consideraba que ello no favorecía las relaciones laborales. Uno tenía combatientes que estaban ausentes durante dos, tres e incluso cuatro años y los *katsas* que dirigían el Metsada eran el único nexo existente entre ellos y sus familias. Se establecía un contacto semanal con las

esposas y al cabo de algún tiempo el contacto era más intenso que la simple conversación y acababan manteniendo relaciones sexuales con ellas.

Y aquél era el tipo al que uno había confiado su vida, pero al que no podía confiarle la esposa. Mientras que él acaso se encontraría en un país árabe, el *kaísa* la estaría seduciendo. Era tan corriente que si uno solicitaba ingresar en el Metsada solían formularle la clásica pregunta:

—¿Por qué? ¿Acaso eres un cornudo?

El espectáculo que debíamos representar los novatos se llamaba «Las sombras» y era una historia de espías que se interpretaba totalmente tras tres grandes pantallas con luces proyectadas a través de ellas que sólo reflejaban las siluetas: como íbamos a convertirnos en *katsas* no podíamos mostrar los rostros en público.

Iniciaba la obra una danzarina del vientre acompañada por la consiguiente música turca y un hombre con un maletín que cruzaba tras la pantalla. Se trataba de un chiste interno. Se decía que los *katsas* podían reconocerse por las tres eses: por su equipaje Samsonite y porque llevaban un Seven-Star (una agenda de piel) y un reloj Seiko.

En la siguiente escena se representaba una operación de reclutamiento. Luego se escenificaba un sketch sobre la violación de la valija diplomática. Tras lo cual la escena se trasladaba a un apartamento londinense donde un hombre sentado en una habitación hablaba y otro, que se encontraba en la habitación contigua (en este caso la pantalla próxima), escuchaba con unos audífonos.

A continuación seguía la descripción de una reunión en Londres a la que asistían árabes representados en silueta por sus tocados. Todos bebían y se hacían amigos por momentos. En la pantalla siguiente, un *katsa* se reunía con unos árabes en la calle e intercambiaban sus maletines Samsonite.

Al concluir, los componentes del reparto subían al escenario y se cogían de las manos cantando el cántico hebreo *Aguardando el otro día,* una canción equivalente al antiguo dicho «El año próximo en Jerusalén», un anhelo tradicional de los judíos antes de la formación de Israel.

Dos días después celebramos una fiesta de graduación que consistió en una barbacoa en una zona ajardinada de un patio interior de la escuela, exactamente junto a la sala de ping-pong. Nuestras esposas, los instructores y los directamente implicados con la organización se encontraban allí.

Por fin lo habíamos conseguido.

Era marzo de 1984, habíamos superado un curso y nos quedaban otros dos.

SEGUNDA PARTE: Dentro y fuera

6. LA MESA BELGA

En abril de 1984 los miembros de mi grupo aún no éramos *katsas,* pero ya no seguíamos siendo cadetes.

Esencialmente éramos *katsas* «neófitos», o aprendices, que debíamos enfrentarnos todavía a ciertas limitaciones en el cuartel general y posteriormente al segundo curso del servicio secreto antes de poder considerarnos *katsas.*

Yo fui destinado a investigación. Según Shai Kauly nos explicó a la mañana siguiente, los neófitos pasaríamos aproximadamente el año próximo yendo de uno a otro departamento cada dos meses, aprendiendo todo el procedimiento que nos prepararía para el segundo curso.

Tras un largo debate, interrumpido por las bromas habituales mientras fumábamos y tomábamos café, Kauly anunció que deseaba hablarnos Aharon Shahar, el jefe del Komemiute (anteriormente llamado Metsada, pero que se modificó en julio de 1984 junto con los nombres de otros departamentos cuando se perdió un índice de códigos en la base de Londres). Shahar escogió a dos de nosotros para incorporarnos a su departamento: a Tsvi G., el psicólogo, y a Amiram, un hombre tranquilo y simpático que se había incorporado al servicio procedente directamente del ejército, como teniente coronel. Ambos iban a convertirse en oficiales de servicios especiales para combatientes.

El Komemiute, cuyo significado es «independencia con la cabeza alta», opera casi como un Mossad dentro del Mossad, es un departamento de alto secreto que controla a los combatientes, a los auténticos «espías», israelíes enviados a los países árabes con una cobertura rigurosa. Ese departamento cuenta con una pequeña unidad interna llamada *kidon* o «bayoneta» dividida en tres equipos de unas doce personas cada uno. Se trata de asesinos eufemísticamente denominados «el largo brazo de la justicia israelí». Normalmente dos de tales equipos se entrenan en Israel, y el otro en un campo de operaciones del extranjero. Lo ignoran todo del resto de la organización y ni siquiera conocen los verdaderos nombres de sus compañeros.

Por otra parte, los combatientes trabajan estrechamente unidos, en parejas. Uno es un combatiente en un país objetivo y su compañero combatiente en un país base. No realizan ninguna función de espionaje en el interior de países amigos como Inglaterra, pero allí pueden emprender un negocio conjuntamente. Cuando es necesario, el combatiente del país objetivo va a otro país también objetivo utilizando a la empresa como tapadera mientras que su socio, el combatiente del país base, actúa en estrecha colaboración con él y le facilita toda la ayuda que le es necesaria.

Tal como la propia Israel ha evolucionado, también la función de los combatientes se ha transformado en el curso de los años. Hubo un tiempo en que el Mossad tenía gente trabajando durante largos períodos en los países árabes, pero solían permanecer allí demasiado tiempo y acababan quemados. Por ello solían confiar en «arabistas», israelíes que sabían hablar árabe y podían pasar por ellos. En las primeras épocas, cuando llegaron a Israel muchos judíos procedentes de países árabes, no había escasez de arabistas. Pero esto ya no es así y el lenguaje aprendido en la escuela no se considera bastante bueno para una cobertura rigurosa.

Actualmente la mayoría de combatientes simulan ser europeos y se alistan por un período de cuatro años. Resulta crucial para su cobertura la posesión de un auténtico negocio que les permita viajar en cualquier momento, en cuanto son avisados. El Mossad los instala con un socio, el combatiente del país base, y ambos dirigen realmente la empresa: no se trata tan sólo de una simulación, sino de algo auténtico, que suele consistir en negocios de importación-exportación.

Aproximadamente un setenta por ciento de los negocios de los países base se hallan en Canadá. Los combatientes únicamente entran en contacto con la oficina a través de su *katsa,* cada uno de los cuales controla únicamente a cuatro o cinco grupos de ellos.

Hay una división del Komemiute en la que trabaja un grupo de unos veinte expertos en negocios que analizan cada compañía y cada mercado, transmitiendo sus informaciones al *katsa* que, a su vez, aconseja a los combatientes acerca de cómo llevar sus negocios.

Éstos se recluían entre el público israelí en general y proceden de todos los sectores de la vida: médicos, abogados, ingenieros, académicos, gente que está dispuesta a dedicar cuatro años de su vida para servir a su país. Sus familias reciben un salario promedio en el país como compensación, pero en una cuenta aparte se les deposita una cantidad compensatoria por su trabajo en el extranjero y al finalizar los cuatro años pueden disponer de los veinte mil a treinta mil dólares allí ingresados.

Los combatientes no recogen servicio secreto directo ni observaciones físicas concretas, tales como movimientos de armas o disponibilidad de hospitales para la guerra, sino inteligencia «fibra», lo que significa la observación de la economía, los rumores, los sentimientos, la moral, etc. Ellos pueden ir y venir fácilmente observando tales cosas sin correr ningún riesgo auténtico. No transmiten sus informes desde un país objetivo, pero a veces entregan cosas allí: dinero, mensajes. Los combatientes han instalado bombas en muchos puentes de países árabes durante su construcción, pues han sido instruidos en técnicas de demolición. En caso de guerra esos puentes podrían ser fácilmente derribados por un combatiente que fuese enviado a detonar los explosivos.

De todos modos después de informarnos de que Tsvi y Amiram habían sido destinados al Komemiute, Shai Kauly aún tenía un mensaje para los restantes, que se refería a las vacaciones que nos tenían prometidas.

—Como sabéis —dijo—, cada nuevo plan es origen de cambios. Me consta que todos vosotros estáis deseosos de disfrutar de vuestras vacaciones, pero antes de que os marchéis tenéis algo más que hacer. Seréis el primer curso que recibirá una instrucción intensiva sobre el uso completo del computador de la oficina. Ello no os ocupará más de tres semanas y después podréis disfrutar del resto de vuestras vacaciones.

Aprendimos a esperar cosas semejantes en el Mossad. En ocasiones, cuando llegaban unas vacaciones creíamos que podríamos marcharnos el viernes. Luego, a mediodía, se presentaba alguien diciendo que nos necesitaban, aunque sólo sería durante las próximas veinticuatro horas. Entonces teníamos veinte minutos para avisar a nuestras casas y todos nos precipitábamos a los teléfonos.

Para los *katsas* de pleno derecho, había un sistema de mensajes que funcionaba a petición, transmitiendo algo breve por el estilo de: «¡Hola, soy de la oficina! Su marido no irá a casa como estaba previsto. En cuanto le sea posible se pondrá en contacto con usted. Si entretanto tiene algún problema, llame a Jacob, por favor.»

Se hacía deliberadamente. No pueden imaginarse la importancia que el sexo tiene en la vida de un *katsa.* El factor de absoluta inseguridad significa una libertad total. Si un *katsa* conocía a una muchacha soldado y deseaba pasar el fin de semana con ella, su esposa debía estar totalmente acostumbrada al hecho de que quizá él no estaría en casa. Esa clase de libertad era fervientemente deseada. Pero lo verdaderamente jocoso es que no se podía ser un *katsa* si no se estaba casado: ni siquiera se podía ir al extranjero. Decían que alguien que no estuviera casado podía conocer por ahí a alguna muchacha que le sedujera. Por otra parte todos tenían sus líos, constituyendo auténticos casos de posible chantaje, y ellos lo sabían perfectamente. Siempre fue un auténtico misterio para mí.

Para impartir el curso de ordenadores, había sido despejada una de las salas del segundo piso y puesto las mesas en forma de media luna con consolas a fin de facilitar nuestro trabajo. El instructor proyectaba imágenes en la pantalla de la pared para que todos las viésemos. Primero aprendimos a rellenar el fichero de datos personales de un sujeto según la «página zanahoria», una hoja de color naranja que contenía una serie de preguntas que debían ser contestadas antes de que se pudiera acceder al sistema del computador. Aquellas consolas de entrenamiento eran auténticas y estaban directamente conectadas al cuartel general, lo que nos facilitaba el acceso a ficheros reales y nos enseñaba a operar el programa existente y buscar y rectificar datos según los diferentes grados de interés.

Un episodio memorable que se produjo durante el curso correspondió a un sistema llamado *ksharim* («nudos»), que significaba los registros de los contactos de un individuo. Arik F. se hallaba un día sentado ante la consola de la instructora, ausente, y tecleó la palabra «Arafat» y luego *«ksharim».* Como Arafat era miembro de la OLP, gozaba de prioridad en el computador. Cuanto mayor era la prioridad de la persona por la que se preguntaba, más rápidamente respondía.

No existen prioridades superiores a Arafat, pero el auténtico problema lo constituyeron sus cientos de miles de conexiones, de modo que cuando el computador comenzó a desplegar extensas listas de nombres en la pantalla, el sistema se sobrecargó de tal modo que todos los computadores restantes dejaron de funcionar. Eran demasiados datos los que tenía que buscar para que pudiera hacer otra cosa. De modo que Arik interrumpió de modo absoluto el centro informático del Mossad durante ocho horas ya que por entonces el sistema carecía de un medio adecuado para detener o anular las órdenes.

Desde entonces el sistema se ha modificado de tal manera que para cada consulta existe un límite de trescientos listados y las consultas deben ser más específicas. Por ejemplo, en lugar de pedir las relaciones de todos los contactos de Arafat debe preguntarse simplemente por sus contactos sirios.

Cuando concluyó el curso de informática y lo que nos quedaba de vacaciones —tres días—, fui destinado en primer lugar a investigación, en la subdivisión de Arabia Saudí, a las órdenes de una mujer llamada Aerna que dependía de la sección de Jordania, dirigida por Ganit, y que no se consideraba un departamento importante. El Mossad contaba entonces con una única fuente en Arabia Saudí, un hombre infiltrado en la embajada japonesa. Todo lo restante que se recibía de la región consistía en periódicos, revistas y

otros medios de difusión, amén de extensas comunicaciones de interferencia orquestadas por la Unidad 8200.

Aerna se dedicaba a confeccionar un libro sobre el árbol genealógico de la familia real saudí y recogía asimismo información sobre un segundo oleoducto con el que se proponían cruzar el país, del que los iraquíes deseaban extraer petróleo y venderlo a fin de financiarse la contienda que sostenían con Irán. Por causa de la guerra resultaba extremadamente difícil transportar el carburante sin peligro por vía marítima a través del golfo Pérsico. Tuvimos ocasión de examinar interesantes informes sobre Arabia Saudí realizados por la inteligencia británica. Aunque redactaban informes extraordinarios que, constituían verdaderos análisis políticos de una situación, jamás llegaban a ser un trabajo de auténtico espionaje. Los británicos eran muy estrictos en cuanto a compartir información. En uno de sus informes decían que, como los saudíes creían que la situación petrolífera iba a mejorar, construirían su segundo oleoducto. Pero añadían que con ello iban a inundar el mercado y que, cuando agotaran sus reservas, su economía se resentiría y no podrían seguir sosteniendo unos sistemas excesivamente pródigos de hospitalización y enseñanza gratuitas.

Tomábamos en serio a los británicos, pero en el edificio todos solíamos decir que probablemente estaban engañados por causa de *la Bruja.* Tal era el apelativo con el que se conocía a Margaret Thatcher en el Mossad, a quien habían clasificado de antisemita. Cuando algo sucedía se formulaba una única pregunta: «¿Es esto bueno para los judíos o no lo es?», olvidándose de política y de todo lo demás. Aquello era lo único que importaba y, según la respuesta, la gente era calificada de antisemita, lo mereciera o no.

Solíamos recibir largas páginas de papel que parecían de carbón blanco en las que figuraban, mecanografiadas, conversaciones telefónicas interceptadas entre el rey saudí y sus parientes, que siempre nos traducían. Entre ellas nos llegaron algunas del príncipe y un pariente suyo que se encontraba en Europa que le decía que estaba sin blanca y que iba a ponerse otra persona al teléfono para proponerle algo. El individuo en cuestión explicó que llegaría un barco a Amsterdam transportando millones de litros de petróleo y que le daría instrucciones para que cambiase la inscripción a nombre del príncipe e ingresase el dinero en la cuenta que tenía en Suiza. Resulta increíble la cantidad de dinero que los saudíes trasladaban por el mundo despreocupadamente.

En una conversación memorable Arafat llamó para solicitar la ayuda del rey porque no lograba ser escuchado por Assad de Siria. El soberano llamó a Assad, adulándole con expresiones tales como «Padre de todos los árabes» e «Hijo de la Espada Sagrada». Aunque Assad accedió a hablar con el monarca saudí, siguió negándose a escuchar a Arafat.

Por aquel tiempo conocí a un hombre llamado Efraím (Effy para abreviar), antiguo enlace con la CIA cuando estuvo delegado en Washington por el Mossad. Efraím solía jactarse de haber sido él quien derrocó a Yitzhak Rabin en 1977, cuando sólo llevaba tres años como primer ministro del Partido Laborista del país. Rabin no era persona grata al Mossad. Tras haber sido embajador de Israel en Estados Unidos, abandonó su cargo en 1974 y regresó para ponerse al frente del partido y suceder a Golda Meir como primer ministro. Rabin exigía datos originales de la inteligencia en lugar de las versiones revisadas que normalmente se facilitaban, dificultando con ello al servicio secreto el uso de su información para dirigir el orden del día tal como deseaba.

En diciembre de 1976 Rabin y su gabinete dimitieron tras haber obligado a los tres ministros del Partido Nacional Religioso a salir del gobierno por su abstinencia a emitir el voto de confianza de la Kenesset. Después de esto siguió siendo primer ministro en un gobierno provisional hasta las elecciones nacionales de mayo de 1977, en que Menahem Begin se convirtió en primer ministro, con gran satisfacción del Mossad. Sin embargo, lo que realmente había logrado acabar con Rabin fue un «escándalo» aireado por el famoso periodista israelí Dan Margalit poco antes de las elecciones.

Se consideraba ilegal que un ciudadano israelí abriera una cuenta bancaria en un país extranjero. La esposa de Rabin tenía una cuenta en Nueva York con menos de diez mil dólares, que solía utilizar cuando viajaban allí aunque, en su calidad de esposa del primer ministro, estaba autorizada a que todos sus gastos fueran satisfechos por el gobierno. Sin embargo, el Mossad estaba enterado de la existencia de aquella cuenta y Rabin sabía que ellos la conocían, pero no le concedió importancia aunque debiera haberlo hecho.

Cuando llegó el momento oportuno, Margalit se enteró de que Rabin tenía aquella cuenta en el extranjero. Según Efraím, cuando el periodista viajó a Estados Unidos para comprobar si era cierto, él le facilitó toda la documentación necesaria sobre el asunto. La posterior historia y escándalo contribuyeron a la derrota que Begin infligió a Rabin. Éste era un hombre honrado, pero no le gustaba al Mossad, por lo que acabaron con él. Efraím se jactaba continuamente de haber sido él quien le derrocó. Nunca vi que nadie le coatradijese.

Durante el primer curso los estudiantes efectuamos una visita a las Industrias Aeronáuticas Israelíes (IAI). A través de la subdivisión saudí me había enterado de que los israelíes vendíamos barriles de reserva de carburante IAI a través de un tercer país (ignoro cuál era) a Arabia Saudí, facilitándole de este modo que, llegado el caso, sus cazarreactores dispusieran de suficiente carburante para largos trayectos. Israel también tenía un contrato para facilitar los mismos depósitos de reserva a Estados Unidos.

Los saudíes, imaginando que nuestro acuerdo les resultaba demasiado caro, se dirigieron a los americanos para tratar de comprarles a ellos los barriles. Israel reaccionó con rapidez, negándose rotundamente. Todo el grupo de presión judío se puso en movimiento para oponerse a ello porque hubiera dado a los F-16 saudíes la capacidad necesaria para atacar a Israel. Sin embargo, sabíamos que era algo deshonesto porque los vendíamos mucho más caros que lo hubieran hecho los americanos a través de una supuesta empresa civil. Y de igual modo se vendían muchas cosas a los saudíes: el suyo era un gran mercado.

El departamento de investigación estaba situado en los sótanos y en la planta baja del edificio donde se encontraba el cuartel general. En aquel espacio se acomodaba el jefe de investigaciones, su segundo, la biblioteca, la sala de computadoras, la sección de mecanógrafas y el enlace con otras investigaciones. La mayoría del equipo trabajaba en una de estas quince subdivisiones de investigación: Estados Unidos, Sudamérica, Subdivisión General (que comprendía Canadá y Europa occidental), Subdivisión Atómica (a la que burlonamente aludíamos como división *kapputt),* Egipto, Siria, Irán, Iraq, Jordania, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, Libia, Marruecos-Argel-Túnez (conocido como el Magreb), África, la Unión Soviética y China.

Investigación emitía breves informes diarios que estaban a disposición de todos en sus computadores a primera hora de la mañana. Asimismo realizaban un informe semanal más extenso, de cuatro páginas, en un papel verde y fino con datos relevantes acerca del

mundo árabe, y otro mensual, de quince a veinte páginas y sumamente detallado, que comprendía mapas y gráficos.

Yo preparé un mapa pormenorizado sobre la ruta del nuevo oleoducto propuesto y un gráfico calculando las probabilidades de que un petrolero pudiera atravesar el golfo sin problemas. Por entonces le concedía un treinta por ciento de posibilidades. En el caso de que este porcentaje hubiera sido del cuarenta y ocho por ciento el Mossad habría comenzado a notificar a ambas partes el paradero de los barcos contrarios. Teníamos un contacto en Londres que llamaba a las embajadas iraquí e iraní, simulando en ambos casos ser un patriota y facilitándoles informaciones. Ellos le habían propuesto verle y compensarle porque los datos que suministraba eran excelentes, pero siempre respondía que lo hacía por ideología, no por dinero. También permitíamos pasar a muchos buques iraquíes e iraníes, pero únicamente eso, y nos asegurábamos de que el otro bando era informado y de que la nave peligraba. De ese modo podíamos mantener candente la guerra, pues mientras estuviesen ocupados luchando entre sí no podían combatir contra nosotros.

Después de pasar varios meses en Investigación me trasladaron, según mi opinión, al departamento más apasionante del edificio: Kaisarut o enlace. Fui destinado a la sección llamada Dardasim o «Smerfs», que tenía a su cargo el Lejano Oriente y África, bajo las órdenes de Amy Yaar.

Era como una estación de ferrocarril, una especie de Ministerio de Asuntos Exteriores en miniatura para los países en los que Israel no tenía establecidas relaciones formales. Por allí deambulaban constantemente antiguos generales y personajes que habían trabajado en seguridad luciendo las tarjetas de visitantes y utilizando a sus antiguos contactos del Mossad para establecer tratos con sus empresas privadas, dedicadas por lo general a la venta de armas. Puesto que aquellos «asesores» no podían presentarse en ciertos países como israelíes, enlace les facilitaba las ventas procurándoles pasaportes falsos y otros elementos necesarios.

No era correcto, pero nadie decía nada. Todos pensaban que algún día podían encontrarse en tal situación y que probablemente harían lo mismo.

Amy me dijo que si recibía peticiones insólitas no debía formular preguntas sino limitarme a ponerlo en su conocimiento. Un día se presentó un individuo y me pidió que le facilitase la firma de un contrato que debía ser aprobado por el primer ministro. El contrato consistía en la venta a Indonesia de veinte a treinta cazas Skyhawk fabricados en Estados Unidos, y se suponía que no podía revenderse tal armamento sin contar con la aprobación de los norteamericanos.

—De acuerdo —le dije—, vuelva mañana si no le importa o déjeme su número de teléfono. Le llamaré en cuanto el asunto se haya solucionado.

—No —repuso—, esperaré.

Durante mi visita a IAI yo había visto treinta Skyhawk de aquellos posados sobre las pistas de aterrizaje, completamente envueltos en plástico amarillo brillante y dispuestos para ser expedidos. Cuando preguntamos por ellos nos dijeron simplemente que estaban preparados para su envío al extranjero, pero no nos informaron acerca de cuál era su destino. Yo estaba convencido de que en modo alguno aprobarían los americanos la venta de tales aviones a Indonesia puesto que ello alteraría el equilibrio de las potencias de la zona. Pero no era asunto de mi incumbencia. De modo que cuando el hombre me dijo que

aguardaba la aprobación del primer ministro Peres, abrí mi cajón, escudriñé su interior y le respondí:

—Lo siento, el señor Peres no está en estos momentos.

El tipo se enfureció y me ordenó que fuese a ver a Amy. Yo ni siquiera me había molestado en preguntarle quién era. Cuando hablé con Amy se levantó muy excitado y me dijo:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

—En el vestíbulo.

—¡Pues entrégale el contrato cuanto antes! —exclamó.

Al cabo de unos veinte minutos el hombre salía del despacho de Yaar y entraba en el mío. Sosteniendo el contrato bajo la barbilla para que lo viese y sonriendo de oreja a oreja, comentó:

—Parece que por fin llegó el señor Peres.

En realidad, Peres probablemente se encontraba en Jerusalén y sin duda nunca se enteraría de que su firma quedaba inscrita en aquellos documentos. El documento en cuestión se conocía como «tapadera de asnos», y se utilizaba únicamente para uso internacional a fin de demostrar al transportista o a quienquiera implicado en el asunto que la operación estaba cubierta financieramente porque el primer ministro había aprobado el trato.

Desde luego que, oficialmente, los funcionarios del Mossad trabajaban para las oficinas del primer ministro y que se suponía que éste estaba al corriente de las transacciones monetarias, pero solía ignorar los auténticos negocios que se realizaban. Y muchas veces aquello le convenía perfectamente. A veces, era mejor desconocer algo. Si hubiera estado al corriente, habría tenido que tomar decisiones. De este modo si, por ejemplo, los americanos descubrían lo sucedido, siempre podía alegar su desconocimiento, y sería lo que ellos denominan una «negación convincente».

El edificio Asia, propiedad del riquísimo industrial israelí Saúl Eisenberg, se encontraba exactamente junto a nuestro cuartel general. Teniendo en cuenta las relaciones que él mantenía con el Lejano Oriente, era la conexión del Mossad en China y, junto con su gente, realizaba numerosos negocios de armamento en distintos lugares. Muchas ventas consistían en restos de equipamiento, material de fabricación rusa que había sido capturado a los egipcios y sirios durante las guerras. Cuando Israel agotó sus existencias de AK-47 fabricados en la Unión Soviética, comenzó a fabricar por su cuenta un cruce entre el rifle de asalto AK-47 y el M-16 americano llamado Galil y que se vendió por todo el mundo.

Era como trabajar en unos almacenes que sirvieran a todos aquellos asesores privados. Se suponía que debían ser instrumentos utilizados por nosotros, pero lo cierto era que se nos escapaban de las manos. Tenían más experiencia que cualquiera de nosotros, por lo que, en realidad, nos utilizaban.

A mediados de julio de 1984 una de mis tareas consistió en escoltar a un grupo de científicos nucleares indios a quienes preocupaba la amenaza de la bomba islámica (la bomba paquistaní) y habían acudido a Israel en misión secreta para reunirse con nuestros expertos nucleares e intercambiar información. Al final resultó que los israelíes aceptaron satisfechos la información que ellos les facilitaban, mas se mostraron reacios a devolverles el favor.

Al día siguiente de su partida me hallaba recogiendo mi habitual papeleo cuando Amy me llamó para hacerme sendos encargos: en primer lugar, conseguir el equipo y el personal necesarios para un grupo de israelíes que irían a Sudáfrica para ayudar a entrenar a las unidades de policía secreta de aquel país y, seguidamente, presentarme en la embajada sudafricana y recoger a un hombre que se suponía regresaba en avión a su patria y al que debía acompañar a su hogar en Herzlia Pituah y luego conducirle al aeropuerto y ayudarle a pasar por seguridad.

—Nos encontraremos en el aeropuerto —dijo Amy—, porque esperamos a un grupo procedente de Sri Lanka que viene a entrenarse aquí.

Cuando nos vimos, él estaba aguardando el vuelo procedente de Londres en el que llegarían los súbditos de Sri Lanka.

—Cuando veas a esos tipos no hagas muecas —me dijo—. No hagas nada.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Verás, esta gente tiene apariencia simiesca. Proceden de un lugar que no está desarrollado: hace poco que bajaron de los árboles. De modo que no esperes gran cosa de ellos.

Amy y yo escoltamos a los nueve individuos a través de una puerta trasera del aeropuerto hasta una furgoneta provista de aire acondicionado. Eran los primeros que llegaban de un grupo que acabaría formado casi por cincuenta, los cuales serían divididos en tres subgrupos:

—Un grupo de entrenamiento antiterrorista que se entrenaría en la base militar próxima a Petha Tikvah, denominada Kfar Sirkin, al que se enseñaría cómo recobrar el dominio de autobuses y aviones secuestrados, a tratar con los secuestradores en un edificio, descender de helicópteros por una cuerda y otras tácticas antiterroristas. Y, naturalmente, compraría Uzis y otros equipamientos fabricados en Israel, comprendidos chalecos antibalas, granadas especiales y demás.

—Un equipo de compras que se dedicaría a adquirir armas a gran escala en nuestro país. Compraría seis u ocho grandes patrulleras de reconocimiento, por ejemplo, de las llamadas Devora, que utilizaría principalmente para controlar Sus playas septentrionales para protegerse de los tamiles.

—Un grupo de oficiales de alto rango que deseaban adquirir radares y otros equipamientos navales para contraatacar a los tamiles que aún seguían infiltrándose por la India y minando las aguas de Sri Lanka.

Durante dos días escolté a Penny,[10] la nuera del presidente Jayawardene, acompañándola a los habituales lugares turísticos; posteriormente sería atendida por otra persona de la oficina. Penny era una mujer muy agradable, físicamente una versión india de Cory Aquino. Era budista por su matrimonio, pero en cierto modo seguía sintiéndose algo cristiana y se interesó por visitar todos los santos lugares. Al segundo día la llevé a Vered Haglil, o la Rosa de Galilea, un rancho de equitación-restaurante situado en la montaña, con una magnífica perspectiva y excelente comida, y donde teníamos cuenta abierta.

A continuación me destinaron a acompañar a los oficiales de alta graduación que buscaban equipamiento de radar. Me ordenaron que los llevase a un fabricante de Ashod llamado Alta que podía realizar aquel trabajo. Pero cuando el representante de Alta se enteró de las condiciones que exigían, me dijo:

---

[10] Véase el capítulo 3.

—Quieren las cosas como es debido. No comprarán nuestros radares.

—¿Por qué? —me sorprendí.

—Estas condiciones no han sido escritas por esos monos —prosiguió el hombre—, sino por un fabricante británico de radares llamado Deca, de modo que esos tipos ya saben lo que van a comprar. Dales un plátano y devuélvelos a su casa: estás perdiendo el tiempo.

—De acuerdo. Pero ¿y si les entregáramos un folleto o algo parecido para dejarlos contentos?

Llevábamos esta conversación en hebreo mientras estábamos todos reunidos comiendo pasteles y bebiendo té y café. El representante de Alta repuso que no le importaría darles una conferencia para que no tuvieran la sensación de que nos los estábamos quitando de en medio.

—... pero puesto que vamos a hacerlo así, por lo menos nos divertiremos un poco.

Y tras pronunciar estas palabras entró en otra oficina en busca de un juego de grandes diapositivas de un gran sistema de aspiración que se utiliza para limpiar los puertos cuando hay vertidos de petróleo y que asimismo tenía una serie de dibujos esquemáticos en color. Todo estaba escrito en hebreo, pero él disertó en inglés sobre «este equipamiento de radar de gran capacidad». Tuve que esforzarme por no echarme a reír. Se expresaba con gran convencimiento, pretendiendo que su radar podía localizar a un individuo que nadara en las aguas y prácticamente indicar qué número calzaba, su nombre, dirección y grupo sanguíneo. Cuando hubo concluido, los individuos de Sri Lanka le dieron las gracias y le manifestaron su sorpresa ante semejante adelanto tecnológico, aunque comunicándole que no podía adaptarse a sus buques. Entonces comenzaron a hablarnos de ellos, aunque sabíamos perfectamente cómo eran puesto que los habíamos construido.

Tras dejarlos en el hotel le dije a Amy que aquella gente no iba a comprar el radar.

—Sí, ya lo sabíamos —repuso.

Acto seguido me ordenó que fuese a Kfar Sirkin, donde se estaba entrenando el grupo de fuerzas especiales de Sri Lanka, que atendiese a todas sus necesidades y que por la noche los llevase a Tel-Aviv. Pero me advirtió que me asegurase de que todo quedaba coordinado con Yosy, que acababa de ser trasladado al mismo departamento aquella semana.

Yosy cuidaba asimismo de otro grupo que era entrenado por los nuestros, pero que en modo alguno debía encontrarse con el mío pues eran tamiles, encarnizados enemigos del grupo cingalés. Los tamiles, en su mayoría hindúes, alegan que desde que Sri Lanka obtuvo su independencia de Gran Bretaña en 1948 (antiguo Ceilán), ellos han sido discriminados de la mayoría de cingaleses budistas que predominan en la isla. De los casi dieciséis millones de naturales de Sri Lanka, aproximadamente un setenta y cuatro por ciento son cingaleses y sólo un veinte por ciento tamiles, que se concentran en gran parte en el sector norte del país. Hacia 1983 un grupo de facciones guerrilleras, colectivamente conocidos como los Tigres Tamiles, iniciaron una lucha armada para crearse una patria en el norte llamada Eelam, enfrentamiento que aún sigue latente y que ha ocasionado miles de víctimas en ambos bandos.

En Tamil Nadu, Estado situado al sur de la India, residen unos cuarenta millones de tamiles que abrigan una gran simpatía hacia sus congéneres. Muchos tamiles de Sri

Lanka que huían de la carnicería buscaron refugio allí, y el gobierno de Sri Lanka acusa a los oficiales hindúes de armarlos y entrenarlos. En realidad, deberían acusar al Mossad.

Los tamiles se estaban entrenando en la base naval del comando, aprendiendo técnicas de penetración, a minar puertos y comunicaciones y sabotear buques similares al Devora. Había unos veintiocho hombres en cada grupo, por lo que se decidió que Yosy conduciría a los suyos a Haifa aquella noche mientras que yo llevaría a los cingaleses a Tel-Aviv, evitando así un posible encuentro.

El auténtico problema surgió a los quince días de curso cuando ambos, tamiles y cingaleses —como es natural sin que ellos lo supiesen recíprocamente—, se entrenaban en Kfar Sirkin. Es una base bastante grande, pero aun así en una ocasión los grupos pasaron uno a escasos metros del otro cuando salían a practicar jogging. Tras su básico y rutinario entrenamiento en Kfar Sirkin, los cingaleses fueron conducidos a la base naval para aprender esencialmente cómo enfrentarse a todas las técnicas que acabábamos de enseñar a sus enemigos: era algo febril. Teníamos que idearnos castigos o ejercicios de entrenamiento nocturno sólo para mantenerlos ocupados, de modo que ambos grupos no coincidieran en Tel-Aviv. Las acciones de un solo hombre (Amil) hubieran hecho peligrar la situación política de Israel si aquellas gentes hubiesen llegado a encontrarse. Estoy seguro de que Shimon Peres no habría podido conciliar el sueño si hubiera sabido que sucedía algo semejante. Pero como es natural, lo ignoraba.

Cuando estaban a punto de concluir las tres semanas y los cingaleses se disponían a ir a Atlit, base del comando naval de alto secreto, Amy me dijo que yo no debía acompañarlos, que el Sayret Matcal se encargaría de su entrenamiento. Éste era el grupo de reconocimiento de alto nivel del servicio secreto, que llevó a cabo el famoso ataque de Entebbe. (Los comandos navales son el equivalente de los American Seals.)

—Verás, tenemos un problema —dijo Amy—. Hoy nos llega un grupo de veintisiete indios del equipo SWAT.[11]

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Cómo es posible? ¡Tenemos a cingaleses, tamiles y ahora indios! ¿Quiénes serán los próximos?

Se suponía que el equipo SWAT debía entrenarse en la misma base donde Yosy tenía a los tamiles, una situación delicada y potencialmente peligrosa. Y, por añadidura, yo debía seguir realizando mis trabajos corrientes de oficina, junto con los informes diarios. Por las noches llevaba al equipo SWAT a cenar, asegurándome previamente de que los grupos no coincidirían en el mismo local. Cada día me entregaban un sobre con unos trescientos dólares en moneda israelí para agasajarlos.

Al mismo tiempo me entrevistaba con un general de las fuerzas aéreas taiwanesas llamado Key, representante en Israel de la comunidad del servicio secreto de su país. El hombre trabajaba en la embajada japonesa y deseaba adquirir armas. Me ordenaron que le acompañase, pero que no le vendiese nada puesto que a los cuatro días estarían reproduciendo en su país cuanto nos hubieran comprado y acabarían compitiendo con nosotros en el mercado internacional. Le llevé a la fábrica Sultán, en el Galil, productora de morteros y granadas. El hombre se quedó impresionado, mas el fabricante me dijo que de todos modos tampoco podía venderle nada, en primer lugar porque procedía de Taiwan y, en segundo, porque tenía ya comprometida toda su producción. Respondí que no hubiera imaginado que nos entrenásemos tan a fondo con morteros y me respondió:

—No somos nosotros sino los iraníes, que los utilizan en cantidades ingentes.

[11] Special Weapons and Tactics (Armas y tácticas especiales). *(N. de la t.)*

Aquello servía para mantener la fábrica en activo. En cierta ocasión llegamos a un acuerdo para recibir a un grupo procedente de Taiwan para entrenamiento. Era una especie de compromiso. Habían pedido al Mossad que les facilitase combatientes en China, pero ellos se negaron y, en su lugar, entrenaron a una unidad similar al *neviot,* capaz de obtener información de objetos inanimados.

Por entonces el departamento tenía asimismo una serie de africanos yendo y viniendo, a los que se habían ofrecido diversos servicios. Yo permanecí en el departamento dos meses más de lo que debía por solicitud expresa de Amy, lo que representó a un tiempo un cumplido y un jalón adicional en mi expediente personal.

Para ilustrar algunas de las cosas extrañas e inútiles en que los africanos gastaban su dinero solían contar la historia de la «máquina kerplunk». Preguntaron a un dirigente africano si tenía una máquina «kerplunk». Como sea que el hombre respondiese que no, le ofrecieron fabricarle una por veinticinco millones de dólares. Cuando hubo confeccionado un enorme brazo de casi trescientos metros de longitud y más de doscientos de altura que se levantaba sobre las aguas, el creador del artefacto volvió a presentarse ante el dirigente y le dijo que necesitaba otros cinco millones de dólares para concluirla. Entonces diseñó un aparato elevador bajo el brazo, que sostenía una enorme bola de más de veinte metros de diámetro. Los súbditos del jefe y los dignatarios que visitaban el lugar procedentes de otros países africanos se reunieron en la orilla del río en el día del «lanzamiento» para ver entrar en funcionamiento la maravillosa máquina. Cuando ésta se puso en marcha, el ascensor se desplazó lentamente hasta el extremo del brazo, lo abrió y la bola gigantesca cayó en el agua haciendo «kerplunk».

Aunque sólo es un chiste, no se aleja demasiado de la realidad.

Jamás he visto cambiar de mano tantísimo dinero ni con tanta rapidez como durante la época que estuve con Amy. El Mossad consideraba todos estos contratos como contactos iniciales con diversos lugares con los que algún día se llegarían a establecer relaciones diplomáticas, por lo que no le importaba el dinero. Y en cuanto a los hombres de negocios, como es natural, los apreciaban desde un punto de vista comercial, puesto que todos ellos obtenían saneados beneficios.

Mi última misión con Amy consistió en una gira de cuatro días por Israel con un hombre y una mujer de la China comunista que deseaban adquirir equipamiento electrónico.

La pareja estaba enojada porque les mostraban materiales de calidad inferior a los que ya poseían. Y se quejaban diciendo: «Acaso pretenden vendernos calcetines?», lo que me resultaba especialmente divertido porque yo solía decir que si pudiéramos vender calcetines al ejército chino conseguiríamos una economía saneada pues todo el mundo estaría tricotando.

Pero la pareja de chinos mereció un trato desconsiderado y ello debido a que a Amy no le parecieron de bastante categoría. Tomaba decisiones propias en asuntos de negocios con el extranjero, sin consultar con nadie. Resultaba sorprendente. Durante toda su vida había trabajado para el gobierno con un salario oficial y sin embargo vivía al norte de Tel-Aviv en una enorme villa rodeada de extenso terreno y con un pequeño bosque de su propiedad. Nos habíamos detenido allí en ocasiones para tomar una copa cuando trabajábamos los fines de semana y siempre había hombres de negocios paseando por las zonas de césped y alguna barbacoa en marcha.

—¿Cómo puedes permitirte todo esto? —le pregunté en una ocasión.

—Trabajando esforzadamente y ahorrando —me respondió.

Sí, desde luego.

Seguidamente fui destinado al departamento Tsomet (o Melucha) y me asignaron a la subdivisión del Benelux, donde parte de mi trabajo consistía en aprobar las peticiones danesas de visado.

Las subdivisiones del Tsomet se hallan al servicio de la base y no para darle órdenes. El jefe de una base del Tsomet lo es virtualmente y, en la mayoría de casos, tiene igual categoría que el jefe de la división bajo cuya jurisdicción se halla (contrariamente al Kaisarut, donde yo acababa de trabajar. Allí las decisiones se tomaban en la división y en las subdivisiones, de modo que el jefe de la base de enlace londinense se hallaba directamente subordinado al jefe de la división londinense de Tel-Aviv, cuyo control absoluto asumía).

La división principal del Tsomet contaba con varias subdivisiones. Una de ellas, llamada del Benelux, controlaba Bélgica, Holanda, Luxemburgo y asimismo Escandinavia (con bases en Bruselas y Copenhague). Luego estaban las subdivisiones francesa e inglesa, con bases en Londres, París y Marsella.

Había asimismo otra importante subdivisión dependiente del apartado italiano y bases en Roma y Milán; las correspondientes a Alemania y Austria, entonces con base en Hamburgo (que más tarde se trasladaría a Berlín), y una itinerante, llamada la base israelí, en Tel-Aviv, con *katsas* que, cuando era necesario, se trasladaban a Grecia, Turquía, Egipto y España.

El jefe de una base tenía la categoría de los jefes de división y podían prescindir de ellos llegado el caso y luego recurrir directamente al jefe del departamento. La estructura era defectuosa porque, si fracasaba su causa con el jefe del departamento, aún podía recurrir al jefe de Europa, con sede en Bruselas, como a un orden superior que invalidaría incluso al jefe del departamento. Llegó a convertirse en una lucha constante y a cada cambio de personal que allí se producía se desplazaba la base del poder. En el Mossad no había nada que pudiera considerarse como órdenes. Resultaba más agradable de aquel modo. En primer lugar no querían que nadie se enojase ni tuviese que atender a exigencias. La mayoría tenía un «caballo» o dos en el sistema, uno público y otro secreto, el primero para ayudarle a medrar, el segundo para sacarle de algún problema. De modo que se libraba una constante pugna tratando de adivinar quién contaba con quién y por qué.

Recibimos información de un agente, que a la sazón era ayudante del agregado del aire de la embajada de Siria en París, acerca de que el jefe de las fuerzas aéreas sirias (que asimismo era el jefe de su servicio secreto) se trasladaría a Europa para adquirir cierto mobiliario suntuoso, y en la sede central pensaron inmediatamente en crear algo «parlante» merced a un equipo de comunicaciones instalado en su interior.

Localizamos mediante computador a todos los *sayanim* que pudieran facilitar mobiliario y decidimos ingeniar un plan para fabricar una mesa parlante destinada a la renovación de las oficinas del cuartel general de las fuerzas aéreas sirias. Asimismo enviaron a París a un *katsa* de la base londinense para dirigir el proyecto, pese a que al Mossad le constaba que el general compraría el mobiliario en Bélgica y no en Francia. (Aunque ignoraban la razón de ello.)

Con antelación a la llegada de aquel personaje, el *katsa* londinense instaló un negocio en el que podía conseguirse cualquier pieza de mobiliario, pero más económica. Nos

constaba que el general no buscaba gangas: era rico y de todos modos conseguiría el dinero a través de la embajada y por lo tanto pagaría en efectivo. No teníamos el propósito de tratar con él sino con su ayudante, que sería quien realmente realizaría la compra. Nos quedaban menos de tres semanas para conseguirlo.

Nos pusimos en contacto con un *sayan* famoso diseñador de interiores, y conseguimos fotografías de sus creaciones, componiendo en pocos días un folleto para una firma que facilitaba mobiliario de calidad a excelentes precios. Elaboramos un plan que constaba de tres puntos para aproximarnos al ayudante del general. En primer lugar trataríamos de abordarle directamente, darle el folleto y ver si picaba el anzuelo y compraba el mobiliario directamente del Mossad. Si ello no funcionaba, descubriríamos dónde adquiría el mobiliario y procuraríamos encargarnos de la entrega. El siguiente paso, si todo lo demás fallaba, era robar el mobiliario.

Sabíamos el hotel en que el general se alojaba en Bruselas y que permanecería allí durante tres días con sus guardaespaldas antes de partir hacia París y le estuvimos siguiendo cuando visitaba tienda tras tienda acompañado de su ayudante, observando cómo éste iba tomando notas.

Al llegar a este punto el *katsa* creyó que aquél era un caso perdido. No sabíamos qué hacer. Concluía la jornada y el general regresaba a su hotel. Nuestro enlace en la embajada siria nos había informado que tenía previsto su regreso a París al día siguiente, pero que habían cancelado un billete. Imaginamos que sería el del ayudante, que se quedaba para ultimar la compra.

Así fue. A la mañana siguiente seguirnos al individuo desde el hotel a unos almacenes de mobiliario muy selecto donde mantuvo una larga conversación con los vendedores, y el *katsa* decidió que había llegado el momento de intervenir. Entró en el establecimiento y comenzó a observar las piezas allí expuestas. Entonces se le acercó un *sayan* y con gran entusiasmo y efusividad le dio las gracias por haberle conseguido el mobiliario que quería, ahorrándole miles de dólares.

Cuando el *sayan* se hubo marchado, el ayudante del general le observó con curiosidad.

—¿Comprando mobiliario? —se interesó el *katsa.*

—Sí.

—Fíjese, mire esto —le dijo tendiéndole el folleto especial.

—¿Trabaja en estos almacenes? —le preguntó su interlocutor al parecer sorprendido.

—No, no. Compro para mis clientes —repuso el *katsa*—. Adquiero elementos en grandes cantidades, por lo que obtengo excelentes descuentos, y asimismo cuido de su expedición, dando más facilidades de pago que nadie.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo clientes en todas partes. Vienen aquí, escogen el estilo que les interesa y yo lo adquiero en su punto de origen. Entonces se lo expido y ellos me pagan cuando lo reciben. De ese modo no deben preocuparse si algo se rompe: nunca hay problemas. No tienen que esforzarse por obtener reembolsos ni nada por el estilo.

—¿Y cómo sabe que le pagarán?

—Eso no representa ninguna dificultad.

Por entonces se estaban encendiendo las luces en el cerebro del ayudante. Comprendía que tenía la oportunidad de obtener una suma importante. Le costó tres horas al *katsa,* pero consiguió una lista de todo cuanto necesitaban. Únicamente el mobiliario

importaba ciento ochenta mil dólares, sin contar los gastos de embalaje y expedición, y el *katsa* se lo vendió por ciento cinco mil dólares, de modo que pudo embolsarse setenta y cinco mil dólares por la diferencia.

Lo divertido fue que el ayudante facilitó como destino el puerto de Latakia, pero utilizando un nombre falso para él y el general. Lo único que no resultó falso fue el lugar donde debía recogerse la mercancía. El individuo dijo que si necesitábamos efectuar alguna comprobación podíamos llamar a la embajada siria en París. Media hora después de haberse despedido de nuestro *katsa,* telefoneaba a nuestro hombre en la embajada y le decía que si alguien llamaba para comprobar aquellos nombres y direcciones debía responder por ellos porque se trataba de una operación de suma importancia.

Dos días después enviábamos a Israel una mesa belga de adornos recargados cuyo interior vaciaron, instalando en ella un equipo de emisión y escucha valorado en cincuenta mil dólares, comprendida una batería especial que duraría tres o cuatro años. El equipo fue sellado de tal modo que nadie lo encontraría a menos que levantaran la parte superior de la mesa y la serraran por la mitad. Seguidamente la devolvieron a Bélgica y la incluyeron en la expedición de mobiliario destinada a Siria.

El Mossad aún está esperando noticias de ella. Oportunamente enviaron allí combatientes provistos de ingenios de escucha para que trataran de captar algo y no lograron descubrir nada. Habría sido una maravilla si hubiera funcionado. Acaso fue instalada en las oficinas de algún bunker de Damasco. Los rusos fabricaron algunos allí y están hechos a prueba de frecuencia. Pero si la hubieran descubierto, sin duda la habrían utilizado.

Por otra parte, mi trabajo en el departamento seguía siendo terriblemente monótono. Archivaba, examinaba programas y, sobre todo, justificaba a los jefes cuando llamaban sus esposas preguntando dónde se encontraban, diciéndoles que estaban cumpliendo alguna misión.

Al igual que todos, trabajaba en una casa de putas.

7. POSTIZO

Era octubre de 1984. Mis colegas y yo acabábamos de cumplir nuestro período de aprendices de *katsas* en la Academia A la sazón, trabajaríamos en una vasta sala del segundo piso en el edificio principal. Nuestro grupo, que originalmente estaba formado por quince, se había reducido a doce, pero había vuelto a convertirse en quince con la adición de tres individuos de cursos anteriores en los que habían quedado muy pocos aspirantes para que valiera la pena organizar su instrucción. Nuestros tres nuevos colegas eran Oded L., Pinhas M. y Yegal A.

También se habían producido otros cambios. Araleh Sherf había dejado de ser el director de la Academia para ponerse al frente del departamento Tsafririm o «brisa matinal», siendo sustituido recientemente, tras el desdichado suceso de Lillehammer, por David Arbel, antiguo jefe de las oficinas de París, quien lo había contado todo a las autoridades locales. Shai Kauly aún seguía allí, pero Oren Riff había sido trasladado a las oficinas del jefe del Mossad. El director del nuevo curso era Itsik E.,[12] otro *katsa* con una no menos distinguida carrera, uno de los dos hombres a quienes la OLP descubrió hablando en hebreo en el aeropuerto de Orly tras embarcar a un valioso agente en dirección a Roma.

Arbel era de escasa estatura, cabellos blancos, tímido y con gafas, y no transmitía ni inspiraba confianza. Por otra parte Itsik interpretaba de cara a la galería el papel de un *katsa* capaz*,* con experiencias directas en el campo activo, que acababa de cumplir una etapa como subdirector de la base de París. Se expresaba con fluidez en francés, inglés y griego e inmediatamente simpatizó con Michel M., que era de origen francés. Ambos, que se expresaban constantemente entre sí en dicha lengua, entablaron una repentina camaradería, lo que intensificó el desagrado que los demás habíamos comenzado a sentir hacia Michel. Mi grupo había simpatizado en otro tiempo con él, pero comenzamos a distanciarnos, principalmente porque utilizaba su idioma para congraciarse con Itsik y difamar a los demás, incluido yo mismo.

Solíamos dar a Michel el calificativo de «rana» aunque no en su propia cara. Cuando alguien le veía venir hacía una señal representando a dicho anfibio saltando por su mano. Michel comentaba en todo momento lo magnífica que era la cocina, el vino y todo lo francés. Nosotros solíamos contar un chiste acerca de un israelí que va a comer a un restaurante francés.

—¿Tiene ancas de rana? —le pregunta al camarero.

—Sí, señor, naturalmente.

—Entonces hágame el favor de ir brincando a la cocina y tráigame un poco de humus.

Por entonces aunque Michel ya no seguía en mi grupo sí lo estaban Yosy y Heim. Nos habíamos quedado reducidos a un número limitado, un puñado de auténticos bribones que creíamos conocer todas las tretas del juego. Según decían, a la sazón se proponían enseñarnos la *esencia* de la inteligencia. Hasta entonces habíamos estudiado comportamiento y recogida de información muy superficialmente; en adelante deberíamos introducirnos en los entresijos de este último apartado.

En primer lugar Nahaman Lavy, encargado de seguridad, y otro tipo llamado Tal, nos exhibieron otra película producida por el Mossad titulada *Todo por culpa de un clavito,* la

[12] Véase el prólogo.

famosa historia de cómo un ejército perdió una batalla por causa de un clavo que le faltaba al caballo del comandante, cuya finalidad consistía en demostrarnos que ningún detalle carece de importancia. Por muy insignificante que pueda parecemos un pormenor que se omita, acaso acabará dando al traste con toda una operación. Ello formaba parte de una sesión de cuatro horas que incluía asimismo una conferencia sobre comportamiento prudente, seguridad y confianza.

A continuación pasamos una hora con Ury Dinure, nuestro nuevo instructor de NAKA, para aprender cómo funciona un negocio, cómo realizar compras por correo, las estructuras directrices, las relaciones entre los ejecutivos y los accionistas, los deberes de un presidente del consejo de administración, cómo funciona la Bolsa, la preparación de contratos con el extranjero, el envío de mercancías CIF o FOB, todo cuanto fuese preciso para comprender el funcionamiento de una empresa cuando la estuviéramos utilizando como cobertura de alguna operación. Aquel curso comercial se prolongó a todo lo largo del último trimestre, comprendiendo conferencias de dos horas de duración por lo menos dos veces por semana, así como numerosos tests y documentos que debían ser cumplimentados.

Por entonces Itsik se había embarcado en un nuevo ejercicio, y nos enseñó hasta el último detalle de cómo operar con un agente. Imprimiéndole un nuevo giro a la cuestión, nos mostraron mediante un ejercicio el modo de asesinar a un colaborador que se hubiera descarriado, si nos encontrábamos en situación de no poder confiar en que la Metsada nos enviara la unidad *kidon* para que realizara el trabajo. Nos dividieron en tres equipos de cinco miembros cada uno, todos ellos con un «sujeto» distinto del que debíamos recoger datos y maquinar un plan para eliminarlo.

Mi equipo tardó tres días en reunir la información necesaria. El único dato consistente de que disponíamos era que el individuo, cada día y a las cinco y media, compraba dos paquetes de cigarrillos a su tendero habitual. Por consiguiente, podíamos empezar a trabajar partiendo de ahí. Evidentemente era el mejor lugar donde localizarle. Como quiera que disponíamos de un chofer, mi compañero y yo nos sentamos en los asientos de atrás. Llamé al agente, que al reconocer a su *katsa* se reunió inmediatamente con nosotros en la parte posterior del vehículo. Lo condujimos a las afueras de la ciudad, a un lugar ya previsto, y le aplicamos una máscara de éter en el rostro para dejarlo sin sentido. Naturalmente que toda la operación no era más que un simulacro.

El resto del plan consistía en simular que el «golpe» había sido un accidente. Habríamos ocultado su coche junto a un acantilado, introducido a nuestro hombre en él y luego, tras obligarle a ingerir vodka (que arde fácilmente) con un embudo de papel, aguardaríamos un rato a que el alcohol hubiese quedado absorbido en su sangre por si alguien lo comprobaba posteriormente, le colocaríamos ante el volante, verteríamos el resto del vodka en los asientos y dejaríamos un encendedor y la colilla de un cigarrillo a su lado, lo que justificaría la «causa» del incendio. Mientras el coche ardía deberíamos arrojarlo por el acantilado.

Un miembro de otro equipo descubrió que su hombre solía frecuentar un club nocturno. Por consiguiente, idearon un acercamiento directo. Le abordaron en la calle, cerca del local, y utilizando cartuchos de fogueo le «dispararon» cinco veces. Volvieron a meterse en su coche y se perdieron tranquilamente de vista.

Entretanto, nosotros íbamos elaborando cada vez más nuestras coberturas, aprendiendo el modo de utilizar diversos pasaportes. Podíamos estar paseando por la

calle con una identidad ficticia y ser arrestados, en cuyo caso estaríamos respaldados por nuestra historia cuando fuésemos interrogados, y seríamos puestos en libertad. Encontraríamos a un *bodel,* que nos facilitaría un nuevo pasaporte, nos arrestaría otro guardia y tendríamos que volver a justificar nuestra nueva identidad.

También estábamos aprendiendo algo sobre Tsafririm y las «estructuras» establecidas como mecanismo de defensa de los judíos de todo el mundo. En aquel ámbito teníamos un problema, por lo menos algunos de nosotros. Yo no podía aceptar ese concepto de contar con grupos de guardia en todas partes. Pensaba que, por ejemplo en Inglaterra, las estructuras en que los muchachos aprendían cómo construir «deslizamientos» para sus armas con el fin de proteger las sinagogas eran más peligrosas que benéficas para la comunidad judía. Planteé la cuestión de que aunque un grupo de gente se viera oprimida, sufriendo intentos de exterminio —como en el caso de los judíos—, no tenían derecho alguno a comportarse de modo obstruccionista en los países democráticos. Podía comprender que esto sucediera en Chile, Argentina o en cualquier otro lugar donde la gente desaparece de las calles, pero no en Inglaterra, Francia o Bélgica.

El hecho de que se tratara de grupos antisemitas, fuesen reales o imaginarios, no constituye en modo alguno una disculpa porque si consideramos el propio entorno de Israel nos encontraremos con grupos antipalestinos. Por consiguiente, ¿acaso esto significa que creemos que los palestinos tienen derecho a almacenar armas y organizar grupos de vigilancia? ¿O deberíamos calificarlos de terroristas? Desde luego que cualquier comentario de este tipo en el Mossad no se consideraba muy oportuno, especialmente dentro del contexto del Holocausto. Me consta que el Holocausto fue una de las cosas más graves que nos han sucedido a los judíos: el padre de Bella, por ejemplo, paso cuatro años en Auschwitz y la mayor parte de su familia fue exterminada por los alemanes. Pero no olvidemos que asimismo sucumbieron casi otros cincuenta millones de personas. Los alemanes trataron de eliminar a los gitanos, a diversos grupos religiosos, a rusos y a polacos. El Holocausto pudo haber sido, y creo que debería serlo, una fuente de unidad con otras naciones más que un instrumento de separación, pero ésa era únicamente mi opinión y no servía de gran cosa expresarla.

Nuestro programa de «deportes» semanales también se modificó de modo peligroso, comprendiendo una nueva práctica potencialmente arriesgada para nuestra integridad física. Íbamos a un edificio construido dentro de un campamento militar próximo a Herzha y subíamos y bajábamos corriendo por las escaleras disparando proyectiles con una ametralladora cargada de balas de madera que si nos acertaban a corto alcance podían lastimarnos. Se trataba de practicar el arte de esquivar y disparar, acostumbrándonos a la propia arma y ejercitando el cuerpo

También realizábamos *rappelling*-descender por el costado de un edificio por una cuerda, tomando impulso, dejándonos caer un poco, volviendo a empujar y así sucesivamente hasta llegar al suelo- Y practicábamos el descenso de un helicóptero por medio de una cuerda mas otros ejercicios de estilo comando tales como la técnica de «saltar y disparar», tratando de acertar a un secuestrador dentro de un autobús.

Otra parte del curso se denominaba «reclutar a un agente de una agencia amiga», es decir, mediante mutuo reclutamiento, por ejemplo con la CIA. El conferenciante comenzó diciendo que tal era el propósito de su charla.

«¿Cómo se lograría? -comenzó preguntando. Y luego añadió rápidamente-: De ningún modo: no haríamos nada semejante. Los ayudaríamos si se tratara de un caso que pareciera interesarnos a ambos, pero si pudiéramos arreglárnoslas solos, lo haríamos.» .

Nos enseñó cómo robar un agente a una organización amiga: al comienzo como si se tratase de una operación mutua, y luego, llegado el caso, cambiando su país de operación, dándole instrucciones separadas y notificando a la agencia amiga que se había perdido el contacto con el colaborador mutuo. Era un procedimiento muy sencillo. Nos entrevistaríamos con él y, si creíamos que valía la pena, nos lo llevaríamos en seguida y le doblaríamos su paga. Entonces sería *nuestro* agente, lo que calificamos de «azul y blanco», los colores de la bandera de Israel.

Un aspecto especialmente intrigante del curso fue la representación de una película llamada *Un presidente en la retícula,* un estudio detallado del 22 de noviembre de 1963, en que fue asesinado John F. Kennedy. La teoría del Mossad era que los asesinos —sicarios de la Mafia y no Lee Harvey Oswald— en realidad deseaban asesinar a John Connally, entonces gobernador de Texas, que se encontraba en el coche con John F. Kennedy, pero que tan sólo resultó herido. Consideraban que Oswald había sido un incauto y que Connally era el objetivo de unos gángsters que trataban de introducirse a la fuerza en el negocio del petróleo. El Mossad creía que la versión oficial del asesinato había sido pura pamema. Y para demostrar su teoría, realizaron un ejercicio simulacro del desfile del presidente a fin de comprobar si expertos tiradores provistos de mucho mejor equipo que el de Oswald podrían haber acertado a un blanco móvil desde la distancia registrada de ochenta metros. Les fue imposible.

Habría sido la coartada perfecta. Si hubiesen acertado a Connally todos habrían pensado que había sido un atentado contra John F. Kennedy. Y si deseaban alcanzar a éste hubieran podido conseguirlo en cualquier otro lugar. Se supone que una sola bala debió atravesar la parte posterior de la cabeza de Kennedy, su pecho y a Connally. Cuando se ve la película se advierte que todos esos puntos no estaban alineados. A menos que una bala pudiera ir dando giros por los aires.

El Mossad poseía todas las películas tomadas del crimen de Dallas, fotos de la zona, su topografía, vistas aéreas, etc. Valiéndose de maniquíes, representaban el desfile del presidente una y otra vez. Los profesionales harían su trabajo de igual modo. Si yo pensara utilizar un rifle de gran potencia, podría moverme por muy pocos lugares e idealmente buscaría un punto desde el cual retuviera el mayor tiempo posible a mi objetivo, donde pudiera tenerlo más próximo, pero crear los mínimos disturbios. Basándose en eso, escogimos algunos lugares probables e hicimos que varias personas realizaran los disparos desde distintos ángulos.

Oswald había utilizado un rifle Mannlicher-Carcano, de 6,5 mm, accionado por cerrojo, adquirido por correo y dotado de mira telescópica de cuatro potencias, que había escogido de un catálogo por 21,45 dólares. Y también poseía un revólver Smith & Wesson. Nunca se decidió si había disparado dos o tres tiros, pero utilizó cartuchos de vaina completa, con velocidad inicial de 660 metros por segundo. Durante el simulacro, el Mossad, utilizando un equipo mejor y más potente, apuntó con sus rifles instalados sobre trípodes y, cuando llegó el momento, dispararon a una señal dada por los altavoces y un radiogoniómetro de láser mostró el lugar donde hubiera sido alcanzada la gente que viajaba en el automóvil y las salidas de las balas. Según ello descubrimos que el rifle probablemente estaba dirigido a la nuca de Connally y que John F. Kennedy se movió o

hizo algún ademán en el preciso momento o, posiblemente, que el asesino tuvo un instante de vacilación. Se trataba únicamente de un ejercicio, pero demostró que era imposible llevar a cabo lo que se suponía que había hecho Oswald. Y tampoco se trataba de un profesional. Basta con considerar la distancia, desde la ventana del sexto piso de un edificio, y la clase de equipo de que disponía, sin reforzar siquiera las balas. El tipo acababa de adquirir el rifle y es bien sabido que cuesta tiempo y pericia ajustar las miras telescópicas de una arma nueva. La versión oficial es sencillamente inverosímil.

Sin embargo, sí creímos en un individuo que se presentó una mañana al concluir el primer mes del último trimestre. El hombre, que apenas medía un metro sesenta y siete centímetros y era de fornida constitución, se presentó con estas palabras:

—Mi nombre carece de importancia, pero voy a explicároslo todo acerca de una acción en la que participé junto con un caballero llamado Amikan. Durante algún tiempo, cuando estuve en una unidad llamada *kidon,* mi equipo recibió instrucciones de eliminar al jefe de la base de la OLP en Atenas y a su ayudante. Menciono a Amikan porque es una persona muy religiosa, un hombre grande de dos metros, fornido como yo. Parecía un armario.

El orador era Dan Drory y el acontecimiento que describía se llamó Operación PASAT, un éxito del Mossad en Atenas durante la década de los setenta.

Drory, que evidentemente era un entusiasta de su trabajo, abrió entonces un maletín y añadió:

—Me gusta ésta —sacó una Parabellum, una pistola alemana similar a la Luger, y colocándola sobre la mesa prosiguió—: y ésta también me gusta, pero no me permiten llevarla. —Y depositó asimismo una Eagle, una Magnum fabricada en Israel, dotada de un sistema de refrigeración por aire—. Pero puedo utilizar ésta —añadió sacando una Beretta de alta potencia, calibre veintidós—. La ventaja que tiene es que no precisa silenciador.

Hizo una pausa y siguió:

—Mas ésta es mi favorita entre todas.

Y blandió un estilete, una daga mortífera de delgada hoja que se ensanchaba hacia el extremo y luego volvía a estrecharse hasta la punta.

—Podéis hundirla y extraerla sin que se produzca hemorragia externa. Cuando la retiréis, la carne se cerrará. La ventaja que tiene es que podéis clavarla entre las costillas y luego, cuando esté hundida, retorcerla, de modo que tienda a desgarrarlo todo. Entonces podéis arrancarla.

Finalmente sacó una garra con un guante especial que sostenía una hoja a lo largo del pulgar y otra en el índice. Se la puso, unió las dos hojas —una debía de ser compacta como una navaja del ejército suizo y la otra parecida a una navaja de viaje— e incorporó la garra.

—Esto es lo que prefiere utilizar Amikan —continuó—. Se ase al individuo por la garganta y basta con cerrar la mano. Es como unas tijeras: lo corta todo e inmoviliza al contrario. Es absoluto, aunque no inmediato, lo que satisface a Amikan. El tipo tardará algún tiempo en morir. Pero para utilizarla se tiene que ser muy fuerte, como lo es él.

Inmediatamente comprendí que no me gustaría encontrarme con el tal Amikan, que sin duda era demasiado impulsivo.

Amikan, que asimismo era profundamente religioso, se empeñaba en llevar siempre su *yarmelke.* Puesto que se veía obligado a trabajar continuamente bajo falsa identidad y en lugares hostiles, no hubiese podido lucir la tradicional prenda sin despertar la atención de modo poco aconsejable. Por consiguiente, se había afeitado la coronilla, tejiendo un *yarmelke* con sus cabellos, un postizo que hacía sus veces de un modo clandestino.

Cuando recibieron instrucciones de capturar a los dos tipos de la OLP, Drory, Amikan y el resto de su equipo se trasladaron a Atenas, donde se encontraban sus dos objetivos. Ambos residían en distintos apartamentos de la ciudad y, aunque constantemente celebraban entrevistas estratégicas, no aparecían juntos en público.

Como el Instituto aún seguía resintiéndose por entonces de la embarazosa publicidad que había suscitado el fracaso de Lillehammer, donde había sido asesinada una persona erróneamente, Yitzhak Hofi, el nuevo jefe del Mossad, deseó comprobar por sí mismo la personalidad de las víctimas y conceder su aprobación definitiva in situ, empeñándose en verlas antes de que fueran ejecutadas.

Por razones de seguridad llamaremos Abdul al jefe de la base y Said a su ayudante. Tras haber estudiado la situación se decidió que el trabajo no podía realizarse en el apartamento de Abdul. Como quiera que ambos celebraban sus reuniones en un hotel situado en una calle muy importante, por lo general los martes y los miércoles, junto con otros oficiales de la OLP, los estuvieron siguiendo durante casi un mes antes de tomar una decisión.

Ambos fueron fotografiados en repetidas ocasiones y el Mossad comprobó los archivos una y otra vez para asegurarse de que no existía ningún error. Por añadidura, en su juventud Abdul había sido arrestado en Jerusalén oriental por la policía jordana y después de la ocupación israelí el Mossad había logrado apoderarse de su expediente. De modo que, tras hacerse con un vaso que Abdul había utilizado en el hotel a fin de cotejar sus huellas dactilares con las que figuraban en el antiguo dossier, ya no les cupo duda alguna.

Al concluir las reuniones Abdul abandonaba el hotel y solía acudir a casa de alguna de sus amiguitas y Said se iba por su lado. Se presentaba en las reuniones vestido deportivamente y luego, tras un trayecto de veinte minutos hasta su apartamento en un suburbio distinguido, se vestía con ropas más elegantes y salía a pasar la velada. Vivía en el segundo piso de un edificio de dos pisos y cuatro apartamentos, debajo del cual, en una avenida contigua, los vecinos disponían de cuatro plazas de aparcamiento. Said tenía reservada la segunda plaza desde el fondo, aparcaba, desandaba el camino por la avenida y entraba por la puerta principal. Había una farola directamente enfrente de los aparcamientos y asimismo luces en las paredes donde los coches estaban estacionados.

Mientras que Abdul desempeñaba funciones políticas y contaba con menos seguridad personal, Said estaba comprometido en la rama militar y compartía su apartamento, una especie de piso franco, con otros tres miembros de la organización, dos de ellos por lo menos guardaespaldas armados.

La calle adonde daba el hotel tenía dos carriles en cada dirección, con una zona central. No era una área especialmente transitada. A un lado, había un espacio destinado a aparcamientos para los clientes del restaurante, que era donde Abdul y Said dejaban sus vehículos, y en la parte posterior aparcaban los huéspedes del hotel.

Después de considerar todos los factores, Drory y Amikan decidieron llevar a cabo la operación tras la reunión de un miércoles concreto.

Al otro lado de la calle y a media manzana del hotel había un teléfono público, así como otro desde el que se veía el apartamento de Said, y puesto que éste siempre abandonaba la reunión antes que Abdul, el plan consistía en hacer salir al último del hotel y luego advertir al hombre que aguardaba en el teléfono próximo al apartamento de Said de que debía atacarlo cuando regresara a casa. Amikan era el responsable de la unidad encargada de Said. Había recibido instrucciones de utilizar una pistola de nueve milímetros y su superior verificó concienzudamente que las balas que emplearía no eran dum-dum —es bien sabido que el Mossad suele utilizarlas de este tipo y prefería que aquel doble ataque fuese atribuido a cualquier otra facción de la OLP antes que asumir la culpabilidad, o el éxito, de haberlo cometido.

Al llegar el día señalado, por la noche, una pequeña furgoneta aparcó exactamente al otro lado de la calle, frente al hotel. En el vestíbulo estaba apostado un hombre y Drory debía aproximarse a la puerta principal desde la zona de aparcamiento contiguo, seguido muy de cerca por Yitzhak Hofi. Drory y Hofi debían esperar en el coche hasta que les avisaran por radioteléfonos portátiles mediante una serie de señales que había llegado el momento de intervenir. Sin embargo, contrariamente a lo esperado, aquel miércoles Abdul y Said salieron juntos del hotel —era la primera vez que hacían algo semejante—, por lo que nadie se movió. Los asesinos en potencia se limitaron a observar cómo ambos individuos subían en sus coches y partían. El martes siguiente el equipo volvió a reunirse. En esta ocasión Said abandonó la reunión sobre las nueve de la noche y se dirigió hacia su vehículo. Los hombres del Mossad se adelantaron un poco como si acabasen de llegar y maniobraron para aparcar mientras Said ponía su coche en marcha y se alejaba.

Al cabo de pocos minutos oían las reveladoras señales del hombre que tenían apostado en el vestíbulo del hotel, significativas de que Abdul estaba a punto de salir. El hotel tenía una puerta giratoria en la parte delantera y otra normal junto a ella. Para asegurarse de que Abdul saldría por la puerta giratoria, habían inutilizado la segunda.

El hombre del Mossad que aguardaba en el vestíbulo salió por la puerta giratoria inmediatamente detrás de Abdul, deteniéndose en el exterior y sosteniéndola de modo que nadie más pudiera hacerla girar. En la cabina telefónica de enfrente se encontraba otro hombre en comunicación con el enlace que montaba guardia en las proximidades del apartamento de Said.

Abdul descendió los peldaños y giró hacia la izquierda del aparcamiento mientras Drory iba tras él seguido inmediatamente de Hofi. Éste llamó a Abdul por su nombre y, cuando él se volvía para responder a su llamada, Drory le disparó dos tiros en el pecho y uno en la cabeza, dejándole muerto en la acera. Hofi se dirigía ya al otro lado de la calle donde se hallaba la furgoneta, que había comenzado a adelantarse lentamente, y el hombre que se encontraba en el teléfono anunció que la acción ya se había ejecutado, indicando de este modo a su compañero que podía ponerse en marcha la fase de la operación correspondiente a Said.

Por su parte, Drory dio la vuelta, regresó al aparcamiento lateral, se metió en su coche y abandonó el lugar. El hombre que estaba estacionado en el vestíbulo atravesó de nuevo la puerta giratoria, cruzó el vestíbulo del hotel y salió por detrás, donde ya había un coche esperándole. Todo había sucedido en unos diez segundos: si alguien hubiera estado observando desde el vestíbulo, habría creído simplemente que el hombre había salido por las puertas giratorias y, tras descubrir que había olvidado algo, había regresado al hotel.

Transcurrirían casi diez minutos antes de que encontraran el cadáver de Abdul en el aparcamiento.

Cuando Said detuvo el vehículo junto a su casa, Amikan ya le estaba aguardando entre los arbustos que separaban los dos edificios. La farola que había al otro lado de la zona de estacionamiento estaba encendida, pero a través de la ventanilla posterior y contra las luces de la pared que iluminaban aquella área, Amikan observó que Said había recogido a alguien cuando iba camino de su hogar. Como es natural, se le presentaba el problema de no poder distinguir desde allí cuál de los dos era Said, por lo que adoptó el criterio de que el amigo de su enemigo era asimismo su enemigo. Regresó a la parte posterior de su coche e, introduciendo un depósito de cartuchos adicional en su pistola de nueve milímetros, disparó alternativamente once balas en sus respectivas cabezas.

A continuación se adelantó hacia el asiento del conductor para asegurarse de que ambos estaban muertos, comprobando que puesto que había disparado por detrás les había volado a ambos la frente.

El tiroteo había sido rápido, pero algo ruidoso. Aunque Amikan había utilizado silenciador, el estrépito de los vidrios rotos y del impacto de las balas que alcanzaron la pared había alertado a los guardaespaldas de Said, que se asomaron al balcón del segundo piso, con la luz encendida a sus espaldas, tratando de vislumbrar algo entre la oscuridad y llamándole a gritos. Otro miembro del equipo de Amikan que montaba guardia frente al edificio por si se necesitaban refuerzos les gritó en árabe:

— ¡Bajad! ¡Bajad!

Y mientras así lo hacían, él y Amikan cruzaron corriendo la calle, se metieron en el coche con el individuo que había estado en el teléfono y se perdieron entre la noche.

Recuerdo perfectamente el modo en que Drory describió la operación, tal como si se refiriera a un banquete en el que uno ha disfrutado, en un lugar excelente, de manjares extraordinarios. Y tampoco olvidaré nunca cómo se refirió al ataque. Levantó las manos delante suyo como si estuviera empuñando una arma y disparara: fue impresionante. A mí me han disparado y he visto muchas cosas, pero nunca olvidaré su expresión en aquellos momentos: estaba tan agitado que le rechinaban los dientes.

Más tarde, sometido a un breve interrogatorio, le preguntaron qué se sentía cuando se disparaba contra alguien sin actuar en defensa propia o en un campo de batalla.

—Se trataba de defender la patria —repuso—. Él no me atacaba a mí sino que, imaginariamente, empuñaba una arma contra mi nación. Los sentimientos nada tienen que ver en estas circunstancias. Además, yo no experimentaba ninguna sensación de culpabilidad.

Cuando le preguntaron qué debía de estar pensando su colega Amikan mientras acechaba entre los arbustos aguardando a que su presa regresara al hogar, Drory nos explicó que él le había confesado que estaba consultando el reloj porque se le hacía tarde y tenía hambre. Deseaba concluir de una vez para salir de allí e ir a comer algo, como cualquiera cuyo trabajo le impidiese salir a cenar.

Después de esto dejamos de formularle preguntas.

En breve iniciamos un curso intensivo sobre fotografía, aprendiendo el uso de varias máquinas fotográficas y a revelar películas, así como un método para utilizar dos tabletas químicas con las que se preparaba una solución en agua tibia en la que se empapaba una película durante noventa segundos de modo que no estuviera totalmente revelada, lo que

podía hacerse más tarde, pero comprobando que la imagen que necesitábamos se encontraba allí. También hicimos experimentos con varias lupas y tomamos fotografías desde diversos ingenios ocultos, tales como bolsillos interiores.

Pinhas Maidan, uno de los tres cursillistas que se habían incorporado al grupo en aquel último trimestre, decidió obtener unos ingresos saneados de sus lecciones fotográficas.

En una zona a lo largo de la playa norte de Tel-Aviv denominada Tel Barbach, no lejos del Country Club, merodean las prostitutas esperando a que lleguen los clientes en sus coches y las recojan. Entonces se dirigen tras las dunas de arena, donde llevan a cabo su trabajo, y se marchan. Pinhas decidió coger una noche su equipo fotográfico, instalarse en una colina sobre las dunas y fotografiar a los hombres que llegaban en sus coches con las prostitutas y, por consiguiente, obtener algunas fotos muy comprometedoras gracias a su equipo de alta calidad y a las lentes telescópicas de gran alcance. Asimismo nos habían enseñado cómo invadir el computador de la policía, estableciendo una conexión no autorizada por ellos, de modo que Maidan se limitó simplemente a obtener los nombres y direcciones de los conductores y comenzó a chantajearlos. Les telefoneaba diciéndoles que tenía unas fotos comprometedoras suyas y les pedía dinero.

Maidan se jactaba de lo bien que le iba el negocio. No mencionaba cantidades, pero alguien llegó a quejarse y fue amonestado. Creí que lo expulsarían pero, al parecer, hubo quien consideró que aquélla era una iniciativa espectacular. Supongo que cuando uno se precipita entre la inmundicia no advierte si algo huele mal.

Desde luego, según los criterios del Mossad, la producción de tales fotografías tal vez pudiera llegar a ser un poderoso elemento de persuasión para conseguir reclutas... o tal vez no. Circulaba una anécdota sobre un alto oficial saudí que había sido fotografiado cuando estaba acostado con una prostituta, la cual había recibido instrucciones de situarse de tal manera que la cámara fotográfica registrara a un tiempo el rostro del oficial y el acto de la penetración. Más tarde el Mossad le obligó a enfrentarse con las pruebas de su escándalo sexual extendiendo las fotos sobre una mesa y diciéndole:

—Tal vez esto le decida a colaborar con nosotros. Pero en lugar de mostrarse sorprendido y asustado, el hombre estuvo encantado.

— ¡Es maravilloso! —decía—. Me quedaré con dos de éstas y tres de éstas.

Y añadió que deseaba enseñárselas a todos sus amigos.

Huelga decir que aquel intento de reclutamiento fracasó totalmente.

El curso prosiguió: se trató sobre unidades de inteligencia en diversos países árabes, y los aprendices de *katsas* pasaron asimismo algún tiempo hablando con los oficiales de seguridad de los hoteles para instruirse y actuar desde su punto de vista. Como operábamos en muchísimos hoteles, teníamos que saber qué debíamos evitar para no atraer la atención de la seguridad... esas *pequeñas* cosas. Por ejemplo, si una doncella llama a la puerta, entra en la habitación y se interrumpen las conversaciones mientras ella se halla presente, probablemente advertirá la seguridad que allí sucede algo. Pero si todos siguen hablando como si no estuviese, no despertarán ninguna sospecha.

También nos impartieron una serie de conferencias sobre las policías europeas, una tras otra, analizándolas, tratando de comprenderlas, informándonos de sus flaquezas y cualidades. Estudiamos la bomba islámica y visitamos varias bases militares así como el centro de investigación nuclear de Dimona, en el Néguev, a unos sesenta y cuatro kilómetros en dirección noreste de Beersheba, que en un principio había simulado ser una

fábrica textil y más tarde una «estación de bombeo», hasta que la CIA, desde un vuelo U-2, obtuvo en diciembre de 1960 pruebas fotográficas demostrativas de que allí se albergaba un reactor nuclear. Asimismo, había un reactor más pequeño llamado KAMG (abreviatura de *Kure Garny Le Machkar* o Instalación de Investigación Nuclear) en Nahal Sorek, en el interior de una base de fuerzas aéreas al sur de Tel-Aviv. Yo tuve ocasión de visitar ambas plantas.

Tras haberse desvelado el secreto en 1960, David Ben Gurión anunció formalmente el proyecto atómico de Israel «con fines pacíficos», aunque en gran parte no tenían nada de pacíficos.

En 1986 un israelí de origen marroquí llamado Mordechai Vanunu, que había trabajado en Dimona desde 1976 hasta 1985 antes de trasladarse a Australia, reveló que había introducido subrepticiamente una cámara fotográfica en el recinto y que había tomado cincuenta y siete fotografías de la planta procesadora de alto secreto, situada a varios niveles por debajo de la superficie, que en aquel tiempo acumulaba plutonio destinado a armamento para armar ciento cincuenta ingenios nucleares y termonucleares. Asimismo, confirmó que los israelíes habían ayudado a Sudáfrica a detonar un ingenio nuclear en septiembre de 1979 en el extremo sur del océano Indico, en las islas deshabitadas del Príncipe Eduardo y Marión.

Por los inconvenientes que había creado, Vanunu acabó siendo sentenciado a dieciocho años de prisión, acusado de espionaje después de un juicio a puerta cerrada en Jerusalén. Fue capturado por el Mossad tras haber sido atraído por una hermosa agente a un yate en el Mediterráneo, en las costas de Roma. El *Saturday Times* londinense se había estado preparando para publicar su historia y sus fotos, pero Vanunu fue drogado, secuestrado a bordo de un buque israelí, juzgado rápidamente y encerrado en prisión.

En realidad, el secuestro fue una chapuza. Vanunu no era exactamente un profesional ni un peligro; sin embargo, tal como se desarrolló la acción, llegó a ser de público conocimiento. La operación lo devolvió a Israel, pero el Mossad no tuvo motivos para sentirse muy orgulloso por ello.

A juzgar por mi observación personal de la planta de Dimona, la descripción de Vanunu era muy exacta. No sólo eso: su interpretación también era fiel. Decía que estaban fabricando bombas y que las utilizarían si era necesario.

Eso es cierto. Tampoco era un secreto dentro del Instituto que habíamos ayudado a Sudáfrica en su programa nuclear, facilitándoles la mayoría de su equipamiento militar.

Entrenamos a sus unidades especiales: trabajamos mano a mano con ellos durante varios años. Esos dos países creían necesitar la máquina del fin del mundo y estaban preparados para utilizarla.

Aunque las medidas de seguridad de Dimona eran extremas, también estaba rodeada de los misiles tierra-aire de Hawk y Chapparal. Lo gracioso del caso es que cuando visitamos las instalaciones de Hawk, los misiles se estaban oxidando puesto que no habían tomado precauciones para protegerlos. Sin embargo, más tarde fueron vendidos a Irán. Cuando nos enteramos de ello nos reímos a gusto.

Los *katsas* neófitos también fuimos instruidos en un sistema internacional de comunicaciones, especialmente el cable del Mediterráneo que surgía en Palermo, Sicilia, donde se comunicaba con satélites que transmitían la mayor parte de comunicaciones árabes. Israel disponía asimismo de conexión a través de la Unidad 8200 y, por consiguiente, tenía acceso a casi todo cuanto transmitían los árabes.

Otra característica regular de nuestro curso era un documento «sociométrico» redactado cada quince días, en el que cada uno de nosotros relacionábamos a iodos los demás en un orden de preferencia que comprendía varias categorías: operaciones, fiabilidad, honradez, simpatía, cordialidad, etc. Yo no lo hacía del todo mal, pero no era honrado. Se suponía que no nos enterábamos de los resultados, pero sí los sabíamos. Como es natural, si alguien no nos gustaba lo hacíamos figurar al final. Y puesto que todos habíamos dejado de confiar en los otros, Yosy, Heim y yo mismo comprobábamos las listas ajenas sólo para verificar si ocupábamos un lugar razonable en ellas.

Ya estábamos dispuestos para el ejercicio final. Dentro de quince días seríamos *katsas* de pleno derecho.

8. SALUTACIÓN Y DESPEDIDA

El día anterior al comienzo del ejercicio final de quince días, recibí una llamada de mi colega Jerry S. Por entonces yo no podía suponer el profundo significado de aquella, al parecer, inocente llamada telefónica.

Jerry, que entonces tenía treinta y dos años, era ciudadano americano. Llevaba barba y bigote y tenía los cabellos grises. Era un tipo esbelto y había sido abogado de Cyrus Vance, secretario de Estado del presidente norteamericano Jimmy Carter. Por entonces Jerry y yo éramos amigos, aunque yo estaba muy al corriente de ciertos rumores que circulaban acerca de su homosexualidad. En cierta ocasión nos contó a todos que su novia había llegado de Estados Unidos y vivía en su casa, pero que se había visto obligada a regresar porque estaba casada. Como nadie la había visto, persistieron los rumores. Había estado en mi casa en varias ocasiones y yo también en la suya y solía ayudarle a preparar sus coberturas, de modo que no era nada insólito que me invitase a su apartamento. Me dijo que sólo deseaba comentarme algo y mostrarme unas cosas. Accedí inmediatamente. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Cuando llegué había preparado nuestra bebida favorita, una mezcla de vodka, hielo y fresas, triturada y mezclada en una coctelera. Antes de sentarse puso un videocasete.

—Quiero enseñarte algo —me dijo—, pero antes debo decirte que tengo una fuente interna y, que a partir de ahora, antes de realizar un ejercicio, sabré si van a seguirnos y estaré en condiciones de informarte sobre cuándo y dónde: ya no tendremos necesidad de seguir preocupándonos por ello.

—Si debo serte sincero, Jerry —repuse—, no me preocupa que me sigan. En realidad, incluso me gusta. Es emocionante.

—¿Sabes? —añadió—. Se lo he dicho a Ran H. —otro compañero de clase que tenía graves problemas con APAM— y ha estado muy contento.

—No me sorprende. ¿Pero a quién crees que le haces un favor?

—Verás, aún tienes que descubrir cómo te están siguiendo —protestó Jerry algo tenso.

—De acuerdo, Jerry, haz lo que creas más conveniente —le dije—, a mí no me importa. Si crees que va a servirte de ayuda me parece estupendo. Pero *siento* curiosidad. ¿Cómo has conseguido esa clase de información?

—Verás, se trata de la mujer que se acuesta con Itsik —me explicó—. La famosa Número Cuatro. Yo también he tenido un pequeño lío con ella y me facilitó todos estos datos.

—Estás bromeando.

—Sabía que no ibas a creerme. ¿Por qué no te sientas y te pones cómodo mientras te paso el vídeo?

Un día, tiempo atrás, Jerry pasó por casa de Itsik y acertó a ver salir de ella a una mujer. Era muy atractiva, de cutis moreno, cabellos de color castaño claro y un cuerpo magnífico. Jerry la estuvo observando mientras se iba, aguardó un rato y luego fue a visitar a Itsik, cuya esposa no se encontraba en casa. En ningún momento mencionó a la mujer.

Como es natural, el *yarid,* equipo que dirigía la seguridad europea, practicaba tales técnicas en Israel. Uno de los mejores modos de ejercitarse en comprobar su pericia era

siguiendo a los *katsas* neófitos. Dichos equipos solían utilizar números, no nombres, y se suponía que los *katsas* ignoraban quiénes eran. Al equipo *yarid* se le informaba el día anterior a quién debía seguir, la hora y el punto de partida y se le mostraba una foto del individuo. Aquella mujer respondía concretamente al número cuatro.

Jerry se había fijado en ella durante un ejercicio anterior y, aunque ignoraba entonces de quién se trataba, lo había hecho constar en su informe. Luego, al verla en casa de Itsik, acabó atando cabos. Cuando ella salió, la estuvo vigilando mientras se metía en su coche, cuya matrícula anotó y, más tarde, a través del computador de la policía, obtuvo su nombre y dirección.

Decidió aprovecharse de tales conocimientos. En primer lugar, estaba enterado de los rumores que corrían acerca de él y deseaba acabar con ellos, y asimismo quería llegar a conocer quién sería seguido determinado día en que se realizaban los ejercicios para no tener que preocuparse constantemente por APAM. No destacaba especialmente en esas pruebas y deseaba librarse de tal preocupación que tanta importancia tenía para el curso: ningún *katsa* podía salir al extranjero sin aprobar APAM.

En su apartamento, dotado de todos los ingenios electrónicos imaginables, se encontraba un gran aparato de ejercicios llamado Soloflex que consistía en un banco y una barra suspendida de una estructura. Uno de los ejercicios a realizar consistía en ceñirse unas gomas muy resistentes a los tobillos, colgarlas de la barra y, mientras uno permanecía suspendido cabeza abajo, erguirse e inclinarse, trabajando de ese modo los músculos del estómago.

Otro elemento vital de su equipamiento era una cámara audiovisual incorporada a un maletín que se utilizaba para muchas prácticas y que la Academia nos prestaba cuando era necesario. Además de qué permitía filmar sin que los protagonistas de la película se dieran cuenta, la alta calidad de su técnica permitía obtener excelentes películas.

La filmación se iniciaba con un plano en gran angular de la habitación. Las cortinas estaban echadas, pero había mucha luz. A un lado se veía un armario de madera de color claro y una mesa de comedor, pero el Soloflex dominaba el centro de la estancia.

Al principio Jerry y Número Cuatro estaban hablando. Luego comenzaron a besarse y a acariciarse.

—Vamos a hacer ejercicio —dijo Jerry de pronto.

Y le sujetó las tiras de goma a los tobillos después que ella se hubo quitado los pantalones del chandal, de modo que la muchacha quedó colgando boca abajo de la barra.

No podía dar crédito a mis ojos. Pensaba: «¡Dios mío, esto no puede ser cierto!» Pero sí lo era.

Mientras ella permanecía así suspendida, Jerry retrocedió unos pasos, abrió los brazos como si actuase ante la cámara y exclamó:

— ¡Ta-da!

Como es natural, a ella le había caído la camisa sobre la cabeza y sus senos pendían libremente. Jerry le quitó la prenda, se inclinó, la sostuvo y comenzaron a besarse. Seguidamente le metió la mano bajo las bragas y siguió acariciándola. Al cabo de un rato, Jerry también se desnudó y poco después aparecía la imagen de ella colgando boca abajo y haciéndole un numerito por los aires mientras él se sentaba desnudo en el banco.

—No era necesario que lo filmaras para conseguir que ella colaborase, Jerry —le dije cuando el espectáculo hubo concluido.

—Quizá no, pero pensé que si se negaba le mostraría la película y entonces lo haría. Resulta excitante, ¿no es cierto?

—Sí, en cierto modo —repuse cautamente.

—¿Sabes lo que se dice de mí por la oficina?

—¿A qué te refieres? ¿Acerca de si eres homosexual?

—Sí.

—Es tu problema, no el mío. No estoy aquí para juzgarte.

En aquel momento se sentó a mi lado, muy cerca.

—Bueno, ahora ya has visto que no lo soy.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Jerry? —le pregunté, sintiéndome algo incómodo.

—¿Sabes? Me van los dos sexos —repuso—. Y creo que podríamos pasarlo mejor de lo que tú piensas.

—¡Jerry! ¿No me estarán engañando mis oídos?

—Espero que no.

Me sentí perplejo, pero irritado por momentos. Me levanté del diván y fui hacia la puerta. Jerry me puso la mano en el hombro para detenerme. En aquel momento lo vi todo rojo. Aparté su mano de mi hombro y le golpeé en el estómago. Nunca en mi vida había dado un puñetazo más fuerte. Bajé corriendo la escalera y salí a la calle a respirar aire puro. Estuve corriendo durante cuarenta minutos hasta llegar a la Academia, probablemente seis o siete kilómetros. No estaba muy en forma, tosía, pero seguía corriendo.

Al llegar allí me encontré con Itsik.

—Itsik —le dije—, tengo algo que decirte. Esto tiene que concluir.

—Vamos a mi despacho.

Se lo conté todo. No puedo asegurar que le diese una versión muy coherente, porque me expresaba atropelladamente, aunque, pese a ello, mis explicaciones fueron muy claras. Le dije que Jerry tenía un vídeo en el que se le veía haciendo el amor con su amiguita y que me había hecho proposiciones sexuales.

—Tranquilízate, tranquilízate —me dijo—. Te acompañaré a casa en mi coche.

Le di las gracias, pero le expliqué que tenía la bicicleta en la Academia y que prefería regresar con ella.

—Verás —repuso Itsik—. Ya me lo has contado: ahora debes olvidarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que lo olvides. No quiero volver a oír hablar de ello.

—¿Qué clase de «caballo» tiene ese tipo? ¿Acaso se trata del de Troya?

—¡Olvídalo!

No me era posible seguir insistiendo. Porque me resultaba increíble que Itsik me dijese que lo olvidara en seguida, sin molestarse en comprobar lo que le decía.

—¡Y que no me entere de que repites esta historia a nadie más! —añadió—. ¡No se lo digas a Heim, a Yosy ni a nadie! ¿Has comprendido?

—De acuerdo: lo olvidaré. Pero voy a comunicártelo por escrito y quiero que se curse una copia de archivo.

—De acuerdo, puedes hacerlo así.

Una copia para archivo significaba que la copia de una carta enviada exclusivamente a alguien tan sólo podía ser depositada en un sobre cerrado y remitida al archivo de un computador, donde permanecería cerrada. Pero el destinatario debía firmar para indicar

que la había leído, y se anotaba la fecha. En el caso de que se tratara de un *katsa* que hubiese comunicado a sus superiores que los sirios iban a atacar la próxima semana, pero que éstos hiciesen caso omiso de su advertencia, cuando se produjera el ataque la gente le preguntaría por qué no había informado, y si el *katsa* había cursado una copia para archivo le bastaría con exhibirla para demostrar que sí lo había hecho. De regreso a casa me detuve en el apartamento de Mousa M., jefe de seguridad, y le puse al corriente de todo.

—Deberíais cambiar el programa y sustituir a la chica—le dije.

—¿Se lo has dicho a Itsik?

—Sí.

—¿Qué respondió él?

—Que olvidara el asunto.

—Me temo que no podremos sustituir a esa muchacha—dijo Mousa—. Si lo hiciéramos, Itsik comprendería que me lo habías dicho.

Al día siguiente, a mediados de octubre de 1985 y cuando comenzaba el ejercicio definitivo de tres semanas, recibimos la primera orden de actuar, consistente en que los tres equipos de cinco miembros cada uno nos instaláramos en nuestros apartamentos. Un equipo tenía su base en Haifa, el otro en Jerusalén y el mío en el tercer piso de un edificio próximo al cinematógrafo Mugraby, junto a las calles de Allenby y Ben Yehuda, en el centro sur de Tel-Aviv, un sector bastante sórdido en el que merodeaban las prostitutas.

Aparte de Jerry, mi equipo estaba formado por Arik, Oded L. y Michel. Cuando hubimos construido nuestro «deslizamiento» en un armario y dispuesto las restantes medidas necesarias de seguridad para nuestra base-piso franco, nos facilitaron pasaportes, nos condujeron al aeropuerto y nos dijeron que pasáramos por la aduana y por seguridad como si acabásemos de llegar a Israel. Yo llevaba documentación canadiense.

A continuación cogí un taxi desde el aeropuerto hasta el apartamento, inspeccioné la zona, me enteré de dónde se encontraban los teléfonos públicos y demás y llegué con tiempo sobrado a la sesión de instrucciones de la una de la tarde. (De vez en cuando se nos permitía ir a casa desde aquel destino, pero a base de un sistema rotativo porque siempre debía quedarse alguien de noche en el apartamento.) Cuando regresé parecía como si nada hubiera sucedido entre Jerry y yo, salvo que a mí me constaba que era «intocable» y que no podía protegerme de él: su «caballo» era demasiado poderoso.

El primer ejercicio consistía en ir al hotel Grand Beach, situado en la esquina de la calle de Dizengoff y la avenida de Ben Gurión, en la acera de enfrente de donde otrora se hallara el Sheraton. El antiguo Sheraton había sido cedido a los americanos que estaban construyendo pistas de aterrizaje en el Neguev como parte del tratado de paz de Camp David cuando Israel cedió campos de aviación en el Sinaí. Alquilé una habitación en el Grand Beach por teléfono, mientras se suponía que Jerry se reunía con un contacto en el vestíbulo del hotel. El contacto tenía documentos en un maletín que llevaba en su coche, y el objetivo consistía en conseguirlo, fotografiar los documentos y devolverlo al vehículo sin que nadie advirtiese nuestros manejos.

Disponíamos ya de una llave del coche y se suponía que éste debía encontrarse en el sexto lugar de los aparcamientos que había frente a la entrada del antiguo Sheraton. Pero resultó que en realidad se hallaba en el tercero, claramente visible para el portero del hotel.

La misión de Jerry consistía en hablar con el contacto en el vestíbulo superior del Grand Beach mientras se sentaba en una posición desde la que podía verme entrar con el maletín y cruzar el salón hasta los ascensores. Cuando hubiera fotografiado los documentos en la habitación, debía retornarlos a su lugar de origen, habiendo eliminado previamente mis huellas dactilares. Una vez cumplida esta misión, haría una señal a Arik, que a su vez se la transmitiría a Jerry, y entonces él dejaría en libertad al hombre. Toda esa actividad debía realizarse sin que el contacto se enterase.

El único obstáculo de todo el ejercicio consistía en que el coche era demasiado visible para el portero. Por consiguiente, pregunté a Arik si tenía un billetero, le pedí que lo vaciara de todo su contenido, excepto de algo de efectivo que debía asomar de modo visible, y luego que se dirigiera al portero y le dijese que lo había encontrado y que deseaba que lo entregase en el departamento de objetos perdidos. De aquel modo él no estaría en su puesto de observación cuando yo retirara el objeto del maletero del coche.

En el instante en que yo bajaba la escalera, Arik ya se había enterado del nombre del hombre, por lo que efectuó una llamada telefónica urgente para él, y mientras éste entraba a atender su llamada, restituí el maletín a su sitio.

Dos horas después nos reuníamos todos en el apartamento. Estábamos muy silenciosos, aunque no parecía haber surgido ningún problema. En breve aparecieron Itsik y Kauly. Todos efectuamos una descripción completa de lo que había sucedido, pero cuando hubimos concluido, Jerry se dirigió a Itsik diciéndole:

—Debo formular una queja sobre la actuación de Vic.

Me quedé atónito: había cumplido con creces lo que se esperaba de mí y aquel imbécil se permitía formular una queja.

—Cuando Víctor trabajó para los «Smerfs» en Kaisarut alojó a algunos africanos en ese hotel —prosiguió Jerry—. Realizando ese ejercicio en un hotel donde es conocido ha hecho peligrar toda la operación.

—Aguarda un momento —le dije—. Hemos efectuado ejercicios en todos los malditos hoteles de esta ciudad. Y, de todos modos, hipotéticamente y para los fines de este ejercicio, nos encontrábamos en París y allí no me conocen en *ningún* hotel.

Pese a lo que había escuchado, Itsik anotó en su agenda; «Observación muy acertada.»

—Shai... —exclamé volviéndome hacia Kauly.

— ¡Por favor! —repuso éste—. No tengo nada que ver en este asunto.

Al día siguiente rogué que me asignaran inmediatamente mi segundo ejercicio, lo que me daría la oportunidad de estar ausente del piso franco varios días: estaba harto de vivir bajo el mismo techo que Jerry.

Mi misión consistía en establecer contacto con un diplomático inglés responsable de la conservación de los cementerios militares de Israel (principalmente los correspondientes a la primera guerra mundial). Tenía un despacho en Ramlah, al este de Tel-Aviv, sede de un inmenso cementerio, y otro en la embajada británica de Tel-Aviv. El hombre había sido descubierto varias veces por el Shaback deteniendo su coche en la autopista, tomando fotos de instalaciones militares y alejándose seguidamente. Sospechábamos que era miembro del servicio secreto o que trabajaba para alguien. De resultas de ello, el Shaback había formulado una petición para que lo vigilásemos.

La primera orden que yo había recibido era ingeniarme un motivo para reunirme con aquel hombre. ¿Por qué no otra película? Tras reservar una habitación en el hotel Carleton, al otro lado del Marina, en la calle de Hayarkon de Tel-Aviv, acudí hasta un monumento levantado cerca de aquel lugar donde las tropas del general británico Allenby habían cruzado el río Yarkón durante la primera guerra mundial, dando fin a cuatro siglos de dominio otomano en Tierra Santa. Fijé en mi mente las fechas de las batallas y el nombre de las brigadas que habían intervenido en el combate y me dirigí hacia otro inmenso cementerio británico de las afueras de Haifa, observando las tumbas hasta que encontré una con el nombre de un soldado (McPhee) que había luchado y muerto entonces.

Decidí simular que era un canadiense oriundo de Toronto, personalidad que completé con tarjetas comerciales, y que me proponía hacer una película sobre una familia que se había trasladado a Canadá desde Londres, uno de cuyos miembros había encontrado la muerte luchando por la liberación de Tierra Santa. En primer lugar telefoneé a las oficinas de Ramlah y le expliqué la historia a una cristiana árabe que se encontraba allí. Ella me facilitó el número de teléfono de mi objetivo en la embajada, de modo que le llamé, le conté la historia y le facilité el nombre de McPhee (diciéndole que ignoraba dónde había sido enterrado), añadiendo que me alojaba en el hotel Carleton y que deseaba entrevistarme con él. No encontré ninguna dificultad para ello.

El británico se presentó acompañado de otro hombre y los tres estuvimos charlando durante dos horas y media. El diplomático era paisajista de profesión y se mostró realmente deseoso de ayudarme. Me facilitó el nombre y la dirección exacta donde encontraría la tumba. Supuso que todo era legal e incluso comenzamos a tratar de la posibilidad de contratarle para que escenificara las batallas que probablemente yo deseaba filmar. Le dije que partiría en breve, pero que me pondría en contacto con él dentro de un mes. Las instrucciones que yo había recibido únicamente consistían en establecer dicho contacto y abrir una puerta. Mi siguiente misión consistía en contactar a un hombre en Jerusalén oriental que tenía una tienda de souvenirs en la calle de Salaha Adin. Inspeccioné la zona, tomé fotografías con una cámara oculta y me hice muy amigo del individuo, un miembro de la OLP, razón por la que querían saber más cosas sobre él.

En el curso de otra misión, Itsik me condujo a un edificio de apartamentos de Tel-Aviv y me dijo que había un hombre en el tercer piso acompañado por un invitado y que yo dispondría de veinte minutos para entablar conversación con su huésped.

—Esto es «chutzpah» —le dije.

—Defíneme qué es «chutzpah» —repuso Itsik.

—Te ensucias en la puerta del individuo, luego llamas a su puerta y le pides papel higiénico: eso es «chutzpah».

Fui a una tienda próxima y compré dos botellas de clarete Mouton Cadet, me acerqué al edificio y, tras comprobar los nombres de los inquilinos, llamé a un timbre y dije que tenía que entregar un paquete a una mujer.

—¡Ah, probablemente está usted buscando a Dina! —repuso la voz.

—¿Está Dina casada? —me interesé.

—No —me respondieron.

Llamé al apartamento que me habían indicado pero, afortunadamente, la mujer no estaba en casa. Entré en el edificio y comencé a subir la escalera: era una de esas casas de vecinos en las que es preciso pasar por todas las puertas hasta llegar a la que a uno le

interesa. Cuando me encontraba en el tercer piso, donde se hallaban mis objetivos, cogí una de las botellas y alzándola en el aire la estrellé contra el suelo con gran estrépito frente al apartamento en cuestión. A continuación llamé a la puerta.

—Disculpe —dije cuando me abrieron—. Venía a ver a Dina, pero no está en casa y se me ha roto esta botella. ¿Pueden dejarme algo para recoger todo esto?

El hombre y su invitado me ayudaron. Les sugerí que compartiéramos la otra botella y permanecí con ellos durante dos horas, acabando por enterarme de la historia de sus vidas. Había cumplido mi misión.

Entretanto, el equipo del apartamento de Haifa estaba concentrado en las tropas de pacificación de la ONU, especialmente las canadienses. Los canadienses eran un magnífico objetivo: se mostraban muy amistosos y eran muy agradables. Entre nosotros se sentían tomo si estuvieran en un país occidental, por lo que estaban muy cómodos, mucho más que con los árabes. Es decir, si uno quiere pasarlo bien, ¿adonde debe ir? ¿A Damasco?

Había varios *duvshanim* canadienses (literalmente «pasteles de miel»), fuerzas pacificadoras de la ONU destinadas como mensajeros que nos traían y llevaban paquetes de uno a otro lado de las fronteras. Dos de los ejercicios consistían en irrumpir en comisarías de policía, una vez en el cuartel general de Mador, en la calle de Dizengoff de Tel-Aviv, y la otra en centros de investigaciones especiales de Jerusalén. Allí, un tipo llamado Zigel dirigía una extensa unidad especial investigadora de fraudes. Uno de los casos en los que estaba trabajando por entonces se llamaba «dossier Melocotón» (en hebreo *Tik Afarsek).*

Cuando irrumpimos en el cuartel general nos acompañaba un «experto en entregas» que nos indicó los archivos que debíamos llevarnos. Resultó que el «dossier Melocotón» trataba de una investigación en la que se hallaba implicado un ministro del gabinete, un tipo muy religioso llamado Yosef Burg, que era uno de los miembros más antiguos del Parlamento de Israel. Hacía tanto tiempo que estaba en activo que circulaba un chiste sobre él en el que aparecían tres arqueólogos, uno americano, otro inglés y el tercero israelí, que encuentran una momia egipcia de tres mil años de antigüedad. Al abrir la tumba, la momia se despierta y dice al americano:

—¿De dónde vienes?

—De América: es un gran país que se encuentra allende los océanos. El país más perfecto del mundo.

—Jamás he oído hablar de él —responde la momia. Y volviéndose hacia el británico repite la pregunta. Finalmente se dirige al israelí y le dice:

—Y tú, ¿de dónde eres?

—De Israel —responde el interpelado.

— ¡Ah, sí, Israel! He oído hablar de ese país. A propósito, ¿sigue siendo Burg ministro del gabinete?

Ignoro el contenido del expediente ni de qué investigaciones trataba, pero me consta que el «dossier Melocotón» se recogió a petición del gabinete del primer ministro y que toda la investigación fracasó por falta de documentación. No importaba que se tratase de Begin, Peres o Shamir. Una vez se disponía de un instrumento, podía utilizarse. Y el Mossad siempre lo haría así.

Aunque los *katsas* neófitos solamente realizábamos algunos ejercicios de esa naturaleza, aquellos que se entrenaban para *neviots* los efectuaban con cierta regularidad.

Si deseaban entrenarse para asaltar un lugar seguro, lo escogían bien. ¿Y hay algo más seguro que una comisaría de policía?

Me disgustó realizar semejante práctica y pregunté por qué hacíamos cosas que iban contra nuestra propia normativa. Se suponía que debíamos operar fuera del país y no en el interior.

Oren Riff, al que creía un amigo, repuso:

—Cuando buscas algo, lo haces donde se ha perdido, no bajo la luz.

Se refería a la historia del hombre que perdió algo en la oscuridad pero que se dedicaba a buscarlo entre la luz. Al preguntarle por qué buscaba por allí en lugar de donde lo había perdido, respondió que a oscuras no distinguía nada, pero que sí veía perfectamente en un lugar iluminado.

—Será mejor que cierres la boca y hagas tu trabajo —añadió Riff— porque no es asunto de tu incumbencia.

Y seguidamente me contó la historia del tipo que llega del desierto y se encuentra entre las vías del tren. Oye el silbido de un tren que se acerca, pero ignora de qué se trata. Gradualmente advierte que se aproxima una cosa enorme, pero sigue ignorando qué es, por lo que permanece allí y es arrollado. De algún modo logra sobrevivir y tras prolongada estancia en el hospital le llevan a su casa y sus amigos dan una fiesta para celebrar su retorno. Alguien pone una tetera en el fuego para hacer té, pero cuando oye el silbido de la ebullición, se levanta de un salto, coge una hacha, irrumpe en la cocina y destroza la tetera. Al preguntarle por qué ha hecho eso dice:

—Voy a explicároslo: ¡debéis acabar con esas cosas cuando aún son pequeñas!

Y entonces Oren añadió:

—Ahora vas a escucharme. Deja ya de silbar, lo harás cuando seas más grande que los tipos a quienes ahora criticas.

—¡Vete a la mierda! —repuse furioso. Y salí como una exhalación de la oficina.

Yo estaba convencido de que tenía razón, y cuando hablé con los otros muchachos de la oficina, tipos insignificantes como yo, todos estuvieron de acuerdo conmigo. Pero nadie estaba dispuesto a abrir la boca porque todos esperaban salir al extranjero, y aquello era algo que a nadie le importaba. Con semejante actitud puedes irte a la mierda: nunca conseguirás que las cosas funcionen.

Cuando finalizó el curso, a mediados de noviembre de 1985, y por fin nos convertimos en *katsas* —habíamos tardado tres años en total— el ambiente era tan desagradable que ni siquiera dimos una fiesta para celebrarlo. Oded no se graduó, pero se hizo experto en comunicaciones para las oficinas de Europa. Avigdor tampoco se graduó, y a través de Mike Harari fue transferido como hombre de acción a ciertas gentes de Sudamérica. Michel fue destinado a Bélgica y Agasy Y. se trasladó a El Cairo para convertirse en enlace. En cuanto a Jerry, marchó a Tsafririm para colaborar con Araleh Sherf. La última vez que tuve noticias de él, se proponía iniciar una operación en Yemen para tratar de conducir judíos a Israel. Heim, Yosy y yo fuimos destinados a la base de Israel.

Yo había concluido el curso satisfactoriamente, pero me había creado enemigos poderosos. Por ejemplo, Efraím Halevy, jefe de los enlaces, decía de mí que era «un tipo conflictivo».

Pese a ello se preveía que iría a Bélgica, gran honor para un novato, donde debería incorporarme al equipo *katsa* de ataque, cosa que molestó a Itsik. Después de todo no había muchas oportunidades. Si iba allí, estaría inmovilizado de tres a cinco años.

Entretanto, estaba en la parrilla de salida bajo las órdenes de Ran, hasta que él tuvo que ir a Egipto en misión de reclutamiento. La televisión egipcia había emitido una película crítica sobre el Mossad llamada *El hombre de mirada burlona,* que contenía muchísima información interna de la organización. Pero en lugar de provocar un escándalo, había dado como resultado que se presentara una oleada de voluntarios en la embajada ofreciéndose para colaborar con el Instituto.

Dos semanas después de haberme incorporado a la base israelí, me ordenaron que transfiriese un paquete que había llegado en un vuelo de El Al procedente del Lejano Oriente a una dirección de Panamá facilitada por Mike Harari. Me presenté en el aeropuerto con un Subaru, pero cuando llegué me quedé sorprendido al encontrarme con un paquete de 2 x 3 x 1,5 m totalmente envuelto en plástico y que contenía múltiples envoltorios en su interior, demasiado grande para poder transportarlo en coche. Por lo tanto, encargué que lo recogiera un camión y lo llevase a la oficina para que lo embalasen de nuevo y lo enviasen a Panamá.

Acto seguido le pregunté a Amy Yaar qué contenían los envoltorios.

—Nada que te importe —repuso Yaar—. Cumple las órdenes que has recibido.

El paquete no fue cargado en un avión panameño como me habían dicho sino en otro de las fuerzas aéreas israelíes. Les dije que debía existir algún error.

—No, no —me respondieron—. El aparato ha sido prestado a Panamá.

Se trataba de un avión Hércules de transporte. Cuando regresé a la oficina protesté. Sabía lo que estábamos enviando, no era tan necio. No actuábamos como intermediarios para el envío de armas desde el Lejano Oriente: únicamente podía tratarse de drogas. De modo que pregunté por qué teníamos que utilizar un avión israelí y me dijeron que el tipo que dirigía las fuerzas aéreas panameñas era Harari, por lo que no existía ningún problema. Estuve protestando en el despacho y en el comedor de que tuviéramos que respaldar a Harari en tal género de actividades. En la organización contábamos con un sistema de reclamaciones por el que éstas podían cursarse mediante computador, siendo transmitidas a seguridad interior. Tramité una protesta formal. El inconveniente del sistema era que si se formulaba una queja los oficiales de alto rango tenían acceso a ella, por lo que Harari debió de descubrirla.

Aquélla fue la gota que colmó el vaso. Con mi acción había herido el punto débil de Harari, que por otra parte tampoco me tenía simpatía alguna puesto que no era la primera vez que nos enfrentábamos.

Por entonces teníamos un caso pendiente en Chipre que motivó que me enviasen allí para prestar mi intervención. En realidad no se esperaba que yo fuese, pero Itsik se empeñó en ello. Yo estuve tan sorprendido como entusiasmado de que quisiera enviarme.

Mi cometido consistiría en simular ser el intermediario de una operación ya en marcha. Apenas conocía los detalles, pero se suponía que debía encontrarme con un individuo con quien estableceríamos un sistema por el que se le haría llegar a Europa equipamiento de diversos explosivos. Ni siquiera conocía el nombre del contacto: era europeo y residía en Chipre, sirviendo de enlace a la OLP y traficando en armas al mismo tiempo. Se trataba de cortar todo aquello de raíz. Los clientes del tipo también eran

traficantes de armas y pensábamos que si lográbamos acabar con ellos imaginarían que los habrían denunciado facciones militantes de la OLP.

Yo debía asegurarme de que los tipos implicados se presentarían en cierto lugar convenido de Bruselas para recibir las mercancías. El trato se había fijado en aquella capital porque los explosivos y detonadores eran enviados desde la central del Mossad en Tel-Aviv al cuartel general europeo en Bruselas por medio de la valija diplomática. Dada su categoría, solía ser muy voluminosa.

Los clientes eran comerciantes de equipamiento de Bélgica y Holanda. Nuestro propósito era bloquear sus actividades y conseguir que, a partir de ahí, la policía de sus respectivos países emprendiese una investigación. Como es natural, la policía quería contar con pruebas, y el Mossad, cuya intervención desconocería, iba a facilitárselas. Parte del proyecto consistía en utilizar a Michel por su excelente francés para que fuese telefoneando e informando a la policía durante cierto tiempo, preparando el terreno hasta que las mercancías fueran entregadas.

Yo me alojaba en el hotel Sun Hall, que dominaba el muelle de Larnaca. El equipamiento debía ser transmitido a Bélgica y depositado en un coche. Disponía de un juego de llaves que debía entregar a uno de los hombres de Chipre, indicándoles que serían informados exactamente acerca de cuándo y dónde debían recoger el vehículo. Ellos me propusieron que nos encontrásemos en el hotel Butterfly, pero yo insistí en que nos viésemos en mi hotel.

El 2 de febrero de 1986 la policía belga sorprendió a los tipos con las manos en la masa cuando llegaban al coche, comprendido el individuo al que yo había entregado las llaves, y confiscaron asimismo más de doscientas libras de explosivos y doscientos o trescientos detonadores. Después de esto, estaba dispuesto para regresar a casa. No comprendía que en realidad había sido enviado a Chipre con otra intención, como parte de una operación con la que ya estaba algo familiarizado desde que trabajaba con los servicios informáticos de la oficina.

Las órdenes que recibí a continuación consistían en permanecer en mi hotel y aguardar una llamada telefónica de un combatiente del Metsada que estaba vigilando el aeropuerto de Trípoli, en Libia. El mensaje mágico sería: «Los pollos han huido del gallinero» y, una vez recibido, sería repetido por radio cada quince segundos hasta que a su vez sería recogido por un buque portamisiles próximo y transmitido a las fuerzas aéreas israelíes, que ya tendrían sus aviones en el aire preparados para obligar a aterrizar en nuestro país a un reactor civil libio Gulfstream 11. Los «pollos» en cuestión eran unos terroristas de los más peligrosos del mundo. Se trataba exactamente de Abu Khaled Amli, Abu Ali Mustafa, Abdul Fatah Ghamen y Arabi Awad Ahmed Jibril, del comando general de la FPLP. Jibril había sido el autor del secuestro del *Achille Lauro* que tantas preocupaciones causara al coronel norteamericano Oliver North, hasta el punto de inducirle a adquirir un costoso sistema de seguridad para la protección de su hogar.

El hombre fuerte libio, Mu'ammar al-Gadafi, había convocado una conferencia de tres días en Trípoli del por él denominado Mando Aliado de las Fuerzas Revolucionarias de la Nación Árabe, con representantes de veintidós organizaciones palestinas y árabes en su plaza fuerte, los barracones de Bab al-Azizia. Gadafi estaba reaccionando contra las maniobras navales norteamericanas en la costa del Líbano y los delegados aprobaron la creación de escuadrones suicidas para ataques comando contra objetivos norteamericanos

en América y cualquier otro lugar si los americanos se atrevían a provocar una agresión contra Libia u otro país árabe.

Como es natural, el Mossad controlaba el acontecimiento. Era algo muy lógico, como los palestinos suponían que debía ser. Y por ello se filtraron noticias de que los mandos veteranos de la OLP se proponían partir temprano en su reactor y sobrevolar la costa sureste de Chipre a Damasco. El Mossad tenía dos combatientes —que no se conocían entre sí, cosa absolutamente normal— aguardando en una línea telefónica. Uno, que vigilaba en el aeropuerto, se suponía que vería embarcar y despegar a los hombres en el avión y que inmediatamente informaría al otro combatiente, quien, a su vez, me informaría a mí por teléfono. Entonces yo transmitiría el mensaje por radio al buque espía.

Yo me había presentado en Chipre bajo la personalidad de Jason Burton. Me condujeron hasta mitad de camino en una patrullera israelí y luego me recogió un yate privado desde el puerto, y en mi pasaporte figuraba el visado de entrada como si hubiese llegado por aire.

Hacía viento y frío y no se veían muchos turistas. Sin embargo, en mi hotel se alojaban cierto número de palestinos. Había concluido la primera parte de mi misión y aguardaba simplemente a que me llamaran por teléfono; por consiguiente, aunque no tenía nada que hacer, podía deambular por el recinto pero sin abandonarlo, por lo que simplemente advertí a conserjería que me transmitieran cualquier llamada que se recibiese en el lugar donde me encontrase.

Era la tarde del día 3 de febrero de 1986 cuando distinguí a cierto individuo en el vestíbulo. Iba muy bien vestido, usaba gafas con montura de oro y lucía tres anillos enormes en su mano derecha. Llevaba perilla y bigote y aparentaba unos cuarenta y cinco años. Sus cabellos negros comenzaban a encanecer. Calzaba costosos zapatos de piel y vestía un traje de lana muy bien cortado y de excelente calidad.

Se hallaba sentado hojeando una revista árabe, pero pude observar que tenía un ejemplar de *Playboy* escondido en su interior. Yo sabía que era árabe y comprendí que se sentía muy importante. Pensé: «¡Qué diablos! No tengo nada más que hacer, entraremos en relación.»

El contacto fue directo. Me dirigí sencillamente hacia él y le dije en inglés:

—¿Le importaría dejarme hojear el desplegable?

—¿Cómo dice? —repuso en inglés con mucho acento extranjero.

—Me refiero a la chica... la revista que tiene ahí en medio.

El hombre se echó a reír y me la prestó. Yo me di a conocer como un hombre de negocios británico que había pasado la mayor parte de mi vida en Canadá. Sostuvimos una conversación muy amistosa y al cabo de un rato decidimos ir a cenar juntos. El hombre era un palestino que vivía en Aman y, al igual que mi «personaje ficticio», trabajaba en negocios de importación-exportación. También era aficionado a la bebida, de modo que después de cenar pasamos a un bar, donde comenzó a embriagarse.

Entretanto, yo le había expresado todas mis simpatías por la causa palestina e incluso mencioné haber perdido muchísimo dinero en una expedición marítima a Beirut por causa de la guerra.

— ¡Esos malditos israelíes! —exclamé.

El hombre siguió hablando de los negocios que realizaba en Libia y finalmente, estimulado por la bebida y mi aparente amistad, dijo:

—Mañana vamos a darles una buena lección a los israelíes.

—¡Magnífico! ¿Y cómo será eso?

—Nos hemos enterado por una fuente de que los judíos están siguiendo la reunión de los palestinos con Gadafi. Pensamos hacer truco en el aeropuerto. Los israelíes creen que todos esos personajes importantes de la OLP embarcarán juntos en el mismo avión, pero se equivocan.

Yo me esforzaba por mantener una calma aparente. No se esperaba que iniciase contactos, pero tenía que hacer algo. Por fin, sobre la una de la madrugada, dejé al «amigo» y regresé a mi habitación, desde donde llamé a un número de emergencia y pedí por Itsik.

—No podemos molestarle: está ocupado.

—Tengo que hablar con él. ¡Se trata de una emergencia! Hablaré con el jefe del Tsomet.

—Lo siento, pero también él está ocupado.

Yo ya me había identificado como un *katsa* dando mi nombre clave pero, de modo increíble, no transmitían mi llamada. Por consiguiente, traté de localizar a Araleh Sherf en su casa, pero tampoco lo encontré. Por fin llamé a un amigo del servicio secreto naval y le pedí que me pusiera en comunicación con el lugar donde se encontraban sus superiores, un centro estratégico instalado por la Unidad 8200 en una base de las fuerzas aéreas del Galil.

Como era de esperar, Itsik se puso al teléfono.

—¿Por qué me llamas aquí?

—Escucha, todo es un engaño. Esos tipos no estarán en el avión.

Y le conté lo sucedido.

—Esto suena a LAP [guerra psicológica] —repuso Itsik—. Además, tú no estabas autorizado a establecer contactos.

—¡No consiento que me levantes la voz! —exclamé. Por entonces ambos estábamos gritando—. ¡Es ridículo!

—Verás, sabemos lo que debe hacerse. Limítate a cumplir tu misión. ¿Recuerdas lo que tienes que hacer?

—Sí, lo recuerdo. Pero quiero que te des oficialmente por enterado de lo que te he dicho.

—De acuerdo. Ahora ve a hacer tu trabajo.

Aquella noche no pude dormir. Al día siguiente, a mediodía, llegó por fin el mensaje: «Los pollos han huido del gallinero.» Por desdicha para el Mossad no había sido así. No obstante, transmití el mensaje y abandoné inmediatamente el hotel. Fui andando hasta el puerto, donde embarqué en un yate privado que me condujo a la patrullera que debía llevarme a casa.

El 4 de febrero los israelíes obligaban a aterrizar al reactor civil en la base aérea de Ramat David, próxima a Haifa. Mas en lugar de peces gordos de la OLP, los nueve pasajeros eran oficiales sirios y libaneses de escasa graduación, lo que provocó un terrible bochorno internacional para el Mossad e Israel. Cuatro horas después los dejábamos partir, pero no sin que antes Jibril celebrara una conferencia de prensa en la que manifestó: «Proclamad a todo el mundo que se abstengan de utilizar aviones americanos

ni israelíes, porque en lo sucesivo no respetaremos a los civiles que viajen en dichos aparatos.»

En Damasco, el ministro de Asuntos Extranjeros, Faruk al-Shara'a, exigió una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de la ONU. Se celebró aquella semana y en ella Estados Unidos vetó una resolución que condenaba a Israel. El general de división Hikmat Shebabi, jefe de estado mayor del ejército de Siria, dijo: «Responderemos a este crimen dando a quienes lo cometieron una lección que nunca olvidarán. Escogeremos el método, el momento y el lugar adecuados.»

Libia acusó asimismo a la VI Flota americana de participar en la operación.

El primer ministro Shimon Peres declaró avergonzado ante el Kenésset y el Comité de la Defensa y de Asuntos Exteriores que como quiera que se había recibido información de que viajaba a bordo un palestino de alta graduación «decidimos que debíamos comprobar si estaba en el aparato. La información era de tal naturaleza que nos proporcionaba una sólida base para decidirnos a interceptar... Pero resultó ser errónea».

El ministro de defensa Yitzhak Rabin dijo: «No encontramos lo que esperábamos.»

Mientras todo esto sucedía, yo aún me hallaba en la patrullera que me conducía a mi patria. No tardé en enterarme de que los oficiales del Mossad me acusaban del desastre y que, a fin de asegurarse de que yo no estaría presente para poder defenderme, el capitán del buque, a quien conocía de mi época de la marina, había recibido órdenes de simular que tenía problemas en el motor cuando nos encontrásemos a unas once millas de Haifa.

El barco se detuvo cuando yo estaba tomando café. Pregunté al capitán qué sucedía.

—Me han informado de que existen problemas con el motor —respondió.

Estuvimos inmovilizados durante dos días sin que me permitieran comunicarme por radio. En realidad, aunque el capitán era comandante de una flotilla de patrulleras, supongo que le encargaron específicamente aquel trabajo, imaginando que podría intimidar a un joven.

Pero era un tipo que no impresionaba demasiado. Años atrás se había hecho popular en una noche de niebla en que distinguió un «obstáculo» en su pantalla de radar. Al parecer su radio no funcionaba correctamente: podía emitir pero no recibir mensajes. A medida que aquella sombra se aproximaba estuvo avisando por sus altavoces:

—¡Deteneos o dispararé!

En el instante en que se disponía a abrir fuego con el pequeño cañón antiaéreo de la popa del buque, un portaaviones Nimitz gigantesco apareció entre la niebla iluminándole con sus potentes focos. El hombre se disponía a atacarle aunque el ancla del Nimitz era mayor que su patrullera. La gente se había reído muy a gusto con esta anécdota.

Sin embargo, nadie se reía del fiasco sufrido al interceptar el avión, salvo los árabes y palestinos, y cuando finalmente me permitieron tomar tierra, Oren Riff me saludó con estas palabras:

—En esta ocasión te has pasado de listo.

Traté de explicarle lo sucedido, pero se negó a escucharme.

—No quiero saber nada —repuso.

Intenté hablar con Nahum Admony, jefe del Mossad, que tampoco quiso verme. Luego Amiram Arnon, jefe de los efectivos humanos, me comunicó que estaban dispuestos a dejarme marchar. Me aconsejó que dimitiera, pero yo le dije que no iba a hacerlo.

—De acuerdo, pues, pagarás las consecuencias.

Fui a ver a Riff y le dije que seguía interesándome hablar con Admony.

—No sólo se niega a oírte —repuso Riff—, sino que no quiere que le detengas por los pasillos ni en el ascensor. Y si tratas de abordarle fuera del edificio, lo considerará como un ataque personal.

Lo cual significaba que sus guardaespaldas dispararían contra mí.

Me entrevisté con Sherf, quien me dijo que tampoco él podía intervenir en mi favor.

—¡Pero esto es una conspiración! —protesté.

—¿Qué quieres que te diga? —repuso Sherf—. No puedes hacer nada.

De modo que dimití. Era la última semana de marzo de 1986.

Al día siguiente un amigo de la marina llamó para interesarse de por qué había sido retirado mi expediente del lugar especial donde se conservan a fin de que los oficiales del Mossad no sean llamados para la reserva. (En Israel la mayoría de gente sirve treinta, sesenta o noventa días anuales en la reserva. En este servicio están comprendidas las mujeres solteras y todos los hombres hasta los cincuenta y cinco años, y cuanto más alta es la categoría, más dura el servicio.)

Si se abandona el Instituto, el expediente suele devolverse al archivo normal de reserva, pero con la orden de que a aquella persona no deben asignársele actividades de primera línea, y ello debido a que sabe demasiado. De modo que mi amigo, que desconocía inocentemente los problemas de orden interno, se asombró de que el expediente hubiera sido transferido. Supuso que se debería a que yo así lo había solicitado porque solían transcurrir cinco o seis meses desde que se deja la organización hasta que se transfería un expediente y en mi caso había pasado un solo día. Peor aún, en él aparecía una anotación solicitando que me trasladaran como enlace del ejército libanés del sur, lo cual constituía una condena a muerte para un antiguo componente del Mossad.

Pensé que todo aquello había ido demasiado lejos. De modo que hablé con Bella, hice mi equipaje y cogí un vuelo chárter de la Tower Air con destino a Londres y luego enlacé con otro vuelo de la TWA que iba a Nueva York. Al cabo de un par de días marché a Ottawa a ver a mi padre.

Al día siguiente de mi partida llegaba una orden de reclutamiento entregada a mano a mi casa de Tel-Aviv. Normalmente este proceso hubiera requerido unos sesenta días y otros sesenta de preparación.

Bella aceptó la orden. Pero al día siguiente comenzó a sonar el teléfono: los oficiales querían saber dónde me encontraba y por qué no me había presentado al servicio. Mi esposa dijo que había salido del país.

—¿Cómo puede ser eso? —repuso el oficial—. No se le ha concedido la exención del ejército.

En realidad, sí la tenía, aunque no exactamente del ejército. Yo mismo me la había dado, sellándola personalmente y huyendo seguidamente del gallinero.

Pasé unos días en Washington intentando contactar el enlace del Mossad, pero no tuve éxito. Nadie atendía al teléfono y yo no deseaba revelar dónde me encontraba. Más tarde Bella se reunía conmigo mientras nuestras dos hijas se dirigían a Montreal. Finalmente nos instalamos en Ottawa.

No estoy seguro de que todo el problema resultara únicamente de haber hablado. De todos modos me hubieran utilizado como chivo expiatorio: es una de sus prácticas habituales.

¿Pero recuerdan el palestino de Chipre que me contó el truco? Dijo algo aún más sorprendente. Me explicó que dos amigos suyos que hablaban hebreo como nativos, árabes criados en Israel, estaban instalando una empresa de seguridad en Europa simulando ser especialistas israelíes y que reclutaban a los nuestros para que los ayudaran a redactar manuales acerca de cómo entrenar a grupos clandestinos. Todo aquello era falso: lo que hacían era obtener información y conseguir que los israelíes se expresaran libremente, como cuando se encuentran entre los suyos. Cuando mencioné este asunto a varias personas de la oficina me dijeron que estaba loco, que era imposible y que aquello no podía difundirse porque causaría estragos. Quise saber qué querían decir con ello. Insistí en que debíamos advertir a la gente, pero se mostraron inflexibles.

El palestino probablemente se confió conmigo porque sabía que era muy entrada la noche y que no tardaría en llevarse a cabo la operación. Nos encontrábamos en el bar de un hotel de Larnaca y, de todos modos, ¿qué podía hacer yo? A propósito, el combatiente de Trípoli vio a los peces gordos de la OLP embarcar en el reactor civil. Lo que no tuvo ocasión de comprobar fue cómo salían del avión y que el aparato volvía a ser ocupado tras un hangar, cuando tomaba posición de despegue.

Debían haberme permitido que llevara a término toda la operación con aquel árabe. Era evidente que poseía información. Pero no me dieron tal oportunidad. En circunstancias normales, puesto que yo era un *katsa,* tras mi llamada telefónica no hubiesen permitido que se interfiriera información personal. Podíamos habernos evitado el ridículo e incluso haber hecho doble juego a nuestros contrarios.

Debíamos haberlos visto venir. A aquellos hombres les inspirábamos un pánico cerval, ¿e iban a embarcar cinco de ellos junios en un avión? Era gente que solía ocultarse tras las rocas, recelosos, expertos. Hubiéramos tenido que comprender que se trataba de un truco. Y el Mossad tampoco necesitaba ningún intermediario que transmitiera un mensaje en Chipre: lo que quería era una cabeza de turco. Y eso es lo que yo fui.

Mis problemas ya habían comenzado cuando era cadete, pero los instructores, al parecer, habían confiado en que los superaría y que me adaptaría perfectamente al sistema. Yo tenía capacidad para el trabajo y habían realizado una gran inversión conmigo. Y tampoco todos estaban contra mí, por lo que costó algún tiempo alcanzar el momento en que se decidió que era más problemático que valioso. Mis dificultades con Jerry probablemente llegaron a algún pez gordo. Sin duda contaba con un «caballo» poderoso que operaba a su favor y en mi contra.

Evidentemente al Mossad no le agrada la gente que cuestiona el sistema o a aquellos que lo hacen funcionar. Prefieren los que lo aceptan obedientemente tal como es e incluso lo utilizan en su propio provecho. Mientras que no hagan zozobrar la embarcación, nada parece importarles.

Aun así aprendí bastante durante mi época de entrenamiento extensivo y en mi breve carrera como *katsa* para llevar un diario y recoger extensa información sobre numerosas operaciones del Instituto.

Muchos cursos de instrucción eran enseñados por los mismos que habían llevado a cabo diversas operaciones de la organización. Los aprendices estudiábamos dichas operaciones minuciosamente, las reconstruíamos y nos eran explicados todos los detalles. Por añadidura, mi fácil acceso al computador del Mossad me permitió forjarme un vasto

conocimiento de la organización y de sus actividades, muchas de las cuales expongo seguidamente y gran parte de ellas salen a la luz por vez primera.

TERCERA PARTE: Por la vía del engaño

9. ESTRELLA

El 28 de noviembre de 1971 cuatro terroristas asesinaban al primer ministro jordano Wasfi al-Tell cuando entraba en el Sheraton de El Cairo. Tell, un árabe pro occidental decidido a negociar con Israel, se convirtió en la primera víctima de una banda criminal de palestinos denominada septiembre Negro, o Ailul al-Aswad en árabe, que tomó su nombre de dicho mes de 1970 en que el rey jordano Hussein aplastó a las guerrillas palestinas en su país.

septiembre Negro, que no tardaría en reunir en su seno a los más sangrientos y extremistas fedayin —palabra que en árabe designa a los combatientes de guerrillas—, emprendió inmediatamente una serie de asesinatos en cadena de cinco Jordanes que residían en Alemania Occidental, a quienes acusaron de espías a favor de Israel. Intentaron asimismo asesinar al embajador de Jordania en Londres e instalaron explosivos en una fábrica de Hamburgo que producía componentes electrónicos para su venta en Israel y en una refinería de Trieste que, según decían, trabajaba en «pro de intereses sionistas» en Alemania y Austria.

El 8 de mayo de 1972 un equipo compuesto por dos hombres y dos mujeres capturaron un reactor de Sabena con noventa pasajeros y diez tripulantes en el aeropuerto internacional Lod, de Tel-Aviv, tratando de negociar la liberación de ciento diecisiete fedayin que estaban presos en Israel. Al día siguiente, los dos terroristas masculinos fueron ejecutados a tiros por comandos israelíes y las mujeres capturadas y sentenciadas a cadena perpetua. El 30 de mayo, tres radicales japoneses armados de ametralladoras y a sueldo de los fedayin abrieron fuego en el aeropuerto Lod asesinando a veinte turistas e hiriendo a otros ochenta y cinco.

Más tarde, el 5 de septiembre de 1972, en la cumbre de las XX Olimpiadas que se celebraban en Munich, una banda de septiembre Negro irrumpió en el recinto israelí de la Ciudad Olímpica asesinando a once atletas y entrenadores. El enfrentamiento con la policía alemana fue televisado en directo en todo el mundo. El grupo ya contaba con miembros que operaban en Alemania, y la semana anterior al comienzo de las Olimpiadas varios miembros de septiembre Negro se habían dirigido a Munich, viajando por separado y llevando consigo un arsenal de rifles de asalto Kaláshnihov de fabricación rusa, pistolas y granadas de mano.

Tres días después Israel reaccionó ante aquella atrocidad ordenando que unos setenta y cinco aviones —el ataque más duro infligido desde la guerra de 1967— bombardeasen las bases de las guerrillas que, según ellos, existían en Siria y Líbano, causando sesenta y seis muertos y veintitantos heridos. Los reactores israelíes incluso derribaron tres aviones sirios que sobrevolaban los Altos del Golán, mientras que Siria abatía a dos de los nuestros. Israel envió tropas de infantería al Líbano para combatir a los terroristas palestinos que habían estado minando las carreteras de su país, y el ejército sirio se concentró en las fronteras de Israel por si las hostilidades se convertían en guerra declarada.

Los israelíes, ya trastornados por las acciones que se habían cometido contra ellos en el exterior, se quedaron literalmente pasmados cuando el 7 de diciembre Shin Bet, la

agencia de servicio secreto interno del país, arrestó a cuarenta y seis personas por espiar a favor del Deuxiéme Bureau (G-2) sirio o por estar al corriente de dicha banda y no haber informado de ello. Lo que realmente los sorprendió fue que cuatro de los arrestados fueran judíos y dos de ellos, comprendido su dirigente, *sabras,* nacidos en Israel, y que hubieran sido descubiertos espiando para un país árabe.

Inmediatamente después de los acontecimientos de Munich, la primer ministro Golda Meir ordenó que los asesinos fueran castigados. Meir, a la sazón una abuela de setenta y tantos años, había deplorado la matanza de los Juegos Olímpicos de Munich, prometiendo públicamente una guerra vindicativa en la que Israel combatiría «con asiduidad y pericia (en una) primera línea, vital, peligrosa y de extenso alcance». Lo que se traducía en que el Mossad acabaría con ellos o, como se dice: «Nadie escapará al largo brazo de la justicia israelí.» Meir firmó las sentencias de muerte de unos treinta y cinco terroristas conocidos de septiembre Negro, entre los que se encontraba Mohammed Yusif Najjar, conocido como Abu Yusuf, su dirigente, establecido en Beirut y antiguo mando del servicio secreto en el al-Fatah de Yasser Arafat. En el grupo también se encontraba el pintoresco pero brutal Ali Hassan Salameh, a quien el Mossad conocía como «el Príncipe Rojo», que había sido el cerebro de la matanza de Munich y que entonces operaba desde Alemania Oriental, el cual encontraría la muerte con la explosión de un coche bomba en Beirut en 1979.

Como Meir había ordenado al Mossad que localizara a los asesinos de septiembre Negro y que los eliminase a medida que los encontrara, también ella acabó convirtiéndose en el objetivo número uno de los terroristas. Para el Mossad, aquello significó dar rienda suelta al *kidon,* la unidad criminal del Metsada.

La primera visita efectuada tras los sucesos de Munich la efectuaron el 16 de octubre de 1972 a Wa'il Zwaiter, de treinta y ocho años, representante de la OLP en Roma, cuando aguardaba el ascensor para subir a su piso en un edificio de apartamentos, a quien dispararon doce tiros a bocajarro.

El 8 de diciembre Mahmud Hamchari, de treinta y cuatro años, principal representante de la OLP en Francia, respondía a una llamada telefónica en su apartamento de París.

—¡Dígame!

—¿Es usted Hamchari?

—Sí.

Y entonces se produjo un terrible estallido. El equipo del Mossad había instalado un ingenio explosivo en su aparato telefónico y cuando se llevó el auricular a la cabeza para identificarse detonaron el ingenio mediante control remoto. Hamchari quedó horriblemente mutilado y falleció un mes después de haberse producido el atentado.

A fines de enero de 1973 Hussein al-Bashir, de treinta y tres años, descrito como jefe de Palmyra Enterprises y que viajaba con pasaporte sirio, se acostaba en su habitación del segundo piso del hotel Olympic de Nicosia. Al cabo de unos momentos una explosión derribó la habitación y a Bashir, representante de al-Fatah en Chipre. El asesino se había limitado a observar cuándo apagaba las luces de su habitación y también hizo detonar a distancia el ingenio explosivo que había instalado debajo de su lecho.

Al tiempo que elogiaba a su camarada muerto, Arafat juró vengarse, pero «no en Chipre, en Israel ni en los territorios ocupados», clara advertencia de que proyectaba una

escalada internacional de la lucha terrorista. En conjunto, el Mossad liquidó a una docena aproximadamente de miembros de septiembre Negro en la guerra vindicativa de Meir.

Con el fin de llevar adelante sus propósitos, el Mossad comenzó a publicar en los periódicos árabes locales esquelas de terroristas sospechosos que aún estaban vivos. Otros recibieron cartas anónimas detallando un íntimo conocimiento de sus vidas privadas, especialmente de actividades relacionadas con el sexo, aconsejándoles que abandonasen la ciudad. Por añadidura, muchos árabes resultaron heridos en Europa y en Oriente Medio cuando abrían cartas bomba de fabricación israelí, y aunque sus manifestaciones fueron muy distintas, lo cierto es que inocentes espectadores fueron asimismo víctimas de aquella campaña de venganza.

Pero también la OLP estuvo enviando cartas bomba con matasellos de Amsterdam a oficiales israelíes de todo el mundo y a destacados personajes judíos. El 19 de septiembre de 1972, Ami Schachori, de cuarenta y cuatro años, consejero agrícola de la embajada de Israel en Londres, cayó muerto instantáneamente al abrir una de ellas. Cierto número de ataques ampliamente difundidos por aquella época contra elementos del Mossad fueron en realidad calificados de «ruido blanco»: bulos que se infiltran en los periódicos, en su mayoría inducidos por el propio Instituto, para sembrar confusión en las informaciones públicas. Un clásico ejemplo se produjo el 26 de enero de 1973, cuando un hombre de negocios israelí, Moshe Hanan Yshai (más tarde se declaró que se trataba de un *katsa* del Mossad llamado Baruch Cohén, de treinta y siete años), fue muerto a tiros en la Gran Vía, la calle más concurrida de Madrid, por un terrorista de septiembre Negro al que se suponía que estaba siguiendo. En realidad, él no seguía a nadie. Simplemente se trataba de que el Mossad deseaba que la gente así lo creyese.

Otro ejemplo lo constituyó la muerte del periodista sirio Khodr Kanou, de treinta y seis años, en noviembre de 1972, de quien se decía que era un doble agente, que fue asesinado a tiros en la puerta de su apartamento de París porque septiembre Negro creía que estaba transmitiendo al Mossad información sobre sus actividades. Tampoco era así. Pero de ese modo se dio a conocer el crimen a los medios informativos. Aunque se habla mucho de agentes dobles, lo cierto es que son muy escasos. Aquellos que lo son suelen encontrarse en estables entornos burocráticos con el fin de desempeñar tales funciones.

En otoño de 1972 Meir estaba tratando de encontrar el modo de desviar la atención de los israelíes de los horrores del terrorismo internacional y del creciente aislamiento en que se encontraba el país desde la guerra de los Seis Días. Por lo menos políticamente necesitaba cierta distracción. Israel trataba de obtener una audiencia del papa Pablo VI en Roma. Y en noviembre, tras haber recibido un mensaje del Vaticano accediendo a su solicitud, Meir pidió a sus oficiales que tomasen las medidas necesarias.

No obstante, les advirtió «que no quería ir a Canossa», un dicho popular israelí que se refiere al castillo italiano donde el emperador Enrique IV del Sacro Imperio se humilló presentándose como un simple penitente ante el papa Gregorio VII en 1077. Como quiera que le hicieran aguardar intencionadamente durante tres días antes de serle concedida la absolución, aquella visita llegó a simbolizar un acto de sumisión.

Se decidió que Meir visitaría París para asistir a una conferencia socialista internacional de carácter no oficial que tendría lugar los días 13 y 14 de enero (conferencia enérgicamente criticada por el presidente francés Georges Pompidou), que luego pasaría por el Vaticano el 15 de enero, donde sólo permanecería un día,

seguidamente estaría dos días con Félix Houhouiet-Boigny, presidente de la Costa de Marfil, y por fin regresaría a Israel.

Al cabo de una semana de haber cursado la solicitud se formalizó la audiencia papal, aunque sin hacerse pública.

Como sea que un tres por ciento de la población israelí, o sea, unas cien mil personas, son cristiano-árabes, la OLP está muy bien relacionada en el Vaticano, contando con fuentes privadas en los debates internos. Así fue como Abu Yusuf se enteró rápidamente de que Meir se proponía visitar al papa e inmediatamente envió un mensaje a Ali Hassan Salameh, en Alemania Oriental, en estos términos: «Acabemos con aquella que está derramando nuestra sangre por toda Europa.» (Ese mensaje y gran parte del material que aparece en este capítulo eran desconocidos para los israelíes hasta que se apoderaron de una montaña de documentos de la OLP en la guerra del Líbano de 1982.) El modo y el lugar exactos en que Meir debía ser asesinada dependerían del Príncipe Rojo, pero la decisión de atacar había sido tomada y él estaba decidido a llevarla a cabo. Con independencia del hecho de que ella fuera su más visible enemigo, Yusuf también comprendía que aquel ataque era una ocasión espectacular de demostrar al mundo que septiembre Negro seguía siendo una fuerza poderosa que debía tenerse en cuenta.

A fines de noviembre de 1972 la base londinense del Mossad recibió una llamada telefónica inesperada de un individuo llamado Akbar, un estudiante palestino que solía aumentar sus ingresos vendiéndoles información, pero del que no recibían noticias desde hacía mucho tiempo.

Aunque se trataba de un «agente anticuado», Akbar, que mantenía relaciones con la OLP, les indicó que deseaba entrevistarse con ellos. Como hacía tanto tiempo que no estaba en activo no debió de poder establecer contacto directo con un *katsa* específico, y aunque se identificara por su apodo, aún tendría que dejar un número telefónico para que pudieran devolverle la llamada. Su mensaje debió de ser algo así como: «Di a Robert que le llama Isaac», amén del número telefónico y la ciudad, como si se tratara de alguien que trabajara normalmente en París y que en aquellos momentos llamase desde Londres. El mensaje debió de ser rápidamente introducido en el ordenador por el oficial de servicio y, en aquel caso, se descubrió en seguida que aunque Akbar había ido realmente a estudiar a Inglaterra con la esperanza de apartarse del juego del servicio secreto, era un antiguo agente «negro» (o árabe). Su expediente debió de demostrar la última vez que se puso en contacto con el Mossad y también comprendería fotos suyas de gran tamaño. Las fotografías se montaban una muy grande en lo alto y otras tres al pie, exhibiendo cada perfil, y al individuo con o sin barba, por ejemplo.

Cuando se trataba con la OLP, por muy indirectamente que fuese, siempre se tomaban precauciones extraordinarias, por lo que se seguirían procedimientos APAM muy estrictos antes de que el *katsa* y Akbar llegaran a encontrarse.

Una vez hubieron comprobado que Akbar no había sido seguido, éste procedió a explicarles que había recibido instrucciones de su contacto en la OLP para que fuese a París a asistir a una reunión. Sospechaba que se trataba de una operación importante, así es como la habría calificado alguien de su escaso nivel, pero en aquel punto carecía de información específica.

Quería dinero. Estaba tenso y excitado. Lo cierto era que no deseaba volver a verse implicado en todo aquello, pero no creía que tuviera muchas opciones puesto que la OLP

sabía dónde se encontraba. El *katsa* entregó dinero a Akbar allí mismo y un número de teléfono para que llamase en París.

Como resulta difícil, especialmente con tan escasa antelación, recurrir a equipos de países árabes donde la gente no está habituada a las costumbres europeas y puede ser detectada más rápidamente en escenarios occidentales, la OLP suple sus necesidades con los estudiantes y trabajadores ya residentes en Europa y que por ello son libres de viajar sin despertar sospechas y sin necesidad de prepararse una cobertura. Por la misma razón suelen utilizar en sus operaciones los servicios de grupos de revolucionarios europeos, aunque no confían en ellos ni los respetan.

Ahora le tocaba a Akbar, y por ello voló a París para entrevistarse en la estación de metro de las Pyramides con otros miembros de la OLP. La base del Mossad en París debía seguirle hasta la reunión, pero lamentablemente se produjo un error y en el instante en que ellos llegaban, Akbar y sus compañeros habían desaparecido. Si hubieran podido controlar la entrevista y tomar fotos, habrían contribuido a discernir la complicada red de intrigas que septiembre Negro estaba tejiendo en su afán de acabar con Meir.

Como medida de precaución para su seguridad interna, una vez han recibido instrucciones, los componentes de la OLP viajan en parejas, pero Akbar consiguió hacer una rápida llamada al número de París mientras su compañero iba al lavabo, anunciándoles que habían previsto otra reunión.

—¿Cuál es su objetivo? —preguntó el *katsa* del Mossad.

—Uno de los vuestros —repuso—. Ahora no puedo hablar.

Y colgó el aparato.

En las filas del Mossad cundió el pánico. Llegaron noticias a todas las instalaciones israelíes del mundo entero de que la OLP planeaba atacar uno de sus objetivos. Las bases trabajaron de sol a sol mientras todos especulaban desordenadamente acerca de quién podría ser el blanco. Al mismo tiempo, a sólo dos meses del viaje de Meir, que ni siquiera había sido anunciado públicamente, nadie pensaba en ella.

Al día siguiente Akbar llamó de nuevo y anunció que aquella tarde saldría con destino a Roma. Necesitaba dinero y deseaba entrevistarse con nosotros, pero no disponía de mucho tiempo porque tenían que dirigirse al aeropuerto. Como se hallaba cerca de la estación de metro de Roosevelt, le dieron instrucciones de que tomase el siguiente tren hasta la plaza de la Concordia y fuese en determinada dirección, repitiendo de diferente modo las anteriores medidas de seguridad.

Hubieran preferido entrevistarse con él en la habitación de un hotel, pero de nuevo el al parecer sencillo hecho de alquilar una habitación no resulta muy fácil en el mundo del espionaje. Para comenzar, es preciso contar con dos habitaciones contiguas, con una cámara que controle aquella donde se celebra la reunión y dos hombres de seguridad armados apostados junto a la puerta de la habitación próxima, dispuestos a irrumpir en caso de que el agente realice algún movimiento sospechoso ante el *katsa,* al cual se le habrá facilitado previamente una llave de la puerta para que no tenga que entretenerse en la recepción.

Como Akbar debía coger el avión hacia Roma disponía de poco tiempo, de modo que renunciaron a la entrevista en el hotel y se reunieron con él paseando por la calle. El hombre informó que, fuera cual fuese la operación, se trataba de algo técnico, puesto que debían introducir subrepticiamente cierto equipamiento en Italia. Aquella información, al parecer inofensiva, resultaría más tarde un elemento clave al recomponer el

rompecabezas. Puesto que aquella operación correspondía a la base de París, se decidió enviar a un *katsa* a Roma para que actuase como contacto de Akbar.

Asimismo fueron designados dos empleados de seguridad para conducirlo al aeropuerto. Y resultó que tuvieron que confiar en dos *katsas* por la escasez de personal de seguridad disponible en aquellos momentos, uno de los cuales fue Itsik, que más tarde se convertiría en uno de mis profesores en la Academia del Mossad. Pero su actuación de aquel día no constituyó ningún modelo a seguir sino muy al contrario.[13]

Como quiera que llegaban de una reunión segura en un coche también seguro, Itsik y su compañero se sentían muy tranquilos. No obstante, según las normas, los *katsas* no deben merodear por los aeropuertos por temor a ser vistos y acaso reconocidos posteriormente en alguna operación que se realice en un aeropuerto distinto o en cualquier otro lugar, como tampoco deben prescindir de su cobertura sin asegurarse de que no existe peligro alguno.

A su llegada al aeropuerto de Orly, uno de los *katsas* fue a la cafetería a tomar un café, mientras que el otro acompañaba a Akbar al mostrador a confirmar el vuelo y a facturar el equipaje y permanecer con él el tiempo necesario para asegurarse de que embarcaba en el vuelo adecuado. Acaso imaginaban que Akbar sería el único palestino que se dirigía a Roma, pero no era así.

Como el Mossad descubriría años más tarde por los documentos conseguidos durante la guerra del Líbano, otro individuo, un miembro de la OLP, distinguió a Akbar en el aeropuerto con aquel desconocido, al que siguió vigilando hasta ver que se reunía con su compañero en la cafetería. Y sucedió algo increíble: aquellos dos hombres, que deberían haber abandonado mucho antes las instalaciones del aeropuerto, entablaron una conversación en hebreo, en cuyo momento el miembro de la OLP se encaminó directamente a un teléfono público para llamar a Roma e informar de que Akbar no era trigo limpio.

Akbar y el Mossad pagarían cara la torpeza de Itsik y su compañero.

Ali Hassan Salameh, más conocido como Abu Hassan y llamado el Príncipe Rojo por el Mossad, era un personaje enérgico y aventurero cuya segunda esposa, la belleza libanesa Georgina Rizak, había sido miss Universo 1971. Este ser tan brutal como inteligente fue el cerebro de la atrocidad cometida en Munich. En aquella ocasión decidió utilizar misiles Strella de fabricación rusa —llamados SA-7 por los soviéticos y conocidos por la clave «Grial» en la OTAN— para hacer estallar el avión de Golda Meir cuando aterrizara en el aeropuerto Fiumicino de Roma.

Los misiles, basados en el sistema norteamericano REDEYE, eran propulsados hacia sus objetivos mediante un lanzador de 10,6 kilogramos, que se sostenía manualmente y se colgaba del hombro. El propio misil de 9,2 kilogramos posee un sólido motor cohete en tres fases, un sistema de guía pasiva por infrarrojos y no es especialmente sofisticado, pero puede ser mortal, alcanzando su objetivo cuando se apunta a las toberas de un motor caliente. Si se disparan contra un avión caza, rápido y sumamente manejable, su escasa flexibilidad los hace casi siempre inútiles, pero si apuntan a objetivos más lentos y voluminosos, tales como los reactores comerciales, sus efectos son letales.

Encontrar suministro de Strella no constituía problema alguno. La OLP disponía de ellos en sus campos de entrenamiento de Yugoslavia, de modo que tan sólo era preciso

---

[13] Véase el capítulo 7.

pasarlos clandestinamente hasta Italia por el Adriático. Por entonces la OLP disponía asimismo de un yate sencillo, con camarotes, anclado cerca de Bari, en la costa este de Italia, directamente enfrente de Dubrovnik, en Yugoslavia.

Salameh estuvo visitando algunos sórdidos bares de Hamburgo, la ciudad portuaria más importante de Alemania, hasta que encontró a un alemán con nociones de navegación y que estaba dispuesto a hacer lo que fuese por dinero. Asimismo contrató a dos mujeres que conoció en otro bar, también interesadas en su oferta de dinero, sexo, drogas y el disfrute de un crucero de placer por el Adriático.

Los alemanes fueron enviados a Roma y de allí a Bari, donde embarcaron en el yate, bien provisto de alimentos, drogas y bebida. Tan sólo tenían órdenes de dirigirse a una islita próxima a Dubrovnik, aguardar a que ciertas personas cargaran unas cajas de madera en la bodega y luego regresar a un punto de la playa norte de Bari donde se encontrarían con otros individuos que les pagarían varios miles de dólares a cada uno. También les dijeron que disfrutaran, que se tomaran tres o cuatro días de descanso y que se permitieran todos los placeres que quisieran, instrucciones que sin duda cumplieron religiosamente. Salameh había escogido a alemanes porque en el caso de ser descubiertos sería más probable que las autoridades creyeran que pertenecían al Ejército Rojo o a cualquier otra organización antes que estuvieran relacionados con ellos. Por desdicha para ellos, Salameh no tenía la costumbre de arriesgarse con los extraños al concluir una misión. Cuando los alemanes aparecieron con las cajas que contenían los misiles, los miembros de la OLP se acercaron en una barquita para recoger la mercancía y luego se los llevaron lejos de allí, les cortaron el gaznate, abrieron agujeros en el yate y lo hundieron aproximadamente a un cuarto de milla de la costa.

Los Strella fueron cargados en una furgoneta Fiat y el equipo de la OLP se trasladó de Bari a Avelino, de allí a Terracina, luego a Anzio, a Ostia y a Roma, evitando las carreteras principales y conduciendo únicamente de día para no despertar sospechas, y por fin a un apartamento de Roma donde las cajas que contenían los misiles quedarían almacenadas hasta que fueran necesarias.

En Beirut, Abu Yusuf, el dirigente de septiembre Negro, había sido informado inmediatamente de que Akbar era un topo infiltrado en la organización. Pero en lugar de liquidarlo en seguida y hacer peligrar acaso toda la operación, decidió utilizar sus conocimientos para despistar a los israelíes, los cuales, aunque sabían que habían sido tomados como objetivo, ignoraban cómo se desarrollaría la operación porque Akbar tenía conocimientos muy superficiales de ello.

—Tendremos que hacer algo que les haga creer que ya han descubierto de qué se trata —dijo Yusuf a sus oficiales.

Por ello, el 28 de diciembre de 1972, menos de tres semanas antes de la visita que Meir había previsto a Roma, septiembre Negro representó lo que por entonces se consideró como un ataque inexplicable a la embajada israelí de Bangkok, en Tailandia, y que evidentemente se trató de un acontecimiento apenas planeado. Escogieron el día en que el príncipe Vajiralongkor iba a ser investido en el Parlamento como heredero del trono y en que el embajador israelí Rehevam Amir, junto con la mayoría de diplomáticos extranjeros, debía asistir a la ceremonia.

La revista *Time* describió la ocupación de la embajada en Soi Lang Suan (el callejón que se encontraba tras el huerto) en los siguientes términos: «Bajo el tórrido sol tropical

de mediodía, dos hombres que vestían chaquetas de cuero escalaron el muro que rodeaba el recinto mientras que otros dos, correctamente ataviados con trajes oscuros, atravesaban la puerta principal. Antes de que el guardián pudiera dar la alarma se vio encañonado por sendas metralletas. El grupo terrorista árabe septiembre Negro, autor de la matanza de Munich, atacaba de nuevo.»

Y así era ciertamente. Mas tan sólo se trataba de un intento de distraer la atención. Los terroristas asumieron el control de la embajada y colgaron la bandera palestina verde y blanca de una ventana. Dejaron en libertad al guardián y a todos los empleados tailandeses, mas retuvieron como rehenes a seis israelíes, comprendido Shimon Avimor, embajador de Camboya. En breve, quinientos efectivos de la policía y de las tropas tailandesas rodeaban el edificio y los terroristas les lanzaban notas exigiendo la liberación por parte de Israel de treinta y seis palestinos prisioneros, amenazando con volar la embajada y a todos cuantos en ella se encontraban, comprendidos ellos mismos, al cabo de veinte horas.

Finalmente se permitió el acceso al recinto al viceministro de Asuntos Extranjeros tailandés Charticai Choon-haven y al mariscal del aire Dawee Chullasapya, acompañados del embajador egipcio en Tailandia Mustafa el Essaway, a fin de iniciar negociaciones, en tanto que el embajador israelí Amir permanecía en el exterior, instalando un télex en un edificio próximo para mantenerse en contacto directo con Meir y su gabinete en Jerusalén.

Al cabo de una hora de conversaciones, los terroristas aceptaron la oferta de salvoconducto para salir de Tailandia si dejaban en libertad a los rehenes. Seguidamente disfrutaron de un banquete de pollo al curry y whisky escocés por gentileza del gobierno tailandés y, al amanecer, partieron hacia El Cairo en un vuelo especial acompañados de Essaway y dos negociadores tailandeses de alto nivel.

En la reseña facilitada por la revista *Time* acerca de este suceso se advertía asimismo que dado el papel desempeñado por Essaway, aquél era «un raro ejemplo de cooperación árabe-israelí... Aún más raro que el hecho de que los terroristas hubieran atendido a razones. El incidente señalaba la primera ocasión en que los setembristas se habían vuelto atrás».

Los periodistas, como es natural, no podían saber que aquél había sido en todo momento su propósito. Como tampoco los israelíes que, con la significativa excepción de Shai Kauly, a la sazón jefe de la base del Mossad en Milán, creyeron que aquélla era la operación de la que Akbar les había informado.

Para asegurarse de que el Mossad caía en la trampa, previamente a la operación de Tailandia sus colegas de la OLP ordenaron a Akbar que permaneciera en Roma por el momento, pero que la operación estaba prevista para un país muy lejano del habitual campo de batalla terrorista de Europa o el Oriente Medio. Akbar transmitió dicha información al Mossad, de modo que cuando tuvo lugar el ataque de Bangkok, el cuartel general de Tel-Aviv no sólo quedó convencido de que aquélla era la operación en cuestión, sino que se regocijaron de que ningún israelí hubiese resultado muerto ni siquiera herido. Asimismo se produjo un gran alboroto en el Instituto acerca del hecho de que se hubiese recibido un aviso de dicho ataque, mas no se hubiese detectado la localización. Y aún fue mayor la inquietud en el Shaback, responsable de la seguridad de las embajadas e instalaciones israelíes en el extranjero.

Akbar estaba absolutamente convencido de que Bangkok había sido en todo momento el objetivo de aquella operación, por lo que se puso en contacto con su *katsa* de Roma a fin de celebrar otra entrevista. Puesto que la seguridad del Mossad es tan meticulosa, los palestinos no se habrían atrevido a seguir a Akbar a ninguna de sus entrevistas por temor a ser vistos, poniendo sobre aviso al Mossad de que le estaban vigilando. Su mayor preocupación consistía en facilitarle información para que la transmitiera a los israelíes.

En aquella ocasión, y puesto que la operación ya había sido completada, Akbar deseaba dinero. Y como quiera que en breve regresaría a Londres, el *katsa* allí instalado le había pedido que llevase toda la documentación posible del piso franco de la OLP. La reunión se celebraría en un pueblecito situado al sur de Roma, pero comenzó del modo habitual, enviando a Akbar a una trattoria romana, y siguiendo desde allí los tradicionales sistemas de APAM.

Sin embargo, lo que nadie esperaba era el resultado de la reunión.

Cuando Akbar fue introducido en el coche del *katsa y,* corno de costumbre, arrojó su cartera al asiento delantero, el encargado de seguridad la abrió y el coche estalló al punto perdiendo la vida Akbar, el *katsa y* los dos empleados de seguridad. El chofer sobrevivió, pero quedó tan gravemente herido que aún sigue convertido en un vegetal.

De los tres miembros restantes del Mossad que los estaban siguiendo en otro coche, uno de ellos aseguró más tarde haber oído por su sistema de comunicaciones que Akbar gritaba presa de pánico: «¡No lo abras!», como si hubiera sabido que el maletín contenía un explosivo. Sin embargo, el Mossad no llegó a decidir si sabía que estaba provisto de un ingenio explosivo.

En cualquier caso la OLP cometió un error al eliminarle antes de llevar a cabo la operación de Meir. Hubiera sido mejor para ellos que hubiesen esperado a que regresara a Londres. E incluso aunque el Mossad hubiera sabido quién le mató, en aquellos momentos no les hubiese importado especialmente.

Entretanto, Meir ya había llegado a Francia en la etapa del trayecto que la conduciría a Roma. Los *katsas* bromeaban entre sí acerca de que no se hubiera llevado consigo a Israel Galili, un ministro sin cartera con el que desde hacía tiempo mantenía una aventura amorosa. La pareja solía celebrar sus entrevistas privadas en la Academia, haciendo de su romance un especial elemento de diversión en el centro.

Mark Hessner[14], jefe de la base de Roma, se había tragado totalmente el anzuelo con la pantomima de Bangkok. Pero Shai Kauly, en Milán, seguía convencido de que algo fallaba en aquel escenario. Kauly era un hombre decidido y calculador que disfrutaba de bien merecida reputación de persona muy cuidadosa de los detalles, lo que a veces era un inconveniente. Por ejemplo, cuando en una ocasión retuvo un mensaje urgente para que pudiera corregirse un error gramatical. Pero con frecuencia su meticulosidad se convertía en una virtud. En aquella ocasión la perseverancia de Kauly salvaría la vida de Golda Meir.

El hombre siguió analizando una y otra vez los informes relativos a Akbar y sus actividades relacionadas con la OLP sin alcanzar a comprender que el ataque de Bangkok tuviese nada que ver con las informaciones por él facilitadas. ¿Para qué necesitaba introducir la OLP materiales técnicos en Italia? Luego, cuando Akbar fue asesinado, aumentaron los recelos de Kauly. ¿Por qué iban a matarlo a menos que supieran que era

[14] Véase el capítulo 4.

un agente de Israel? Pero en el caso de que lo supusiesen, Kauly razonaba que el ataque de Bangkok tenía que haber sido un simulacro.

Sin embargo, no tenía nada sólido en qué basarse. En la oficina culpaban al *katsa* de Londres del ataque, diciendo que cuando pidió a Akbar que le llevase documentación no le advirtió de cómo debía conducirse para no ser descubierto.

En cuanto a Hessner, su animosidad personal hacia Kauly constituiría un grave factor de complicación en los acontecimientos futuros. Cuando Hessner era cadete en la Academia, había sido descubierto en varias ocasiones mintiendo acerca de su paradero —incluso una vez por Kauly, su instructor entonces— cuando él ignoraba que era seguido. En lugar de dirigirse a su destino, Hessner se había ido directamente a su casa, y cuando Kauly le pidió que hiciese un informe, había facilitado datos totalmente distintos a lo realmente sucedido. El hecho de que no fuese expulsado significaba que tenía un poderoso «caballo» en el interior, mas nunca perdonó a Kauly que le descubriera, al igual que Kauly jamás le consideraría un profesional.

Hallándose tan próxima la visita de Meir, seguridad se hallaba especialmente tensa y Kauly seguía revisando una y otra vez los informes, tratando de unir los cabos sueltos.

Como suele suceder en tales ocasiones, la gran oportunidad de Kauly tuvo el origen más inesperado. Una mujer de Bruselas, políglota y dotada de extraordinario talento, tenía un apartamento a disposición de los combatientes de la OLP que buscaban un puerto provisional en la lucha que sostenían contra Israel. Se trataba de una prostituta de lujo, compañera muy imaginativa de los terroristas. Como el Mossad tenía intervenido su teléfono y vigilaba su domicilio, los registros amorosos de ella y de sus amigos en diversos estados de éxtasis sexual se habían convertido en la diversión favorita de los oficiales de la organización en todo el mundo, quienes aseguraban que podía gemir al menos en seis idiomas.

Pocos días antes de la llegada prevista de Meir a Roma, en el apartamento de Bruselas alguien —Kauly creyó que se trataba de Salameh, aunque nunca estuvo seguro de ello— dijo a la mujer que él tenía que telefonear a Roma, y le ordenó al tipo que se puso al teléfono que «limpiase el apartamento y se llevara los catorce pasteles». Normalmente una llamada a Roma no hubiera despertado recelos, pero hallándose tan próxima la visita de Meir, y con las sospechas que Kauly ya abrigaba, era exactamente lo que necesitaba para incitarle a la acción.

Kauly, de origen alemán, medía únicamente un metro y setenta y dos centímetros y tenía rasgos afilados, cabellos de color castaño claro y ágil complexión. Era discreto y no se esforzaba por impresionar a sus superiores, razón por la que se encontraba en Milán, una base de escasa importancia, y Hessner, en Roma.

Cuando oyó la grabación de Bruselas, llamó inmediatamente a un enlace amigo suyo, que a su vez se puso en contacto con Vito Michele, otro amigo del servicio secreto italiano, y le dijo que necesitaba conseguir inmediatamente una dirección correspondiente a un teléfono. (Como quiera que Kauly se encontraba en el Tsomet reclutando personal y aparecía registrado como un agregado consular, no podía darse a conocer como un *katsa* al servicio secreto local ni llamar a Michele directamente.)

Michele repuso que él no podía hacerlo sin obtener permiso de su superior, Amburgo Vivani, por lo que el enlace dijo que él llamaría a Vivani y así lo hizo. Los medios de que se sirviera el servicio secreto italiano para conseguir la información no fueron conocidos por Kauly. Únicamente supo que al hombre del apartamento de Roma le había sido

ordenado que lo abandonase al día siguiente, dándoles muy poco tiempo para localizar su dirección y decidir si tenía algo que ver en alguna operación de la OLP.

Vivani consiguió la dirección, pero el oficial de enlace en Roma, increíblemente, en lugar de facilitar la información a Kauly en Milán, la dirigió a la base de Roma, que ignoraba su significado e incluso la enemistad existente entre Kauly y Hessner, por lo que estuvieron examinando el asunto hasta el día siguiente. Por fin Kauly consiguió la dirección por su cuenta y telefoneó a la base de Roma, diciéndoles que fuesen directamente al apartamento porque podían encontrar en él algo relacionado con la visita de Meir. Al llegar a este punto Kauly tan sólo seguía abrigando sospechas, pero estaba convencido de que algo crítico iba a suceder.

Sin embargo, cuando el Mossad llegó al apartamento éste estaba vacío. Mas tras realizar un concienzudo registro descubrieron un importante indicio: un trozo de papel en el que aparecía el extremo inferior de un misil Strella y varias palabras en ruso describiendo su mecanismo.

Kauly estaba frenético. Faltaban menos de dos días para la llegada de la primer ministro y sabía que la ciudad estaba llena de miembros de la OLP, que había una operación en marcha para la que disponían de misiles y que ella estaba a punto de aterrizar. Pero eso era lo único que conocía exactamente.

De resultas de ello se informó a Golda Meir de que su seguridad corría peligro, pero ésta respondió al jefe del Mossad en los siguientes términos:

—Voy a entrevistarme con el papa. Tú y tus muchachos debéis aseguraros de que aterrizo sana y salva.

Al llegar a este punto, Kauly acudió a ver a Hessner para discutir si debían o no implicar a la seguridad local. Hessner, en una exhibición de poder, agradeció a Kauly su ayuda, pero añadió:

—Tu base está en Milán: esto es Roma.

Y le ordenó que se marchara. Como jefe de la base del Tsomet en Roma, Hessner se hallaba automáticamente a cargo de la situación. Si uno de sus superiores en Israel hubiera deseado asumir el cargo, hubiese tenido que ir a Roma para hacerlo así.

De todos modos a Kauly le preocupaba más la seguridad de la primer ministro que un litigio jurisdiccional y mandó a Hessner a paseo.

—Me quedo —insistió.

Hessner, furioso, se puso en contacto con el cuartel general, quejándose de que Kauly estaba provocando confusiones en el mando. Tel-Aviv ordenó a éste que abandonara el caso y regresara inmediatamente a Milán.

Pero Kauly no salió de Roma. Se había llevado consigo a dos de sus *katsas* de Milán, dejando desatendida su zona, y dijo a Hessner que investigarían secretamente, manteniéndose al margen de sus colaboradores. Hessner tampoco estuvo satisfecho con aquello, pero como ya había puntualizado su primacía jurisdiccional, ordenó a todo el personal que se concentrara en el aeropuerto y sus alrededores para ver si conseguían desarticular a los terroristas. Sin embargo, la OLP, suponiendo que el Mossad podía hallarse más al corriente de sus planes de lo que en realidad estaba, había tomado la precaución adicional de trasladarse a la zona de playa durante la noche, pernoctando en sus vehículos. De ese modo, pese a que el Mossad comprobó la noche anterior al día 15 de enero, fecha de llegada de Meir, todos los hoteles y pensiones de los alrededores de Lido di Ostia, además de todas las guaridas de la OLP, no consiguieron nada.

Sin embargo, puesto que conocían el alcance de los misiles, por lo menos sabían la zona que debían investigar antes de que aterrizara el avión de la primer ministro, aunque se trataba de una zona inmensa de unos ocho kilómetros de ancho por veintiuno de largo, y el problema se había incrementado por la estúpida decisión de Hessner de no informar a la policía local acerca del problema en potencia. Los Strella pueden activarse remotamente. Cuando el objetivo se halla a tiro, el misil cuenta con una electro-pulsación que activa un comunicador y una vez disparado halla por sí solo su objetivo. Los terroristas debían contar con la hora precisa de llegada del avión de Meir, sabiendo por sus agentes exactamente cuándo partía de París y cuándo se creía que iba a aterrizar. Y sería un aparato de El Al, el único previsto a aquellas horas.

A la sazón, el aeropuerto romano Leonardo da Vinci, en Fiumicino, estaba considerado por los empleados de Alitalia como «el peor del mundo». Concurrido en exceso, lleno de confusión, los aviones casi siempre llegaban con retraso, a veces hasta tres horas más tarde, porque el recinto sólo contaba con dos pistas de aterrizaje para coordinar los quinientos vuelos diarios de tráfico de la estación punta. Evidentemente que el vuelo de Golda Meir merecería alta prioridad, pero la constante confusión del propio aeropuerto no contribuía mucho a que los oficiales del Mossad se infiltrasen tratando de descubrir a un grupo de terroristas y sus misiles que podían ocultarse en cualquier parte, en los hangares próximos o en los campos que rodeaban las instalaciones.

Por su parte, mientras patrullaba por la zona, Kauly se encontró con un *katsa* destinado en Roma y le preguntó dónde se encontraba la gente que servía de enlace al Mossad. (Ellos serían quienes informarían a la policía italiana si era necesario, no los propios *katsas.)*

—¿Qué enlace? —preguntó el hombre.

—¿Acaso quieres decir que aquí no los hay? —exclamó Kauly, incrédulo.

—No —repuso el *katsa* romano.

Kauly llamó inmediatamente al enlace de Roma y le ordenó que hablase con Vivani y le explicase lo que estaba sucediendo.

—Toca todos los resortes necesarios. Tenemos que conseguir refuerzos en seguida.

Parecía más probable que los terroristas estuviesen fuera del perímetro del aeropuerto que dentro del campo de alcance del avión dé Meir puesto que en las instalaciones se encontraban pocos puntos propicios donde ocultarse. Sin embargo buscaron por doquier ayudados muy precariamente por Adagio Malti, del servicio secreto italiano.

Malti no tenía ni idea de que el lugar estuviese lleno de oficiales del Mossad. Se encontraba allí porque había recibido información del enlace de Roma de que, basándose en datos de confianza recibidos, la OLP se proponía poner en un aprieto a los italianos derribando el avión de Meir a su llegada, con misiles fabricados en la Unión Soviética, mensaje que había sido aprobado en primer lugar por el mando que servía de enlace en Tel-Aviv antes de ser transmitido a los italianos.

Por entonces los terroristas se habían dividido en dos grupos. Uno, con cuatro misiles, se dirigió al sur del aeropuerto, y el otro, formado por ocho elementos, al norte. El hecho de que dos de los catorce «pasteles» se hubieran reservado para después de la operación sería muy significativo posteriormente. Pero, a la sazón, el grupo del norte preparó dos misiles junto a su furgoneta Fiat que había aparcado en el campo.

Sin embargo, un empleado de seguridad del Mossad descubrió su presencia cuando peinaba la zona. El hombre lanzó un grito de aviso y abrieron fuego. Se produjo una

escena de gran confusión. La policía italiana llegó y el elemento israelí, que no la esperaba puesto que había sido Kauly quien la había llamado, se dio a la fuga porque no quería que lo vieran. Entre la conmoción que se produjo, uno de los terroristas trató de huir, pero los oficiales del Mossad que habían estado observando la acción lo capturaron al punto, lo inmovilizaron y lo arrojaron dentro de un coche, haciéndolo desaparecer rápidamente en un cobertizo que servía de almacén en el aeropuerto.

Sometido a una paliza brutal y continuada, el terrorista confesó que se proponían acabar con Golda Meir.

—No podréis hacer nada para evitarlo —se jactó.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Te hemos capturado! —repuso un oficial.

Y siguieron golpeándole.

Entretanto, Kauly se había enterado por su radioteléfono portátil de que habían hecho un prisionero e inmediatamente se dirigió al cobertizo. Los oficiales le dijeron que habían apresado a aquel terrorista y que los italianos habían detenido a algunos más, junto con unos nueve o diez misiles.

Pero Kauly recordaba que la llamada telefónica de Bruselas aludía a «catorce pasteles». No sólo seguía teniendo un problema el Mossad, sino que solamente faltaban veinte minutos para que aterrizara el avión en el que viajaba Golda Meir. Debía de haber más misiles, pero ¿dónde estaban?

Por entonces el prisionero seguía inconsciente. Kauly le echó agua.

—Estás acabado —le dijo—. En esta ocasión vas a hablar. Ella aterrizará dentro de cuatro minutos. No podréis hacer nada.

—Vuestra primer ministro está condenada —se burló de sus captores el terrorista—. No nos habéis cogido a todos.

Los peores temores de Kauly se habían confirmado. En algún lugar ignorado se hallaba un misil de fabricación soviética que llevaba inscrito el nombre de Golda Meir.

En aquel momento un empleado de seguridad golpeó al individuo, dejándolo inconsciente. Cuando le capturaron llevaba consigo un ingenio explosivo llamado «Betty saltarina», que solían utilizar los terroristas. Se clavan en el suelo como una mina, pero están unidos a un palo corto con una cuerda atada a un clavo. Pusieron el ingenio junto a él, alargaron la cuerda y, tras salir del edificio, tiraron de ella y el artefacto estalló haciéndole pedazos.

La tensión era insoportable. Kauly llamó a Hessner por el radioteléfono y le pidió que se comunicara por radio con el piloto del avión para aplazar el aterrizaje, aunque no se aclaró si él lo hizo así. Lo evidente es que uno de los empleados de seguridad de Meir, inspeccionando una zona de la autopista con su coche, advirtió de pronto algo extraño en un carromato concesionario de alimentos que se hallaba detenido en el arcén. Ya había pasado por allí dos veces, pero a la tercera ocasión algo atrajo su atención: aunque del techo del vehículo asomaban tres cañones de chimenea, sólo uno de ellos despedía humo. Los terroristas se habían desembarazado del propietario del carromato, perforado dos agujeros en el techo e introducido por ellos los misiles Strella. Su plan consistía en que, cuando el avión de la primer ministro estuviese bastante próximo y los misiles comenzasen a dar señales, sólo se tendría que pulsar el gatillo y al cabo de unos quince segundos el aparato quedaría destruido.

Sin pérdida de tiempo, el hombre del Mossad giró bruscamente en redondo en la carretera y chocó contra el carromato, volcándolo e inmovilizando a los dos terroristas

debajo. Salió, confirmó que se trataba de los dos misiles y que ambos individuos habían quedado atrapados. Entonces descubrió unos coches de policía que se dirigían hacia él, por lo que volvió a subir a su vehículo, dio la vuelta y se lanzó hacia Roma como una exhalación. En cuanto hubo informado a sus colegas del Mossad, todos desaparecieron del mapa como si jamás hubieran estado en aquel lugar.

La policía italiana arrestó a cinco miembros de septiembre Negro pero, sorprendentemente y considerando que habían sido capturados con las manos en la masa y con los misiles preparados para intentar asesinar a Golda Meir, fueron puestos en libertad pocos meses después y enviados a Libia.

10. CARLOS

El 21 de febrero de 1973 los israelíes enviaron dos reactores Phantom contra un Boeing 727 de las Líneas Árabes Libias con destino a El Cairo que se había desviado de su camino y lo derribaron, causando la muerte de ciento cinco de las ciento once personas que viajaban a bordo. Eso sucedió doce horas después de que los comandos israelíes hubieran efectuado una audaz incursión en Beirut para volar varias instalaciones de la OLP, arrebatándoles un considerable número de documentos y eliminando a varios de sus dirigentes, entre ellos el jefe de septiembre Negro Abu Yusuf y su esposa.

La destrucción del avión civil fue un error trágico. Por entonces Israel había recibido amenazas de que un aparato cargado de bombas sería enviado directamente a Tel-Aviv. El Boeing de trágico destino sobrevolaba una de las bases militares más importantes del Sinaí y, en ausencia del jefe de las fuerzas aéreas, un capitán tomó la decisión de derribar el aparato.

Aún transcurrirían otros seis años hasta que el Mossad capturase finalmente al Príncipe Rojo, pero la enérgica venganza personal de Golda Meir contra septiembre Negro alteró totalmente las funciones del Instituto. La OLP se convirtió en el objetivo más importante del Mossad, lo cual no creaba una situación muy conveniente puesto que distraía la atención hacia otros enemigos, tales como Egipto y Siria, que amenazaban con la guerra y que se estaban Preparando realmente para ella. Anwar al-Sadat tenía comités por todo Egipto justamente llamados «bélicos». Pero el Instituto dedicaba casi todo su tiempo y recursos a perseguir a los terroristas de septiembre Negro.

El 6 de octubre de 1973, pocos meses después del incidente de los Strella en Roma, el general Eliahu Zeira, jefe del servicio secreto militar israelí, declaraba en una conferencia de prensa en Tel-Aviv: «No habrá guerra.» En medio de la conferencia, un mayor entró en la sala y le tendió un telegrama. Zeira lo leyó y abandonó inmediatamente la sala sin decir palabra.

Egipcios y sirios habían atacado: comenzaba la guerra del Yom Kippur y, en aquel primer día, los israelíes contabilizaron la pérdida de quinientas vidas humanas y más de mil heridos. Pocos días después conseguían recuperarse y comenzaban a hacer retroceder a los invasores, pero la contienda cambió para siempre la imagen de Israel, tanto para los demás como para sí misma, convirtiéndola en una fuerza invencible.

Aunque Golda Meir seguía con vida gracias al Mossad, una de las consecuencias de la guerra fue su dimisión como primer ministro el 10 de abril de 1974.

En cuanto a Shai Kauly, le constaba que aún quedaban dos misiles Strella escondidos tras el atentado frustrado. No obstante la inmediatez de la amenaza se había superado, él se hallaba de regreso en Milán y las preocupaciones por la guerra en breve dominaron cualquier otro problema. Sin embargo, cuando se produjo el incidente del aeropuerto, la policía italiana se había sentido sumamente avergonzada. Después de todo habían intentado asesinar a una figura política de la mayor relevancia en sus propias narices y no habían hecho nada más que llegar tarde y recoger los fragmentos que el Mossad había dejado, y la inteligencia italiana no había tenido la menor sospecha del plan para asesinar a Meir, Mientras el público en general desconocía aquel episodio, algunos elementos de la comunidad del servicio secreto sí estaban enterados. Por ello los italianos pidieron a los israelíes que no hicieran públicos los detalles.

El Mossad era de la opinión de que ayudar a otro grupo a ocultar algo le reportaría ciertas ventajas y siempre se mostraba deseoso de contribuir a que otros guardaran las apariencias aunque, mientras ese alguien lo supiera, le consideraran un inepto.

De modo que se pidió a la LAP, o Lohamah Psichlogit, el departamento de guerra psicológica del Mossad, que ideara una historia. Por entonces la situación entre Israel y Egipto era en extremo tensa, mas como el Mossad se hallaba tan ocupado buscando a la banda de septiembre Negro, se habían pasado por alto los signos vitales indicadores de los preparativos de la guerra. Contando únicamente con treinta y cinco o cuarenta *katsas* en activo que operaban en el mundo en un momento dado y que se centraban en descubrir las actividades de la OLP —con miles de personas en sus múltiples facciones—, podían absorber a todas sus fuerzas y crear un grave vacío en el control de otros importantes enemigos de Israel.

En cualquier caso la LAP ideó una historia ficticia para que los italianos la hicieran pública e informando al mismo tiempo a las agencias de inteligencia francesas, inglesas y norteamericanas de lo que había sucedido. Existe una norma en el servicio secreto denominada la «norma del tercer grupo»: si, por ejemplo, el Mossad facilita información a la CIA porque ambos mantienen buenas relaciones de trabajo, ésta no puede transmitir tal información a un tercer grupo, porque procede de otra agencia. Naturalmente que la regla puede ser evitada parafraseando sencillamente alguna parte dé la información y transmitiéndola.

En la época en que se produjo el incidente del aeropuerto de Roma y la consiguiente tapadera, el Mossad solía facilitar a la CIA listas de equipamiento, militar ruso que se enviaba a Egipto y Siria, comprendidos los números de series de las armas y los números individuales de las series. La finalidad era doble: ellos quedaban bien porque les proporciónaban aquella información y contribuían a confirmar un respaldo militar y ello ayudaba a la CIA a convencer al gobierno de Estados Unidos de que aumentase su apoyo a Israel. La CIA no podía informar al Congreso de dónde obtenía tal información pero, sin embargo, ello confirmaba que era asimismo facilitada al Congreso por grupos de presión judíos.

Los americanos consideraban ya entonces al libio Mu'ammar al-Gadafi un loco peligroso y a mediados de los setenta todo el mundo parecía agitado en torbellino mientras pequeños grupos terroristas revolucionarios brotaban por doquier. En Francia existía Action Directe, la banda Baader-Meinhof en Alemania, el Ejército Rojo japonés, las Brigadas Rojas italianas (que asesinaron al primer ministro Aldo Moro en 1978), la ETA vasca en España (que se atribuía la muerte del primer ministro Carrero Blanco en España en 1973) y otras cinco organizaciones palestinas diversas. Incluso en Estados Unidos estaban los Weathermen y el Symbionese Liberation Army, que secuestraron en 1974 a la rica heredera Patricia Hearst.

En medio de esta agitación muchas sinagogas y otras instituciones judías fueron víctimas de bombardeos, por lo que había llegado el momento oportuno de que el Mossad culpase a los italianos de la aventura libia y egipcia, aunque no tuviesen nada que ver en ella.

El Instituto consiguió la lista de los misiles Strella confiscados por los italianos. Seguían siendo sólo doce, pero más adelante se preocuparían de los dos restantes. Los números de serie de aquellos misiles se sumaron a las listas que remitían a la CIA de las armas enviadas por los rusos a Egipto aunque, por los interrogatorios a que había

sometido a los terroristas, les constaba que, en especial, aquéllos procedían de Yugoslavia.

Pero la historia ideada por la LAP para divulgación general en Italia era que los terroristas, que habían conseguido sus armas de Libia, habían salido de Beirut en automóvil a fines de diciembre de 1972 llevando consigo los Strella, que llegaron a Italia en trasbordador y se trasladaron a Roma de nuevo por carretera, probablemente de paso para atacar un objetivo judío en Viena. La razón de que efectuasen aquella ruta circular, según dijeron, era porque resulta más fácil pasar de un país occidental europeo a otro que cruzar las aduanas llegando de un país comunista. Los terroristas habían sido «oficialmente» arrestados el 26 de enero de 1973 por la policía italiana acusados de transportar explosivos y mantenidos incomunicados desde su fallido ataque al aeropuerto mientras la LAP urdía una historia. Resultaba increíble que la policía italiana los dejase después en libertad, primero a dos de ellos y más tarde a otros tres.

Pero entretanto los americanos iban introduciendo toda la información que le facilitaba el Mossad en su computadora militar. Cuando los italianos anunciaron finalmente el 26 de enero que habían arrestado a los terroristas y confiscado sus armas también ellos transmitieron los números de serie de los Strella a la CIA quien, a su vez, facilitó dichos datos a su servicio secreto militar. En cuanto comprobaron que aquellos números de serie coincidían con los que, el Mossad había incluido como los, al parecer, procedentes de Egipto y Libia vía Rusia, la computadora norteamericana denunció que existía duplicidad. Entonces los americanos creyeron sinceramente que los rusos habían facilitado material a Egipto quien, a su vez, había entregado los misiles a Gadafi y que éste había armado a los terroristas, lo que corroboraba que el dirigente libio actuaba exactamente como Estados Unidos había pensado. Cínicamente el Mossad conocía la verdad.

Por entonces aún preocupaba al Instituto la desaparición de dos de los misiles. En cuanto a los italianos, se sentían satisfechos puesto que habían logrado ocultar su vergüenza, mientras que los americanos creían que Gadafi se ocultaba detrás de todo ello.

Cuando los terroristas aún se encontraban en prisión, los empleados de seguridad del Shaback los interrogaron y descubrieron que Ali Hassan Salameh, el Príncipe Rojo, se hallaba realmente implicado en el asunto. Y, por consiguiente, se propusieron con todas sus fuerzas apoderarse de él.

La policía italiana había permitido al Shaback que interrogase a los palestinos en Roma. Probablemente un equipo de dos hombres habría entrado en una habitación en la que uno de los prisioneros estaría sentado en una silla con los brazos inmovilizados en la espalda, tendría asimismo esposadas las piernas y una cadena sujetaría las esposas. Lo primero que el Shaback habría hecho sería pedir a la policía italiana que abandonase la habitación.

—Ahora esta habitación es territorio israelí: somos los responsables del prisionero —dirían.

El prisionero de la OLP sin duda se habría horrorizado. Después de todo, probablemente habría ido a Europa para evitar llegar a caer en manos de los israelíes.

Después de cerrar la puerta, los oficiales del Shaback le dirían más o menos en árabe:

—Somos tus amigos del Muchbarat.

(El Muchbarat es un apelativo general que utilizan los árabes para describir al servicio secreto. En realidad, muchas agencias de inteligencia árabes se denominan de tal modo.)

Habrían deseado asegurarse de que el prisionero sabía exactamente con quiénes estaba tratando y cuál era su situación. A continuación le habrían quitado las esposas corrientes que llevaba y las habrían sustituido por otras mucho más duras por ellos preferidas. Éstas, hechas de plástico, se asemejan a los cerrojos que se utilizan para unir al equipaje las etiquetas que llevan el nombre y las señas, salvo que son mucho más fuertes y tienen pequeñas hojas de afeitar que sujetan los cierres. A diferencia de las esposas corrientes que facilitan algo de espacio para moverse, éstas quedan firmemente cerradas, interrumpiendo la circulación y provocando un dolor considerable.

Luego, tras esposarle brazos y piernas de este modo, apiadándose ininterrumpidamente de su lamentable situación, los oficiales del Shaback probablemente habrían cubierto con un saco de yute la cabeza del prisionero. A continuación, le habrían abierto la cremallera del pantalón y extraído su pene, dejándole allí sentado esposado, cegado, con un saco en la cabeza y expuestas sus partes pudendas.

—¿Te sientes ahora como en tu casa? —se habrían burlado de él—. Pues comencemos a charlar.

En aquel momento no les habría costado mucho soltarle la lengua. En este caso el Shaback, por desdicha, no podía imaginar que los prisioneros serían puestos en breve en libertad y por ello les formularon muchas preguntas sobre Salameh. De modo que una vez estuvieron libres, el Príncipe Rojo se enteró rápidamente de que era el objetivo número uno del Mossad.

Por entonces septiembre Negro presionaba de firme. Las cartas bomba eran algo muy corriente y los ataques con explosivos y granadas se repetían con gran regularidad por toda Europa. Mientras el Mossad estaba ansioso de capturar a Salameh, los dirigentes de septiembre Negro en Beirut estaban asimismo sumamente deseosos de salvarle pues era su hijo preferido. De modo que le advirtieron que se perdiera de vista durante algún tiempo.

Pero el dirigente de septiembre Negro Abu Yusuf —que sería asesinado unas semanas después por comandos israelíes el 20 de febrero de 1973 en su cuartel general de Beirut— decidió que la organización debía sustituir a Salameh, por lo menos provisionalmente, para llevar las operaciones en Europa. De modo que designaron a Mohammed Boudia, de origen argelino, y muy famoso en los círculos elegantes parisinos, el cual organizó su propia célula que llevaría su nombre: «la célula Boudia».

El propósito de Boudia era coordinar todos los grupos terroristas que operasen en Europa en un ejército secreto exterminador. Dispuso que miembros de los distintos grupos se entrenasen en el Líbano y, casi de la noche a la mañana, creó una importante organización terrorista, una especie de cámara de compensación de todas las facciones. En teoría era una excelente idea, pero su principal problema radicaba en que las organizaciones de la OLP eran en extremo nacionalistas, mientras que la mayoría de los grupos restantes eran marxistas radicales, y el islam y el marxismo no compaginan en absoluto.

Boudia tenía un enlace propio que viajaba entre París y Beirut, un palestino llamado Moukharbel. En el ataque que el comando israelí efectuó al cuartel general de septiembre

Negro, el expediente de Moukharbel, completado con una fotografía, había sido capturado entre otros muchos y enviado a Tel-Aviv.

En esos momentos, cuando todo estaba al rojo vivo, entró en escena en el Mossad el *katsa* Oren Riff. No había tiempo para elaborar proyectos con la prudencia habitual. A Riff, que se expresaba con fluidez en árabe, le encargaron en junio de 1973 que efectuase un esfuerzo descarado de ganarse a Moukharbel. (Hay mucho a ganar mediante esta técnica: si funciona, se obtienen reclutas; de no ser así, puede llegarse a asustar tanto al interesado que decida dejar de trabajar para el otro bando, o es inutilizado como lo fue Meshad,[15] el físico egipcio.)

Moukharbel, que se alojaba en un elegante hotel londinense, fue sometido a vigilancia durante día y medio y su perseguidor hizo un reconocimiento del lugar. Por fin Riff se decidió a llamar a su puerta cuando él regresaba de un paseo. Ya habían comprobado que no ocultaba armas en su habitación: no las había ni tampoco había nadie allí. Cuando Moukharbel se dirigía hacia el ascensor, un individuo había tropezado «accidentalmente» con él registrándole rápidamente y comprobando asimismo que también iba desarmado. Puesto que se trataba de un miembro de la OLP, se le consideraba extremadamente peligroso, pero habiendo tomado todas las precauciones que permitían las circunstancias, Riff aguardó a que el hombre se metiese en su habitación y luego se presentó en su puerta.

Tras una rápida ojeada para asegurarse de que no iba a buscar una arma, Riff le recitó rápidamente todos los datos de su expediente: nombre, dirección, edad..., todo cuanto allí se contenía.

—Soy miembro del servicio secreto israelí —le dijo por fin—, y estamos dispuestos a retribuirle espléndidamente. Queremos que trabaje para nosotros.

Moukharbel, que era un hombre atractivo, sofisticado y vestía ropas caras, miró a Riff directamente a los ojos y sonriéndole de oreja a oreja le respondió:

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Sostuvieron una breve e intensa reunión de unos cinco minutos y acordaron otro encuentro más formal, con las debidas garantías. En realidad no era mucho el dinero que Moukharbel exigía, aunque también deseaba contar especialmente con una doble coartada, de modo que si algo sucediera en cualquiera de los dos bandos pudiera encontrarse a salvo. Era una cuestión de propia supervivencia, y si ambas partes estaban dispuestas a pagarle, le parecía magnífico.

Inmediatamente facilitó a Riff la dirección de la mayoría de lugares donde Boudia solía encontrarse. Le gustaban mucho las mujeres y tenía numerosas amantes por todo París. Sabía que era un blanco apreciado, por lo que utilizaba los apartamentos de sus mujeres como pisos francos, permaneciendo cada noche en uno distinto. Pero como quiera que Moukharbel necesitaba estar en contacto con él, estaba al corriente de las distintas direcciones. Una vez Riff las hubo transmitido al Metsada, el departamento comenzó a seguir a Boudia en sus rondas. En breve se enteraron de que se dedicaba a transferir cierta cantidad de dinero para una próxima operación a un venezolano llamado Ilyich Ramírez Sánchez, que procedía de una familia rica, había estudiado en Londres y en Moscú y a la sazón vivía en París y realizaba ciertos trabajos para la OLP.

El Metsada comprobó en breve que Boudia era un hombre cuidadoso. En estos casos una agencia de inteligencia busca una constante, algo que el objetivo realice

[15] Véase el prólogo.

regularmente. Esa clase de trabajos no puede realizarse pensando: «¡Ahí está! ¡Vamos a matarlo!» Las cosas no se hacen así: deben planearse para evitar complicaciones. El signo más constante de Boudia era que por doquier conducía su Renault 16 de color azul. También había un lugar, en la rué des Fosses-St. Bernard, que visitaba con mayor frecuencia que los otros.

Aun así Boudia no se metía en su coche sin abrir la capota, comprobar debajo del vehículo y mirar el maletero y el tubo de escape para detectar la presencia de posibles explosivos. De resultas de ello, el Metsada decidió instalar una mina a presión bajo el asiento del vehículo. Pero como no deseaban que los franceses sospechasen del Mossad, la bomba fue hecha a conciencia para que pareciese de fabricación casera, y la rellenaron de tuercas y afiladas virutas de metal. La bomba tenía adaptada una pesada placa metálica en el fondo, de modo que estallaría hacia arriba, no hacia abajo, cuando se hiciera presión sobre ella.

El 28 de junio de 1973, Boudia salió del edificio de apartamentos, realizó su habitual comprobación, abrió seguidamente y se dejó caer en el asiento. Cuando cerraba la puerta, el coche estalló, causándole la muerte instantánea. Fue tan intensa la explosión que muchas tuercas y tornillos le atravesaron el cuerpo y acribillaron el techo.

La policía francesa, que conocía su asociación con grupos terroristas, creyó que había perecido por accidente al estallar los explosivos que llevaba consigo, Conclusión que llegó a repetirse en diversos departamentos de policía en lugar de otras explicaciones.

Aunque septiembre Negro no tenía pruebas directas de que el Mossad hubiese intervenido en la desaparición de Boudia, les constaba que así era, por lo que ordenaron que se tomase inmediata venganza asesinando a un israelí. Encargaron a un estudiante palestino de UCLA, al sur de California, que adquiriese una arma y acudiese a la embajada israelí en Washington, razonando que un perfecto desconocido podía dar el golpe y escapar mucho más fácilmente que alguien que hubiera estado implicado en algún grupo terrorista y fuese perseguido por el servicio secreto americano. De modo que el primero de julio de 1973 un joven no identificado se acercó al coronel Yosef Alón, ayudante del agregado del aire en la embajada, y le mató a tiros en la calle, huyendo seguidamente. El asesino jamás fue capturado. El Mossad se enteró más tarde de la relación existente en este caso con la operación Boudia por algunos documentos que consiguió tras la contienda del Yom Kippur.

Después del asesinato de Boudia, Moukharbel notificó a Riff que septiembre Negro había llamado al venezolano Sánchez para que desde París dirigiese las operaciones de Europa. El Mossad sabía muy poco de él, pero no tardó en descubrir que su alias favorito era Carlos Ramírez o simplemente Carlos, y que no tardaría en convertirse en uno de los hombres más famosos y temidos del mundo.

A Ali Hassan Salameh, que no era ningún necio, le preocupaba garantizar su seguridad personal. Deseaba evitar al Mossad y al mismo tiempo hacerle quedar mal. De modo que se puso de acuerdo con algunos voluntarios para que se dejasen reclutar por el servicio secreto israelí a través de dos embajadas distintas. Su trabajo consistía en suministrar a los israelíes una serie de fechas y localizaciones que les permitieran seguir sus movimientos, naturalmente no sus movimientos reales sino aquellos que él deseaba hacerles conocer, hasta que finalmente los condujo a una pequeña ciudad noruega llamada Lillehammer, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Oslo, donde cierto

camarero de un restaurante tenía cierto extraño —y para él fatal— parecido con el Príncipe Rojo.

Mike Harari, jefe del Metsada, fue el encargado de la operación para acabar con Salameh. Éste se aseguró de que mientras el confiado camarero era vigilado por el Mossad, algunos de sus hombres se acercaban a hablar con él, lo que les confirmaría que se trataba de la persona que sospechaban y, aunque no era así, el 21 de julio de 1973 el Mossad asesinó al inocente camarero. Tres personas fueron a la cárcel. Una de ellas, David Arbel,[16] habló muchísimo, y el «asunto de Lillehammer» se convirtió, quizá, en el mayor escándalo y vergüenza en la historia del Mossad.

De regreso a París, Carlos asumió el poder. La comunidad del servicio secreto europeo nada sabía de él. No hablaba árabe, en realidad ni siquiera simpatizaba con ellos. (Cuando se refería a los palestinos solía comentar: «Si esos tipos fuesen la mitad de buenos de lo que presumen, ¿cómo iban a estar aún en Palestina los israelíes?») Pero Moukharbel, recientemente reclutado por Oren Riff, seguía siendo el enlace de Carlos.

En el proceso de consolidación de la operación de París, Carlos consiguió controlar las reservas de armamento que septiembre Negro tenía por toda Europa y, entre otras cosas, heredó los dos misiles Strella «perdidos» que habían formado parte del intento del magnicidio abortado de Golda Meir.

Además de actuar como enlace de septiembre Negro, Moukharbel realizaba idéntico trabajo para otros dos grupos palestinos, el Frente Popular (FPLP) y la Organización Juvenil Palestina. El volumen de información que de él recibía el Mossad era sorprendente, y éste, tras digerirla y conservar la que consideró conveniente para sí, comenzó a suministrar tanta información a la inteligencia europea y a la CIA que ni siquiera sabían qué hacer con ella. Ello acabó reflejándose en un chiste de orden interno de los oficiales del servicio secreto que preguntaban: «¿Hemos recibido hoy la agenda del Mossad?» Y su conexión con la CIA era tan intensa entonces que los americanos solían bromear acerca de «la división del Mossad en Langley» (cuartel general de la CIA en Virginia). Esta inundación de información en el mercado tal vez no benefició demasiado a nadie, aunque por lo menos tampoco pudieron alegar posteriormente que no estuvieran enterados. Y fue un sistema que el Mossad utilizó más tarde con gran éxito.

Como es natural Carlos se interesó por los dos misiles Strella que habían quedado en Roma. Al parecer cuando los dos equipos se dividieron, se limitaron a dejarlos en un piso franco cuya existencia desconocían los israelíes. Si no hubiesen acabado con el terrorista que capturaron en el instante de producirse el intento de asesinato, habrían llegado a averiguarlo, puesto que era un miembro del equipo que utilizaba aquella casa en particular.

Pese a que Carlos aún no había tomado medida alguna contra objetivos judíos, el Mossad comenzaba a comprender que era un tipo peligroso. Se habían enterado de la existencia de los misiles a través de Moukharbel, pero aún no era cuestión de intentar acercarse a ellos. De cualquier modo, no podían intentar tratar de llegar a la casa sin descubrir a Moukharbel, que les telefoneaba cada dos o tres días facilitándoles información. Llegó un punto en que acabaron dedicando una telefonista ininterrumpidamente a su servicio.

Carlos quería que los misiles se utilizaran contra un avión israelí. Pero no deseaba verse personalmente implicado en una operación que requería un planeamiento

[16] Véanse los capítulos 7 y 15.

complicado. Tal era la norma, y en parte la razón, de que jamás fuese capturado. Proyectaba una operación, comprobaba que se llevase a cabo, pero no participaba en ella.

Al Mossad se le presentaba un problema con los misiles. Sin duda Moukharbel era demasiado valioso para desperdiciarlo en una sola operación, pero si permitían que los palestinos llegasen al aeropuerto con sus armas serían capaces de destruir un avión israelí.

Oren Riff, *katsa* de Moukharbel, dirigía el caso. Riff era un individuo directo, que no se andaba con rodeos. A fines de 1975, fue uno de los once insensatos *katsas* que dirigieron y firmaron una carta al jefe del Mossad diciéndole que la organización estaba estancada, arruinada y que adoptaba una actitud equivocada hacia la democracia. Interiormente tan sólo se conoció como «la carta de los once» y Riff es el único de ellos que la sobrevivió. Todos los demás fueron expulsados de la organización. No obstante, fue omitido en dos ocasiones en las promociones y, en 1984, cuando quiso examinar su expediente para comprobar por qué no había sido ascendido, se le dijo que se había traspapelado, explicación absurda puesto que la organización contaba únicamente con mil doscientos empleados, comprendidos secretarias y chóferes.

A propósito, de resultas de aquella carta las normas de la NAKA se modificaron de modo que tan sólo dos personas podían firmar conjuntamente una carta.

De todos modos Riff llamó a los enlaces de Roma y les pidió que avisaran a Amburgo Vivani, su amigo del espionaje italiano, y le facilitasen la dirección del piso franco donde se encontraban los misiles.

—Le decís que le visite en un momento en que se encuentre allí toda la gente implicada y que únicamente debe entrar en el apartamento en ese momento en especial —dijo Riff—. De ese modo podrá sorprenderlos a todos.

Una unidad del *neviot* estuvo reconociendo el terreno para el Mossad y el 5 de septiembre de 1973, cuando comprobaron que todos los terroristas se encontraban dentro, avisaron al servicio secreto italiano. Los italianos estaban preparados —al igual que el Mossad, que los veía mas no era visto por ellos— y entraron en el apartamento arrestando a cinco hombres procedentes de Líbano, Libia, Argel, Iraq y Siria, y confiscando los dos misiles.

La versión que circuló fue que los cinco habían planeado derribar aviones de líneas civiles desde la azotea de su apartamento cuando despegaran del aeropuerto romano de Fiumicíno. Era una historia ridicula, porque los aviones no sobrevolaban aquel apartamento, pero no importó: la gente le dio crédito.

Por entonces el jefe del servicio secreto italiano era muy adicto al Mossad. Tanto es así que el italiano, que llevaba una cámara fotográfica oculta, solía viajar a los países árabes y fotografiar instalaciones militares para los israelíes.

Aunque capturaron a los terroristas con las manos en la masa y los dos misiles tanto tiempo buscados, los italianos pusieron inmediatamente en libertad bajo fianza a dos de los cinco que, como es natural, partieron en seguida de Roma. En cuanto a los tres restantes, los enviaron a Libia, pero el primero de marzo de 1974 el avión Dakota que los había transportado estalló de regreso a Italia y perdieron la vida el piloto y la tripulación. Todavía está en marcha una investigación policial para desentrañar aquel acto de sabotaje.

Los italianos lo atribuyeron al Mossad, pero no fueron ellos. Con toda probabilidad sería obra de la OLP. Sin duda creyeron que la tripulación había visto algo cuando dejó a

los hombres en Libia, o pensó que podría reconocerlos en el curso de otra operación. Si el Mossad hubiese sido el causante, lo hubiera llevado a cabo cuando los terroristas aún se hallaran a bordo del aparato.

El 20 de diciembre de 1973 Carlos se hallaba en París. Ocupaba un local en las afueras de la ciudad que utilizaba como arsenal y el Mossad trataba de encontrar un motivo para facilitar la dirección a los franceses sin poner en peligro a Moukharbel, su valioso agente.

Aquella mañana Carlos realizó un acto de terrorismo a su propio estilo, su infame «bang, bang», dándose inmediatamente a la fuga. Salió de su apartamento provisto de una granada, se metió en su coche y, cuando pasaba por cierta calle, lanzó el proyectil contra una librería judía dando muerte a una mujer e hiriendo a otras seis personas. Aquél era el motivo que esperaba el Mossad para transmitir la dirección de su arsenal, pero cuando la policía efectuó su redada encontraron armas, fusiles, granadas, barras de TNT, folletos de propaganda y a una docena de personas, pero entre ellas no se hallaba Carlos, que había abandonado Francia aquel mismo día.

Al día siguiente llamó a Moukharbel desde Londres con el propósito de que se reunieran allí. Éste le dijo que le era imposible porque la policía británica le buscaba. El Mossad trató de convencerle de que fuese, pero él se negó, de modo que durante algún tiempo perdieron contacto con Carlos.

Posteriormente, el 22 de enero de 1974, Carlos llamó a Moukharbel de nuevo.

—Soy Ilyich —dijo—. Voy a regresar a París. Tengo que firmar un convenio mañana o pasado mañana.

Todas las instalaciones israelíes de Gran Bretaña estuvieron inmediatamente alertas, aunque no de modo muy visible por si la llamada se trataba simplemente de una prueba a que Carlos quería someter a su lugarteniente: les constaba que él siempre iba un paso adelante que los demás.

Dos días después, el 24 de enero, un coche pasó junto a un banco israelí en Londres y el único individuo que viajaba en él arrojó una granada de mano contra el edificio hiriendo a una mujer.

Al día siguiente Carlos se citó con Moukharbel en París diciéndole que debía abandonarlos objetivos israelíes por el momento porque la situación era candente, pero que tenía algunas deudas pendientes con bandas japonesas y alemanas que debía satisfacer antes de que pudiera hacer algo por la OLP.

Aquello tranquilizó más o menos al Mossad y lo relacionó con otras informaciones que poseía. Pero tratándose de Carlos nunca se podía estar tranquilo mucho tiempo. El 3 de agosto de aquel mismo año tres coches bomba se apostaban en París, dos frente a las oficinas de un periódico y otro (detectado antes de que estallase) ante una estación de radio. La policía francesa creyó que era obra de Action Directe, y así era, en efecto, pero Carlos los había ayudado a preparar y colocar los explosivos. Seguidamente se trasladó al extremo opuesto de París a fin de hallarse lo más lejos posible de la operación que se estaba llevando a cabo.

Posteriormente el Mossad se enteró de que Carlos había recibido una partida de lanzagranadas antitanques teledirigidas RPG-7. El RPG-7 es una arma compacta de fácil transporte que únicamente pesa nueve kilos y medio y tiene un alcance máximo efectivo de quinientos metros contra un objetivo estático, trescientos metros contra un objetivo móvil y penetra en un blindaje de hasta treinta centímetros de espesor.

El 13 de enero de 1975 Carlos y un colega llamado Wilfred Bose se dirigieron al aeropuerto de Orly dispuestos a realizar un atentado. (Bose, miembro de la banda Baader-Meinhof, encontró la muerte el 27 de junio de 1976 en el famoso salvamento de rehenes que tuvo lugar en Entebbe, en Uganda.) Una vez allí ambos descubrieron la cola de un avión israelí en la pista.

Carlos volvió a acercarse con su coche para echar otra mirada, detuvo el vehículo y vertió el contenido de una botella de leche en el asfalto como si señalara el lugar desde donde podría distinguir mejor el aparato. Introdujo los pies bajo la baca de su Citroen 2 CV mientras Bose retrocedía por la carretera y luego avanzaba lentamente a unos dieciséis kilómetros por hora. A medida que se aproximaban al lugar donde había vertido la leche, Carlos se irguió y disparó sin alcanzar al aparato, pero acertando a un avión yugoslavo y a un edificio del aeropuerto. Siguieron algunos metros por la carretera y detuvieron el vehículo para que Carlos saltara y ocupara el asiento contiguo al conductor dándose inmediatamente a la fuga.

Cuando regresó al apartamento, refirió a Moukharbel lo sucedido, pero éste le dijo que había oído la noticia por radio y que había errado su objetivo.

—Sí, en esta ocasión hemos fallado —repuso Carlos—, pero el día diecinueve lo conseguiremos.

Como es natural, Moukharbel transmitió la noticia a Oren Riff. Puesto que no querían perjudicar a tan valioso agente, Riff ordenó que reforzasen las medidas de seguridad y que todos los aviones israelíes se trasladaran a la parte norte del aeropuerto, de modo que tan sólo existiera una vía de acceso hasta ellos, por si Carlos se decidía a ejecutar su amenaza.

Efectivamente, el 19 de enero, tras haber sido advertidos los franceses de que podía producirse un ataque terrorista, Carlos se presentó en el aeropuerto con su coche acompañado de tres hombres. Pasaron unas tres veces y finalmente se detuvieron, pero la policía francesa los rodeó, haciendo sonar sus bocinas. Los hombres no dispararon. En lugar de ello simularon arrojar sus armas y huir abandonando el vehículo. Pero a continuación Carlos se apoderó de una mujer que pasaba por allí y le encañonó la cabeza con su pistola. Uno de sus colegas siguió su ejemplo. Durante media hora se suspendió la persecución mientras se negociaba la liberación de los rehenes.

Aunque no llegaron a disparar arma alguna, el caso fue que los terroristas lograron evadirse, abandonando su equipo, y con la consiguiente desaparición de Carlos. Ni siquiera Moukharbel supo dónde se había escondido.

Durante los cinco meses siguientes reinó la calma. Moukharbel seguía facilitando valiosa información al Mossad, mas no tenía ninguna noticia de Carlos. En aquel punto también él comenzaba a ponerse nervioso: algunos amigos le habían dicho que ciertos personajes de Beirut empezaban a sospechar de sus actividades y deseaban tener unas palabras con él. Por entonces el Mossad había decidido atacar a Carlos, pero lo único que Moukharbel quería era obtener una nueva identidad y abandonar el juego cuanto antes. Comenzaba a temer que Carlos sospechase de él.

En el cuartel general no querían que el propio Riff capturase a Carlos ni que el Metsada lo eliminase, por lo que se decidió que confiarían aquella misión a los franceses, aunque estarían preparados para ayudarlos, facilitándoles alguna información.

El 10 de junio de 1975 Carlos telefoneó a Moukharbel que, presa de pánico, le dijo que tenía que abandonar París. Pero él le invitó a un apartamento que tenía alquilado en una casa de la rué Toullier, en el Distrito Quinto. Era una de esas casas que se hallan detrás de otra y a las que puede accederse bien sea a través del jardín por la casa más próxima a la calle delantera o subiendo algunas escaleras y cruzando un pasillo. Era un lugar muy extraño para que se alojase el terrorista puesto que contaba con una única entrada y, por consiguiente, una sola salida.

Por medio de un *sayan,* Riff había conseguido alquilar un apartamento del edificio de enfrente, desde el que se tenía la perspectiva del patio y del apartamento de Carlos. Era un piso pequeño de los que los turistas alquilan por días o semanas, y Riff se hallaba en el piso superior, que dominaba todo el escenario.

La policía francesa fue informada de que en el apartamento se encontraba un individuo que estaba asociado con un conocido traficante, de armas, y otro, Moukharbel, que deseaba salir de una situación delicada y estaba dispuesto a hablar, mas ignoraban que se trataba de Carlos ni les informaron de que Moukharbel era un agente.

La historia que Riff contó a Moukharbel era que debía conseguir que la policía francesa le abordase.

—Debes decirles que quieres largarte a Túnez. Nosotros nos aseguraremos de que no tienen nada contra ti. Te consta que no estarás a salvo mientras que Carlos ande por ahí. Ellos te mostrarán una foto de Carlos y tuya y te preguntarán quién es el otro individuo. Trata de escabullirte y diles que no se trata de nadie importante. Aun así querrán comprobarlo, de modo que deberás conducirlos donde se encuentra. Le arrestarán para someterle a interrogatorio y entonces nos aseguraremos de que obtienen la información necesaria sobre él y que le encierran para siempre mientras tú quedas en libertad y te retiras tranquilamente a Túnez.

El plan tenía lagunas gigantescas, pero al Mossad no le importaba mientras los condujera hasta su objetivo.

Riff pidió autorización a Tel-Aviv para transmitir a la policía local la mayor parte del expediente de Carlos a fin de que supieran con quién iban a vérselas. Su razonamiento sería que el Mossad les estaba entregando un agente, y si no sabían quién era Carlos, Moukharbel correría grave peligro. Es más, temía que ellos también estuvieran en peligro si no se los preparaba adecuadamente para enfrentarse con el terrorista. Después de todo, aún sabían muy poco de él.

La respuesta que obtuvo fue que el enlace cuidaría de transmitir la información cuando fuera necesario, en cuanto Carlos se hallara sometido a custodia, y según los temas que fueran negociables con los franceses. En otras palabras, si ellos deseaban información, tendrían que dar algo a cambio para obtenerla.

La razón de que la policía no fuese informada sobre Carlos era simplemente una cuestión de rivalidades y celos entre dos departamentos del Mossad: el Tsomet, o más tarde Melucha, que dirigía a los treinta y cinco *katsas* activos del Mossad y era el principal reclutador de agentes enemigos, y el Tevel, o Kaisarut, el departamento de enlaces.

El Tevel siempre se hallaba en pugna con el Tsomet para facilitar más información. Era de la opinión de que cuanto más pudieran transmitir a otras agencias, más amistad se creaba entre ellos y más obtenían a cambio. Pero el Tsomet se resistía constantemente

argumentando que la información no debería facilitarse con excesiva facilidad, que debía recibirse algo en compensación de cuanto se daba.

Sin embargo, cuando en aquella ocasión los jefes del departamento se reunieron para comentar la petición de Oren Riff (entonces con el Tsomet) a fin de dar a conocer a los franceses la mayor parte del expediente de Carlos, la situación habitual quedó invertida. El Tsomet deseaba facilitar detalles, pero el Tevel no. De modo que el jefe del Tevel aprovechó la oportunidad para poner de relieve un punto interno de fricción, exclamando:

—¿Qué es esto? ¿Queréis facilitar información a los franceses? Cuando nosotros deseamos darla, vosotros no nos lo permitís. Pues bien, ahora nosotros no consentimos en ello.

Y podían hacerlo impunemente porque no había quien considerara más tarde aquella cuestión: no tenían que responder ante nadie. Ellos mismos fijaban sus leyes.

Al llegar la fecha señalada, Riff observó que Carlos entraba en su apartamento. Los oficiales de enlace habían hablado con los franceses, indicándoles dónde debían recoger a Moukharbel, y así lo hicieron. En el apartamento de Carlos se había reunido un grupo de sudamericanos que celebraban una fiesta.

Moukharbel llegó en un coche de paisano acompañado de tres agentes de policía. Dos de ellos se quedaron con él cerca de la escalera mientras que el tercero llamaba a la puerta. El propio Carlos le abrió. El agente, que vestía de paisano, se presentó y el terrorista le invitó a entrar. Estuvieron charlando unos veinte minutos. De resultas de ello, sin duda les pareció un tipo muy agradable y la policía, que jamás había oído hablar de él ni le había visto, no advirtió nada sospechoso en su conducta. Por lo que a ellos se refería, solamente actuaban a efectos de una información recibida, nada importante.

Riff diría más tarde que se estaba poniendo tan nervioso desde su puesto de observación que gustosamente hubiera arrojado su libro, echado a correr y advertido a la policía. Pero no lo hizo.

Por fin el agente debió comunicar a Carlos que iba alguien con ellos que acaso él conociera.

—Me gustaría que hablase con él. ¿Le importaría acompañarme?

En aquel memento el hombre hizo señas a sus dos colegas que se hallaban en el pasillo para que llevasen a Moukharbel. Cuando Carlos le vio comprendió que había sido delatado. Pero Moukharbel se proponía decirle que no se preocupase, que aquella gente nada tenían contra ellos.

—Con mucho gusto los acompañaré —accedió Carlos.

Había estado sosteniendo todo el rato la guitarra que tocaba cuando el policía llamó a la puerta. Los restantes compañeros que se encontraban en la habitación no tenían idea de lo que estaba sucediendo, por lo que la fiesta proseguía. Carlos preguntó si podía dejar la guitarra y ponerse una chaqueta y el policía no vio razón alguna para negárselo. Entretanto los otros tres hombres se acercaban a la puerta.

Carlos entró en la habitación contigua, tiró la guitarra, recogió su americana y, abriendo la caja del instrumento, extrajo de ella una metralleta de calibre treinta y ocho. Fue hacia la puerta y abrió fuego a bocajarro, hiriendo gravemente al primer policía en el cuello, eliminando a los otros dos allí mismo y disparando contra Moukharbel tres balazos en el pecho y otro en la cabeza para rematarle.

Riff presenciaba todo aquello presa de histeria desde su apartamento. Como no iba armado, tuvo que limitarse a observar impotente cómo Carlos acababa con Moukharbel y a continuación abandonaba tranquilamente la escena.

Pero tenía algo muy presente: la policía francesa sí le conocía a *él.* Sabía que había conducido allí a sus hombres y consideraría que les había tendido una trampa. Dos horas y media después, vistiendo el uniforme de ayudante de vuelo, embarcaba en un avión de El Al con destino a Israel.[17]

Los policías heridos fueron auxiliados por la gente que se hallaba en la fiesta, que no tenían idea de quién era Carlos y que llamaron inmediatamente a una ambulancia. El agente que sobrevivió explicó más tarde que mientras Carlos disparaba no dejaba de gritar una y otra vez:

— ¡Soy Carlos! ¡Soy Carlos!

Aquel día el terrorista se hizo famoso.

El 21 de diciembre de 1975 se creía que Carlos había estado implicado en una operación en el cuartel general de la OPEP en Viena donde seis guerrillas pro palestinas irrumpieron en una conferencia, mataron a tres personas a tiros, hirieron a otras siete y capturaron a ochenta y un rehenes. En años sucesivos le fueron atribuidos docenas de bombardeos y disturbios terroristas. Únicamente en 1979-1980 —la última vez que el Mossad tuvo noticias de él— unas dieciséis explosiones atribuidas a Action Directe habían sido realizadas al estilo de Carlos.

Uno de los problemas con las agencias de inteligencia es que actúan a puerta cerrada y sus hechos afectan a la gente a escala internacional. Pero como lo hacen en secreto no asumen necesariamente la responsabilidad de ello. Una agencia de inteligencia que carezca de un cuerpo supervisor es como un cañón dejado en libertad con premeditación, que puede cegarse por rivalidades internas.

No había razón alguna que justificara las muertes de aquellos policías ni de las restantes personas asesinadas por Carlos. Y en realidad, tampoco la había para que él anduviese suelto por las calles. Por consiguiente, lo que el Mossad está haciendo no es justificable ante nadie: no sólo perjudica al Instituto sino al propio Israel.

La cooperación no puede sostenerse sobre la base de un *quid pro quo.* Con el tiempo los enlaces de las agencias de otros países dejarán de confiar en el Mossad y empezará a perder credibilidad en la comunidad de la inteligencia: eso es lo que conseguirá. Israel podría ser la nación más grande del mundo, pero el Mossad la está destruyendo, manipulando el poder, sin propiciar los intereses del país, sino los propios.

---

[17] Véase el capítulo 2.

11. EXOCET

Una lluviosa mañana del 21 de septiembre de 1976, Orlando Letelier, de cuarenta y cuatro años, salía, como de costumbre, de su casa en la elegante Embassy Row de Washington y se sentaba ante el volante de su Chevelle azul. Letelier, antiguo ministro del gabinete bajo el mandato del infortunado presidente marxista Salvador Allende Gossens, iba acompañado de Ronni Moffit, de veinticinco años, un colega del servicio secreto americano.

Al cabo de unos momentos una bomba accionada por control remoto destrozaba el vehículo y sus ocupantes.

Como suele suceder en tales casos, muchos atribuyeron el atentado a la CIA. Después de todo también se le había asignado un papel mucho más importante del que realmente desempeñó en la caída de Allende en 1973 y había sido internacionalmente cabeza de turco favorita para justificar toda clase de actos violentos. Otros, más correctamente, apuntaban a la policía secreta chilena DINA que, en realidad, se disolvió un año después tras ser sometida a considerable presión norteamericana (aunque renaciendo bajo diferente jerarquía), con el nuevo jefe de gobierno, el general Augusto Pinochet Ugarte.

A nadie se le ocurrió señalar al Mossad.

Y aunque esta organización no se hallaba directamente implicada en el golpe ordenado por Manuel Contreras Sepúlveda, el jefe de la DINA chilena, había interpretado un papel indirecto, pero muy significativo, en la ejecución a través de un convenio secreto con Contreras para adquirir un misil naval Exocet tierra-tierra de fabricación francesa procedente de Chile.

El batallón de la muerte no utilizó al personal del Mossad para acabar con Letelier, pero sí se valió ciertamente de sus conocimientos, que les habían sido enseñados como parte del trato establecido con Contreras para facilitarles el misil.

En agosto de 1978 un alto tribunal federal norteamericano condenó a Contreras, junto con el director de operaciones de la DINA Pedro Espinoza Bravo, al agente de la DINA Armando Fernández Larios y a cuatro exiliados cubanos miembros de una organización fanática anticastrista instalada en Estados Unidos. Todos ellos fueron acusados de asesinato.

La evidencia clave para el acta de acusación de quince páginas procedía de Michael Vernon Townley, de origen norteamericano, que se había trasladado a Chile con sus padres a los quince años, trabajando allí como mecánico de automóviles y siendo reclutado por la DINA. Vernon fue calificado de coconspirador no condenable y colaboró en el procesamiento a cambio de una condena leve de tres años y cuatro meses. El régimen de Pinochet cedió los chilenos a los fiscales norteamericanos —los exiliados cubanos escaparon, aunque uno de ellos sería arrestado el 11 de abril de 1990 cuando residía en St. Petersburg, en Florida—, pero Chile se negó rotundamente a entregar a Contreras, el hombre que había orquestado el asesinato de Letelier, que jamás fue juzgado por el crimen, aunque en octubre de 1977 Pinochet le obligó a dimitir de su cargo, con el intento de mejorar la maltrecha imagen internacional de la junta militar.

Las organizaciones de inteligencia militar de Israel se reúnen cada año para planear los próximos acontecimientos, uno de los cuales es el encuentro de todas las agencias de

inteligencia del país, tanto militares como civiles, llamada *Tsorech Yediot Hasuvor,* o *Tsiach* para abreviar, que significaba sencillamente «información necesaria». En la reunión, los clientes de la información —por ejemplo AMAN, el gabinete del primer ministro, y las unidades de inteligencia militar— examinan la calidad de la información recibida durante el año precedente y las necesidades del año próximo, según su orden de importancia. El documento resultante de esas conversaciones se llama asimismo *Tsiach* y constituye una orden de compra al Mossad y a otros proveedores —por ejemplo, el cuerpo de inteligencia militar— de servicios durante el siguiente año.

Existen tres clases esenciales de proveedores del servicio secreto: *Humant,* o recolección de inteligencia de la gente, tales como los *katsas* del Mossad que colaboran con sus distintos agentes; *Elint,* o señales, tarea realizada por la Unidad 8200 del cuerpo de inteligencia militar israelí, y *Signt,* o recolección de inteligencia de la masa corriente, tarea que mantiene a centenares de personas ocupadas en otra unidad militar especial.

En el *Tsiach,* los clientes no sólo deciden lo que necesitan obtener por medio del servicio secreto, sino que califican a los agentes basándose en su actuación del año anterior. Todos los agentes tienen dos nombres clave, uno de operaciones y otro de información. Los informes de operaciones, archivados por los *katsas* del Mossad, no son vistos por los clientes del servicio secreto, quienes incluso desconocen su existencia. El dictamen de la información, dividido en varias categorías, se envía por separado.

Basándose en tales dictámenes, los clientes del servicio secreto clasifican a los agentes de A a E. En realidad, ningún agente es catalogado como A, aunque los combatientes sí pueden alcanzar tal graduación. Pero un B es una fuente digna de confianza, un C lo es más o menos, de un D se aceptará su palabra con precaución y con un E no se deberá trabajar. Cada *katsa* conoce las graduaciones de sus agentes y tratará de mejorarlas. Tal graduación se establece durante un año y los agentes son retribuidos según el escalafón que alcanzan. Si uno ha sido C durante un año y luego, por ejemplo, asciende a B, obtendrá una gratificación.

Cuando los *katsas* realizan estos informes rellenan una pequeña casilla con dos recuadros en su parte superior. En la izquierda se indica la graduación del agente y junto a él se encuentra un número que comienza con 1, que significa que el propio agente oyó o vio el tema del que está informando; 2 representa que oyó hablar de él a alguien digno de confianza pero que, en realidad, no lo presenció personalmente, y 3, que se enteró de ello por tercera mano, como un rumor. De ahí que un informe en el que figure un B-l en su parte superior significará que contiene información de un agente excelente, que ha visto u oído personalmente el acontecimiento.

Mientras que el jefe de inteligencia del ejército es el decano del espionaje militar, cada rama de las fuerzas armadas israelíes cuenta con su propia unidad. Por consiguiente existe la inteligencia de infantería, la de las fuerzas aéreas y la de la marina. (Las dos primeras agrupadas actualmente como inteligencia de fuerzas de tierra.) El jefe del ejército, formalmente denominado Fuerza de Defensa Israelí o FDI, es un teniente general que luce en la hombrera el distintivo de una espada atravesando una rama de olivo más dos hojas de higuera, o *falafels.*

A diferencia de Estados Unidos, que cuenta con fuerzas separadas, el FDI es básicamente un ejército con diversas subdivisiones, tales como las fuerzas aéreas y navales. Los jefes de tales subdivisiones, generales de división, juran fidelidad a los símbolos de la espada y el olivo, pero sólo a un *falafel.* Por debajo de ellos se hallan los

generales de brigada, jefes de varias ramas de inteligencia militar. Otra categoría inferior es la de coronel, la que yo poseía cuando me incorporé al Mossad siendo promocionado a otra superior.

La importancia del servicio secreto para los israelíes se pone de relieve por el hecho de que el jefe del cuerpo de espionaje del ejército ostenta la misma categoría —general de división— que los almirantes, los jefes de las fuerzas aéreas, de las fuerzas de campo, de los batallones de tanques y del sistema judicial militar, mientras que el jefe de la inteligencia naval ostenta una categoría inferior.

El jefe de AMAN, o inteligencia militar, disfruta de la misma categoría que los restantes jefes de servicio, pero en la práctica supera a todos los restantes oficiales del espionaje militar porque es directamente responsable ante el primer ministro en la cadena del mando. La diferencia entre AMAN y el cuerpo de inteligencia es que AMAN es el destinatario de la inteligencia, mientras que el cuerpo se encarga de recoger la información táctica del campo.

A fines de 1975 la inteligencia naval acudió a la reunión anual de la inteligencia militar y anunció su necesidad de conseguir un misil Exocet. El misil, fabricado por la firma francesa Aerospatiale, se denomina *skimmer* marítimo: proyectado desde un buque, se remonta hasta descubrir a su objetivo a través de un ingenio de cabeza localizadora y luego desciende sobre el nivel de las aguas, resultando difícil de detectar con radar y también de defenderse de él. El único modo de determinar un medio de defensa contra tal misil es sometiéndolo a prueba.

La preocupación primordial de Israel era que algunos países árabes, en particular Egipto, estuvieran comprando Exocets. En el caso de que así fuera, la marina deseaba estar preparada para ello. En realidad no necesitaban un misil completo para comprobarlo, únicamente la cabeza, donde se hallaban localizados todos los sistemas electrónicos.

Aquel que vendiera un misil no facilitaría al comprador toda la información necesaria sobre él. Tampoco lo comprobaría desde el punto de vista de la defensa, únicamente desde el aspecto del ataque. Y aunque se consiguiera una descripción de sus características de una firma como Aerospatiale, tan sólo mostraría el máximo rendimiento del misil. ¡Después de todo trataban de venderlo!

Tal era la razón por la que Israel deseaba contar con un ejemplar para comprobarlo, pero no podían adquirirlo abiertamente a los franceses. Francia tenía prohibido vender armas a Israel. Muchos países así lo hacían porque sabían que en el momento en que Israel contase con ciertas armas las copiarían.

La tarea de adquirir una cabeza de Exocet había sido transmitida al jefe del Mossad quien, a su vez, había ordenado al Tevel que atendiese la solicitud de la marina.

El Mossad disponía ya de considerable información sobre el misil, en parte gracias a un *sayan* que trabajaba en Aerospatiale y le había transmitido detalles del mismo. También había realizado una pequeña operación enviando a un equipo para que se introdujera subrepticiamente en una fábrica acompañado de un experto en misiles enviado desde Israel para tal fin. El hombre fue introducido en la fábrica «con entregas» y materiales que le fueron sometidos para que emitiera su experta opinión. Su labor consistía en decidir qué debían fotografiar. El equipo pasó cuatro horas y media dentro de la fábrica, que abandonó seguidamente sin dejar huellas.

Pero pese a que se habían tomado fotografías del misil y de todos sus planos, era esencial contar con un modelo de trabajo. Los británicos tenían el misil, pero no iban a cederle una unidad a Israel.

Europa era un callejón sin salida para el proyecto, mas el Mossad sabía que varios países sudamericanos disponían de Exocets. En realidad, Argentina hubiera sido un excelente recurso, pero por entonces había establecido un trato con ellos para la compra de motores a reacción fabricados en Israel, y el Mossad temía iniciar cualquier operación que pudiera hacer peligrar tan lucrativo contrato.

Por consiguiente la mejor alternativa era Chile. Casualmente acababan de pasarles un pedido para que entrenasen a un servicio de seguridad doméstico, algo en lo que es sobradamente conocida la especial experiencia israelí. Aunque no pueda alardear abiertamente de ello, Israel ha entrenado a unidades tan diversas como el temible Savak iraní y a fuerzas de seguridad de Colombia, Argentina, Alemania occidental, Sudáfrica y diversos países africanos, comprendida la antigua policía secreta del dictador ugandés Idi Amin. Y asimismo había preparado a la policía secreta del recientemente destituido hombre fuerte panameño Manuel Noriega.[18] En realidad, Noriega, que se había entrenado personalmente en Israel, siempre lució las alas de paracaidista en el lado derecho de su uniforme militar (que suelen llevarse en la izquierda). Y para demostrar lo indiscriminadamente que actúa el Mossad, entrenó a ambos bandos de los sangrientos disturbios civiles existentes en Sri Lanka: tamiles y cingaleses, así como a los hindúes que fueron allí enviados para restablecer el orden.

Con el fin de mejorar la mala imagen internacional de la DINA chilena, Pinochet decidió remodelar su servicio y a tal fin encargó a su jefe, el general Manuel Contreras, que cuidara de los detalles.

Como Contreras ya había contactado con Israel a este respecto, el entonces jefe de enlaces Nahum Admony pidió a la subdivisión MALAT del departamento de enlaces que se encargase del asunto a petición de la marina. MALAT, que cubría América Latina, era una división modesta que únicamente contaba con tres oficiales y su superior. Dos de los oficiales pasaban el tiempo viajando por Sudamérica, tratando principalmente de entablar relaciones comerciales con Israel. Uno de ellos, llamado Amir, se hallaba entonces en Bolivia vigilando la construcción de una fábrica que instalaba el industrial israelí Saúl Eisenberg,[19] un hombre tan poderoso que el gobierno israelí había aprobado una ley especial concediéndole la exención de los elevados impuestos en vigor, de modo que pudiera trasladar su cuartel general a Israel. Eisenberg se especializó en lo que se calificaba de operaciones llaves en mano, la construcción de fábricas y entrega posterior a sus propietarios de las llaves de un proyecto totalmente concluido.

En 1976 Eisenberg fue protagonista de un escándalo político y de investigación policial en Canadá, después que según el informe del auditor general federal reclamó el pago de por lo menos veinte millones de dólares a él y a sus diversas compañías por sus gestiones como agente de la Atomic Energy of Canadá Limited (AECL) en la venta del reactor nuclear CANDU a Argentina y a Corea del Sur. En aquella ocasión Lorne Grey, presidente de la AECL, acabó reconociendo que, «en Canadá, nadie sabe adonde ha ido a parar el dinero».

---

[18] Véase el capítulo 5.
[19] Véase el capítulo 6.

Antes de que Amir abandonara Colombia le fueron enviados todos los antecedentes a través de la embajada, lo que le proporcionó la mayor información posible acerca de aquel con quien iba a reunirse, su fortaleza y debilidades, todo cuanto el cuartel general creía que podría facilitar su trabajo. Sus vuelos, habitación de hotel y todos los detalles necesarios le fueron reservados desde Tel-Aviv, incluso una botella del vino francés preferido de Contreras, cuya etiqueta figuraba consignada en el expediente informático del Mossad.

Al mismo tiempo se le ordenaba que asistiera a una reunión en Santiago, pero sin establecer compromiso alguno.

El cuartel general de Tel-Aviv ya había respondido a la petición chilena de entrenamiento de su policía secreta, diciéndoles que enviarían a Amir, un oficial administrativo, para que comentase el proyecto, pero eludiendo la sugerencia de cualquier tipo de compromiso. El propósito de la reunión, según ellos, consistía simplemente en efectuar una valoración inicial.

Amir fue recibido en el aeropuerto de Santiago por un funcionario de la embajada israelí y conducido a su hotel, y al día siguiente se reunió con Contreras y algunos miembros de su personal de confianza. Contreras reveló que contaba con cierta colaboración de la CIA, pero que no creía que ellos pudieran facilitarles algunas cosas que necesitaban. Básicamente deseaban entrenar a una unidad de seguridad interna para que se encargara del terrorismo local —secuestros y atentados— y que asimismo protegiera a los dignatarios que visitaran el país.

Tras la reunión, Amir voló a Nueva York para visitar al jefe del departamento MALAT en una casa que el Mossad tenía allí alquilada. (En realidad había sido prestada a MALAT por otro departamento, Al, que trabaja exclusivamente en Estados Unidos y posee pisos francos en dicho país, y por consiguiente era más seguro celebrar allí la reunión que enviar a otra persona en avión a Chile para llevar a cabo una entrevista.)

Tras escuchar la detallada descripción que hizo Amir de la reunión, su jefe comentó:

—Queremos obtener algo de esos tipos: primero les sonsacaremos lo que podamos. Comenzaremos con un punto de partida y luego le daremos un giro *y* formularemos nuestra petición. Les entregaremos un cabo de la cuerda y tiraremos de ella.

Se decidió que Amir volvería a reunirse con Contreras para llegar a un acuerdo a fin de entrenar a la unidad de policía. Por entonces tales cursos de enseñanza se facilitaban tan sólo en Israel. Posteriormente los instructores israelíes han sido enviados en ocasiones al extranjero, a Sudáfrica y Sri Lanka, por ejemplo. Pero en 1975-1976 su política consistía en que los aprendices fueran a su país.

Los entrenamientos aún se efectúan en una antigua base de las fuerzas aéreas británicas al este de Tel-Aviv llamada Kfar Sirkin, que Israel utilizaba en otro tiempo como centro de entrenamiento de oficiales y que más tarde se convirtió en sede de servicios especiales, principalmente utilizada para el entrenamiento de servicios extranjeros.

Los cursos solían durar entre seis semanas y tres meses, según el alcance de la enseñanza requerida. Y era costosa. Israel cargaba unos honorarios del orden de cincuenta y setenta y cinco dólares por aprendiz, más otros cien diarios como honorarios de los instructores. (Como es natural, éstos no percibían nada de aquella suma. Incluso tenían que improvisar con su paga regular del ejército.) También cargaban de treinta a

cuarenta dólares diarios a cada recluta por alimentación, y unos cincuenta diarios en concepto de armas, municiones y demás. Por consiguiente, una unidad de sesenta reclutas costaría unos trescientos dólares diarios, lo que representaba un total de dieciocho mil. Para un curso de tres meses, resultaría aproximadamente un millón seiscientos mil dólares.

Y, por añadidura, se cargaban de cinco mil a seis mil dólares por cada hora de alquiler de helicópteros, de los cuales, en un ejercicio de entrenamiento, podían utilizarse hasta quince. A ello debía sumarse el coste de la munición especial que se empleaba para las prácticas: por ejemplo, un proyectil bazooka costaba unos doscientos veinte dólares la unidad, mientras los morteros pesados resultaban a unos mil dólares cada uno; los antiaéreos, algunos hasta con ocho cañones y que podían disparar miles de balas en pocos segundos, entre treinta y cuarenta dólares el proyectil.

Eran beneficios netos. Con tales operaciones de entrenamiento se conseguía muchísimo dinero aun antes de vender arma alguna. Luego, como es natural, puesto que aquella gente había sido entrenada utilizando armamento israelí, cuando regresaban a su patria deseaban adquirir aquellas armas y sus municiones para llevárselas consigo.

Amir dijo a Contreras que escogiera sesenta de sus mejores hombres para el programa de entrenamiento. El comando se establecería en tres niveles: soldados, sargentos y comandantes, con métodos especiales de entrenamiento a cada nivel. Tres grupos de veinte recibirían instrucción básica. Aparte de ello, los veinte mejores seguirían ejercitándose para cargos superiores y de aquel grupo saldrían los sargentos y los altos mandos.

Cuando Amir hubo transmitido toda la propuesta, a Contreras, el chileno repuso sin vacilación:

—Así lo haremos.

Asimismo, deseaba comprar todo el equipo que sus hombres utilizaran en sus prácticas y pidió que le instalaran una pequeña fábrica o depósito que bastara para seis años de suministro de municiones y piezas de recambio.

Una vez se hubo decidido a adquirir la totalidad, el chileno comenzó a regatear el precio, llegando a ofrecer en cierto momento a Amir setenta mil dólares como soborno para reducirlo. Pero Amir rechazó tal propuesta y Contreras aceptó finalmente el precio asignado.

Poco antes de que concluyese la fase del programa de entrenamiento básico, Amir regresó a Santiago para entrevistarse con el chileno.

—El entrenamiento ha ido muy bien —le dijo—. Estamos a punto de escoger a los hombres destinados al entrenamiento del cursillo para sargentos. Han sido excelentes. Sólo hemos tenido que desechar a dos de ellos.

Contreras, que había escogido minuciosamente a aquellos hombres, quedó muy complacido.

Tras comentar un rato el programa, Amir dijo finalmente:—Verá, necesitaríamos algo de ustedes.

—¿De qué se trata? —se interesó su interlocutor.

—La cabeza de un misil Exocet.

—Eso no representará ningún problema —repuso Contreras—. Permanezca en su hotel un par de días mientras hago algunas gestiones y ya me pondré en contacto con usted.

Dos días después el chileno invitó a Amir a reunirse con él.

—No se lo entregarán —dijo—. Lo he pedido, pero no me han dado su aprobación.

—Pues nos es muy necesario —insistió Amir—. Les hemos hecho un favor entrenando a sus hombres. Confiamos que usted podrá ayudarnos ahora que le necesitamos.

—Verá —repuso Contreras—, trataré de conseguirlo personalmente, prescindiendo de los canales oficiales. Usted me entrega un millón de dólares en efectivo y yo se lo facilito.

—Tendré que conseguir aprobación para ello —dijo Amir.

—Hágalo así. Ya sabe dónde encontrarme —repuso Contreras.

Amir llamó a su superior en Nueva York y le explicó la propuesta que había recibido. Sabían que el general estaba en condiciones de entregarlo, pero el jefe de la división tampoco podía comprometerse por su cuenta, de modo que llamó a Admony, en Tel-Aviv, y el Mossad, a su vez, preguntó a la inteligencia naval si la marina estaba dispuesta a pagar un millón de dólares por el misil: así fue en efecto.

—Trato hecho —dijo Amir a Contreras.

—Magnífico. Tráigame a un hombre que sepa lo que necesitamos y visitaremos una de nuestras bases navales. Entonces podrá mostrarme exactamente lo que desean y lo cogeremos.

Enviaron a un experto de Bamtam, industria israelí productora de misiles de Atlit, una ciudad al sur de Haifa donde se realizaba el Gabriel. Como deseaban un elemento que funcionara de verdad, insistió en que le entregasen inmediatamente uno instalado en un buque, una cabeza activa. De aquel modo estarían seguros de que no eran engañados con un elemento falso o que estuviese pendiente de reparación y que por consiguiente no funcionase.

Siguiendo las órdenes del general, el misil fue descargado del barco y colocado en un remolque. Los israelíes ya habían pagado, por anticipado, un millón de dólares por él.

—¿Es eso lo que usted quiere? —preguntó Contreras.

Cuando el oficial israelí hubo examinado el misil, Amir respondió:

—Sí, lo es.

—Bien —repuso Contreras—. Ahora vamos a embalarlo, asegurarlo bien con cables y abrazaderas y conducirlo a un lugar de Santiago. O puede guardárselo usted si lo prefiere. Pero antes de llevárselo quiero una cosa.

—¿Qué? —preguntó Amir algo preocupado—. Hicimos un trato y hemos cumplido nuestra parte del mismo.

—Y así lo haré yo —dijo el chileno—. Pero primero llame a su jefe y dígale que deseo hablar con él.

—No es necesario. Podemos entendernos nosotros mismos.

—No, dígale a su jefe que deseo que venga: quiero hablar con él directamente.

A Amir no le quedó otra opción. Era evidente que Contreras comprendía que él era relativamente joven y le estaba presionando para conseguir la mayor ventaja posible. Desde su habitación del hotel llamó a su superior en Nueva York, quien a su vez se puso en contacto con Admony en Tel-Aviv para darle cuenta de la situación. Aquel mismo día Admony emprendía el vuelo a Santiago para entrevistarse con el general chileno.

—Deseo que me ayude a formar un cuerpo de seguridad personal —le dijo Contreras.

—Ya lo estamos haciendo —repuso Admony—. Y sus hombres están dando un excelente resultado.

—No, no me ha comprendido. Deseo contar con unas fuerzas que puedan ayudarme a eliminar a mis adversarios, doquiera que estén. Al igual que hacen ustedes con la OLP. No todos nuestros enemigos se hallan en Chile. Queremos ser capaces de alcanzar a aquellos que constituyen una amenaza directa para nosotros. Existen grupos terroristas que nos están amenazando, al igual que hay grupos que los amenazan a ustedes. Deseamos estar en condiciones de eliminarlos.

«Ahora bien, sabemos que hay dos modos de conseguirlo. Convendrá conmigo en que cuando se suscita un problema, sus hombres hacen el trabajo. Sabemos, por ejemplo, que Taiwan les pidió que realizaran ustedes ese servicio y que se negaron.

«Preferimos usar a nuestros propios hombres, que entrenen a un grupo de los nuestros para que sepan cómo enfrentarse a las amenazas terroristas que recibimos del extranjero. Si lo hacen así, el misil será suyo.

Aquel nuevo giro de los acontecimientos constituyó una desagradable sorpresa tanto para Admony como para Amir. Dada la naturaleza de la cuestión, Admony respondió a Contreras que tenía que obtener autorización de sus superiores para poder comprometerse.

Con tal fin, regresó a Tel-Aviv para celebrar una reunión de alto nivel en el cuartel general del Mossad. Éstos se irritaron al ver que Contreras había añadido una cláusula adicional al trato. Concluyeron que era preciso tomar una decisión política, no de seguridad: que el gobierno tendría que decretar si se le daba lo que deseaba o se renunciaba a todo el proyecto.

El gobierno, por su parte, tampoco quería verse involucrado en semejante trato, por lo que su decisión fue algo parecido a «Preferimos no darnos por enterados de tales hechos».

Hubo que contratar a un particular para concluir el negocio. Para ello escogieron a Mike Harari, jefe de una importante agencia de seguros israelí, el recientemente retirado jefe del departamento del Mossad, responsable del desdichado asunto de Lillehammer. Harari, que era uno de los más influyentes consejeros del dictador Manuel Noriega, también había contribuido a entrenar a la unidad panameña antiterrorista K-7.

Además de las atribuciones que se le otorgaron para llegar a un acuerdo con el general chileno, Harari entró asimismo en sociedad directa con una importante empresa naviera, lo que constituiría un medio perfecto para transportar segura y secretamente la cabeza del misil a Israel. En su calidad de oficial del Mossad, Harari había sido jefe del Metsada, el departamento que tenía a su cargo a los combatientes, y de su subunidad, el *kidon, y* tenía instrucciones de comunicar a Contreras que enseñaría a su unidad especial todo cuanto supiera. Aunque desde luego no se trataría de todo —necesitaba la aprobación del Mossad para las prácticas que impartía y ellos preferían reservarse algunas técnicas para sí—, ciertamente los instruyó lo necesario para que pudieran organizar un ataque contra sus enemigos, reales o imaginarios, en el extranjero. El pago por tal adiestramiento debía serle enviado directamente desde un fondo destinado a fines poco definidos que administraba la DINA.

Ese grupo especial estaba formado por hombres de Contreras. No se trataba en modo alguno de una unidad oficial. Él los había escogido y los retribuía y trabajarían para él. Tal vez se excediesen de cuanto les habían enseñado en sus sistemas de interrogación,

pero no cabe duda de que consiguió que le entrenaran aquella unidad especial y que Israel obtuvo su Exocet. Harari los adiestró en técnicas de tortura a base de descargas eléctricas y acerca de cuáles eran los puntos más sensibles y de presión y el tiempo de resistencia. El objetivo más importante de los interrogatorios es conseguir información, pero los chilenos dieron a todo ello un giro especial. Parecía agradarles aquella actividad en sí misma y solían practicarla incluso con otros fines: sencillamente disfrutaban infligiendo daño.

Sin embargo, aquel día húmedo de septiembre de 1976 en que Letelier emprendería su viaje final, nadie abrigaba la menor sospecha de que su asesino hubiera sido entrenado por el Mossad: jamás llegó a establecerse tal relación. Y asimismo todos ignoraban que Israel tuviera el Exocet.

Los israelíes comprobaron la cabeza del misil insertándolo en la parte inferior de un reactor Phantom, conectando todas sus salidas a una serie de sensores que podían ser descifrados bajo diversas condiciones, y efectuaron rápidas pasadas en vuelos simulados. Comprobaron su detectación por radar, cómo podía ser rastreado por barco y el funcionamiento de su telemetría. El proceso de verificación costó cuatro meses y fue realizado por reactores que despegaban de la base aérea de Hatsrim, próxima a Beersheba.

12. JAQUE MATE

Durante su juventud en Siria, Magid siempre había soñado con que algún día jugaría al ajedrez en el circuito mundial. Vivía y respiraba ajedrez, estudiaba su historia y memorizaba las jugadas de los grandes maestros.

Magid, musulmán sunnita, había vivido en Egipto desde los vertiginosos tiempos de fines de los cincuenta, época en que Gamel Abdel Nasser, cuyo objetivo era una unión de base general árabe encabezada por Egipto, dirigió la unión formal de 1958 de Egipto y Siria en la República Árabe Unida.

Nos hallábamos en el verano de 1985 y Magid acababa de llegar a Copenhague, donde esperaba establecerse en el mundo de los negocios como asesor de inversiones privadas. En su primer día de estancia en el país, advirtió la presencia en el vestíbulo del hotel de un hombre elegantemente vestido que se hallaba sentado estudiando un libro y un tablero de ajedrez. Magid llegaba tarde a una reunión y no tenía tiempo de detenerse, pero al día siguiente volvió a encontrar allí a aquel hombre. Atraído como un imán por el tablero, se le acercó, le dio un golpecito en el hombro y se dirigió a él en excelente inglés:

—Disculpe.

—¡Ahora no, ahora no! —repuso el desconocido.

Magid, sorprendido, retrocedió instintivamente, le estuvo observando en silencio unos momentos y por fin le sugirió una jugada defensiva lógica.

De pronto el desconocido pareció interesado.

—¿Sabe jugar al ajedrez? —le preguntó.

Y ambos iniciaron una conversación. A Magid siempre le había entusiasmado el tema y durante dos horas y media él y su nuevo amigo, que se había dado a conocer como Mark, empresario canadiense, cristiano y de origen libanes, estuvieron charlando de aquel juego que a ambos apasionaba.

En realidad Mark era Yehuda Gil, un miembro del equipo de *katsas* con sede en Bruselas al que se le había ordenado que estableciera contacto inicial con Magid. Aunque lo cierto es que no era él quien les interesaba sino su hermano Jadid, un oficial a nivel ministerial militar sirio, a quien confiaban reclutar. Anteriormente lo habían intentado en una ocasión en Francia, pero dispusieron de escaso tiempo y fracasaron. Sin embargo, como sucede en la mayoría de estas operaciones, Jadid ni siquiera se había enterado de que se realizaba tal intento y ciertamente ignoraba que el Mossad le había dado el nombre cifrado de «Sacacorchos».

La historia comenzó realmente el 13 de junio de 1985, cuando un *katsa* llamado Ami, de servicio en la subdivisión danesa de la planta séptima del cuartel general del Mossad en Tel-Aviv (a la sazón en el edificio Hadar Dafna de la calle del Rey Saúl), recibió un mensaje rutinario del oficial de enlace del Mossad en Dinamarca. Estaba dirigiendo una solicitud de «Púrpura A», código atribuido al Servicio de Seguridad Civil Danesa (SSCD) para que efectuase una comprobación en una relación de unas cuarenta personas con nombre y/o antecedentes árabes que solicitaban visado para visitar Dinamarca o para trasladarse allí.

Lo que el público danés ignora —y sólo algunos oficiales del gobierno conocen— es que el Mossad comprueba rutinariamente todas esas peticiones para Dinamarca, poniendo

un visto bueno junto al nombre en una copia de la solicitud del visado si no existen problemas con el solicitante y, caso contrario, se lo comunican a los daneses o, si ello favorece los intereses de Israel, retienen el formulario para su posterior estudio.

La relación entre la inteligencia danesa y el Mossad es tan estrecha que resulta indecorosa. Pero no es la virtud del Mossad la que queda en entredicho por tal convenio sino la de Dinamarca. Y ello porque los daneses tienen la equívoca impresión de que, como salvaron a muchísimos judíos durante la segunda guerra mundial, los israelíes están reconocidos y pueden confiar en ellos.

Por ejemplo, un miembro del Mossad, un *marats,* ocupa un puesto en el SSCD y controla todos los mensajes relacionados con árabes y palestinos que llegan al departamento de escucha, un acuerdo extraordinario para un servicio de espionaje extranjero. Puesto que es el único que domina allí el árabe, comprende los mensajes pero envía las cintas a Israel para su traducción (todo ello funciona a través de un código de enlace denominado «Hombre» en la base que el Mossad tiene en Copenhague). Esta información no es siempre compartida con Dinamarca cuando se devuelven las transcripciones, con frecuencia enormemente corregidas. En cuanto a las cintas originales, el Mossad las retiene.

Es evidente que el Instituto no tiene en gran consideración a los daneses. Los llaman *fertsalach,* término hebreo que designa una breve explosión de gas, un pedo. Ellos informan al Mossad de todo cuanto hacen, pero éste, a su vez, no devela a nadie sus secretos.

Normalmente costaría una hora aproximadamente comprobar cuarenta nombres a través de la computadora del Mossad. Pero como era la primera vez que Ami trataba con los daneses, comenzó por recurrir a la información del SSCD a través de la terminal de su computadora. De pronto apareció una carta con el número 4 647,[20] de carácter secreto, con una descripción detallada de las funciones, el personal e incluso de algunas operaciones del servicio de seguridad danés.

Cada tres años los oficiales de la inteligencia danesa acuden a Israel a un seminario dirigido por el Mossad para comentar los últimos acontecimientos en las actividades terroristas y las técnicas antiterroristas. A través de esta relación, Israel recibe un retrato completo de la comunidad de quinientos elementos palestinos residente en Dinamarca y disfruta de «total cooperación con respecto al baile (seguimiento de personas), coordinando cuando es necesario con Púrpura».

En la carta aparecía Henning Fode, a la sazón de unos treinta y ocho años, como jefe del SSCD, que había sido designado en noviembre de 1984 y que se proponía visitar Israel en otoño de 1985. Michael Lyngbo era su lugarteniente y, aunque carecía de experiencia en inteligencia, dirigía el bloque soviético de la organización. En cuanto a Paul Moza Hanson, asesor legal de Fode y su contacto con el Mossad, estaba previsto que concluyese en breve su compromiso. Halburt Winter Hinagay era jefe del departamento de antiterrorismo y actividades subversivas y también había tomado parte en el último seminario sobre terrorismo celebrado en Israel.

(En realidad, el Mossad celebra una serie de tales seminarios, invitando a un servicio de inteligencia en cada ocasión, generando por consiguiente valiosos contactos mientras consolida la noción de que ninguna organización maneja mejor que ellos el terrorismo.)

---

[20] Véase el apéndice II.

En otro documento que apareció en la pantalla de la computadora de Ami figuraba el nombre completo del servicio general de inteligencia danés: Politiets Efterretingsjtneste Polititstatonen (PEP), y en él se relacionaban una serie de departamentos.

La intervención de teléfonos corre a cargo del departamento S: en un documento de 25 de agosto de 1982 los daneses habían comunicado a «Hombre» que proyectaban un nuevo sistema informático que les permitiría facilitar al Mossad sesenta «escuchas» (sesenta puntos donde realmente instalaron ingenios de escucha). Asimismo habían incorporado cierto número de ellos en teléfonos públicos «a sugerencia nuestra (del Mossad) en zonas que se sabían propicias a actividades subversivas».

El jefe del servicio debía ostentar la categoría del denominado inspector detective, a nivel del fiscal de distrito de Israel. El informe del Mossad seguía lamentándose de que su unidad de seguimiento era de escasa calidad: «Su gente es fácil de detectar. No se adaptan bien, probablemente a causa de la gran rotación de personal de esa unidad... a los dos años se incorporan a distintas ocupaciones.»

La policía era responsable de reclutar el personal para el servicio, algo difícil de conseguir puesto que había pocas ocasiones de promoción. El 25 de julio de 1982 «Hombre» se interesó por una operación secreta de Corea del Norte en Dinamarca, pero se le dijo que se había llevado a cabo para los americanos y que, por lo tanto, «no volviesen a pedirlo».

Ami siguió encontrando más información en su computadora: descubrió otra hoja denominada «Púrpura B» que detallaba los pormenores del Servicio de Inteligencia de Defensa Danesa (SIDD), la división del servicio secreto de los militares daneses sometida a las órdenes directas del jefe del ejército y el ministro de defensa. El servicio está estructurado en cuatro unidades: dirección, escucha, investigación y recopilación.

Una de las funciones de la OTAN consiste en cubrir a Polonia y Alemania Oriental y el movimiento de los buques soviéticos en el Báltico con ayuda de un sofisticado equipamiento electrónico facilitado por los americanos.

Interiormente es responsable de la investigación política y militar, de la «positiva» recolección en las fronteras danesas (información de ciudadanos daneses sobre lo que han visto), opuesta a la «negativa», que consistiría en obtener información de allende las fronteras. También dirige los enlaces internacionales y facilita valoraciones nacionales al gobierno. Por entonces la OTAN planeaba establecer una unidad para dirigir los asuntos de Oriente Medio (comenzando con un hombre que se ocupaba de ello un día a la semana).

El servicio es famoso por las fotografías que logra de las actividades soviéticas de tierra, mar y aire y fue el primer departamento de inteligencia que facilitó a Israel fotos del sistema soviético SSC-3 (o misiles tierra-tierra). Al frente de Púrpura B se encontraba Mogens Telling desde 1976, que había visitado Israel en 1980. Ib Bangsbore era jefe de la sección de efectivos humanos y debía retirarse en 1986. El Mossad contaba con excelentes recursos en el SSCD, como asimismo en el Establecimiento de Investigación de Defensa Danés (EIDD). El servicio secreto danés colaboraba también más estrechamente con Suecia (nombre cifrado, «Borgoña») que con Noruega, su socia en la OTAN. De vez en cuando Púrpura B se reunía con «carrusel», nombre clave de la inteligencia británica, colaborando con ellos sobre la base de caso por caso y en diversas operaciones contra el servicio secreto ruso.

Ami recogió toda esta información y la leyó antes de recurrir a un impreso de referencia, lo que implica introducir la información disponible en la computadora: un nombre, un número, los datos que se posean, para proceder a la búsqueda en el banco de memoria. Si la persona en cuestión era palestina y no aparecían datos en la pantalla, Ami transmitiría el impreso a la división palestina del Mossad, quienes tal vez desearían proseguir sus comprobaciones o simplemente almacenarían el nombre en sus archivos. Todos los departamentos del Instituto están conectados a una computadora gigantesca que se halla en el cuartel general de Tel-Aviv. Cada noche se extrae una copia de disco duro de la información de la jornada que se deposita en lugar seguro.

A Ami le faltaban cuatro nombres únicamente para concluir la hilera que estaba comprobando cuando surgió el de Magid, apellido que le resultó familiar. Ami había estado charlando anteriormente con un amigo del departamento de investigación y había visto la foto de un individuo llamado igual junto al presidente sirio Hafez al-Assad. Hay muchos nombres árabes similares, pero siempre vale la pena comprobar. Nada aparecía en la computadora relativo a Magid, por lo que Ami llamó a investigación y pidió a su amigo de la subdivisión siria que a la hora de almorzar le llevase una copia de la foto al comedor de la novena planta a fin de poder compararla con la que aparecía en el impreso de solicitud de visado danés de Magid.

Después de almorzar y con la foto de Jadid, investigó en la computadora en busca de más detalles, comprobando si Jadid tenía parientes, y de ese modo descubrió la existencia de un hermano cuya descripción e historial coincidían con la de Magid.

Ello abría la posibilidad de una «sonda»: reclutar a una persona para conseguir otra, de modo que Ami redactó su informe y lo depositó en el correo interno diario. Entretanto, el impreso danés permanecería unido al expediente sin respuesta, significando que los daneses entenderían que no existía problema alguno en la petición de visado puesto que de otro modo el Mossad les hubiera informado.

En *Tsiach,* el anuario del Instituto que contiene «la información que es preciso conocer», los datos militares sirios siguen siendo de alta prioridad desde hace muchos años. De resultas de ello, el Mossad había ordenado que AMAN, la inteligencia militar israelí, preparase una lista de cuanto precisaba conocer sobre el grado de preparación militar de Siria, clasificada por su orden de importancia. El cuestionario[21] de once páginas obtenido por AMAN comprendía el número de batallones disponibles en Siria, el estatus de las Brigadas Acorazadas sesenta y sesenta y siete y de la Brigada Mecanizada ochenta y siete, el número de brigadas en la División de Fuerzas Especiales catorce y toda una serie de cuestiones con ello relacionadas, tales como los detalles de la entonces rumoreada sustitución de Ahmad Diab, jefe de la oficina de seguridad nacional, por Fefat Assad, hermano del presidente Assad.

El Mossad disponía ya de cierto número de fuentes in situ en Siria —lo que denominaban su sistema de aviso temprano— en hospitales y en obras de construcción, por ejemplo, en que la gente obtenía y transmitía retazos de información que, acumulados, podían informar a Israel de posibles preparativos de guerra. Por su parte, los sirios permanecían en formación de ataque desde hacía algunos años, junto a los Altos del Golán, de modo que siempre se había considerado crucial contar con un servicio secreto militar activo y digno de confianza, y reclutar a una fuente de alto nivel sirio sería un acontecimiento de la mayor importancia.

---

[21] Véase el cuestionario completo en el apéndice III.

El Mossad considera a Siria un país «caprichoso». Ello significa simplemente que, puesto que está dirigida por un solo hombre, Assad, éste puede despertarse una mañana diciendo: «Quiero ir a la guerra.» El único modo de descubrir rápidamente si eso sucede es contar con una fuente lo más próxima posible a la cumbre. Por entonces, les constaba que él deseaba recuperar los Altos del Golán y Assad estaba convencido de que podía ganar terreno con un ataque rápido, pero que no podría resistir durante mucho tiempo a los israelíes, de modo que durante gran parte de la década de los ochenta trató de obtener una garantía de los rusos de que intervendrían, a través de las Naciones Unidas o como fuese, para detener cualquier tipo de guerra rápida. Sin embargo, ellos no accedieron, por lo que Assad jamás llegó a enviar sus tanques.

Aquélla era la delicada situación que convirtió el reclutamiento del hermano de Magid en un asunto de la máxima prioridad, y pocas horas después, Yehuda Gil (Mark para Magid) se dirigía a Copenhague para aguardar la llegada de su hombre. Otro equipo fue destinado a su habitación en el hotel para instalar los necesarios ingenios de escucha y visión, todo cuanto era preciso para reclutarlo y, a través de él, captar a su importante hermano.

La idea de valerse del juego del ajedrez para establecer el contacto inicial fue de Gil, aunque como consecuencia de una prolongadísima reunión llena de tensiones en un piso franco de Copenhague.

Durante la primera y extensa conversación sostenida con Mark, Magid debió de presentido que había encontrado un amigo en el que podía confiar. Le contó casi toda su vida y le sugirió que aquella noche fueran a cenar juntos. Mark accedió y retornó al piso franco para preparar la próxima reunión con sus colegas.

En el curso de la cena exploró lo que Magid podía ofrecerle y cuánto sabía. Entretanto se presentó a sí mismo como un empresario riquísimo (la cobertura preferida en tales casos) con acceso a diversas transacciones de compra y venta.

Magid le explicó que su familia se hallaba en Egipto y que deseaba traerlos consigo a Dinamarca, aunque no inmediatamente: primero prefería pasárselo bien. Por el momento estaba buscando un apartamento en alquiler y más tarde, cuando su esposa se reuniese con él y estuviesen mejor instalados, comprarían algo. Mark se ofreció a ayudarle, prometiéndole enviarle al día siguiente al hotel a un agente de fincas inmobiliarias. Al cabo de una semana Magid tenía su apartamento que el Mossad había acondicionado con micrófonos ocultos, llegando incluso a instalar cámaras camufladas en el techo.

Durante la siguiente sesión en el piso franco, se decidió que Mark comunicaría a Magid que regresaba a Canadá en viaje de negocios, que le retendría allí durante un mes, lo que daría tiempo al Mossad para utilizar provechosamente el equipo de vigilancia. No tardaron en enterarse de que Magid no era aficionado a las drogas, pero que sí gustaba de los placeres del sexo, y en abundancia, y que su lujoso apartamento estaba asimismo atestado de los más modernos artilugios electrónicos: vídeos, casetes, etcétera.

Afortunadamente para los israelíes, Magid telefoneaba a su hermano dos veces por semana. Pronto fue evidente que Jadid tampoco era un ángel y que colaboraba con su hermano en ciertos negocios dudosos muy rentables. Jadid había estado adquiriendo en Dinamarca cantidades considerables de material pornográfico que vendía en Siria, por lo que obtenía pingües beneficios. En una conversación que sostuvieron dijo a Magid que le visitaría en Copenhague dentro de unas seis semanas.

Provisto de tal información, Mark concertó otra entrevista con él e, interpretando el papel de ejecutivo de la compañía canadiense (nunca el jefe principal porque eso eliminaría la posibilidad de ganar tiempo para someter las propuestas al «jefe» —en realidad el grupo del piso franco—), comenzó a presionarle con cierta insistencia para intentar llegar a un acuerdo comercial.

—Lo que suele hacerse en tales casos es facilitar asesoramiento de inversiones a nuestros clientes —dijo Mark—. Les aconsejamos si deben o no invertir en un país, por lo que debemos reunir información sobre el mismo. Somos más o menos como una CIA privada.

La mención de la CIA no produjo efectos apreciables en Magid, algo que en un principio preocupó a los israelíes. Puesto que mencionar la CIA a los árabes suele suscitar una respuesta negativa y violenta, el Mossad comenzó a recelar que ya hubiera sido reclutado por otra organización de inteligencia. Pero no era así: se trataba simplemente de un tipo tranquilo.

—Como es natural —prosiguió Mark—, estamos dispuestos a pagar la información que nos permita analizar si las inversiones son seguras y pueden ser garantizadas en diversas partes del mundo. Tratamos con grandes jugadores, ¿comprendes?, por lo que debemos contar con información detallada y fiable, no sólo con algo que cualquiera podría recoger por las conversaciones callejeras.

A modo de ejemplo Mark se refirió a Iraq, como se sabe, mundialmente famoso por sus dátiles.

—¿Pero encargarías dátiles mientras durase el conflicto con Irán? Sólo si supieras que podían garantizarte el envío: entonces sí lo harías. Mas para saber eso debes introducir en el mercado regular conocimientos políticos y militares: eso es lo que hacemos.

Magid estaba francamente interesado.

—Verás —dijo—, no es realmente asunto mío, pero conozco a alguien a quien podría convenirle. Si te lo presento, ¿qué ganaré yo con ello?

—Bien, solemos ofrecer unos honorarios al mediador más un porcentaje sobre lo que conseguimos. Depende del valor de la información y de los países de que se trate. Podríamos hablar de algunos miles de dólares o de centenares de miles. Depende.

—¿Qué países te interesan? —preguntó Magid.

—Precisamente ahora necesitamos recibir noticias sobre Jordania, Israel, Chipre y Tailandia.

—¿Y sobre Siria?

—Posiblemente. Tendré que comprobarlo. Ya te lo diré. De todos modos dependerá en gran parte de las necesidades de nuestros clientes y del nivel de la información que se reciba.

—De acuerdo, entérate —repuso Magid—, pero mi recomendado está muy bien situado en Siria.

De modo que ambos convinieron reunirse nuevamente dos días después. Mark, simulando todavía cierta indiferencia, le dijo que tenían cierto interés en Siria.

—No es un país de nuestra máxima prioridad —dijo al árabe—, pero podría ser provechoso si la información es realmente buena.

Sin embargo, un día antes Magid ya había llamado a su hermano para decirle que tenía algo que podía interesarle y que acudiera a Copenhague cuanto antes, a lo que Jadid accedió rápidamente.

Al día siguiente de la llegada de Jadid, Mark se reunió con los dos hermanos en el apartamento de Magid. Simuló no estar enterado del cargo de Jadid, pero le formuló una serie de preguntas sobre la clase de información que podía facilitarle a fin de estar en condiciones de valorar la oferta de su compañía. Mark habló de temas militares, pero mezclándolos con considerable información de carácter civil para disimular su verdadero interés. Tras algunas sesiones de negociación —cada una de ellas seguida de sus informes al piso franco—, Mark ofreció unos honorarios de treinta mil dólares a Magid, el mediador, y veinte mil dólares mensuales para Jadid, más el diez por ciento, o sea, dos mil dólares mensuales para Magid. Los primeros seis meses serían pagados por anticipado, depositando el dinero en una cuenta bancaria que Mark abriría para Jadid en Copenhague. Si éste regresaba después de Siria con más información, entonces le abonaría el importe de otros seis meses, y así sucesivamente.

El siguiente paso consistía en enseñarle a redactar cartas secretas utilizando un lápiz especial químicamente tratado. Jadid debía remitirles la información por aquel medio, en el dorso de la correspondencia que normalmente enviara a su hermano.

Le ofrecieron que se llevase a Siria los materiales de trabajo, pero él se negó, por lo que acordaron enviárselos a Damasco. En un momento determinado Jadid le dijo:

—Realmente trabajáis como una agencia de inteligencia.

—Sin duda alguna —repuso Mark—. Incluso empleamos a gente que ha trabajado en ellas. La diferencia consiste en que nosotros estamos en el juego para hacer dinero. Únicamente compartimos nuestra información con gente que está dispuesta a pagarla y a utilizarla con fines inversionistas.

Mark tuvo que repasar entonces las preguntas con Jadid. Entre ellas se habían introducido algunas muy excéntricas: valores de las propiedades inmobiliarias y cambios en los departamentos de gobierno, por ejemplo, siempre para camuflar el cuestionario, de modo que no dominaran las cuestiones militares. Tras varias pruebas de ensayo con el lápiz especial y haberle asegurado que se pondrían en contacto con él y le dirían dónde debía recoger la relación de preguntas sobre Damasco, Jadid pareció satisfecho y convencido de que todo estaba en orden.

Durante todo el ejercicio, el Mossad sospechó que ambos hermanos sabían que estaban trabajando para Israel, pero en todo momento siguieron el juego. Sin embargo, se extremaron las seguridades del *katsa* por temor a despertar sus sospechas.

Aunque la promesa de entregar los materiales a Jadid parecía muy sencilla, implicaba en realidad una complicada serie de maniobras para evitar cualquier posibilidad de descubrimiento.

El Mossad recurrió a un agente «blanco», no árabe. En este caso se trataba de uno de sus mensajeros preferidos, un oficial canadiense de las Naciones Unidas destinado a Naharia, ciudad costera del norte de Israel, próxima a la zona neutral que la separaba de Siria. Estos oficiales están en libertad de cruzar las fronteras. Al canadiense se le pagaron los quinientos dólares habituales fijados para que dejara una piedra hueca que contenía los documentos en un lugar concreto, junto a la carretera de Damasco: exactamente a cinco pasos de un mojón que señalaba un kilometraje específico.

Mientras que el canadiense regresaba sin dificultades al otro lado de la frontera, un combatiente del Mossad recogió la piedra, se la llevó a su hotel, desprendió el lado falso y retiró el cuestionario, el lápiz y una suma de dinero de Jadid. Hizo un paquete con todo ello y lo depositó en una empresa de transportes, conservando el talón de la expedición, y

voló a Italia, desde donde envió el resguardo de reclamación de la entrega especial al cuartel general del Mossad en Tel-Aviv, quienes, a su vez, lo remitieron a Magid y éste, finalmente, lo hizo llegar a su hermano por correo.

Por consiguiente, Jadid lo recibió entre su correspondencia habitual, como una de tantas cartas que solía enviarle su hermano, de modo que no despertó ningún recelo. En breve comenzaron a recibirse cartas de respuesta mientras Jadid cumplimentaba aplicadamente el detallado cuestionario, informando a los israelíes de todo cuanto deseaban conocer sobre el grado de preparación militar de Siria.

Esta estratagema funcionó perfectamente durante cinco meses, estando convencido el Mossad de que contaría durante largo tiempo con un cómplice involuntario en un lugar estratégico. Luego, como suele suceder en el mundo del servicio secreto, las cosas cambiaron.

Aunque los sirios no tenían la menor idea de que Jadid estuviera espiando para Israel, comenzaron a abrigar sospechas de que estuviera implicado en asuntos de prostitución y drogas.

Para asegurarse de ello, decidieron tenderle una trampa: Jadid sería arrestado por la policía siria en pleno transporte de un cargamento de heroína desde el Líbano cuando saliera del país en un viaje que debía efectuar a varias capitales europeas, en el que debía formar parte de un equipo que verificaría los libros contables donde se registraban las operaciones militares de varias embajadas sirias.

Irónicamente, Jadid se libró de ser capturado por la codicia de otro sirio, un hombre llamado Haled, ayudante del agregado militar en la embajada de su país en Londres. Haled había sido reclutado por el Mossad en una operación anterior y les facilitaba la clave de la embajada, que cambiaba cada mes, de modo que ellos podían leer todos los mensajes que llegaban y salían de todas las embajadas sirias del mundo.

Por uno de aquellos mensajes se enteraron de que estaba previsto que Jadid formara parte del equipo auditor. Pero otro mensaje, enviado de Damasco a Beirut, informaba que sería arrestado por sacar fraudulentamente heroína del país. Aquel mensaje tendría graves implicaciones, tanto para Jadid como para Haled.

El Mossad debía hacer llegar un mensaje a Jadid. Como únicamente faltaban tres días para llevar a cabo el golpe que se había proyectado, enviaron a un combatiente, al que hicieron pasar como turista inglés. El hombre telefoneó a Jadid desde la habitación de su hotel diciéndole simplemente que había surgido un inconveniente y que no debía acudir a la entrevista prevista con los traficantes ni recoger el envío, que le sería entregado tras su llegada a destino en Holanda.

Cuando los traficantes se presentaron a la reunión, la policía no se hallaba muy lejos y efectuó diversos arrestos. Como es natural, deseaban prender a Jadid con los traficantes de droga, por lo que supusieron que lo habían atrapado.

Por entonces Jadid ignoraba todo lo sucedido. De modo que cuando llegó a Holanda y vio que nadie se ponía en contacto con él, llamó a Siria y se enteró de lo que había sucedido. Entonces supo que resultaba sospechoso, tanto para el gobierno como para los traficantes de droga, y que sería mejor que no regresara a su patria. Así fue como tras extraer cuanta información pudo de él —que fue considerable— el Mossad le ayudó a obtener una nueva identidad y le situó en Dinamarca definitivamente, donde aún vive.

En Londres, Haled vivió otra experiencia muy distinta. Cuando los auditores llegaron, impusieron una orden de censura en la embajada, lo que significa que no se permite

comunicación alguna con otras embajadas hasta que se retire. Al igual que sucede con la mayoría de países, la sección militar siria operaba con independencia de la diplomática en la embajada. Como ayudante del agregado militar, Haled disfrutaba de libre acceso a la valija diplomática militar, acceso que había utilizado para «tomar prestados» quince mil dólares destinados a la adquisición de un coche nuevo. Aunque se proponía restituir el «préstamo» con el cheque que recibía regularmente del Mossad, no había contado con que se efectuaría una auditoria sorpresa.

Afortunadamente para Haled el Mossad estaba al corriente de la auditoria. Pero aunque sólo fuera para asegurarse, el *katsa* llamó a Haled por su número particular en la embajada utilizando su habitual nombre clave e invitándole a entrevistarse con él. Haled comprendería que aquella señal significaba reunirse en cierto restaurante —que cambiaban regularmente para evitar ser descubiertos— a una hora previamente establecida. Sabía que debía aguardar allí quince minutos y que si el *katsa* no se presentaba, tenía que llamar a cierto número telefónico. Si tampoco recibía respuesta, aquello significaba que debía acudir a otro lugar de reunión previamente establecido, casi siempre un restaurante. Pero si Haled era seguido o había alguna razón para evitar la entrevista en cualquiera de aquellos lugares, el *katsa* respondería a la llamada telefónica y le daría otras instrucciones.

En aquella ocasión no hubo ningún problema en el primer restaurante: el *katsa* se reunió con Haled, le informó de que al día siguiente llegaría un equipo de auditores y se marchó mientras Haled le aseguraba que no había motivo alguno para preocuparse. O por lo menos así lo creía...

Una hora después, cuando el *katsa* hubo regresado al piso franco y estaba redactando su informe, Haled telefoneó al número especial que se le había facilitado. Aunque él lo ignoraba, estaba llamando a un teléfono interior de la embajada israelí (cada embajada tiene varias líneas «no oficiales»). Su mensaje en código expresaba más o menos lo siguiente: «Michael está llamando a Albert.» Cuando el individuo que tomaba la llamada transmitió el mensaje en su ordenador, descubrió que se trataba de una solicitud para una reunión de emergencia. Haled, que tenía el grado de coronel, jamás había utilizado el código de emergencia en los tres años que figuraba en la nómina del Mossad, y según los informes psicológicos que poseían de él era una persona sumamente estable: evidentemente algo funcionaba mal.

Puesto que sabían que el *katsa* de Haled aún se hallaba en el piso franco, le enviaron a un *bodel.* Tras asegurarse de que no era seguido, el *bodel* telefoneó al piso franco transmitiendo un mensaje cifrado, redactado aproximadamente en los siguientes términos: «Nos veremos en casa de Jack dentro de quince minutos.» Casa de Jack podía ser un teléfono público determinado previamente convenido.

El *katsa* abandonó en seguida el piso franco y, tras efectuar un rodeo para asegurarse de que no era seguido, acudió al teléfono público previsto para llamar al *bodel* quien, a su vez, le informó en clave de que Haled deseaba reunirse con él en determinado restaurante.

Al mismo tiempo los otros dos *katsas* de servicio en la embajada salieron, efectuaron su ruta y luego acudieron al restaurante para asegurarse de que no había peligro. Uno entró en el local y el otro se dirigió a un lugar ya previsto para que el *katsa* de Haled pudiera reunirse con él y descubrir qué pasaba exactamente. Como Haled era sirio y el Mossad aún ignoraba lo que sucedía, aquella reunión se consideraba peligrosa. Después

de todo, cuando se había reunido hacía tan sólo una hora con su *katsa* todo parecía marchar perfectamente.

Tras hablar con el hombre apostado fuera, el *katsa* de Haled telefoneó al restaurante pidiendo que él se pusiera al aparato —facilitando su nombre clave— y le dijo que acudiese a otro restaurante para celebrar la reunión. El *katsa* que se hallaba en el interior del restaurante se aseguró de que Haled no telefoneaba a nadie antes de abandonar el local para dirigirse al nuevo punto de encuentro.

Normalmente en una operación como ésa no hubieran intervenido los oficiales de servicio, pero como se trataba de una emergencia, utilizaron la «base de trabajo exterior» para organizar la reunión: lo que significaba simplemente que los *katsas* de la base realizaron el trabajo.

Cuando los dos hombres finalmente se reunieron, Haled estaba pálido y tembloroso. Se hallaba tan asustado que se había ensuciado los pantalones y despedía un olor espantoso.

—¿Qué sucede? —inquirió el *katsa*—. Acabábamos de vernos y todo iba perfectamente.

— ¡No sé qué hacer! ¡No sé qué hacer! —repetía incesantemente Haled.

—¿Por qué? Tranquilízate. ¿Cuál es el problema?

— ¡Van a matarme! —dijo—. Soy hombre muerto.

—¿Quién? ¿Por qué?

— ¡Me he jugado la vida por vosotros! ¡Tenéis que ayudarme!

—Te ayudaremos. Pero ¿cuál es el problema?

—Se trata de mi coche. Del dinero del coche.

—¿Estás loco? ¿Me llamas a medianoche porque quieres comprarte un coche?

— ¡No, no! Ya tengo el coche.

—¿Qué sucede entonces con el coche?

—Nada. El caso es que cogí el dinero para el coche de la caja fuerte de la embajada y tú me has dicho que van a pasar cuentas. Mañana por la mañana cuando vaya a trabajar me matarán.

Al principio Haled no se había preocupado porque tenía un amigo rico que le había sacado de situaciones parecidas en anteriores ocasiones. Él le hubiera anticipado por un par de días el dinero mientras se encontraran allí los auditores. Cuando se hubieran ido, lo hubiese vuelto a coger, devolviéndoselo a su amigo, y posteriormente habría ido restituyendo el «préstamo» de las cantidades que recibía del Mossad. Pero Haled había descubierto que su amigo se encontraba fuera de la ciudad y comprendió que no tenía modo de conseguir aquella cantidad de la noche a la mañana para devolverla a la caja fuerte de la embajada. Por consiguiente pidió un anticipo a su *katsa.*

—Lo devolveré en el curso de seis meses: sólo quiero eso.

—Ya verás como lo solucionamos. No te preocupes. Pero primero tengo que hacer algunas consultas.

Antes de partir con Haled, el *katsa* telefoneó a su colega transmitiéndole un mensaje cifrado que significaba que debía acudir rápidamente a un hotel próximo y reservar una habitación con un nombre ya previsto. Una vez allí, envió a Haled al cuarto de baño para que se cambiara.

Entretanto, por causa de la emergencia, la base siguió «en estado de alerta» y el *katsa* de Haled llamó al jefe que se hallaba en el piso franco, resumiéndole el problema en

líneas generales y solicitando quince mil dólares en efectivo. En la práctica, cualquier cantidad superior a diez mil dólares debía ser aprobada desde Tel-Aviv, pero dada la emergencia de la situación, el jefe de la base dio su visto bueno, informando al *katsa* de que se reuniría con él al cabo de noventa minutos, y añadió:

—Te costará la cabeza si no funciona.

El jefe de la base conocía a un *sayan* que trabajaba en un casino y que siempre disponía de importantes sumas de dinero en efectivo (lo habían utilizado anteriormente y solían devolverle el dinero al día siguiente), por lo que el hombre consiguió hacerse con aquella cantidad. El *sayan* incluso les entregó tres mil dólares extra por si «los necesitaban».

Entretanto, el lugarteniente de la base se hallaba casualmente reunido con un *katsa* de asalto llamado Barda, que se hallaba en Londres cumpliendo otra misión. Barda, que simulaba ser un oficial de Scotland Yard, había reclutado a los dos guardianes nocturnos de la embajada siria cuando se preparaba para otra operación que implicaba escalar aquel recinto.

Puesto que ya disponían del dinero, el problema consistía en devolverlo a la caja fuerte antes de que amaneciera. Puesto que Haled conocía la combinación y podía idear algún pretexto para justificar su presencia en la embajada por la noche en caso de ser descubierto, se le asignó tal tarea.

Por su parte Barda preparó primero un encuentro con un guardián y luego con el otro, en diferentes restaurantes (creyendo cada uno de ellos que el otro aún estaba de servicio), con lo que dejaron el camino expedito para que Haled devolviera el dinero.

Posteriormente, de regreso a la habitación del hotel, el *katsa* dijo a Haled que el dinero no era un anticipo (habían llegado a la conclusión de que si le pagaban tal suma por anticipado no tendría motivación para seguir cooperando), sino que durante quince meses se le deducirían mil dólares mensuales de la cantidad que le tenían asignada.

—Si nos facilitas alguna información especial, te duplicaremos la gratificación y podrás liquidar antes la cantidad —le dijo—, pero si vuelves a hacer algo ilegal en la embajada, te mataré.

Sin duda Haled le creyó pues ciertamente lo habría hecho así. Al parecer desde entonces no ha vuelto «a coger prestado» ni un penique.

13. AYUDANDO A ARAFAT

1981 fue un año muy ajetreado. El mismo día que Ronald Reagan alcanzaba la presidencia de Estados Unidos, Irán dejaba en libertad a cincuenta y dos rehenes tras cuatrocientos cuarenta y cuatro días de cautiverio. El 30 de marzo John Hinckley disparaba contra Reagan. En Polonia, Lech Walesa, héroe de Solidaridad, trataba de conseguir la libertad, una búsqueda que contribuiría a abrir la puerta a todos los cambios políticos que se producirían en masa en Europa oriental a fines de la década. En Londres, una radiante mañana del 29 de julio, el príncipe Carlos y lady Diana Spencer cautivaban los corazones de los románticos y los entusiastas de la realeza de todo el mundo con la transmisión de su enlace por los medios informativos. En España, los terroristas vascos libraban encarnizadas batallas contra las autoridades del gobierno, y en Washington, William Casey, director de la CIA, se veía presionado a presentar su dimisión por apoyar los fallidos y secretos intentos de asesinar al hombre fuerte libio Mu'ammar al-Gadafi y por designar a su colega político Max Hugel jefe de las operaciones clandestinas de la CIA, aunque éste, al parecer, no estuviera calificado para tal tarea. Asimismo el propio Hugel se vio obligado a dimitir el 14 de julio cuando dos antiguos socios comerciales le acusaron de manipulaciones ilegales en las existencias.

En el interior de Israel, aun teniendo en cuenta las pautas del país, también fue un año agitado. En 1980 la inflación había alcanzado el doscientos por ciento y seguía retomándose con tal rapidez que circulaba un dicho acerca de que uno podía adquirir requesón con seis etiquetas de precio superpuestas en el envoltorio y que el producto aún seguiría siendo fresco. ¡Eso es una inflación!

El primer ministro Menahem Begin, de sesenta y siete años, y su partido Likud en el poder, se enfrentaban al grave desafío político de Shimon Peres, de cincuenta y siete años, y a su Partido Laborista, que se complicaría posteriormente por el hecho de que uno de los ministros de Begin, Abu Hatsrea, fue descubierto en un escándalo de soborno electoral y enviado a la cárcel. En realidad, las elecciones del 29 de junio concluyeron con un empate a cuarenta y ocho votos, pero Begin pudo lograr el apoyo de algunos grupos disidentes para hacerse con una reducida mayoría de sesenta y uno de los ciento veinte miembros de la Kenésset.

Poco antes de que eso sucediera, el 2 de junio, Israel había provocado la ira de Estados Unidos al atacar y destruir una planta nuclear iraquí,[22] y los americanos habían aprobado un embargo provisional en el envío de los F-16 a Israel, llegando incluso a apoyar una resolución de la ONU que condenaba el atentado. Israel escalonó asimismo sus ataques al Líbano y, durante un tiempo, hasta fines de julio, pareció dirigirse a un enfrentamiento sin reservas contra Siria. Philip Habib, enviado especial de Estados Unidos, un diplomático de carrera retirado de descendencia libanesa, iba de un lado a otro de Oriente Medio tratando de negociar el acuerdo de un plan de paz. El consejero del Departamento de Estado norteamericano Robert McFarlane fue enviado a visitar a Begin en julio para intentar inducirle a refrenar su máquina bélica.

Para el Mossad aquello no era tan grave. Lo único que deseaban era que no se impusiera la paz por doquier. De modo que había desplegado una actividad extraordinaria

---

[22] Véase el prólogo.

para impedir que se llevaran a cabo negociaciones formales, un ejemplo más de cuan peligroso es contar con una organización así, que no debe responder ante nadie.

Para Yasser Arafat y su OLP tampoco fue aquél un año tranquilo. En 1974 Arafat se había responsabilizado de actos terroristas cometidos por su organización allende las fronteras de Israel, principalmente en Europa. Y aunque el terrorismo palestino continuaba en Europa, era dirigido por una serie de facciones opuestas a Arafat. En realidad, fuera de los territorios ocupados, Arafat no es demasiado poderoso en el movimiento palestino. Su fortaleza se deriva de la Orilla Occidental y de la franja de Gaza donde, con excepción de los fundamentalistas musulmanes, goza de una aplastante popularidad personal.

Uno de sus principales problemas era la Organización Junio Negro (OJN) dirigida por Sabri al-Banna, más conocido como Abu Nidal. Los OJN, palestinos musulmanes, están imbuidos de un fervor religioso que los hace más peligrosos que la mayoría de otras facciones. Esta organización quedó prácticamente aniquilada a fines de los setenta por fuerzas conjuntas de sirios y libaneses cristianos, pero Nidal, aunque sentenciado a muerte por Arafat, había sobrevivido. Todas las muertes de los palestinos que no podían ser atribuidas a Israel se imputaban a Abu Nidal, a quien se consideraba el niño malo del mundo terrorista.

El intento de asesinato de los OJN contra Shlomo Argové, embajador de Israel en Londres en 1982, fue el pretexto que Israel utilizó para emprender una guerra sin cuartel contra el Líbano. Begin la denominó la «guerra de la Elección», significando que Israel había entrado en ella no porque tuviera que hacerlo —como en todas sus anteriores contiendas— sino porque decidió llevarla a cabo. Acaso fuese una pobre opción, pero en ello intervino la propia demagogia de Begin. En cualquier caso Argové salió con vida del intento, pero quedó reducido a un estado vegetativo. Y aquel hecho se atribuyó a Arafat, aunque nada había tenido que ver en el asunto.

Con anterioridad al caso de Argové, Israel había negociado secretamente un alto el fuego no oficial con la OLP de Arafat, a fin de conseguir que dejase de lanzar contra Israel sus proyectiles teledirigidos Katyusha fabricados en la Unión Soviética desde el sur del Líbano, un trato que estaba previsto que pareciese unilateral a favor de la OLP. Por entonces Arafat estuvo recurriendo a diversos países del bloque oriental para afianzar su apoyo. Al Mossad le constaba que intentaba adquirir un gran abastecimiento de armas ligeras en Europa para que le fueran enviadas al Líbano. La cuestión era ¿por qué? Después de todo podía ir a Checoslovaquia, por ejemplo, y decir que deseaba armas. Ellos le harían firmar un documento y le enviarían cuanto precisase. Era como vivir junto a una fuente y caminar ocho kilómetros por carretera para conseguir agua. A menos que la fuente no fuese potable, carecía de sentido.

El agua no potable de Arafat consistía en veinte mil efectivos de combatientes excelentemente adiestrados que denominaban el Ejército de Liberación Palestino, o ELP, dirigidos por el general de brigada Tariq Khadra, que en 1983 denunció a Arafat como dirigente de la OLP, retirándole formalmente su apoyo. Esas fuerzas se unieron al ejército sirio, inspirando el dicho en el Mossad de que «los sirios lucharán contra Israel hasta el último palestino».

Los países del bloque oriental siempre estaban dispuestos a facilitar armas a los palestinos, aunque fuese por medio de canales formales. Ello significaba que si en 1981 Arafat deseaba armas, ellos se las enviarían al ELP.

Éste funcionó perfectamente durante algún tiempo. Pero tras la matanza de Munich en 1972, Arafat contaba con unas fuerzas especiales de seguridad personal. En el cuartel general de la OLP de Beirut podía contactar con sus fuerzas especiales por la extensión telefónica diecisiete. De ahí que la unidad acabara llamándose Fuerza 17. En aquel tiempo estaba dirigida por Abu Tayeb y el número de sus efectivos osciló entre doscientos y seiscientos combatientes de primera categoría. Arafat confiaba asimismo ciegamente en Abu Zaim, su jefe de seguridad e inteligencia.

Para el Mossad el actor más importante de este contexto era un hombre llamado Durak Kasim, chofer de Arafat, su guardaespaldas personal y miembro de Fuerza 17. Kasim había sido reclutado como agente del Mossad en 1977 cuando estudiaba filosofía en Inglaterra. Era un hombre codicioso y les informaba casi diariamente, enviándoles mensajes a través de un sistema de comunicaciones por radio a base de ráfagas, percibiendo dos mil dólares por informe. Asimismo telefoneaba facilitando información y la enviaba por correo periódicamente, y en una ocasión se presentó en el «submarino» —la sede subterránea del Mossad en Beirut—, acción insensata que provocó una terrible impresión en el operador al ver que conocía su dirección. Durante el asedio de Beirut, Kasim estuvo virtualmente con Arafat, informando al Mossad desde el cuartel general de la OLP.

Kasim era el ayudante personal más próximo de Arafat y quien le facilitaba muchachos. Cierto que la homosexualidad atenta contra las creencias islámicas, pero dado su modo de vida, es bastante habitual y no está tan mal considerada como en Occidente. El Mossad no poseía realmente ninguna prueba para demostrar que a Arafat le gustaban los adolescentes. No disponía de fotos, de nada. Podía haber sido únicamente otro modo de desacreditarle: así lo había hecho con otros muchos dirigentes árabes, demostrando que se daban buena vida prescindiendo del sistema. Pero de Arafat no podían decir lo mismo pues en realidad vive entre su pueblo, con sencillez. Durante el asedio de Beirut tuvo muchas oportunidades de huir, mas no lo hizo hasta que consiguió liberar a su gente, de modo que tampoco podían pretender que actuara movido por el egoísmo. Tal vez utilizaran la historia de que le gustaban los adolescentes como sustituto.

Sin embargo, por entonces, los derechistas del Mossad presionaban para que Arafat fuese asesinado. Alegaban que si moría, los palestinos le sustituirían por algún elemento más militante que no sería aceptable para Occidente o para la izquierda de Israel y por lo tanto no existiría una solución pacífica para el problema. El único modo que el Mossad podía imaginar la consecución de la paz era a base de violentos enfrentamientos y, por ultimó, la rendición incondicional.

La argumentación contraria al asesinato de Arafat se basaba en que era el mejor entre malos, un hombre instruido, un elemento de unión para los palestinos, de modo que si las conversaciones conducen a algún fin, habría alguien con quien dialogar que representara legítimamente a su pueblo. A través de la inteligencia de Israel, tanto el Mossad como el Shaback saben que Arafat es muy respetado e incluso reverenciado en aquellos sectores, aunque no transmitan esa imagen a sus superiores políticos.

A mediados de 1986 acababa de superarse tal debate y las derechas estaban ganando. Pero Arafat se había convertido en una figura demasiado pública y el Mossad no tenía ningún pretexto para acabar con él, aunque aún no lo ha suprimido de su agenda. Cuando sea factible, lo llevará a cabo.

Otro importante actor en aquella ocasión era Mustafa Did Khalil, conocido como Abu Taan, jefe del Comando para la Lucha Armada Palestina (CLAP), el grupo coordinador de Arafat. Solían conocerlo como el Consejo de Coordinación Palestino, pero después que Arafat denunciara en 1974 el uso de la fuerza fuera de Israel, muchas organizaciones de la OLP adoptaron nombres más militantes y rimbombantes para su uso interno, a fin de eludir cualquier sugerencia de un posible debilitamiento.

Otro grupo a considerar era el Frente de Liberación Árabe (FLA), dirigido por Abdel Wahab Kayyale, asesinado en Beirut en diciembre de 1981 y sustituido por su lugarteniente, Abdel Rahim Ahmad.

En cualquier caso Arafat deseaba disponer de armas ligeras para ampliar Fuerza 17. Se estaban sucediendo las inevitables pugnas por el poder dentro de la organización y sentía la necesidad de contar con más potencia personal de ataque. Pero cuando hizo tal solicitud al general Khadra, jefe de estado mayor del ejército, éste se lo negó. Khadra dijo a Arafat que no se preocupase, que él le protegería. Arafat se preocupó.

Como Khadra controlaba el armamento que la OLP recibía procedente del bloque oriental, todas las facciones recurrieron a otros países árabes, tales como Libia e Iraq, para obtener armamento del Este.

El 17 de enero de 1981 Arafat volaba a Berlín Oriental para reunirse con el presidente germano oriental Erich Honecker, que le facilitó cincuenta «consejeros» germanos para ayudarle a entrenar a miembros de la OLP en el Líbano. El 26 de enero, volvía a reunirse con representantes de Alemania Oriental, en esta ocasión en Beirut, y les reiteró su solicitud de armamento, tratando de establecer un acuerdo secreto prescindiendo de Khadra. Gracias a los constantes informes recibidos de Kasim, el Mossad sabía que Arafat estaba sumamente preocupado por problemas de orden interno y por un posible ataque israelí.

El 12 de febrero Arafat se entrevistó con representantes vietnamitas en Damasco, con los que trató de llegar a un acuerdo. Ellos le ofrecían misiles y él deseaba armas pequeñas. Tres días después acudió a Tiro, en el Líbano, para otra entrevista con varias facciones de la OLP, a las que trató de convencer de que dejasen de luchar entre sí y se concentraran en Israel, su auténtico enemigo. Hacia el 11 de marzo Arafat estaba cada vez más nervioso, confiando alcanzar un compromiso antes de la reunión general de la OLP que se celebraría el 15 de abril en Damasco. En aquella misma fecha celebró tres reuniones por separado en Beirut con los embajadores de Hungría, Cuba y Bulgaria, pero volvió a fracasar en su intento de conseguir algún compromiso específico.

A la sazón, en el Mossad también estaban muy intranquilos, comprendiendo que finalmente Arafat conseguiría las armas. Lo que realmente los preocupaba era que el dirigente de la OLP estaba comenzando a manifestar sus deseos de encontrar algún portavoz que se reuniera con diplomáticos israelíes para iniciar negociaciones a fin de detener un ataque contra el Líbano. Como de costumbre, tuvieron conocimiento de tan importante secreto mucho antes que el gobierno israelí.

El 12 de marzo, Arafat se reunió en Beirut con Naim Khader, representante de la OLP en Bélgica, y le pidió que utilizara sus contactos en aquel país con el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí para iniciar negociaciones secretas con el fin de evitar más derramamiento de sangre. El Mossad estaba muy preocupado por ello: imaginaban que si ellos podían conseguir que Israel se comprometiera con el Líbano para ayudar a los cristianos, a continuación podrían eliminar a los palestinos de allí. Pero si el Mossad

iniciaba las conversaciones, perderían tal oportunidad. Había un auténtico mar de fondo entre ellos y el Ministerio de Asuntos Exteriores, y aunque esta institución lo ignoraba, estaban tratando de conseguir que se declarase la guerra al mismo tiempo que ellos se esforzaban por tratar de evitarla: los palestinos intentaban encontrar un contacto con los diplomáticos israelíes y el Mossad procuraba impedirlo. Al mismo tiempo se habían enterado de que Arafat trataría de utilizar a Francois Ganud, un banquero de Ginebra de sesenta y cinco años que respaldaba financieramente a Carlos. Arafat, según transmitió Kasim al Mossad, se proponía conseguir dinero de Ganud para comprar armas en Alemania con ayuda de un grupo llamado Bloque Negro, una subdivisión de la Facción del Ejército Rojo (FER), que en febrero había sido entrenada en el Líbano por expertos alemanes enviados por Honecker.

El Mossad no estaba satisfecho con los aparentes progresos del enviado norteamericano Philip Habib en su misión de paz, por lo que se proponía implicar a la CIA informándole de que la OLP se disponía para la guerra mientras ellos hablaban de paz, con la esperanza de que con ello anularían la iniciativa o, por lo menos, la interrumpirían. Por entonces Begin se preparaba para ser reelegido y no estaba al corriente de los planes del Mossad. La operación militar ya tenía un nombre, «Cedros del Líbano», y había comenzado a suministrar información al enlace de la CIA. Pero el 30 de marzo, el frustrado asesinato del presidente Reagan por John Hinckley distrajo a la CIA y se suspendió aquella parte de la operación.

El 10 de abril Arafat se reunía de nuevo con Honecker en Berlín y al día siguiente asistía a la decimoquinta sesión del Consejo Palestino en Damasco.

El 15 de mayo el Mossad contactó con la unidad antiterrorista alemana GSG-9 (Grenzschutzgruppe), que deseaba introducirse en la operación para su posterior utilización.

El primero de junio, casi tres meses después de su encuentro con Arafat, Naim Khader hizo una llamada telefónica muy temprana desde su casa a un oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí en Bruselas en la que concertó una entrevista para el 3 de junio, a fin de explorar la posibilidad de que se iniciaran conversaciones de paz. Camino de su trabajo, un hombre moreno que vestía chaqueta deportiva de color canela y lucía un fino bigote se le acercó, le disparó cinco tiros en el corazón y uno en la cabeza y, dando la vuelta por la esquina, subió en un «taxi» que pasaba por allí y desapareció. Aunque Arafat entonces lo ignoraba, aquel acto había sido obra del Mossad.

No obstante, Kasim les informó de que, a la sazón, Arafat estaba sumamente agitado. No podía conciliar el sueño de noche, se presentaba con aspecto descuidado: deseaba procurarse protección y necesitaba realmente conseguir el tratado secreto de armas para Fuerza 17.

A comienzos de julio se produjeron una serie de demostraciones en Alemania contra los misiles norteamericanos allí estacionados. El 9 de julio Arafat se hallaba en la ciudad yugoslava de Belgrado intentando aún lograr su objetivo de procurarse armas. Por entonces un avión argentino procedente de Israel y cargado de armamento con destino a Irán chocó contra otro ruso en el espacio aéreo soviético. Los americanos, irritados por la venta de armas de los israelíes a Irán, enviaron a Robert McFarlane a entrevistarse con Begin, acontecimiento que señaló el comienzo del asunto Irán-Contra, que se haría público varios años después.[23]

[23] Vease el capítulo 17.

Por el mismo tiempo los sirios habían enviado misiles al Líbano, precipitando otra crisis, y el hombre fuerte del país, Bashir Gemayel, advertía a Siria que aquello podía conducir a una guerra sin cuartel.

Los sirios, dicho sea de paso, siempre están transfiriendo su apoyo militar en el Líbano de uno a otro grupo, basándose en lo que denominan el «equilibrio de la debilidad». Creen que si una de las facciones en lucha se fortalece, deben respaldar a otro grupo más débil para combatirla. De ese modo mantienen subyugados a todos y ejercen un control absoluto de la situación.

El Mossad aún seguía tratando de engañar a los americanos e Itzhak Hofi, jefe de la organización, ordenó al departamento de LAP que urdiese un argumento para convencerlos de que la OLP estaba planeando la guerra y no la paz. Tenían el propósito de justificar a Estados Unidos la toma del poder en el sur del Líbano.

La LAP presentó fotografías de todos los depósitos de armamento del ELP del general Khadra. Puesto que se trataba de una unidad del ejército sirio no resultaba sorprendente que tuvieran depósitos de armamento para sus suministros, pero ello sirvió para facilitar una «prueba» convincente de que el ELP se estaba preparando para atacar a Israel, pese a que el Mossad estaba al corriente de los desesperados esfuerzos de Arafat por evitar el conflicto.

La LAP mostró asimismo a la CIA documentos que habían sido arrebatados a la OLP, en los que aparecían verdaderos planes de ataque del norte de Israel. Tampoco esto es insólito ni necesariamente indica un ataque inminente: en cualquier base militar pueden encontrarse planos tan detallados. Que la OLP intentara ponerlos en práctica o que hubieran sido siquiera aprobados, era algo muy distinto. Pero el Instituto no tenía intención de permitir que tales consideraciones se interpusieran en sus sinuosos planes.

Antes de que se iniciasen las hostilidades, prepararon nuevas informaciones y fotografías. Y posteriormente sería fácil presentar documentación que justificase la «amenaza» que para Israel representaban los palestinos.

Siguiendo instrucciones de Arafat, Abu Taan, jefe de su unidad de coordinación CLAP, envió dos hombres a Frankfurt para organizar el tratado de suministro de armas ligeras. El encargado de la gestión era el mayor Juad Ahmed Hamid Aloony, que inició su carrera en 1969, en la academia militar de Argel, había recibido instrucción política en China durante 1978 y 1979 y se había graduado en Hungría en 1980. Le acompañaba el sargento Abd Alrahaman Ahmed Hassim Alsharif, formado asimismo en 1979 en la academia militar de Cuba y en la misma escuela a la que Aloony había asistido en Hungría.

El Mossad y la policía de la Alemania Federal no estaban en buena armonía, pero el GSG-9, que había sido entrenado en Israel, se mostraba muy colaborador, así como la unidad especial de policía antiterrorista a la que el Mossad asignó el nombre en clave de Tuganim o «Patatas Fritas».

El Tuganim facilitaría al Mossad gente con identificación, como si hubieran estado trabajando para ellos. Después de todo, los habían entrenado e incluso los habían ayudado a interrogar a los árabes.

Dada la colaboración que prestaba el Tuganim, el Mossad prefirió organizar toda la operación en Hamburgo. Al igual que con la policía federal, las relaciones del Mossad con la central de inteligencia federal alemana eran escasas, pero todos los distritos

germanos tenían su propia policía y fuerzas de servicio secreto, por lo que el Mossad se relacionaba directamente con ellos.

El Mossad también estaba al corriente de que Arafat se proponía complicar en el trato a Isam Salem, un doctor representante de la OLP en Berlín Occidental, para conseguir un préstamo del banquero suizo Ganud destinado a la adquisición de las armas ligeras que necesitaba para Fuerza 17. Ganud había sido considerado como un recurso para el caso de que la OLP precisara fondos provisionales. Puesto que las armas se consideran elementos «calientes», nadie necesita llevarlas mucho tiempo encima, por lo que suelen ser necesarios tan importantes empréstitos temporales para cerrar tratos rápidamente.

Al mismo tiempo Arafat había decidido llevarse consigo del Líbano un importante cargamento de hachís. A cambio de un entrenamiento que acababan de realizar en dicho país, un grupo de miembros del Bloque Negro transportaría la droga y la distribuiría entre el mundo del hampa para obtener dinero y entregárselo seguidamente a Isam Salem quien, a cambio, pagaría las armas o lo restituiría a Ganud si hubiera sido necesario el préstamo financiero. Arafat también se proponía utilizar a los miembros del Bloque Negro para trasladar las armas al Líbano.

Toda esa información se recibió en el cuartel general del Mossad a través de Yahalomim («Diamantes»), departamento que controla las comunicaciones de los agentes. En cuanto un agente acude a un país objetivo deja de estar dirigido por su *katsa* y, en lugar de ello, la comunicación entre el agente y el Mossad se lleva a cabo a través del cuartel general de Tel-Aviv.

Provisto de tal información, el jefe del Instituto se reunió con los dirigentes del Tsomet, Tevel y Operaciones de Seguridad para planear su estrategia. Tenían cuatro importantes objetivos: impedir que Arafat consiguiera las armas, interrumpir las negociaciones que se intentaban iniciar entre la OLP y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, hacerse con la carga de hachís y disponer de ella para obtener el dinero y conseguir el préstamo de Ganud, cargando el muerto a la OLP.

Además de los evidentes beneficios políticos y estratégicos que obtendría con esta operación, el Mossad, al igual que el Estado de Israel, tenía por entonces un grave problema de efectivo y buscaba constantemente nuevas fuentes de ingresos.

Para preparar tan gigantesca y audaz operación, en mayo de 1981 un equipo *neviot* fue enviado a Hamburgo, donde comenzaría por buscar un muelle seguro y unos almacenes. Asimismo, destinaron a un *katsa* de la base de Londres para que comenzase a organizar la jugada.

Al mismo tiempo se asignó un equipo del Metsada a Naim Khader, en Bruselas, para asegurarse de que no entablaba serias negociaciones de paz clandestinamente y con el propósito de eliminarlo. Únicamente cabe especular cómo pudieron planear el golpe, pero éste se llevó a cabo de un modo que llevaba su firma: sencilla, rápida y fulminantemente. En la calle y a plena luz del día. A mayor número de testigos, mejor. Tan sólo quedaron como tarjeta de visita algunos cartuchos no marcados y el cadáver.

El asesino debió de utilizar una pistola que contenía nueve balas, de las que tan sólo utilizó seis para el golpe. Desde el momento en que la víctima cayó hasta que se metió en el coche, cualquiera que hubiese tratado de detenerle hubiera acompañado al tipo que yacía en el suelo.

Habían decidido atribuir el golpe a Abu Nidal, de la OJN, no sólo por los extraños sino también por Arafat y el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí. Efectivamente, poco después del asesinato de Khader, aparecían noticias en los medios informativos aludiendo a Nidal como el terrorista más peligroso y buscado del mundo.

El equipo *neviot* de cinco hombres que se hallaba en Hamburgo estaba dirigido por Mousa M., un miembro relativamente nuevo del Mossad que procedía del Shaback y tenía un historial en la Unidad 504, y se alojaban en el distinguido hotel Atlantic Kempinski, en Lake Alster, de aquella segunda ciudad más importante de Alemania Occidental.

Al Mossad le agradaba Hamburgo, en primer lugar por las excelentes relaciones de trabajo que mantenían con la policía local antiterrorista y el servicio secreto y asimismo por las atrevidas exhibiciones de sexo vivo, y los barrios de mala nota donde las prostitutas exhiben sus encantos en los escaparates o incluso paseando desnudas por las calles. Naturalmente aquello sucedía por las noches; de día, el equipo estaba ocupado en el puerto de Hamburgo, en la costa sur del río Elba, buscando almacenes convenientemente oscuros que facilitaran un acceso relativamente fácil y les permitieran asimismo observar y tomar fotografías sin ser vistos.

Era una ocupación bastante tranquila porque, por entonces, Arafat aún no había establecido sus acuerdos de armamento, de modo que Mousa, que evitaba los espectáculos de sexo y a las prostitutas, decidió divertirse un poco con uno de sus hombres. Puesto que realmente todavía no trabajaban, los hombres no practicaban APAM, sus habituales medidas de seguridad cuando se hallan de servicio. Por lo tanto, Mousa siguió sin dificultades a uno de ellos hasta un hotel, donde el hombre se reunió con una prostituta de lujo. Cuando él entraba en el lavabo, Mousa fotografió a la prostituta que se encontraba sola junto a la barra y luego se marchó. Al día siguiente, por la noche, el hombre se reunió con la misma prostituta y de nuevo pasó casi toda la noche con ella.

Por la mañana, cuando acudió a reunirse con Mousa en su habitación, los restantes miembros del equipo ya se encontraban allí. Estaban sentados fumando y parecían preocupados. Inmediatamente percibió la tensión del ambiente.

—¿Qué sucede? —preguntó a Mousa.

—Nos encontramos en situación de emergencia —repuso éste—. Tendremos que dar una batida por la ciudad. Han llegado noticias del cuartel general de que una agente negra soviética anda por ahí simulando ser una prostituta y que ha establecido contacto con uno de los nuestros. Tenemos que buscarla e interrogarla y, en cuanto a ese canalla, descubrirlo y devolverlo a Israel acusado de traición.

El hombre aún estaba cansado y daba vueltas por allí sin motivos para preocuparse. Por lo menos no los tenía hasta que Mousa entregó a todos ellos una fotografía de veinte por veinticinco centímetros de la «agente soviética», en cuyo momento su tez se tornó cenicienta.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Mousa? —murmuró.

—Naturalmente, ¿de qué se trata?

—Quisiera que fuese en privado.

—Sí, desde luego.

—¿Estás seguro de que es ésa la agente?

—Sí, ¿por qué?

—¿Cuándo fue vista con el individuo?

—Según me han dicho, esta semana —repuso Mousa—. Y en más de una ocasión.

Aún transcurrirían unos minutos hasta que el hombre confesó finalmente que era él quien había estado con la prostituta, pero insistiendo en que no se le había escapado nada y que tampoco ella le había hecho preguntas. Estuvo suplicando a Mousa que le creyera y le ayudara hasta que, al fin, éste se lo quedó mirando fijamente y se echó a reír.

Así era Mousa, sacándose siempre algo de la manga mientras que los demás confiaban que no fuesen sus pelotas.

Finalmente el equipo encontró un almacén conveniente y Mousa así se lo notificó al *katsa* de Londres, diciéndole:

—Sería conveniente que actuases cuanto antes y que pueda llevarme a mis chicos de aquí, antes de que cojan alguna enfermedad.

A través de sus relaciones con el multimillonario Adnan Khashoggi de Arabia Saudí, que había sido reclutado como agente,[24] el Mossad conoció a otro saudí, un traficante de armas legal con derecho a facilitar Uzis y otras armas al mercado privado europeo. El plan consistía en conseguir que el amigo de Khashoggi facilitara las armas necesarias de fabricación estadounidense para atender la demanda de Arafat, a quien, naturalmente, se le informaría de que habían sido robadas en varias reservas de distintas bases militares.

Por entonces Daniel Aitan, *katsa* del Mossad que se daba a conocer con el nombre ficticio de Harry Stoler, se puso en contacto con Isam Salem, el hombre de Arafat en Berlín Oriental. Arafat aún no le había pedido que consiguiese las armas, pero gracias a las comunicaciones en marcha de Kasim, el Mossad sabía que en breve lo haría así, por lo que decidió dar un paso más.

Aitan, un individuo muy directo que se expresaba en alemán, se presentó a Salem como «Harry Stoler», un hombre de negocios que traficaba en lo que él aludía como «diversos equipamientos y materiales». Lo más importante de todo, según dijo a Salem, era que podía garantizar excelentes precios y entrega segura. Stoler también le dijo que aunque evitaba meterse en política, creía que la causa de los palestinos era justa y que confiaba que tuvieran éxito.

Concertaron otra entrevista. Aunque Salem pertenecía a la OLP y por ello se le consideraba peligroso, sabían que no estaba implicado en actividades terroristas en Europa. La seguridad del *katsa* no se hallaba pues en peligro y, por consiguiente, Salem cayó completamente en la trampa.

En la siguiente y discreta reunión —llamada «reunión para cuatro ojos», o sea, de ellos dos únicamente—, Stoler mencionó que de vez en cuando tenía noticias de algún «equipamiento perdido» de las bases militares americanas en Alemania, artículos que tenían un breve período de existencia en el exterior, y añadió que también podía aceptar pedidos para tales entregas clandestinas si a Salem le interesaban.

Entretanto, el Mossad aseguraba al GSG-9 que no perdía de vista al Bloque Negro y que les informarían cuándo y dónde podían ser sorprendidos con bastantes pruebas para quitarlos de en medio.

Como esperaban, Arafat confió finalmente un pedido a Salem en Berlín Oriental, que le entregaron personalmente el mayor Aloony y el sargento Alshariff, soldados de Abu Taan, jefe del CLAP. Ellos le facilitaron la lista del equipamiento necesario para Fuerza

[24] Véase el capítulo 17.

17, con órdenes de que el encargo se realizara dentro del mayor secreto, que el equipamiento procediera de Occidente y que los dos mensajeros de Arafat trataran directamente con Abu Taan, y le encargaron asimismo que se pusiera en contacto con sus amigos en la RFA (Bloque Negro) o con cualquier otra fuente conocida disponible para completar el pedido.

«Les enviaremos "tabaco" de primer grado para que lo usen como moneda —decía el pedido—. Si es necesario, podemos contar con la financiación provisional de Abu Taan.

«Los portadores de esta carta son nuevos en el campo y por consiguiente puede utilizarlos como intermediarios y tomarlos bajo su mando.»

Como es natural, cuando Salem recibió el mensaje llamó a Daniel Aitan, alias Harry Stoler, y le dijo que el trato tenía que ser coordinado rápida y discretamente y que él enviaría a un representante (Aloony) con una relación en la que especificaría el equipamiento necesario. Deseaba saber cuánto tardaría en cumplimentar el pedido y expedirlo.

Hasta entonces el Mossad se había propuesto apropiarse del dinero de la OLP y del hachís por medio de un ardid inteligente, pero Kasim informó que Arafat tenía un plan de apoyo por el que se proponía cursar otro pedido similar de armamento a Ghazi Hussein, representante de la OLP en Viena, en el caso de que Salem no se los facilitara.

Por consiguiente, envió en seguida otra unidad a Viena para que no perdiera de vista a Hussein. Aquélla era una zona muy delicada para el Instituto porque constituía la terminal de los judíos rusos que iban camino de Israel. Los vínculos entre Israel y Austria eran por entonces muy cordiales. En cuanto al Mossad, no tenía allí a nadie con quien tratar: los austríacos tomaban muy seriamente su neutralidad y apenas contaban con servicios de seguridad.

El hachís que debía ser transportado por los terroristas del Bloque Negro estaba embalado del modo habitual, en una serie de balas llamadas «suelas», por su semejanza con las de los zapatos, y se proponían enviarlas por vía marítima desde el Líbano a Grecia, donde el Bloque Negro utilizaría los contactos de sus clientes para cargarlas en coches, introduciendo cada uno de los veinticinco o treinta terroristas europeos parte de ella en sus vehículos y transportándola por Europa hasta unos almacenes de Frankfurt.

Uno de ellos debía cuidarse de la venta del material y tratar con Salem. Pero el GSG-9, informado por el Mossad, le arrestó basándose en un supuesto cargó de actividades subversivas contra las bases estadounidenses. Los alemanes no habían sido informados de la existencia del hachís, pero en cuanto tuvieron al hombre bajo custodia, permitieron que fuera interrogado por el Mossad. Un miembro germanoparlante del Instituto, que simulaba pertenecer a la seguridad alemana, consiguió sonsacarle el nombre de su lugarteniente y le propuso llegar a un acuerdo. Luego convinieron con los alemanes que el hombre permaneciera incomunicado hasta que el «trato» se cerrase.

—Estoy al corriente de la droga —dijo el hombre del Mossad al prisionero—. Si no me dices con quién debo hablar, te pasarás el resto de tu vida aquí, ya no bajo la acusación de actividades subversivas sino como traficante.

De modo que, con la relación del pedido de Arafat en su poder, el Mossad acudió a entrevistarse con el traficante saudí amigo de Khashoggi para transmitirle el encargo. Aloony, que era militar, sería responsable de comprobar el equipamiento y asegurarse de que era sellado para su entrega en el Líbano.

Las armas fueron conducidas por camión a Hamburgo. El Mossad no informó de ello a los alemanes, pero si hubieran llegado a descubrirlas, les habrían dado una explicación.

Entretanto, Stoler facilitaba a Salem una dirección de Beirut donde enviar la expedición. Se trataba únicamente de un disparo a ciegas: en aquel punto el Mossad no esperaba que el negocio alcanzase la magnitud de un auténtico embarque. Pero Stoler dijo a Salem que la expedición precisaría de algún tipo de cobertura porque tenía que pasar por las aduanas libanesas. En ese género de negocios tales arreglos son prudentes, simplemente para dar visos de «legitimidad» a un trato. En cuanto a Salem, dijo que tenía un pariente en Beirut que trataba con uvas pasas que podría facilitarles una dirección de entrega.

—¿Uvas pasas de Alemania? —se sorprendió Stoler— ¿No es lo mismo que importar *strudel* del Senegal?

No exactamente. Al parecer existía cierta clase de exportación de pasas embaladas y de otros frutos secos que llegaban a Alemania en grandes cantidades y a continuación eran reexpedidos a mejor precio de los que podían ofrecer Grecia y Turquía.

De modo que Stoler pidió a Salem que le facilitara un pedido «auténtico» de pasas.

—De ese modo conseguiré hacer funcionar las cosas —añadió.

El propósito de aquel intercambio era conseguir que Salem interviniese todo lo posible en la organización de los planes para que no se diera cuenta de que estaba siendo dirigido. A continuación Stoler dijo que no había ningún buque disponible, pero Salem le explicó que ello no constituiría problema alguno porque se trataría de una expedición por contenedor, lo que significaría que bastaría con incluir un contenedor adicional a cualquier embarque destinado al Líbano.

Entretanto, el enlace del Mossad había transmitido la información desde el Tsomet a otro *katsa* que se proponía establecer contacto con el lugarteniente del Bloque Negro. Cuando se reunió con él le comunicó que su colega, que había sido apresado, logró hacerle llegar un mensaje a través de sus mutuos contactos en la cárcel, y que los planes habían cambiado: en lugar de vender el hachís, sería canjeado por armas.

El término del plazo se aproximaba. El Mossad ya había encargado las armas y sabía que Salem conseguiría el dinero a través de Abu Taan, puesto que ya no podría obtenerlo del hachís. El Mossad se iba haciendo dueño de la situación. Salem no tendría de qué preocuparse: sabía que lograría el préstamo provisional y *creía* que podría devolverlo una vez se hubiese vendido la droga. Además, el Mossad había prometido facilitar al Bloque Negro unos misiles, y se proponía entregarle algunas maquetas de plástico que tenían exactamente el mismo aspecto de misiles auténticos.

Las piezas iban encajando perfectamente en Hamburgo y en Frankfurt, pero, en Viena, Ghazi Hussein seguía siendo un problema. Sin embargo, afortunadamente, cuando consiguió el pedido de armamento de Arafat había visitado a Salem y, aunque nunca lo admitió ante Arafat, le dijo que no tenía contactos en aquella zona de actividad y Salem respondió que conocía a alguien que podría ayudarlos. Ambos sabían que no debían servir de enlaces en aquello, ¿pero qué podían hacer?

Los miembros de la seguridad del Mossad se tiraban mutuamente de los pelos: se encontraban en medio de una importante operación con la siempre traicionera OLP y sin contar con ninguna seguridad. Pero aparte de celebrar entrevistas en patios descubiertos o cafés y evitar cualquier reunión a puerta cerrada con sus miembros, no podían hacer otra

cosa en tales circunstancias que lamentarse continuamente y enviar mensajes que condenaban tales actividades carentes de seguridad, diciendo que no aceptarían responsabilidad alguna si algo fracasaba.

A comienzos de junio el plan se había configurado bastante bien. Reunir armas cuesta algún tiempo, pero mientras aguardaban, se iban poniendo nerviosos. A fines de junio tanto Hussein en Viena como Salem en Berlín Oriental informaban a Arafat que su solicitud había sido aceptada y que todo estaría dispuesto dentro de dos o tres semanas.

Entretanto, el mayor Aloony comenzaba a impacientarse acerca del dinero que esperaba obtener del asunto del hachís. No había recibido noticias de los contactos ni sabía quiénes eran ni dónde estaban. El único contacto que Aloony poseía era la dirección y el teléfono de uno de los miembros del Bloque Negro. Pero su dirigente se hallaba en la cárcel y su lugarteniente había sido informado por el hombre del Mossad, que simulaba ser su amigo, de que debía convocar a todos los miembros de la unidad y decirles que si alguien hacía indagaciones debían manifestar que estaban cambiando drogas por armas. Si se les presentaba algún problema o si alguien preguntaba por ellos, tenían que avisarle inmediatamente.

Cuando Aloony llamó finalmente a su contacto, le dijeron que el dirigente del Bloque Negro se hallaba en la cárcel, pero que se ocupaba del negocio otra persona. De acuerdo con las instrucciones recibidas, el contacto de Aloony telefoneó seguidamente al lugarteniente. El *katsa* del Mossad que se ocupaba del traficante de armas saudí presionaba a éste para obtener rápidamente la mercancía porque alguien los estaba acuciando.

De resultas de la llamada de Aloony, el Mossad se enteró de que estaba formulando preguntas, pero ello no representaba problema alguno porque había obtenido la respuesta que ellos deseaban. El individuo con quien andaban en tratos aseguró a Aloony que no existía problema alguno y que todo estaba en marcha. Había sido aleccionado para decir simplemente eso y nada más, aparte de que debía informar a Aloony en cuanto el trato se hubiera realizado. Éste comprendió que tales negocios requerían algún tiempo, por lo que no pareció preocuparse excesivamente. También sabía que, en su campo de entrenamiento, la OLP había inculcado a los alemanes el temor de que si los traicionaban los matarían, según el antiguo proverbio que dice que uno puede correr, pero no esconderse.

También contribuía a la buena marcha de los asuntos el que ni siquiera los actores de la OLP estuvieran mas enterados que el Mossad de lo que estaba sucediendo. Por ejemplo, Salem, en Berlín Oriental, ignoraba que la petición de Hussein en Viena era un recurso de apoyo. No había sido efectuada a través de Abu Taan, que estaba en tratos con Salem, sino por Abu Zaim, jefe de seguridad personal de Arafat. Aunque Salem sabía que las armas estaban destinadas a Fuerza 17, Hussein ignoraba para quién eran.

En cualquier caso, el elemento del Mossad en Viena y Hussein establecieron sus propios acuerdos en cuanto al pago y entrega de las armas. Hussein contaba con medios para transportar las mercancías por la aviación libia sin ser verificadas; no dio explicaciones acerca de ello, sólo dijo que deseaba que fuesen metidas en contenedores y que él se encargaría de transportarlas a Beirut. Su propósito era facilitarle *algunas* armas auténticas; sin embargo, como en Frankfurt y en Hamburgo, todos los misiles autotransportables serían maquetas.

La clave del asunto consistía en asegurarse de sincronizar la acción en Viena, Hamburgo y Frankfurt. Si el plan fracasaba en alguna de las tres ciudades, no sólo daría al traste con todo el esquema, sino que crearía considerables peligros.

En Hamburgo, donde las armas se almacenaban en uno de los almacenes construidos en serie, el plan consistía en mostrar a Aloony y al sargento Alshariff la mercancía almacenada en un contenedor con las uvas pasas encima y en el fondo. Acto seguido sellarían el contenedor, cerrarían las puertas del almacén, entregarían la llave a Aloony y se pondrían de acuerdo con él para conducirle allí a la mañana siguiente. El contenedor sería entonces cargado en un camión y. trasladado al barco para su envío a Beirut. Tras acompañar a Aloony a su apartamento, el Mossad acudiría al depósito, retiraría la cerradura y el número de la puerta y los colocarían en la contigua, idéntica a la primera, donde habría otro contenedor con uvas pasas de baja calidad. Eso sería lo que Aloony enviaría a Arafat. Stoler (Aitan) dijo a Aloony que llevase el dinero consigo porque deseaba disponer de varias horas para marcharse.

—No se preocupe —repuso Aloony—. Llevaré el dinero, pero dormiré en el tinglado con la mercancía.

—De acuerdo —repuso Stoler, sintiendo que le daba un vuelco el corazón—. Le recogeré mañana a las seis de la tarde.

—Pero usted me dijo que sería por la mañana.

—Lo sé, pero no es muy conveniente presentarse de día con armas. Habrá demasiada gente por ahí.

Una vez reunidos con Aitan y los demás en el piso franco, comprendieron que se les presentaba un problema. ¿Cómo iban a cambiar los contenedores si Aloony dormía junto a ellos?

Entretanto, las armas que Hussein había encargado se encontraban en una casita unifamiliar de las afueras de Viena. El *katsa* informó a Hussein de que su ayudante se encargaría de la transacción, pidiéndole que llevase consigo los tres millones setecientos mil dólares al lugar de la reunión, después de lo cual le sería entregada la llave de la casa y se le facilitaría la dirección. El plan consistía en llevar allí a uno de los hombres de Hussein y conducirlo a la casa con los ojos vendados, para que pudiera comprobar el material. Entonces se le permitiría telefonear a Hussein (seguidamente cortarían la línea) para decirle que todo estaba en orden. A continuación lo encerrarían, el dinero sería transferido y se entregaría a Hussein la dirección y la llave. Éste se dejó convencer.

Era el 27 de junio de 1981 y de regreso a Hamburgo aún seguían tratando de solucionar el problema de Aloony. Las armas que debían cargarse en el contenedor estaban dentro del almacén. Otro contenedor se hallaba suspendido sobre aquél, en el techo, en una de esas grúas de doble vía que se utilizan para acarrear equipamiento y cajas pesadas. En Ginebra, Ganud ya había facilitado unos cinco millones de dólares de financiación provisional para el convenio de Hamburgo y tres millones setecientos mil dólares en Viena.

A las seis de la tarde del 28 de julio recogieron a Aloony y lo condujeron al almacén. Una vez allí les dijo que quería comprobar varias cajas. Satisfechos sus deseos, cargaron la mercancía en el contenedor, la cubrieron con las uvas y luego sellaron el contenedor. Aloony se disponía ya a entregar el dinero, pero Stoler le dijo:

—No, aquí no: hay demasiada gente presente. Vamos al coche, es más discreto.

Cuando se encontraban en el vehículo, Stoler realizó allí mismo una comprobación de los billetes utilizando un ingenio electrónico en algunos paquetes para asegurarse de que los dólares americanos no eran falsos. Mientras esto sucedía bajaron rápidamente el contenedor que pendía de lo alto del almacén y lo sustituyeron por aquel en el que se encontraban las armas, remontándolo a lo alto y arrastrándolo hacia la parte posterior, donde quedó oculto tras otros contenedores.

Todas estas diligencias se efectuaron en unos diez o quince minutos, y cuando Aloony regresó, vio lo que parecía ser el mismo contenedor con idéntico sello, aunque ignoraba que su contenido era distinto. Al día siguiente, con sus uvas bien embaladas, embarcó hacia Beirut.

Cuando Aloony hubo partido, los hombres del Mossad entraron en el almacén, cargaron las armas del primer contenedor en un camión y las devolvieron al traficante. En cuanto a las pasas sobrantes, las enviaron a Israel.

Aquella misma noche se cerraba en Frankfurt el trato para cambiar el hachís por los misiles, indicando al miembro del Bloque Negro que acudiese con su equipo al día siguiente para retirar las armas. El hachís fue entregado a un elemento del F-7 panameño (la unidad especial de seguridad que Harari había entrenado), que lo condujo a Panamá a cambio de siete millones de dólares con el fin de venderlo en el mercado estadounidense, donde alcanzaría un precio mucho más elevado que en Europa. Una vez que los panameños la hubiesen despachado, entregarían los siete millones al Mossad y se reservarían para sí el beneficio que hubiesen obtenido.

Al día siguiente, cuando los miembros del Bloque Negro acudieron a recoger los falsos misiles, la policía los estaba aguardando: en aquella ocasión fueron arrestados veinte hombres.

Asimismo, el 29 de julio tres hombres que se encontraban en el aeropuerto de Viena con parte de las armas procedentes de la casa de las afueras fueron arrestados por la policía local, que había sido informada por el Mossad de que Hussein y sus colaboradores acababan de llegar en un vuelo procedente del Líbano y estaban introduciendo subrepticiamente armas en Viena para atacar un objetivo judío. Hussein fue deportado posteriormente y sus dos colaboradores encerrados en prisión. El grueso de las armas, que aún se encontraban en la casa, fue recuperado por el Mossad, aunque dejaron algunas para que la policía las descubriera cuando comprobara la historia que habían urdido.

El Mossad se embolsó en total entre quince y veinte millones de dólares y eliminó a un grueso de enemigos potenciales. Había asesinado a Khader, consiguió que Hussein fuese expulsado del país, que sus dos colaboradores y unos veinte terroristas del Bloque Negro fueran encarcelados y que la reputación de la OLP quedase mancillada en algunos países.

El éxito fue maravilloso para la moral de la organización. No sólo logró que la OLP lo perdiese todo, sino que aun quedaron endeudados con su banquero. Durante algún tiempo aquella jugada mantuvo a Fuerza 17 escasa de armas e hizo sentirse realmente necia a la OLP. Aún sigue siendo un misterio el paradero de las uvas enviadas a Israel.

Como colofón de esta historia cabe mencionar el destino que tuvo Kasim, el chofer-guardaespaldas de Arafat y agente del Mossad. El hombre perdió una pierna en un ataque aéreo israelí a una base palestina de Túnez. Kasim había estado informando desde el campamento, pero no le advirtieron del inminente ataque. Furioso, abandonó ambos empleos y emigró a Sudamérica.

14. SÓLO EN AMÉRICA

Cuando Jonathan J. Pollard, de treinta y un anos, y su esposa Anne Henderson-Pollack, de veinticinco, fueron arrestados a fines de noviembre de 1985 tras haber intentado inútilmente obtener asilo político en la embajada israelí de Washington, el previsible estallido político centró su atención durante algún tiempo en una cuestión enojosa y explosiva: ¿opera el Mossad activamente en Estados Unidos?

Oficialmente el Mossad aseguró que no y mil veces no, en absoluto. En realidad, a los *katsas* les está incluso prohibido llevar pasaportes falsos o usar falsas personalidades norteamericanas en su trabajo, tan delicada es la situación entre el Estado de Israel y su mayor y más importante partidario.

¿Cómo explicar entonces lo sucedido con los Pollard? Fácilmente. Él no formaba parte del Mossad. Ahora bien, había estado recibiendo dos mil quinientos dólares mensuales desde comienzos de 1984 de una organización llamada Lishka le Kishrei Mada o LAKAM, las siglas hebreas del Gabinete de Asuntos Científicos de Enlace del Ministerio de Defensa, y estaba haciendo desaparecer documentos secretos que entregaba en el domicilio de Irit Erb, secretario de la embajada israelí. LAKAM estaba entonces dirigida por Rafael Eitan, quien negó públicamente que existiera cualquier relación entre ellos, pero se trataba de un antiguo *katsa* del Mossad que en 1960 había intervenido en el secuestro de Adolf Eichmann en la Argentina.

Pollard, un judío que trabajaba en investigación en el Centro de Apoyo de la Inteligencia norteamericana de Suitland, en Maryland, cerca de Washington, formaba parte del Servicio de Investigaciones Navales. En 1984 fue destinado al Centro de Alerta Antiterrorista en la División de Análisis de Amenazas del SIN, extraño traslado teniendo en cuenta que previamente había sido amonestado por los oficiales de seguridad por filtrar información al agregado militar sudafricano, y su nueva misión le facilitaba el acceso a un considerable material secreto.

No tardó en descubrirse que Pollard compartía tales informaciones con los israelíes, y cuando tuvo que enfrentarse al FBI accedió a cooperar con ellos y los condujo hasta sus contactos. Fue sometido a vigilancia continua por los federales, pero presa de pánico trató de pedir asilo político, siendo arrestados, él y su esposa, en calidad de cómplice, cuando salían de la embajada.

Como es natural, los americanos exigieron una explicación. Tras una llamada telefónica desde California del secretario de Estado George Schultz al primer ministro israelí Shimon Peres a las tres y media de la mañana del primero de diciembre, hora de Jerusalén, Peres, que había fundado LAKAM cuando era viceministro adjunto de Defensa durante la década de los sesenta, se vio obligado a disculparse formalmente.

—Espiar en Estados Unidos es totalmente contradictorio con nuestra política. Tal actividad, hasta el punto en que tuvo lugar, fue injusta, y el gobierno de Israel pide perdón por ello.

Peres siguió diciendo que si los funcionarios del gobierno estuvieran implicados, «los responsables serían total y definitivamente expulsados y se tomarían las medidas necesarias para que tales actividades no se repitieran». (Lo único que hicieron fue cruzar cierta correspondencia y vincular LAKAM al departamento de Asuntos Exteriores.)

Pero con gran sorpresa por parte de Peres sus declaraciones parecieron satisfacer a la administración norteamericana. El antiguo director de la CIA Richard Helms dijo que era insólito que naciones amigas se espiasen mutuamente.

—Hagan lo que puedan: el peligro que corren es ser descubiertos —dijo.

Y mientras los Pollard eran conducidos a la cárcel por espiar —el Mossad consideraba al LAKAM como toscos aficionados en el oficio—, Schultz manifestó posteriormente a los periodistas:

—Estamos satisfechos con las disculpas y explicaciones que nos han dado los israelíes.

Y tras unas breves ráfagas de publicidad poco favorables a Israel la controversia languideció.

Aunque naturalmente persistieron las sospechas sobre la situación exacta de Pollard, al parecer, incluso la CIA cree que, aparte de aquel extraño y polémico ejercicio, el Mossad, salvo por sus enlaces, no opera activamente en los mismos Estados Unidos.

Pues bien, están completamente equivocados.

Pollard no pertenecía al Mossad, pero son muchos los que espían de modo activo, reclutando, organizando y realizando actividades secretas —principalmente en Nueva York y en Washington, a las que aluden como «sus lugares predilectos»— que pertenecen a una especial y supersecreta división del Mossad llamada simplemente Al, que en hebreo significa «arriba» o «en lo alto».

La unidad es tan secreta y está tan aislada de la organización principal que la mayoría de elementos del Mossad ignoran qué hace ni tienen acceso a sus archivos por computadora.

Pero existe y cuenta con veinticuatro o veintisiete miembros expertos, tres de ellos *katsas* activos. La mayoría, aunque no todos, desempeñan su actividad dentro de las fronteras de Estados Unidos y su primordial tarea consiste en obtener información sobre el mundo árabe y la OLP, en lugar de indagar sobre las actividades del servicio secreto norteamericano. Pero, como veremos, la línea divisoria suele ser confusa y, en caso de duda, Al no vacila en atravesarla.

Decir que no recogen información sobre Estados Unidos sería como manifestar que allí la mostaza no es un plato principal pero que les gusta sazonar con ella sus bocadillos. Supongamos, por ejemplo, que en el comité de armamento hay un senador que interesa al Mossad. Al pocas veces utiliza a los *sayanim,* pero el papeleo del senador, algo que suceda en su oficina, constituiría una información de interés, por lo que uno de sus ayudantes se convertiría en objetivo. Si se tratara de un judío, lo abordarían para tratar de convertirlo en *sayan.* En caso contrario, lo reclutarían como agente o incluso únicamente como un amigo con el que reunirse y prestar oído a sus comentarios.

El circuito de cócteles que se celebran en Washington es muy importante para tal fin. Algunos agregados asisten a todos ellos, y no existe ningún problema en añadir a alguien a ese circuito, incluyéndolo en un entorno adecuado. Imaginemos que McDonnell Douglas desea vender aviones fabricados en Estados Unidos a Arabia Saudí. ¿Sería una cuestión americana o israelí? Bien, por cuanto concierne al Mossad, es algo que incumbe a Israel. Cuando se tiene algo similar a mano es muy difícil no utilizarlo: eso es lo que hacen.

Una de las famosas actividades de Al consistió en el robo de material de investigación de algunas de las más importantes empresas americanas fabricantes de aviones para

contribuir a asegurar un contrato quinquenal de veinticinco millones ochocientos mil dólares firmado en enero de 1986, por el que se suministraba a la armada y a los cuerpos de la marina americana veintiún aparatos teledirigidos de unos seis metros de longitud o un aparato no tripulado Mazlat Pioneer, más el equipo adicional de control de tierra, lanzamiento y recuperación. Los aparatos teledirigidos, que contaban con un monitor de televisión montado en su parte inferior, se utilizaban para misiones de reconocimiento militar. Mazlat, una filial de las Industrias Aeronáuticas Israelíes nacionales en Tadiran, «consiguió» el contrato tras superar las pujas de las firmas norteamericanas en una subasta de 1985.

En realidad Al robó el material de investigación. Israel había estado trabajando en un avión teledirigido, mas aún no había avanzado bastante en sus investigaciones para poder presentarse a tal competición y si en una oferta no deben incluirse los costes para amortizar la investigación, existe una diferencia sustancial.

Tras obtener el contrato, Mazlat formó sociedad con AAI Corp, de Baltimore, en Maryland, para completarlo.

Al es similar al Tsomet, pero no entra en la jurisdicción del jefe de esta organización. Antes bien, informa directamente al jefe del Mossad. A diferencia de las bases normales del Instituto, no opera en el interior de la embajada israelí: sus instalaciones se hallan situadas en pisos francos o apartamentos.

Los tres equipos de Al están ubicados como una base o unidad. Supongamos que por las causas que fueren de un día para otro las relaciones entre Israel y Gran Bretaña se fuesen a pique y el Mossad tuviese que abandonar el Reino Unido. Al día siguiente podría enviar un equipo de Al a Londres y contar con una organización clandestina completa. Los *katsas* de Al se cuentan entre los más expertos del Instituto.

En Estados Unidos existen muchísimas oportunidades de introducirse en determinados ambientes. Pero si no se trabaja a través de la embajada, especialmente en comunicaciones, surgen dificultades. Si un miembro de Al fuese descubierto en Estados Unidos, sería encarcelado como espía: no gozan de inmunidad diplomática, y lo peor que puede sucederle a un *katsa* en una base normal es ser deportado, puesto que sí posee inmunidad diplomática. Oficialmente el Mossad tiene una base de enlace en Washington, pero nada más.

Otro problema que impide el funcionamiento de la embajada israelí en Washington es que se halla situada tras un centro comercial, a mitad de camino de una cuesta sobre el International Drive, con pocas cosas en torno, salvo la embajada jordana, que se halla más arriba de la colina y que domina la perspectiva de la embajada israelí, localización en realidad poco propicia para realizar actividades clandestinas.

Incidentalmente, y pese a los rumores que circulan en otro sentido, el Mossad no cuenta con una base en la Unión Soviética. El noventa y nueve con noventa y nueve por ciento de la información que recoge sobre el bloque oriental procede de «interrogatorios positivos», lo que simplemente significa que entrevista a los judíos que emigran del bloque soviético y analiza y procesa dicha información. Con ello es posible crearse una perspectiva bastante buena de lo que está sucediendo en la Unión Soviética y atribuirla a una agencia de inteligencia que recoge activamente datos en el país. Pero era demasiado peligroso trabajar allí, y la única actividad que realizaban consistía en ayudar a salir a la gente, creando vías de escape y demás. Una organización independiente se encarga de ello bajo los auspicios del Mossad: se llama *nativ,* que significa «sendero» o «pasaje» en

hebreo. La información del bloque oriental tiene un excelente valor de cambio. Por ejemplo, la información por radar de los daneses contribuye a ofrecer una imagen de conocimiento.

Los americanos no comprenden cuanta información obtenemos a través de la OTAN, información que puede ser manipulada para presentar una imagen mucho más vivida. Sin duda que en la era pre Gorbachov las fuentes de los medios informativos soviéticos no eran muy importantes, pero siempre podían conseguirse datos por los rumores y comentarios que se oían, incluso sobre movimientos militares. Alguien podía quejarse de que su primo había sido trasladado a determinado lugar y no habían vuelto a tener noticias de él. Aunque tan sólo diez personas llegasen diariamente a Israel procedentes del bloque soviético, aún podían suministrar extraordinaria cantidad de información.

Pese a que la base de Al se halla fuera de la embajada, sigue funcionando como la mayoría. Comunica directamente con el cuartel general de Tel-Aviv bien por teléfono, télex o módem computador, sin utilizar los sistemas de comunicaciones a ráfagas, porque aunque los americanos no pudieran interrumpir los mensajes, comprenderían que existía una actividad clandestina en el entorno, algo que el Mossad desea evitar. La distancia es asimismo un factor decisivo.

Los *katsas* de Al son los únicos de toda la organización que utilizan pasaportes americanos. Y con ello quebrantan dos normas fundamentales: están operando en un país objetivo y utilizan la cobertura del país en que se encuentran. Existe la norma de no hacerse pasar jamás por inglés en Inglaterra o francés en Francia, pues sería demasiado fácil para los naturales del país descubrir la falsedad de la documentación. Si, por ejemplo, un policía francés examinase un permiso de conducir nacional, podría comprobar inmediatamente su autenticidad.

Al siempre se ha librado de ello porque la calidad de su información es superior. Y tiene que serlo. Uno no quiere ser capturado en territorio *enemigo* por temor a ser fusilado. En *Estados Unidos,* el país que más simpatiza con Israel, nadie querría ser descubierto por temor a que fusilasen a su patria. El FBI probablemente sospecha algo de vez en cuando pero, en realidad, no sabe nada.

La siguiente historia me la contó Ury Dinure, en cierta ocasión mi instructor de NAKA, que había estado a cargo de la base de Al en Nueva York. Dinure había intervenido activamente en una operación que afectaba a la política internacional norteamericana, originando un grave, problema doméstico al entonces presidente Jimmy Carter y suscitando cierto desagradable conflicto racial entre los judíos norteamericanos y los líderes de la comunidad negra allí residente. Si los americanos hubieran conocido el alcance y naturaleza de la implicación del Mossad, habrían peligrado —e incluso roto— las históricas y excelentes relaciones existentes entre ambos países.

Echemos primero una mirada a 1979.

El acontecimiento más trascendental de aquel año fue el resultado final de los acuerdos de Camp David de septiembre de 1978 en la «estructura para la paz» firmada por Carter, el presidente egipcio Anwar al-Sadat y Menahem Begin, primer ministro israelí. La mayor parte del mundo árabe había reaccionado airada y sorprendida contra Sadat. En cuanto a Begin, comenzó a lamentar todo el asunto casi inmediatamente después de abandonar Camp David.

El secretario de Estado Cyrus Vance había intentado un acercamiento diplomático relámpago de última hora para llegar a un acuerdo antes del 17 de diciembre, fecha límite para la firma del tratado fijado en Camp David, pero que en el último momento se fue a pique cuando Begin se negó a negociar formalmente, creando una considerable desconfianza entre Washington y Jerusalén. A comienzos de 1979 Begin envió a su legendario ministro de Asuntos Exteriores Moshe Dayan a Bruselas para reunirse con Vance y Mustafa Khalil, primer ministro egipcio, a fin de que sondeara el medio de reanudar las conversaciones, que habían llegado a un punto muerto. Pero Begin anunció bruscamente que Dayan sólo discutiría «cómo, cuándo y dónde» podrían ser reanudadas las negociaciones antes que el verdadero contenido del acuerdo de Camp David.

A fines de diciembre de 1978, el Kenésset israelí, dividido como de costumbre, había emitido sesenta y seis votos contra seis a favor de la dura posición de Begin contra Washington y El Cairo. Para demostrar cuál era su talante, Israel interrumpió el retorno de equipamiento militar planeado para contribuir a acelerar la retirada del Sinaí según un tratado de paz, aumentó asimismo sus ataques contra los campamentos palestinos en el Líbano, lo que impulsó a declarar a Richard Stone, demócrata de Florida y jefe del subcomité del Senado para Asuntos de Oriente Próximo y sur de Asia, que los israelíes parecían haber «girado en círculo sus carromatos».

Como consecuencia de las votaciones del Kenésset, Begin telefoneó a los dirigentes judíos norteamericanos instándolos a que grupos pro israelíes iniciaran una campaña de escritos y telegramas a la Casa Blanca y el Congreso. Un grupo de treinta y tres intelectuales judíos, en el que estaban comprendidos autores como Saúl Bellow e Irving Home, que habían criticado la antigua inflexibilidad de Begin, enviaron una carta a Carter en la que pedían el apoyo de Washington a la «inaceptable» posición de El Cairo.

En febrero de 1979, con la esperanza de conseguir que se reanudaran las conversaciones, Estados Unidos pidió a Israel y Egipto que se reunieran con Cyrus Vance en Camp David. Ambas partes accedieron, aunque Israel estaba molesta por un informe sobre derechos humanos que preparaba el departamento de Vance para dirigirlo al Congreso y que aludía a los «sistemáticos» malos tratos infligidos a los árabes en la Orilla Occidental y en Gaza.

Dos semanas antes de que el *Washington Post* publicara dicho informe, carros de combate del ejército israelí se habían trasladado al amanecer a aldeas de la Orilla Occidental, donde destruyeron cuatro casas árabes. El gobierno estableció asimismo una nueva avanzada, lo que presagiaba un asentamiento civil en Nueima, al noreste de Jericó —que sería el quincuagésimo primero en la Orilla Occidental—, donde vivían unos cinco mil judíos entre seiscientos noventa y dos mil palestinos.

En medio de semejante caos, Carter emprendió en marzo una misión de seis días en El Cairo y Jerusalén. Pese a las fuerzas superiores que tenía en su contra, logró convencer a ambos bandos para que aceptaran un compromiso por escrito de Estados Unidos, aproximando más que nunca a la paz a ambas naciones hostiles desde hacía más de treinta años. El precio que Carter pagó por ello fue más de cinco mil millones de dólares de ayuda extra a Egipto e Israel durante los próximos tres años. Dos de los mayores bloques de obstáculos habían sido las preocupaciones de una Israel carente de carburante por devolver a Egipto los campos petrolíferos que le había arrebatado en el Sinaí y, desde luego, la cuestión aún pendiente de la autonomía palestina.

En mayo, Carter designó al tejano Robert S. Strauss, de sesenta años, antiguo presidente del Comité Democrático Nacional, como superembajador para la segunda fase de las negociaciones de paz. Aunque Israel aprobó formalmente tal candidatura, siguió asaltando las bases de la OLP en el Líbano. Sin embargo, el gabinete de Begin se pronunció con ocho votos contra cinco en pro de otra nueva colonia judía en Elon Moreh, en la zona de ocupación de la Orilla Occidental, lo que impulsó a cincuenta y nueve personalidades judeoamericanas a enviar a Begin una carta abierta en la que criticaban la política israelí de establecer nuevas colonias judías en zonas árabes densamente pobladas.

Para complicar más las cosas, Begin sufrió un amago de ataque al corazón y Dayan descubrió que tenía cáncer. La inflación alcanzaba el ciento por ciento en Israel. El déficit de la balanza de pagos del país se aproximaba a los cuatro mil millones de dólares, y la deuda total con el extranjero se había duplicado en cinco años hasta tres mil millones de dólares, suscitando una crisis política doméstica, todo ello exacerbado por lo ultrajados que se sentían los judíos ante la comparación efectuada por Carter de la crisis que sufrían los palestinos con el movimiento americano de derechos civiles.

Tanto Sadat como Carter comenzaron a presionar a Israel para que aceptase un plan para la autonomía palestina. Los países árabes se inclinaban por un Estado soberano, independiente en la Orilla Occidental y Gaza, que ya constituía la patria de los palestinos allí establecidos, y los millones que se hallaban en la diáspora. Los israelíes se oponían totalmente a la noción de un Estado hostil, especialmente dirigido por Yasser Arafat, el cacique de la OLP, que se instalara en sus propias fronteras, y abrigaba sospechas de que la dependencia de Estados Unidos por el petróleo árabe inclinaba sus prioridades hacia los intereses de éstos.

En ausencia de Begin, que aún se estaba recuperando, Dayan intentaba dirigir el gobierno. En agosto, previno a Estados Unidos del riesgo que entrañaba el reconocimiento de la OLP o propiciar la ocasión de que se estableciera un Estado de emergencia palestino totalmente independiente en la Orilla Occidental y en Gaza. Al final de una sesión tempestuosa del gabinete que se prolongó durante veinticuatro horas, los israelíes votaron para advertir a Estados Unidos que mantuviera sus anteriores compromisos, especialmente la promesa de vetar cualquier intento de los Estados árabes de alterar la Resolución 242 de las Naciones Unidas de 1967 en que se reconoce el derecho a la existencia de Israel, y amenazaron con retirarse de las negociaciones estancadas sobre «autonomía» si presionaban excesivamente para establecer relaciones con la OLP.

Los israelíes estaban exasperados por el juego de poder orquestado, iniciado a comienzos del verano por Arabia Saudí, Kuwait y la OLP en un intento de conseguir llevar las cosas a su aire. Todo comenzó en julio cuando los saudíes elevaron su producción de petróleo a un millón de barriles diarios sobre una base de tres meses, aliviando la escasez que provocara largas colas en las gasolineras de Estados Unidos durante mayo y junio. Además, la OLP había adoptado una postura conciliadora, por lo menos en público, confiando mejorar su poco favorable imagen en Occidente; los diplomáticos kuwaitíes en la ONU proponían un proyecto de resolución que supeditaba el derecho de Israel a existir (Resolución 242) al reconocimiento internacional del derecho palestino a la autodeterminación.

El plan había surgido de una reunión celebrada en junio en que Fahd, príncipe de la corona de Arabia Saudí había invitado a Arafat a Riyadh y le había convencido de que

estableciera mejores relaciones con Estados Unidos, comenzando por reducir las actividades terroristas, al menos durante algún tiempo. Kuwait se había dejado ganar por las habilidades diplomáticas, muy respetadas, de su embajador Abdalla Yaccoub Bishara, que a la sazón formaba parte del Consejo de Seguridad de la ONU.

Para apaciguar a Israel, los americanos rechazaron categóricamente su voto para cualquier proyecto que apoyase a un Estado palestino independiente, pero no excluyeron la posibilidad de una posible resolución más favorable destinada a afirmar simplemente los derechos políticos legítimos de los palestinos, ateniéndose a los términos de la Resolución 242, según los acuerdos de Camp David.

Cuando el primer ministro egipcio Mustafa Khalil, en las negociaciones de autonomía celebradas en el hotel Monte Carmelo que dominaba el puerto de Haifa, anunció que su país apoyaría una resolución de la ONU sobre los derechos palestinos, el ministro de justicia israelí Shmuel Tamir acusó a Egipto de «poner en peligro todo el actual proceso de paz».

Inevitablemente, al Mossad también le preocupaba el curso de los acontecimientos, en especial por el creciente papel doméstico del ministro de defensa israelí Eizer Weizman. El Mossad no confiaba en Weizman, antiguo piloto y segundo jefe de las fuerzas armadas durante la guerra de los Seis Días, un comandante heroico, padre de las legendarias fuerzas aéreas israelíes. Lo consideraban partidario de los árabes hasta el punto de creerle un traidor. Su animosidad hacia él era ridicula. Aunque ministro de Defensa, no compartían con él ninguna información de alto secreto. Weizman era un espíritu libre, la clase de hombre que aunque coincidiera con alguien en un asunto, disentiría por completo en cualquier otro, y que nunca se conformó con la línea del partido. Hacía lo que creía era correcto. Hombres así son peligrosos porque resultan imprevisibles.

Pero Weizman se había probado a sí mismo. En un país donde casi todos sirven a la patria, el servicio militar es importante. Por ello se acaba con un gobierno en el que el setenta por ciento son generales. La gente cree que no hay nada de malo en ello, en las personas que olfatean el olor de la pólvora.

Incluso Begin y Dayan comenzaban a disentir. Dayan, históricamente laborista, había abandonado aquel partido para unirse al carismático derechista Begin, pero el modo en que ambos consideraban a los palestinos era completamente distinto. Dayan, como la mayoría de los laboristas de su generación, los veía como adversarios, pero personas. Begin y su partido, cuando se trataba de los palestinos, no los creían personas sino un problema. Dayan diría: «Prefiero estar en paz con esa gente y recordar las épocas en que lo estábamos.» Begin diría: «Desearía que no estuviesen ahí, pero no puedo hacer gran cosa para evitarlo.» Son puntos de vista distintos. No es de extrañar que aumentasen las fricciones entre ellos.

En medio de todo esto el Mossad había establecido sus primeros contactos con los cultivadores de opio de Tailandia. Los americanos trataban de obligar a los granjeros a dejar de producir opio y dedicarse en su lugar al cultivo del café. El propósito del Mossad era introducirse allí, colaborar con ellos en el cultivo del café y, al mismo tiempo, ayudarlos a exportar la droga como medio de obtener dinero para sus propias operaciones.

Una de tales operaciones eran los continuos esfuerzos de Al en Nueva York y en Washington para entorpecer los propósitos árabes de obtener la ayuda norteamericana

para que la OLP —o los palestinos en general— alcanzase un estatus más elevado a través de la ONU.

Los israelíes, como es natural, no se sentían muy satisfechos con ello. Se habían producido constantes ataques a aldeas israelíes, matanzas, y vivían en un estado de perpetua amenaza, y aunque tales acciones se detuviesen momentáneamente, seguirían sintiendo lo mismo. Se comprobaban los bolsos en almacenes y cines; si alguien veía una cartera abandonada en un autobús sin que apareciese su dueño, avisaba al conductor, que detenía el vehículo y lo desalojaba; aquel que olvidaba un maletín en algún lugar sabía perfectamente que sería confiscado y destruido.

Gran número de palestinos procedentes de la Orilla Occidental trabajaban en Israel. Muchos israelíes habían patrullado por aquella zona y sabían que los palestinos los odiaban, y aunque uno perteneciese a las izquierdas y pensase que tenían derecho a odiarlos, tampoco deseaba acabar hecho pedazos.

Era habitual que la gente de la derecha expresara su desconfianza hacia los palestinos; pensaban que tratar con ellos constituía un círculo vicioso. Los izquierdistas podían decir: «Esperemos a que celebren elecciones.» Y la derecha respondería: «Olvídalo: elegirán a cualquiera con quien no querremos hablar.» A lo que la izquierda añadiría: «Pero han anunciado un alto el fuego.» Y, a su vez, la derecha respondería: «¿Un alto el fuego? No creo que los palestinos sean capaces de ello.» Y al día siguiente estallaría alguna bomba y el de derechas diría: «¿Lo ves? ¡Ya te dije que no mantendrían el alto el fuego!»

Al operaba en Nueva York desde aproximadamente 1978, tratando de obtener información sobre las actividades árabes en torno a las conversaciones de paz propiciadas por Carter. En septiembre de 1975, el secretario de Estado Henry Kissinger había prometido oficialmente que Estados Unidos no reconocería ni negociaría con la OLP hasta que afirmara el derecho a la existencia de Israel. Primero el antiguo presidente Gerald Ford y luego Carter anunciaron que mantendrían aquella promesa. No obstante, los israelíes no estaban muy convencidos de ello.

En noviembre de 1978, tras las conversaciones de Camp David, Paul Findley, miembro republicano del Congreso de Estados Unidos y del Comité de la Cámara de Asuntos Extranjeros, había transmitido un mensaje de Carter para una reunión que se celebraría con Arafat en Damasco, en la que éste informó que la OLP suspendería sus actos de violencia si se creaba en la Orilla Occidental y en Gaza un Estado independiente palestino, con un pasillo que sirviera de enlace.

Carter ya había exigido una «patria» palestina en 1977 y, en la primavera de 1979, Milton Wolf, el embajador estadounidense en Austria y destacado líder judío, se reunió con el representante de la OLP en aquel país, Issam Sartawi, primero en una recepción del gobierno austriaco y luego en un cóctel celebrado en la embajada árabe. Wolf seguía instrucciones de Washington al reunirse con Sartawi, pero no estaba autorizado para discutir ningún asunto importante. A mediados de julio, cuando Arafat fue a Viena para verse con Bruno Kreisky, canciller de Austria, y Willy Brandt, antiguo canciller de Alemania Occidental, Wolf y Sartawi celebraron una importante reunión para discutir las negociaciones. Cuando se filtraron noticias de ello, el Departamento de Estado dijo que se le había «recordado» oficialmente a Wolf que la política norteamericana era contraria a negociar con la OLP, pero el Mossad sabía que había seguido instrucciones directas de Washington.

Se produjo un creciente impulso en Estados Unidos para lograr cierto alineamiento de paz. Incluso los árabes comenzaban a apreciar las ventajas de ello y el Mossad, a través de su red de escuchas electrónicas instaladas en los hogares y oficinas de varios embajadores y dirigentes árabes en Nueva York y en Washington, se enteró de que la OLP se inclinaba por aceptar la posición de Kissinger de 1975, reconociendo el derecho a la existencia de Israel.

A la sazón, el embajador norteamericano en la ONU era Andrew Young, un liberal sureño negro íntimo amigo de Carter, uno de los primeros partidarios del presidente y considerado el principal conducto de la administración entre la Casa Blanca y la comunidad de color.

Young, directo y con frecuencia polémico, era un producto del movimiento de derechos civiles norteamericano y sentía debilidad por los desvalidos, opinión que Israel consideraba más contraria a sus propios intereses que favorable a Palestina. Young creía que Carter deseaba hallar una solución, un arreglo que aliviase a los palestinos de la posición en que se hallaban encerrados, mientras se creaba una situación de paz en la región.

Aunque Young se oponía a la creación de nuevas colonias en la Orilla Occidental, deseaba aplazar la presentación prevista por los árabes de una resolución destinada al reconocimiento de la OLP ante la ONU. Se basaba en que aquello no conduciría a nada, por lo que era mejor elaborar una resolución menos rigurosa que pudiera por fin alcanzar el objetivo, pero que tuviese más posibilidades de ser aprobada.

El embajador kuwaití Bishara, que era la fuerza motriz que impulsaba la resolución árabe, se hallaba en constante contacto con Zehdi Labib Terzi, representante no oficial de la OLP en la ONU. Como Al tenía apartamentos alquilados por todo Nueva York y Washington y había instalado muchos ingenios de escucha, tuvo conocimiento de una conversación celebrada el 15 de julio entre Bishara y Young, en el sentido de que los árabes no podían aplazar el debate del Consejo de Seguridad sobre la resolución, pero sugerían que Young tratase aquel asunto con alguien de la OLP.

Young informó a Bishara que «no podía reunirse con representantes de la OLP», pero añadió «aunque tampoco puedo rechazar la invitación de algún miembro del Consejo de Seguridad para ir a su casa a charlar de negocios». Bishara, como es natural, se hallaba en el Consejo de Seguridad y Young añadió que, además de ser incapaz de rechazar una invitación, «no puedo vaticinar quién se encontrará en la casa».

El 25 de julio de 1979 se recibía en el Mossad un cable procedente de Nueva York, redactado en los siguientes términos: «El embajador de Estados Unidos en la ONU se reúne con el representante de la OLP en dicho organismo.» En el cable figuraba la anotación: «Urgente. Tigre. Negro», que significaba que aquel mensaje debía ser visto únicamente por el primer ministro y algunos de sus oficiales de estado mayor, probablemente no más de cinco personas en total.

El documento fue entregado en clave en las oficinas del jefe del Mossad, Yitzhak Hofi, quien transmitió personalmente el mensaje descifrado a Begin. Los veteranos israelíes se horrorizaron al enterarse de que Young iba a reunirse con Terzi. El mensaje también facilitaba otras fuentes de información, consistentes en grabaciones de la línea privada de Bishara con sus oficinas en la ONU, en que se demostraba que había invitado a Young a su casa y que él había aceptado.

Entonces se suscitó la cuestión de si debía evitarse la reunión o dejar que se produjera. Esta última alternativa demostraría que los temores israelíes eran fundados, pues se había producido un giro en la actitud de Estados Unidos hacia su país y contribuiría a demostrar a los amigos americanos que desempeñaban altos cargos en el país que en aquella administración particular existía tal peligro, provocando por consiguiente un cambio a su favor. Y evidenciaría que todo aquel proceso ponía en peligro la seguridad israelí.

Por añadidura, de aquel modo conseguirían librarse de Young, que demostraba ser una gran amenaza por su aproximación liberal y su actitud positiva hacia la OLP, tan inadecuada para las necesidades israelíes.

El 26 de julio Young, acompañado de Andrew, su hijo de seis años, llegaba a casa de Bishara en la plaza de Beekman y los micrófonos de Al recogieron todas las conversaciones que allí se celebraron. Young fue saludado por Bishara y el embajador sirio. Al cabo de cinco minutos llegaba Terzi, y mientras el niño jugaba solo durante otros quince minutos, los tres diplomáticos estuvieron charlando y parecieron convenir que la reunión del Consejo de Seguridad debía ser aplazada desde el 27 de julio al 23 de agosto (como así fue).

Young y su hijo se fueron inmediatamente. Al cabo de una hora el *katsa* de Al llevaba una transcripción completa de todo cuanto allí se había tratado a Ury Dinure, jefe de la base, que se hallaba a bordo de un vuelo de El Al procedente de Nueva York con destino a Tel-Aviv. En el aeropuerto le recibió Yitzhak Hofi, como consecuencia del cable que le había precedido: «La araña se tragó la mosca», y ambos entregaron directamente el documento a Begin, que Hofi leyó durante el trayecto.

Dinure permaneció en Israel únicamente seis horas y regresó con una copia del escrito que debía confiar al embajador de Israel en la ONU, Yehuda Blum, de origen checoslovaco y experto en legislación internacional.

Hofi no deseaba que trascendieran noticias de aquella reunión a los medios informativos y, en especial, tampoco quería estropear el proyecto de Nueva York. Alegaba que Begin podía conseguir mucho más acudiendo a la administración y tratando con ellos, el mismo acercamiento que ellos habían efectuado tras la reunión de Milton Wolf con la OLP en Viena. Dijo que no constituiría una buena política en Estados Unidos perjudicar a Young, que era muy popular entre los negros, y que, de todos modos, podían obtener más concesiones de los americanos moviéndose entre bastidores.

Pero a Begin no le interesaba la diplomacia: quería sangre.

—Deseo que se sepa —dijo.

Convinieron en que no era cuestión de dar a conocer toda la información, corriendo por consiguiente el peligro de descubrir su fuente, y por ello se informó simplemente a la revista *Newsweek* que Young y Terzi se habían reunido. Ello, como es natural, provocó una consulta al Departamento de Estado y se pidieron explicaciones a Young. Su primera versión fue que había salido a dar un paseo con su hijito y que decidió detenerse en casa de Bishara, donde sorprendentemente se encontró con Terzi. Añadió que ambos estuvieron entretenidos durante «quince o veinte minutos con formalidades sociales» y nada más.

El secretario Vance, a su regreso de Ecuador, recibió un cable con la explicación de Young. Tranquilizado al ver que se trataba simplemente de un encuentro fortuito, Vance

autorizó al portavoz del Departamento de Estado, Tom Retson, para que diera a conocer la versión de Young a mediodía del lunes 13 de agosto.

Una vez parecían haberse disipado las dudas, el Mossad se las ingenió para que llegasen a Young ciertos rumores en el sentido de que si creía que Israel iba a conformarse con ello estaba muy equivocado.

Preocupado, Young solicitó y obtuvo una entrevista con Yehuda Blum que duró dos horas. Ignoraba que su interlocutor estaba al corriente de todas las conversaciones que había sostenido con Bishara y Terzi durante la reunión y por ello Blum consiguió hacerle admitir mucho más de lo que había informado oficialmente.

En primer lugar, Blum no estaba demasiado entusiasmado con Young y en la mayoría de sus informes no dispensaba a éste grandes elogios. Pero como era un diplomático experto, poseía la transcripción y sabía exactamente lo que había sucedido, estuvo en condiciones de sonsacarle. Ello representaba poder utilizar a Young como fuente, por lo que no tendrían que exponerse a descubrir que ya estaban al corriente de todo.

Young, que aún creía que la principal intención de Israel era conseguir que las negociaciones siguieran adelante, ignoraba que estaba siendo manipulado. Tras la reunión con Blum y el reconocimiento de los hechos por parte de Young, Begin hizo comparecer a su presencia al embajador de Estados Unidos en Israel y le expuso una queja formal que fue transmitida al embajador casi al mismo tiempo que a los medios informativos para asegurarse de que la noticia no se perdía entre la confusión reinante.

Hacia las siete de la mañana del 14 de agosto, en el escritorio de Vance, en Washington, se encontraba un cable urgente procedente de la embajada americana en Israel en que se esbozaba lo que los israelíes pretendían que Young había explicado al Departamento de Estado y que difería considerablemente de lo que ellos, a su vez, habían comunicado el día anterior a los medios informativos. Vance fue a la Casa Blanca y dijo a Carter que Young debía dimitir. Carter accedió provisionalmente, aunque alegando que deseaba «pensárselo aquella noche».

Young se presentó en la residencia familiar de la Casa Blanca a las diez de la mañana del día siguiente, 15 de agosto de 1979, llevando su carta de dimisión. Tras una sesión de noventa minutos salió un rato y luego volvió a reunirse con el presidente y ambos fueron a la oficina de Hamilton Jordán, donde se habían reunido los altos cargos de la Casa Blanca. Carter le pasó el brazo por los hombros mientras Young comunicaba a sus amigos que había dimitido. Dos horas después el secretario de Prensa Jody Powell, esforzándose por guardar la compostura, anunciaba la lamentable dimisión de Young.

Cuando Strauss, enviado de paz de Estados Unidos, se hallaba a bordo del avión que le conducía a Oriente Medio comentó:

—Este asunto de Young... refuerza las sospechas infundadas de que Estados Unidos está tratando solapadamente con la OLP.

Más tarde Young trataría de defender sus actos diciendo:

—Yo no mentí: simplemente dejé de confesar la verdad. Inicié mi observación [al Departamento de Estado] diciendo: «Voy a dar a ustedes la versión oficial», y *les di* una versión oficial, por lo que no engañé a nadie.

Pero el mal ya estaba hecho. Young había sido anulado y transcurriría mucho tiempo antes de que ningún americano intentara volver a negociar con la OLP. Por consiguiente, a través de su extensa red de actividades clandestinas, Al había conseguido dar fin a la

carrera de uno de los más íntimos amigos de Carter... pero al que Israel no consideraba su amigo.

Al cabo de unos días de que la historia apareciese en los titulares de los periódicos, Ury Dinure manifestó que el ambiente estaba demasiado enrarecido para seguir allí y solicitó el traslado. Se clausuraron todos los pisos francos del Mossad y la operación de Nueva York se trasladó a otros apartamentos. El Instituto estaba convencido de que se emprenderían medidas contra ellos, pero nada sucedió. Era como escuchar el silbido de una bomba cuando está cayendo: uno permanece sentado esperando a que estalle, a que todo se desplome, pero al final no sucede nada.

No obstante la principal secuela de esta aventura no tardaría en convertirse en uno de los más desagradables capítulos de las relaciones entre judíos y negros en Estados Unidos.

Los líderes negros americanos se sintieron abrumados ante la marcha de Young. El alcalde Richard Hatcher, de Gary, en Indiana, declaró a la revista *Time* que había sido una «dimisión forzada» que representaba «un insulto para la gente de color». Benjamín Hooks, director ejecutivo de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (ANPGC), declaró que Young había sido «una víctima propiciatoria de circunstancias para él incontrolables». Añadió que Young «debería haber recibido una medalla de la presidencia» por tan brillante lance diplomático en lugar de perder su cargo por tal causa.

El reverendo Jesse Jackson, más tarde candidato a la presidencia de Estados Unidos, dijo:

—Existe una gran tensión en el país en torno a esta dimisión forzada.

Y describió las relaciones entre negros y judíos como «más tensas que nunca desde hacía veinticinco años».

El propio Young aseguró que no se produciría polarización entre dirigentes judíos y negros, pero predijo que habría «algo similar a un enfrentamiento de amigos». Añadió que la actitud consecuente de la comunidad negra hacia Oriente Medio no debería «considerarse en modo alguno antisemita. Acaso sea pro palestina en cierto modo, a diferencia de antes, en cuyo caso la comunidad judía tendrá la responsabilidad de encontrar un modo de aludir a ello sin mostrar su antagonismo».

Otros dirigentes negros deseaban saber por qué Young había sido cesado por entrevistarse con la OLP, mientras que el embajador norteamericano Wolf, notable líder judío, no lo era pese a haber celebrado diversas conversaciones con la OLP. La principal diferencia, naturalmente, radicaba en que Wolf no había sido descubierto tratando de ocultarlas.

Sin duda que el principal favorecido en este juego de intrigas pareció ser la OLP, no Israel, puesto que las organizaciones negras de Estados Unidos acudieron cada vez más en apoyo de Young, y la causa de la OLP, hasta entonces ampliamente ignorada por los medios de comunicación, comenzó a disfrutar repentinamente de una atención más propicia. A fines de agosto, el reverendo Joseph Lowery, presidente de la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur, se puso al frente de una nueva delegación que fue a Nueva York para transmitir a Terzi su incondicional apoyo en pro de los «derechos humanos de los palestinos, comprendido el derecho a la autodeterminación de su patria». Al día siguiente, en su reunión con el embajador Blum, el grupo manifestó: «No nos

disculpamos por nuestro apoyo a los derechos humanos palestinos, al igual que no nos disculpamos ante la OLP por el continuo apoyo que siempre hemos dado al Estado de Israel.» Se dice que Blum respondió:

—Es ridículo compararnos con la OLP: sería como parangonar a unos criminales con las fuerzas del orden.

Una semana más tarde, un grupo de doscientos líderes negros americanos se reunía en el cuartel general de la ANPGC en Nueva York y declaraban:

—Algunas organizaciones de intelectuales judíos que anteriormente se habían identificado con las aspiraciones de los negros americanos... se han disculpado por el estatus quo racial... los judíos deben mostrar ahora más sensibilidad y estar preparados para celebrar más consultas antes de tomar posiciones contrarias a los intereses de la comunidad negra.

Un grupo de once organizaciones judías respondieron: «Con pesar e irritación tomamos nota de estas declaraciones. No podemos colaborar con aquellos que recurren a verdades a medias, mentiras e intolerancia de cualquier modo o de cualquier origen... No podemos colaborar con quienes cederían al chantaje árabe.»

Jesse Jackson aparecía en la revista *Time* de 8 de octubre abrazando a Yasser Arafat, en parte como una misión para la que se había autodesignado cuando Begin se negó a reunirse con él por las simpatías que demostraba hacia la OLP. Jackson calificó la negativa de «un rechazo a los negros de América, a su apoyo y a su dinero». Durante el mismo viaje de Jackson, Lowery acompañó a Arafat en un coro cantando «Venceremos».

A fines de aquel mes Vernon E. Jordán hijo, jefe de la Liga Nacional Urbana, intentó serenar las agitadas aguas en un discurso que pronunció en Kansas City en estos términos:

—Las relaciones negro-judías no deberían ponerse en peligro por precipitados flirteos con grupos terroristas dedicados al exterminio de Israel. El movimiento de derechos civiles de los negros nada tiene en común con facciones que comprometen sus pretensiones a la legitimidad por el asesinato a sangre fría de civiles inocentes y niños.

Jackson, que aludía a la OLP como a «un gobierno en el exilio», se reunió con Jordán en Chicago y posteriormente éste explicó:

—Acordamos discrepar sin mostrarnos desagradables.

No sucedió lo mismo con Moshe Dayan. En octubre de 1979, cansado de la política de línea dura de Begin en su trato con los palestinos, Dayan dimitió —precisamente en plena reunión del gabinete un domingo por la mañana—, dejando que aquél se hiciera cargo personalmente del Ministerio de Asuntos Exteriores. En entrevista posterior con Dean Fischer, jefe de la agencia de *Time* en Jerusalén, y David Halevy, corresponsal, Dayan manifestó:

—Los palestinos desean la paz y están dispuestos a cualquier clase de acuerdo. Estoy convencido de que podría conseguirse.

Tal vez sea así, pero él no viviría para verlo.

Toda esta cuestión dio paso a otras operaciones en las que se recogió información de senadores y congresistas, porque casi parecía que se había recibido aprobación para ello. Sin duda que debían de tener alguna idea sobre las implicaciones del Mossad, pero nada sucedió: no se dijo nada. En el juego de la inteligencia, cuando se ve actuar a alguien se

desvía la mirada, incitándole así a intentar algo más audaz hasta que uno se vea obligado a golpearle en la mano o en la cabeza, donde primero se alcance.

Al debía de haber recogido las grabaciones de las distintas casas, obteniendo datos del Senado y el Congreso, realizando acercamientos, mezclándose, reclutando, obteniendo copias de documentos, abriendo la misteriosa valija diplomática; en resumen, efectuando todas las operaciones generales de una base. Sus *katsas* asistían a fiestas en Washington y Nueva York: todos dirigían sus negocios.

Uno de ellos controlaba un servicio de escoltas que aún existe.

El Mossad ni siquiera admite la presencia de Al dentro del Instituto. Se dice que la inteligencia israelí no opera en Estados Unidos, pero la mayoría de miembros del Mossad conoce la existencia de Al, aunque ignora exactamente cuáles son sus actividades. Lo más sorprendente es que, cuando LAKAM se destapó en el caso Pollard, la gente del Mossad aseguró:

—Nosotros no trabajamos en Estados Unidos.

Lo que tan sólo demuestra que no siempre puede uno fiarse de las palabras de un espía.

15. OPERACIÓN MOISÉS

Allí estaban todos: los diplomáticos extranjeros que huían del agobiante calor de Jartum; los turistas procedentes del otro extremo de Europa deseosos de aprender técnicas submarinas en el mar Rojo o disfrutar de visitas acompañadas por el desierto nubio, y los oficiales sudaneses que descansaban en el nuevo centro turístico construido a ciento veinte kilómetros al norte de Port Sudan.

¿Cómo podían saber que se trataba de un frente del Mossad? Lo cierto es que aquella mañana de comienzos de enero de 1985, cuando los cincuenta y tantos clientes despertaron y descubrieron que el personal había desaparecido —salvo algunos indígenas que se quedaron a servirles el desayuno—, todavía ignoraban lo que había sucedido. Aún hoy son pocos los enterados. Por lo que se refiere a los auténticos turistas, los propietarios europeos del centro habían quebrado, según pretendían las notas que habían dejado, aunque se les aseguraba una completa indemnización (que realmente consiguieron). El personal, ya fuesen empleados del Mossad o miembros de la marina israelí, había desaparecido sigilosamente por la noche, unos en barco, otros por aire, dejando alimentos en abundancia junto con cuatro camiones que devolverían a los turistas a Port Sudan.

Pero lo que sucedió en ese campamento fue uno de los más importantes casos de fuga en masa de la historia, un caso tan sólo parcialmente conocido en el mundo como Operación Moisés: el rescate de miles de judíos etíopes, o falachas, desde una Etiopía destrozada por la guerra y asolada por la sequía hasta Israel.

Muchas historias e incluso libros han ilustrado el audaz y secreto transporte aéreo efectuado por los israelíes de los falachas sudaneses refugiados en campamentos de Sudán y Etiopía. Para tal fin utilizaron un Boeing 707, un vuelo chárter de la TransEuropean Airways belga, trasladándolos por una ruta tortuosa desde Jartum o Addis Abeba a través de Atenas, Bruselas, Roma o Basilea hasta Tel-Aviv.

Según las historias que circularon —todas ellas facilitadas por los especialistas en desinformación del Mossad—, fueron rescatados doce mil judíos negros etíopes en aquella rápida y espectacular operación. En realidad los rescatados fueron unos dieciocho mil, de los que únicamente cinco mil lo hicieron por el públicamente famoso chárter belga: los restantes fueron evacuados a través del «centro turístico» del mar Rojo.

A comienzos de siglo había varios centenares de miles de falachas en Etiopía, pero hacia 1980 su número se había quedado reducido a un máximo de veinticinco mil, que estaban desperdigados principalmente por la lejana provincia de Gondar, al noroeste del país. Durante dos siglos los falachas habían suspirado por la tierra prometida, pero hasta 1972 no fueron oficialmente reconocidos como judíos por Israel. El gran rabino sefardita Ovadis Yosef decretó que los falachas procedían «indudablemente de la tribu de Dan», lo que los convertía en los habitantes de la bíblica tierra de Havileh, la actual península del sur de Arabia. Los falachas creen en la *Tora,* las escrituras básicas judías, se someten a circuncisión y observan el *sabbat y* las leyes dietéticas. Irónicamente una de las claves de las conclusiones rabínicas fue que eran realmente judíos porque no celebran el Hanuká, fiesta instituida en 165 A.C. por Judas Macabeo en memoria de la reconciliación del Templo después de su profanación por Antíoco Epifanes. Pero esto no formaba parte de

la historia de los falachas porque habían abandonado Israel mucho antes, con la reina de Saba, durante el reinado de Salomón.

Como resultado de los descubrimientos del Gran Consejo Rabínico, un comité gubernamental decidió que aquellos etíopes estaban comprendidos en el Decreto de Retorno de Israel, que automáticamente permite a todos los judíos convertirse en ciudadanos en el momento en que llegan a vivir al país.

En 1977, cuando Menahem Begin se convirtió en primer ministro, prometió ayudar a los falachas a ir a la tierra prometida. Mengitsu Haile Marian, dirigente etíope que se había enfrentado a una sangrienta guerra civil a comienzos de 1970, amenazó con graves castigos a cualquiera que intentase escapar, por lo que Begin elaboró un plan de tráfico secreto de armas con aquel país, a cambio de las misiones encubiertas que emprenderían en Etiopía y Sudán para rescatar a los falachas.

Sólo ciento veintidós judíos negros habían escapado de Addis Abeba cuando el 6 de febrero de 1978 el ministro de Asuntos Exteriores Moshe Dayan informó a un reportero radiofónico en Zurich de que Israel estaba vendiendo armas a Etiopía. Marian, que había exigido que el trato se mantuviera en secreto, lo canceló inmediatamente.

En 1979, cuando Begin y Anwar al-Sadat suscribieron los acuerdos de Camp David, Begin convenció a Sadat de que pidiera a Jaafar al-Nemery que permitiese a los falachas salir de los campos de refugiados de Sudán e ir a Israel. Durante años sucesivos, algunos de ellos, tal vez unos cuatro mil, lo consiguieron, aunque también ese plan fracasó cuando Sadat fue asesinado en 1981 y al-Nemery se convirtió al fundamentalismo islámico.

Sin embargo, hacia 1984 la situación se había vuelto crítica. Los falachas, que junto con otras legiones de etíopes sufrían horribles sequías y hambre, comenzaron a ir en tropel a Sudán en busca de alimentos. En septiembre de 1984, cuando el entonces viceprimer ministro en funciones de Israel Yitzhak Shamir se reunió con el secretario de Estado norteamericano George Schultz en Washington, pidió a los americanos que utilizaran su ascendiente con Egipto y Arabia Saudí para convencer a al-Nemery de que autorizase una operación de rescate con el pretexto de la operación de Ayuda Internacional de Alimentos. A Sudán, que ya tenía problemas con la sequía y la guerra civil que se libraba en el sur, no pareció disgustarle la perspectiva de contar con algunas miles de bocas menos que alimentar. Pero de nuevo los oficiales etíopes y sudaneses exigieron absoluto secreto.

Y realmente, entre noviembre de 1984 y enero de 1985, la operación fue secreta. Durante la primera semana de enero de 1985 George Bush, entonces vicepresidente de Estados Unidos y que contaba con la aprobación de al-Nemery, envió un avión Hércules estadounidense a Jartum, donde recogió a quinientos falachas que condujo directamente a Israel.

Esa parte de la operación sería ampliamente divulgada posteriormente en libros y noticias aparecidas en los periódicos. Muchos se enteraron de ello, comprendidos los americanos, británicos, egipcios, sudaneses y los propios etíopes, así como numerosos oficiales de las líneas aéreas europeas. Pero todos lo mantuvieron en secreto hasta que Yehuda Dominitz, un oficial veterano de la United Jewish Agency, informó a un periodista de *Nekuda,* un pequeño periódico de los colonos judíos de la Orilla Occidental, de que se hallaba en curso la operación rescate. Y de ese modo concluyó no sólo la

maniobra a que se refería sino también la secreta organizada por el Mossad en las playas del mar Rojo.

Como suele suceder en estos casos, la cofradía periodística de Israel estuvo constantemente al corriente de lo sucedido o, por lo menos, de cuanto el Mossad y el gabinete del primer ministro desearon informarles, pero acordaron silenciar la historia hasta que los autorizasen a imprimirla. Existe un comité de editores llamado *Vaadat Orchim* que reúne a todos los medios de comunicación más importantes de Israel y se reúne regularmente con los funcionarios del gobierno para mantenerlos al corriente de los acontecimientos generales. La televisión israelí está asimismo vigilada por el gobierno, al igual que todo, salvo una emisora de radio pirata, por lo que nunca constituye un problema controlar la radiodifusión.

Los periodistas se abastecen de esas historias oficialmente vetadas, lo que los hace sentirse como si formasen parte del gobierno. Incluso pueden salir acompañando alguna misión, en el bien entendido de que dispondrán de todos los datos necesarios, cuando convenga a los intereses de Israel divulgar la historia. Algunos opinan que esto es preferible a la censura (aunque Israel también la practica).

Una vez se divulgaron las noticias de la operación secreta, la reacción de Arabia Saudí fue inmediata y previsible. Libia solicitó una sesión especial de la Liga Árabe y los periódicos de muchos países árabes condenaron a Sudán por cooperar con Israel.

Por su parte, el gobierno sudanés negó haber intervenido en modo alguno en la expedición aérea, y Hasehm Osman, ministro de Asuntos Exteriores, visitó a diplomáticos árabes, africanos y asiáticos, acusando a Etiopía de «cerrar los ojos» al éxodo de los falachas a cambio del dinero y las armas que recibía de Israel. Goshu Wolde, su homólogo etíope, repuso que Sudán había estado sobornando a «gran número de judíos etíopes para que huyesen del país». El *Al raí al A'am* kuwaití, en un editorial redactado en términos muy enérgicos, denunciaba: «El contrabando de judíos etíopes por Sudán no puede considerarse un hecho pasajero sino como una nueva derrota infligida a la nación árabe.»

Imagínense cuan trastornados se habrían sentido si hubiesen estado al corriente de todo.

Por el tiempo en que tuvo lugar la operación, el primer ministro Shimon Peres declaró públicamente:

—No descansaremos hasta que todos nuestros hermanos y hermanas de Etiopía estén sanos y salvos en la patria.

En la primavera de 1984, cuando empeoraba la situación de los falachas que se morían de hambre, Peres se preparó para hacer realidad sus sueños. Mientras se celebraban conversaciones con otros gobiernos para efectuar un transporte aéreo a través del enlace de Bruselas, Peres visitó a Admony, entonces jefe del Mossad, nombre clave «ROM», a fin de que ideara algún plan para rescatar a más falachas.

Admony, reconociendo la urgencia de la situación, obtuvo autorización de Peres para utilizar recursos ajenos al Mossad si lo creía necesario, fuesen civiles o militares.

Después de aquella reunión, visitó a David Arbel, entonces jefe del Tsafririm, que significa «brisa matinal», departamento cuya única finalidad consiste en salvar judíos doquiera que estén amenazados. Arbel, como hemos visto, se había hecho tristemente famoso en el desastre de Lillehammer.

El departamento de Arbel era responsable de organizar grupos de defensa judíos, llamados «estructuras» o *misgerot,* por todo el mundo, comprendiendo a la sazón algunas partes de Estados Unidos donde el antisemitismo se consideraba una amenaza. La gente dotada de habilidades especiales, como los doctores, suelen estar en reserva y ser convocados durante breves períodos para colaborar en tales estructuras. Normalmente los jefes de la base para las estructuras de diversos países son empleados retirados del Mossad. Esta tarea suele ser considerada como una especie de gratificación a los fieles servicios prestados, un *tshupar,* que se basa en la idea de que si hemos conseguido toda esa experiencia, ¿por qué desaprovecharla?

La principal función consiste en ayudar a los dirigentes de las comunidades judías del exterior de Israel a establecer planes para su propia seguridad. Parte de ello se realiza a través de los *hets vakeshet, o* «arcos y flechas», brigadas juveniles israelíes paramilitares. Mientras todos los jóvenes israelíes de ambos sexos pertenecen a este *eduday noar ivry,* o «batallón de la juventud hebrea», los jóvenes de otros países suelen ser admitidos para pasar los veranos instruyéndose sobre seguridad, ejercitándose en habilidades como el uso de un rifle de francotirador o un Uzi de asalto. Otros aprenden niveles más elevados de seguridad, tales como preparar un escondrijo para camuflar armas o documentos, cómo y cuándo efectuar controles de seguridad y los rudimentos de la investigación y el servicio secreto.

Los gobiernos únicamente aprueban el uso de estructuras para su autoprotección, aunque todos los oficiales del Mossad saben cómo utilizarlas. Por ello Yitzhak Shamir las conocía, mas Peres, aunque fuese primer ministro, como nunca había pertenecido a la organización, no estaba al corriente de su existencia. Israel no vende directamente armas a tales entidades extranjeras, pero sí las facilita indirectamente, en un acuerdo secreto con traficantes conocidos de armas.

El Mossad no considera que tales organismos capten información, aunque los jefes de la base saben por experiencia que el camino más directo para ser elogiados es facilitando datos útiles. Muchos jóvenes entrenados en los campamentos de verano de Israel se convierten después en *sayanim,* lo que sin duda proporciona una importante reserva de colaboradores voluntarios, bien entrenados, que no se arredran ante las consignas y que ya han demostrado su habilidad para asumir riesgos. Con excepción de Canadá y Estados Unidos, las comunidades judías exteriores de Israel cuentan con estructuras entrenadas y armadas, dispuestas a defenderse llegado el caso.

Sin embargo, para esta operación en especial el Mossad tuvo que reclutar colaboradores. Tras su encuentre con Admony, Arbel reunió a sus oficiales veteranos en el departamento de Tsafririm.

—Deseo conseguir un Entebbe —dijo—. Quiero que mi nombre pase a la historia.

Arbel explicó a sus oficiales sus propósitos de que saliera cuanto antes el mayor número posible de falachas del Sudán.

—Todos ellos.

Y a continuación les pidió que pensaran cómo podrían conseguirlo.

El departamento de Arbel solía trabajar con un presupuesto muy reducido, pero en aquella ocasión era evidente que conseguirían todo cuanto precisasen. Hayem Eliaze, que dirigía la división especializada en operaciones clandestinas para rescatar a los judíos del otro lado de las líneas enemigas, asumió directamente el cargo del proyecto secreto Moisés, con la orden de elaborar cuanto antes un plan de operaciones.

Al cabo de tres días Eliaze reunía a su equipo para una sesión prolongada e intensísima en sus oficinas fuera del edificio donde se hallaba el cuartel principal del Mossad, la avenida de Ibn Gabirol, en el piso superior de la embajada sudafricana en Tel-Aviv.

Ante las paredes cubiertas con mapas detallados y en relieve y teniendo a la vista la información que habían recogido de Sudán, cada uno de ellos fue exponiendo su punto de vista de la situación y el mejor modo que consideraban de abordarla. Los falachas se hallaban situados en su mayoría en campamentos de las zonas de Kassala y Alatarch, al oeste de Jartum, hacia las fronteras de Etiopía. En ningún caso podrían contar con los rebeldes sudaneses del sur, que combatían contra el gobierno central desde hacía años.

Durante una de las sesiones, uno de los hombres que estudiaba el mapa de la zona dijo que recordaba un incidente ocurrido en las proximidades de Magna, en el extremo noroeste del mar Rojo, en que un buque portamisiles israelí que regresaba por el canal de Suez había tropezado con problemas técnicos en su radar cuando el girocompás se encalló y desvió accidentalmente al buque de su camino. La nave arribó a una playa de Arabia Saudí a altas horas de la noche, y estuvo a punto de provocar un incidente internacional.

Milagrosamente la nave, con una velocidad de crucero muy superior a los treinta nudos, encalló en un hueco formado entre los arrecifes coralíneos antes de llegar a la playa. Al cabo de unas horas, respondiendo a los informes emitidos por radio desde el barco, fueron enviados comandos de la marina israelí para que se hicieran cargo de la situación. Todos los documentos se retiraron, la tripulación embarcó en otro navio y los comandos instalaron una avanzada en la playa para defender su posición si era necesario. Al despuntar el alba se observó el singular espectáculo de un buque israelí custodiado por comandos varado en medio de una playa saudí.

Puesto que ambos países no mantenían relaciones, los oficiales israelíes pidieron a los americanos que explicasen a los saudíes que no se trataba de una invasión sino tan sólo de un accidente, advirtiéndoles al mismo tiempo que darían muerte a cualquiera que se aproximase al barco. Normalmente no se hubiera encontrado nadie presente en varios centenares de kilómetros a la redonda en aquel remoto punto del desierto, pero sucedió que una tribu beduina estaba celebrando algún acontecimiento a un kilómetro y medio de distancia aunque, por fortuna, no llegaron a aproximarse. Los saudíes enviaron a algunos observadores y se llegó al acuerdo de que, si los comandos abandonaban sus fortificaciones en la playa, ellos permitirían a los israelíes conducir su nave a alta mar.

En principio se proponían volar el barco, pero la marina se negó a ello (varios de esos buques portamisiles fueron finalmente cedidos a la marina de Sudáfrica, que aún los sigue utilizando). En lugar de ello, hicieron llegar un helicóptero con suministro de *styrofoam,* líquido con el que rociaron todo el casco de la nave, engancharon un cable en la proa a otros dos buques y lo arrastraron de la playa, remolcándolo durante todo el trayecto hasta el puerto de Eilat.

Como suele suceder en sesiones tan intensas, el recuerdo de tales anécdotas suele inspirar otras ideas. En el curso de la narración alguien dijo:

—Aguarda un momento, actualmente hemos pasado muy próximos a las costas de Sudán. Podríamos acercarnos muchísimo a la costa con nuestros buques. ¿Por qué no recoger con ellos a los falachas?

—¿Qué te propones? ¿Poner un letrero que diga «Base de operaciones del Mossad. No entren, por favor»? —bromeó otro de los presentes.

—No —repuso el hombre—. Instalemos un club de submarinismo. El mar Rojo es muy propicio para la práctica de tal deporte.

En un principio el grupo descartó la idea, pero a medida que transcurría el tiempo y surgían y se desechaban otras ideas, la propuesta de instalar una escuela y un club de submarinismo fue adquiriendo consistencia. Conocían a un individuo de aquellas playas que tenía en funcionamiento una especie de club de tales características. Aunque pasaba más tiempo practicando submarinismo y holgazaneando que enseñando o alquilando su equipo, por lo menos representaba una presencia ya establecida allí. Planeándolo adecuadamente y consiguiendo la aprobación necesaria de Jartum, aquél podría llegar a convertirse en un centro de recreo completo.

Yehuda Gil, que se expresaba perfectamente en árabe y era un *katsa* muy experto, fue enviado a Jartum simulando ser representante de una empresa turística belga que deseaba promocionar el submarinismo en el mar Rojo y las excursiones turísticas por el desierto de Sudán. Normalmente los *katsas* no acuden a los países árabes por la cantidad de conocimientos que poseen y el peligro que representa que pudieran ser obligados a compartirlos con el enemigo en el caso de ser capturados. Pero dado el apremio de la situación, en aquella ocasión se decidió asumir tal riesgo.

La misión de Gil consistía en obtener los permisos necesarios, lo que suponía sobornar a varios oficiales y acelerar los planes de turismo de la empresa que representaba. Alquiló una casa en el sector norte más selecto de Jartum e inició sus actividades.

Por el mismo tiempo otro miembro del Tsafririm volaba a Jartum y a continuación a Port Sudan y desde allí se dirigía en coche a la playa para reunirse con el individuo que dirigía el pequeño club de submarinismo. Quiso la suerte que éste ya estuviera cansado de permanecer en aquel lugar y, tras considerables regateos, accedieron a enviarlo a Panamá (donde todavía lleva la existencia de un clásico holgazán de playa) y su club pasó inmediatamente a poder de un nuevo propietario.

El Mossad comenzaba a considerar aquella operación como otra «Alfombra Mágica» (un famoso rescate llevado a cabo a comienzos de 1950 de judíos de Yemen que habían llegado a Israel en un avión Hércules). Habían decidido utilizar el mismo aparato para enviar a los falachas, pero el campamento de turistas tendría que ser drásticamente ampliado como tapadera de la operación. Entretanto, Gil había conseguido registrar la nueva empresa y estaba organizando auténticas giras por Europa para atraer turistas a la zona. Seguidamente descubrieron un buque hundido a unos cien metros de la playa y a unos veinte metros de profundidad: un lugar perfecto para practicar un submarinismo poco profundo y que constituiría una excelente atracción turística.

Se inició una campaña de reclutamiento de trabajadores entre los aldeanos de la localidad al tiempo que los oficiales del Tsafririm contrataban discretamente en Tel-Aviv a cocineros, instructores de submarinismo y otros especialistas necesarios para poner en funcionamiento el centro. Necesitaban gente que hablase francés o inglés. No obstante, el dominio del árabe era una ventaja porque permitiría comprender las conversaciones que sostuvieran los oficiales y diplomáticos árabes que pudiesen alojarse en calidad de clientes.

Los reclutamientos se efectuaban entre personas que habían estado relacionadas en anteriores operaciones con el Tsafririm, y recurrieron asimismo al servicio secreto de la marina para conseguir los especialistas necesarios, que actuarían como instructores de los turistas.

Para poner el centro de recreo en marcha se reunió un equipo de unos treinta y cinco israelíes. Todos ellos tenían la documentación necesaria, pero como el factor tiempo era crucial, organizaron toda la operación por equipos. En cuanto a los obreros locales de la construcción, contaban con cuatro grupos que se turnaban cada cuatro días. Entretanto, acudía por las noches un equipo de israelíes para acelerar la construcción. Sin embargo, por causa de los cambios de turno, nadie recelaba a su regreso al encontrarse concluida alguna parte del edificio.

En cuanto a los obreros israelíes, también se cambiaban regularmente. En lugar de seguir el proceso de conseguir credenciales para cada uno, preparaban simplemente documentos en los que figuraban ciertos nombres que cada nuevo equipo exhibía para demostrar que eran ellos quienes respondían de la situación.

Únicamente obtuvieron permiso para llevar tres vehículos: un Land Rover y dos camiones descubiertos, pero en realidad contaban con nueve camiones. Se limitaron a duplicar las placas de matrícula y los registros y ocultaron los vehículos adicionales.

La operación estuvo casi a punto de irse a pique por causa de un estúpido error. Alguien decidió embarcar un cargamento de planchas de césped en una barcaza y una vez instaladas, cuando el equipo de obreros locales apareció al día siguiente, se encontraron de repente con una hermosa extensión verde en un lugar donde desde hacía siglos únicamente había habido arena. ¿Cómo conseguir que el césped creciera de la noche a la mañana? Y aunque se les explicara en qué consistía el milagro, ¿dónde conseguir aquellas planchas en Sudán? Afortunadamente, aparte de algunas miradas de sorpresa, los indígenas se limitaron a reanudar su trabajo.

En Jartum, Gil preparó folletos propagandísticos del club que ya había comenzado a distribuir entre las agencias de viaje de toda Europa, ofreciendo precios especiales por persona. El centro no atendía a grupos, pues lógicamente éstos suelen conocerse entre sí y se muestran mucho más curiosos con lo que sucede a su alrededor.

El complejo estuvo construido casi en un mes. Además de los edificios principales destinados a los turistas, la cocina, los dormitorios y demás, había varios cobertizos para equipamiento de comunicaciones de la casa y armas. (El Mossad no se presentaría en un lugar como aquél desarmado.) También habían logrado infiltrar todo el equipo necesario para iluminar improvisados campos de aviación en el desierto: balizas, focos, luces laterales, localizadores de dirección de viento y localizadores de distancia por láser.

Los alimentos y otros suministros necesarios los recibirían desde Israel por buques portamisiles que llegaban a poca distancia de la playa, a media milla de la costa. Como quiera que en aquel lugar trabajaban unos seis indígenas, debía conocerse previamente su localización antes de que llegase un buque, puesto que en tal caso corría el peligro de no ser descargado.

Mientras todo esto sucedía, se hallaba asimismo en marcha el resto de la operación, comprendido el chárter belga, y los miembros del Mossad satisfacían enormes sumas para sobornar a los oficiales sudaneses. A uno de ellos, el general Omer Mohammed al-Tayeb, antiguo vicepresidente que llegó a ser jefe de seguridad del país bajo el mandato del presidente al-Nemery, se le impusieron dos condenas de muerte y una multa de

veinticuatro millones de libras sudanesas en abril de 1986 por su participación en la huida de los falachas.

Durante aquel período llegó al cuartel general del Mossad la noticia de que un oficial sudanés quería una bicicleta de diez marchas para contribuir a acelerar la gestión de los documentos de los falachas. Como las cosas no suelen ser lo que parecen en ese género de negocios, en Israel se quedaron perplejos ante tal petición y enviaron a su vez un mensaje a su contacto pidiendo una aclaración. De nuevo se recibió un mensaje indicando que el hombre deseaba una bicicleta de diez velocidades. Los oficiales del Mossad trataron de imaginar qué significaba aquello. ¿Acaso quería el peso de una bicicleta en oro? ¿Era aquélla una clave que no comprendían? Aún confusos volvieron a enviar otra nota pidiendo más aclaraciones y de nuevo insistió su contacto en que el hombre quería una bicicleta de diez marchas. Punto.

Finalmente comprendieron que deseaba realmente una bicicleta, por lo que le enviaron una Raleigh de recreo, lo menos que podían hacer.

En el centro los israelíes espiaban el sistema de radar sudanés hasta que descubrieron en él una pequeña laguna, parcialmente cubierta por los radares egipcios y de Arabia Saudí, en la zona de Rosal-Hadaribah, una región montañosa próxima a la frontera entre Egipto y Sudán, donde un avión que volara a escasa altura podía pasar sin ser detectado.

De modo que se decidió que el Hércules partiría de la base militar de Eilat, llamada Uvda, y sobrevolaría el golfo de Aqaba y el mar Rojo en dirección a aquel punto desprovisto de protección enemiga, para regresar después a las pistas de aterrizaje que estaban siendo construidas en el desierto. A fin de localizar pistas convenientes llevaron a cuatro pilotos israelíes al complejo, quienes simularon ser guías para las visitas al desierto. De aquel modo podían circular libremente en coche mientras señalaban en un mapa los puntos idóneos de aterrizaje. Asimismo explicaron al restante personal del centro cómo debían instalar las pistas, aleccionándolos en cuanto a dimensiones, iluminación y comunicaciones.

Hasta los espías tienen sentido del humor de vez en cuando. En cierta ocasión un elemento del Tsafririm llevó a uno de los pilotos israelíes a Jartum para resolver unos asuntos y acabaron en un chalé propiedad de un hombre de negocios de la localidad. Gil también se encontraba allí y mientras que él y el hombre del Tsafririm sabían lo que hacían, el piloto creía que Gil era un auténtico hombre de negocios. En determinado momento en que el dueño de la casa se hallaba ausente, el oficial del Tsafririm preguntó a Gil a qué se dedicaba y éste, a su vez, también se interesó:

—¿Y usted qué hace?

—Soy un espía israelí —repuso el hombre.

El piloto palideció mortalmente, pero sus compañeros se echaron a reír y el piloto no dijo nada hasta que se hallaban camino de regreso. Cuando se encontraban a varios kilómetros de distancia de Jartum, increpó repentinamente a su compañero:

— ¡Eres un imbécil! ¡No vuelvas a hacer nada por el estilo, ni siquiera para bromear!

El oficial del Tsafririm tardó más de un cuarto de hora en apaciguarle.

Lograr que los falachas salieran de los campamentos seguía siendo un reto para los organizadores de la operación. Por entonces eran centenares de miles los etíopes negros que habían huido de la guerra y del hambre que asolaba su país y se amontonaban en los campos de refugiados sudaneses, de modo que el problema consistía en distinguir a los judíos entre los demás.

Para conseguirlo, algunos valerosos falachas que ya se hallaban a salvo en Israel —y que corrían peligro de muerte si eran descubiertos— accedieron a regresar y organizar a los suyos en grupos. Muy pronto se divulgó la noticia de este proyecto entre los falachas, pero limitándose por completo a dicha comunidad, y en breve estuvo solucionada aquella fase de la operación.

Hacia el mes de marzo de 1984, había llegado el primer turno de turistas europeos, y en torno a los círculos diplomáticos y gubernamentales de Jartum se hablaba de aquel maravilloso lugar de recreo. Desde el instante en que se inauguró hasta la noche en que fue abandonado apresuradamente, el centro estuvo lleno a rebosar, constituyendo un clamoroso éxito comercial. Hubo un momento en que incluso llegaron a bromear acerca de la posibilidad de convencer a los líderes veteranos de la OLP para que celebrasen allí una convención. La OLP se hubiera sentido perfectamente a salvo en Sudán, y el plan propuesto consistía en enviar a los comandos una noche, llevar en manada a los dirigentes de la OLP a los buques y conducirlos como prisioneros a Israel: hubiera sido un éxito.

Por fin estaban dispuestos para la fase final. Se había preparado una pista de aterrizaje y decidido un punto de reunión en el desierto, donde los refugiados serían recogidos por camiones y conducidos en un penoso trayecto de seis horas hasta el avión Hércules. Se suponía que trasladarían cada vez unas cien personas, pero con frecuencia se duplicaba el número de los que se amontonaban bajo una lona en los camiones, débiles y demacrados, durante un largo y agotador viaje. Centenares de falachas, consumidos por el hambre y las enfermedades, encontrarían la muerte en aquel recorrido, y también otros centenares camino de Israel a bordo del atestado avión Hércules, pero puesto que habían sido identificados como judíos, siempre que las circunstancias lo permitieron fueron conducidos hasta Israel para recibir debida sepultura.

Antes de emprender cada viaje, un aparato de reconocimiento de altura detectaba las barricadas sudanesas (normalmente establecidas a media tarde) y notificaba su localización al centro de comunicaciones del complejo residencial por ráfagas digitales de radio.

En el curso de la primera noche, todo pareció marchar sin tropiezos. Encontraron el lugar adecuado en el desierto, evitaron todas las barricadas y llegaron a la pista de aterrizaje antes que aterrizase el Hércules utilizando dos franjas de luces tendidas entre las arenas del desierto. Cuando el aparato apareció entre la noche, los falachas, que jamás habían visto nada semejante tan de cerca, fueron testigos de cómo aquel pájaro gigantesco aterrizaba contra el viento y luego daba la vuelta y se volvía hacia ellos entre el estrépito de sus motores, despidiendo polvo y arena.

Asustados, los doscientos individuos huyeron entre la oscuridad, ocultándose donde pudieron para escapar de aquella espantosa máquina. Los israelíes consiguieron rodear a unos veinte allí mismo. Tras buscar a los restantes durante algún rato decidieron que partiera el Hércules y que se llevase al resto de los falachas la noche siguiente.

Al amanecer habían logrado encontrarlos a todos menos a uno, una anciana que milagrosamente sobrevivió a una marcha de tres días a pie hasta su antiguo campamento y que más tarde llegó a Israel con otro grupo. Los israelíes decidieron que, en lo sucesivo, dejarían a los falachas en los camiones hasta que el Hércules se hubiera detenido y

abierto sus puertas traseras. Entonces conducirían el camión hasta allí e introducirían a la gente directamente en el aparato.

Hasta que se hizo pública la noticia de la Operación Moisés, aquellos transportes aéreos secretos por el desierto se realizaron sin apenas problemas. Casi todas las noches efectuaban su trayecto y solían ser dos o tres los aparatos utilizados al mismo tiempo a fin de conseguir evadir al mayor número de falachas en el menor tiempo posible.

Sin embargo, se produjo un extraño incidente. En una ocasión, un camión vacío tropezó en su camino de regreso con una barricada y, puesto que el chofer y su acompañante no iban debidamente identificados, fueron arrestados por los dos soldados sudaneses de servicio, maniatados y encerrados en una tienda. Aquellas barricadas, destinadas principalmente a controlar las actividades de los rebeldes sureños, tan sólo estaban vigiladas por dos soldados, sin ningún equipo de comunicaciones, y a veces permanecían allí solos durante varios días.

Al advertir que los dos hombres no regresaban al complejo, enviaron en su busca a un pelotón de salvamento, quienes, tras descubrir el camión, elaboraron rápidamente un plan de rescate. El camión de los liberadores avanzó rápidamente hacia la barricada y el conductor gritó a los dos prisioneros que se hallaban en la tienda que se echasen al suelo. Cuando los soldados sudaneses se acercaban a ellos abrieron la puerta posterior y les dispararon con una ametralladora, dando fin a sus vidas allí mismo. Los israelíes prendieron fuego a la tienda y fijando una piedra en el acelerador del otro camión lo enviaron al desierto, a fin de que pareciese que se había producido el ataque de una guerrilla. En cualquier caso el incidente cayó en el olvido.

La única baja que sufrieron los israelíes en aquella operación fue la de un pasajero que viajaba en un camión en dirección a Jartum. También ellos tropezaron con una barricada, pero al ver que el camión no se detenía, los soldados enemigos abrieron fuego contra ellos y dieron muerte al pasajero mientras el conductor conseguía huir. Los dos soldados sudaneses, que no contaban con medios de transporte ni de comunicaciones, no pudieron hacer otra cosa que disparar hasta que el vehículo se perdió de vista.

Pero de pronto, una noche de comienzos de enero de 1985, se recibió un mensaje de Israel con órdenes de «liquidar» inmediatamente la operación. Yehuda Gil, que estaba en Jartum, recogió rápidamente sus objetos personales y todos sus documentos y embarcó en el primer vuelo que partía hacia Europa y desde allí a Israel. Mientras los turistas dormían en el centro de recreo del mar Rojo, los israelíes embarcaron todo su equipamiento, cargaron un Land Rover y dos camiones en un Hércules y abandonaron sigilosamente el país pasando inadvertidos. Hayem Eliaze, el hombre que había estado al frente del complejo, se cayó de un camión cuando lo cargaban en el avión y se rompió una pierna.

Aun así, dos horas y media después, Eliaze estaba de regreso en Israel disfrutando de la adulación de sus compañeros, pero lamentando que un oficial charlatán y el reportero de un periódico hubieran dado fin repentinamente a la quizá más importante misión secreta de rescate de todos los tiempos.

Lamentablemente varios miles de falachas no pudieron ser evacuados ni beneficiarse de la Operación Moisés. Según el activista falacha Baruch Tanga: «Siempre había sido difícil partir... Ahora, cuando aún tenemos a la mitad de nuestras familias allí, lo revelan todo públicamente. ¿Cómo han podido hacer algo semejante?»

No era el único que experimentaba tal decepción.

16. SEGURO PORTUARIO

Hacia el verano de 1985 el presidente libio Mu'ammar al-Gadafi se había convertido en el mismísimo diablo para la mayoría del mundo occidental. Reagan fue el único que autorizó que fuese atacado por bombarderos, pero los israelíes consideraron responsable a Gadafi de haber facilitado gran parte de suministro de armas a los palestinos y a sus restantes enemigos árabes.

Es difícil reclutar a los libios. No los aprecian en ninguna parte, lo cual ya constituye un problema, y deben ser contratados en Europa, pese a que no son grandes viajeros. Libia tiene dos puertos principales: en Trípoli, su capital, y en Bengazi, situada en el golfo de la Gran Sirte, hacia el noroeste. La marina israelí había estado controlando las actividades libias, principalmente mediante patrullas regulares por toda la costa del Mediterráneo. Israel considera el pasillo de Israel a Gibraltar como su «tubo de oxígeno»: constituye su vínculo con América y con la mayor parte de Europa, tanto para las importaciones como para las exportaciones.

En 1985 Israel mantenía relaciones relativamente estables con los restantes países costeros del Mediterráneo sur: Egipto, Marruecos, Túnez, Argel, pero no con Libia.

Éstos contaban con una marina bastante importante, mas tenían serios problemas para su mantenimiento y mano de obra: los buques se caían a trozos. Aunque disponían de grandes submarinos que habían adquirido a la Unión Soviética, no sabían cómo sumergirlos o les daba miedo hacerlo. Las patrulleras israelíes se enfrentaron por lo menos en dos ocasiones a los submarinos libios. Mientras que cualquier submarino se apresuraría a sumergirse, ellos retrocedieron hacia el puerto en franca huida.

Los israelíes tenían una subdivisión de escucha en Sicilia, que compartían con enlaces italianos, quienes también tenían allí una división para tal fin. Pero ello resultaba insuficiente porque los libios, que apoyaban a la OLP y practicaban distintas actividades subversivas, amenazaban las costas israelíes. Israel considera su línea costera como su «bajo vientre», la frontera más vulnerable frente a un ataque y sede de la mayor parte de su población e industria.

Gran cantidad de armas y municiones facilitadas a la OLP procede por vía marítima de Libia, en su mayoría siguiendo la denominada ruta TLT: de Trípoli, en Libia, a Trípoli, en el Líbano. Los israelíes recogían por entonces *algunas* informaciones sobre las actividades libias a través de la República del África Central y del Chad, implicadas en serios choques fronterizos con las fuerzas de Gadafi.

El Mossad contaba con «observadores navales», por lo general civiles, reclutados a través de sus bases en Europa, simplemente para tomar fotografías cuando los barcos entrasen en puerto. Ello no implicaba auténtico peligro y facilitaban algunas indicaciones visuales de lo qué sucedía en el interior de los muelles. Pero aunque descubrieran cargamentos de armas —más que nada por casualidad—, existía una clara necesidad de conseguir acceso a informaciones específicas sobre el tráfico que entraba y salía de Trípoli y de Bengazi.

En una reunión en la que intervinieron el departamento de investigación sobre la OLP del Mossad y el jefe de la división del Tsomet para las relaciones con Francia, el Reino Unido y Bélgica, se decidió intentar el reclutamiento de un controlador de tráfico portuario o de alguien que trabajara en las oficinas del capitán del puerto de Trípoli, con

acceso a informaciones más específicas sobre el nombre e itinerario de los buques, pues aunque el Mossad conocía los pertenecientes a la OLP, ignoraba dónde se encontraban en un momento determinado.

Y si deseaban hundirlos o capturarlos, primero debían localizarlos, y ello es difícil cuando no se conoce exactamente la ruta de un barco en el momento en que *zarpa.* Muchos se mantenían próximos a la costa —lo que el Mossad calificaba de «arañar la costa»— y evitaban internarse en alta mar, donde podían ser detectados por radar, algo difícil cuando están próximos a la costa porque la imagen puede ser absorbida por el ruido de las montañas, o cuando se hallan en uno de los múltiples puertos, ocultos entre ellas, resultando prácticamente invisibles. Y luego, cuando emergían, acaso no estuvieran seguros en cuanto a su identidad. Hay muchísimos buques en el Mediterráneo: la VI Flota norteamericana, la flota rusa, toda clase de barcos, comprendidos los mercantes de todo el mundo. El Mossad no se halla, pues, en libertad de hacer lo que quiera. Todos los países que rodean las costas del Mediterráneo disponen de su propio radar, por lo que debe andarse con mucho cuidado con lo que se hace.

Sin embargo, obtener alguna información específica en Libia era más fácil de decir que de hacer. Resultaba peligroso enviar a alguien allí y por entonces el Mossad se golpeaba la cabeza contra un muro de piedra. Por fin, en el curso de una reunión, alguien que había trabajado como «reportero» en Túnez y Argel para *Afrique-Asie*[25] un periódico de lengua francesa que cubría temas árabes, sugirió que el mejor modo de comenzar era telefoneando sencillamente al muelle de Trípoli y enterándose de quién poseía la clase de información que ellos deseaban. De aquel modo, por lo menos podrían centrarse en un objetivo específico.

Era una de esas ideas sencillas que con frecuencia se pasan por alto cuando la gente se halla implicada en intrigas y detalles operativos complicados. De modo que se instaló una línea telefónica que funcionaría desde Tel-Aviv, pero que operaría a través de una oficina-apartamento de París, por si alguien trataba de detectar la llamada. La línea estaba conectada a una compañía de seguros francesa propiedad de un *sayan.*

Antes de que llamaran, el *katsa* ya se había preparado una cobertura completa como investigador de seguros. El hombre disponía de oficina y de una secretaria, de las denominadas *bat leveyha,* que significa «acompañante» aunque sin implicaciones sexuales. Se trata simplemente de una mujer local, no necesariamente judía, que se recluta como agente auxiliar y a quien se le facilita un trabajo en el que se precisan unos servicios femeninos. Ella estaría enterada de que trabajaba para la inteligencia israelí a través de la embajada local.

La idea se basaba en el concepto de *mikrim ve tguvot,* expresión hebrea que significa «acciones y reacciones». Conocían la acción, pero debían anticiparse a la reacción. Para cada posible reacción se prevé otra acción. Es como un gigantesco juego de ajedrez, salvo que no se planean más de dos reacciones con antelación, porque sería demasiado complicado. Todo forma parte de un planeamiento operativo regular que se sucede a medida que se realiza cada movimiento.

En la sala donde se encontraba el *katsa,* estaban Menahem Dorf, jefe del departamento de la OLP, y Gidon Naftaly, psiquiatra jefe, cuyo trabajo consistía en escuchar con audífonos e intentar analizar inmediatamente a la persona que respondía a la llamada.

---

[25] Véase el capítulo 3.

El hombre que contestó en primer lugar no entendía francés, por lo que transmitió la llamada a otra persona. El segundo que se puso al aparato les facilitó el nombre del encargado, manifestando que regresaría al cabo de media hora, y colgó.

Más tarde el *katsa* volvió a llamar y en esta ocasión pidió por el capitán del puerto dando su nombre y, cuando consiguió que se pusiera al aparato, se identificó como un investigador de seguros de una compañía reaseguradora francesa.

Aquélla era la única alternativa con que contaban, de modo que tenía que funcionar. No sólo debía parecer verosímil la historia, sino que el narrador tendría asimismo que expresarse con convicción. Por ello el *katsa* explicó a su interlocutor la clase de negocios que realizaba, diciéndole que necesitaba tener acceso a ciertos detalles sobre algunos buques que se hallaban en los puertos y, por lo tanto, saber quién era el responsable.

—Yo soy el responsable —dijo el hombre—. ¿En qué puedo servirle?

—Sabemos que de vez en cuando se presentan buques ahí cuyos propietarios pretenden haber perdido o sufrido averías. Ahora bien, nosotros, los reaseguradores, no siempre podemos comprobar directamente esas reclamaciones, por lo que necesitamos conocer más detalles.

—¿Qué necesitan saber?

—Pues bien, por ejemplo, si han sido reparados o si se cargan o descargan. Como sabe, no tenemos representantes en ésa y nos gustaría que alguien cuidara de nuestros intereses. Si pudiera recomendarnos a alguna persona, lo retribuiríamos generosamente.

—Me parece que podré ayudarlos —repuso el hombre— Tengo esa clase de información y no creo que haya ningún problema en ello mientras se trate de tráfico civil y no de buques militares.

—No tenemos interés alguno en su marina —repuso el *katsa*—. No estamos reasegurando su seguro.

La conversación se prolongó durante diez o quince minutos, durante los cuales el *katsa* se interesó por cinco o seis buques. Sólo uno de ellos, una embarcación de la OLP, estaba siendo reparada. El *katsa* le pidió una dirección donde poder enviarle el pago y facilitó la suya, así como su número de teléfono, al capitán del muelle, pidiéndole que le llamara siempre que tuviera alguna información que creyera pudiese ser útil.

Las cosas marchaban perfectamente y su contacto se mostraba tan confiado que el *katsa* se atrevió a preguntarle si, aparte de su trabajo habitual en el puerto, se le permitiría aceptar otro empleo como agente de la compañía de seguros.

—Yo podría realizar algunas operaciones —repuso el capitán del muelle—, pero sólo a tiempo parcial. Por lo menos, hasta ver cómo funciona.

—Magnífico. Le enviaré un manual y algunas tarjetas comerciales. Cuando tenga la ocasión de examinarlos, volveremos a hablar del tema.

La conversación concluyó: por fin contaban con un agente a sueldo en el puerto, aunque él ignorase que había sido reclutado.

El siguiente paso consistió en pedir al departamento comercial del Metsada que realizase el manual de seguros prometido, de modo que fuese coherente y les permitiese reunir la clase de información que deseaban. Al cabo de pocos días el manual se hallaba camino de Trípoli. Una vez se facilita un teléfono y una dirección a alguien en un proceso de reclutamiento, deben mantenerse vigentes por lo menos durante tres años, aunque nunca se supere el estadio número uno de dicho proceso, a menos que hubiese una

confrontación que pudiera exponer al *katsa,* en cuyo caso debería cancelarse inmediatamente.

Durante casi dos meses el nuevo recluta facilitó regularmente sus informes. Pero durante una de las llamadas mencionó que, aunque había leído el manual, todavía no tenía demasiado claro qué representaría ser agente de la compañía.

—Lo comprendo —repuso el *katsa*—. Recuerdo que la primera vez que lo vi tampoco le encontré mucho sentido. Veamos, ¿cuándo disfruta usted de sus vacaciones?

—Dentro de tres semanas.

—¡Magnífico! En vez de tratar de solucionar este asunto por teléfono, ¿por qué no viene usted a Francia por nuestra cuenta? Le enviaré los billetes. Ha trabajado tan bien para nosotros que nos gustaría obsequiarle con unas vacaciones en el sur del país, y podríamos combinar un poco los negocios y el placer. Para ser más sinceros, con vistas a nuestra situación fiscal sería preferible que viniese usted aquí.

El recluta estuvo encantado: el Mossad no sólo le pagaba unos mil dólares mensuales, sino que durante el tiempo que le tuvo a su servicio hizo por lo menos tres viajes a Francia. Les era útil pero, aparte de su conocimiento de los buques que se hallaban en el muelle, no tenía relaciones muy importantes, por lo que no pretendían ponerlo en peligro. Tras reunirse con él personalmente, pareció que lo más conveniente sería sugerirle con delicadeza la intención de que hiciese otras gestiones, aunque siguieran utilizándole para que les informase sobre los buques de la OLP.

Al principio le interrogaban únicamente sobre algunos barcos que entraban en el puerto, con el pretexto de que eran los que estaban reasegurados por su compañía. Pero luego idearon un plan por el que el capitán del puerto les facilitaría la lista completa de todos aquellos que atracaran en el muelle, prometiendo pagarle de acuerdo con ello. De ese modo, le dijeron, ellos podrían facilitar aquella información a otros reaseguradores, quienes no sólo se sentirían satisfechos de pagar por tales informaciones sino que a su vez podrían compartir los beneficios con él.

Por lo tanto el hombre regresó muy satisfecho a Trípoli, donde siguió facilitándoles información sobre el tráfico portuario. En un momento dado un buque propiedad de Abu Nidal, el odiado jefe de la facción FALP-GC de la OLP se encontraba en el puerto aprovisionándose de equipamiento militar, comprendidos misiles antiaéreos autotransportables y muchas otras armas que los israelíes no deseaban que acabasen en manos de los combatientes palestinos vecinos de sus fronteras.

Estaban enterados de la presencia de Nidal por su relación con las comunicaciones de la OLP, gracias a un desliz en los hábitos normalmente cuidadosos de conversación de aquél, y lo único que les quedaba era informarse exactamente por su inocente enlace, de dónde se encontraba el buque y cuánto tiempo permanecería allí. Éste les confirmó su ubicación junto a otra nave que también estaba siendo cargada con equipamiento destinado a Chipre.

Una cálida noche de verano de 1985 dos portamisiles israelíes de la clase SAAR-4 parecían estar efectuando su patrulla regular, salvo que en aquella ocasión se detuvieron el tiempo necesario para descargar seis comandos en un submarino pequeño, impulsado eléctricamente, con una especie de capota en lo alto, similar a un avión caza sin alas de la segunda guerra mundial o a un torpedo largo con un propulsor en la parte posterior. Se llamaba «submarino mojado» y los comandos cabalgaban en el fuselaje e iban vestidos para entrar en acción a base de trajes de neopreno y botellas de aire.

Una vez hubieron desembarcado de las patrulleras no tardaron en encontrar un barco que se dirigía al puerto, a cuyo casco se sujetaron mediante placas magnéticas.

La nave, que se trataba de un submarino, les facilitó la necesaria coraza protectora, porque el Mossad, por las conversaciones que había sostenido con el capitán del puerto, sabía que cada cinco horas la seguridad libia navegaba por el muelle arrojando granadas de mano en las aguas que provocaban enorme presión, suficiente para acabar con cualquier hombre rana que se hallase casualmente por aquella zona. Habían descubierto este sistema de seguridad en una ocasión en que el *katsa* distinguió una explosión como trasfondo y preguntó al capitán del puerto qué producía tal ruido. El hombre le explicó que se trataba de una medida de seguridad que se tomaba en la mayoría de puertos cuyos países estaban en guerra. Siria e Israel también lo hacían así.

Por consiguiente, esperaron en sus trajes herméticos que la seguridad realizase sus rondas y luego se deslizaron silenciosamente bajo las aguas llevando consigo minas adherentes que sujetaron en los dos buques de la OLP ya cargados, regresando al submarino. Todo aquel ejercicio se desarrolló en unas dos hora y media. Puesto que también sabían qué naves iban a zarpar aquella noche, se dirigieron a un petrolero próximo a la entrada del muelle, pero decidieron no asirse a él puesto que sería demasiado difícil desenganchar su diminuta embarcación una vez que el barco se hallase en plena corriente.

Por desdicha agotaron el oxígeno del submarino y también de la batería. Como no valía la pena tratar de llevárselo consigo una vez se encontraran en mar abierto, lo sujetaron a una boya, donde podrían recuperarlo más tarde, se ataron ellos a otra con una cuerda y realizaron lo que se denomina «el girasol», que significa introducir un chorro de aire en los trajes impermeables que los infla como globos y les permite sostenerse sobre las aguas sin tener que realizar ningún esfuerzo para mantenerse a flote. Incluso se turnaron para dormir, mientras uno de ellos se mantenía despierto vigilando constantemente. Al cabo de unas horas una patrullera israelí se les acercó atraída por las señales de sus comunicadores, los recogió y se alejaron rápidamente de aquel lugar.

Hacia las seis de la mañana de aquel mismo día se produjeron cuatro explosiones enormes en el puerto y quedaron destruidos dos buques de la OLP cargados con equipo militar y municiones por valor de millones de dólares.

El *katsa* supuso que las explosiones despertarían los recelos del capitán del puerto. En lugar de ello, aquel día cuando el hombre le llamó le comentó terriblemente excitado lo sucedido.

—¡Nunca imaginará lo que ha ocurrido! —le dijo—. ¡Han volado dos barcos que estaban en el puerto!

—¿Quién ha sido?

—¡Los israelíes, naturalmente! —repuso—. No sé cómo han podido descubrir qué barcos eran, pero así ha sido. Afortunadamente no estaba por aquí ninguno de ustedes y no tienen por qué preocuparse.

El hombre siguió trabajando para el Mossad durante otros dieciocho meses, atesorando una pequeña fortuna, hasta que un día desapareció, dejando tras de sí un rastro de buques de guerra de la OLP capturados y destruidos.

17. BEIRUT

No corrían buenos tiempos para Israel. A mediados de septiembre de 1982 las imágenes de la matanza se difundieron por todo el mundo, en televisión, periódicos y revistas. Se veían cadáveres por doquier. Hombres, mujeres, niños... Incluso los caballos fueron descuartizados. A algunas víctimas les habían disparado a quemarropa en la cabeza; otras habían sido degolladas o castradas. Grupos de diez o veinte jóvenes fueron reunidos y fusilados en masa. Casi todos los ochocientos palestinos que encontraron la muerte en los dos campos de refugiados de Sabrá y Shatila, en Beirut, estaban desarmados. Eran inocentes civiles, víctimas de la criminal venganza de los falangistas cristiano-libaneses.

Aquel acto espantoso no sólo había sido tolerado por las fuerzas de ocupación israelíes sino facilitado por ellas. Ello movió al entonces presidente de Estados Unidos Ronald Reagan, el aliado internacional más poderoso de Israel por entonces, a lamentar que ante la opinión pública Israel se hubiera transformado de David en el Goliat de Oriente Medio. Dos días después, haría regresar a sus marines a Beirut formando parte de un contingente pacificador franco-italo-americano.

La reacción contra Israel fue unánime. En Italia, por ejemplo, los trabajadores portuarios se negaron a cargar buques israelíes. Gran Bretaña condenó formalmente la acción y Egipto retiró a su embajador. Incluso en el mismo país se produjeron protestas en masa.

Desde los comienzos de su patria, muchos israelíes habían soñado con poder vivir en un ambiente de cooperación con los países árabes, de convertirse en parte de un mundo en el que su gente pudiera cruzar fronteras y ser considerada como amiga. La idea de una frontera abierta, como la tan famosa de Estados Unidos y Canadá, sigue siendo virtualmente inalcanzable para los israelíes.

A fines de los setenta Admony, el jefe de enlaces del Mossad, estableció sólidos contactos a través de la CIA y de sus relaciones europeas con el falangista cristianolibanés Bashir Gemayel, un ser tan brutal como poderoso, convenciendo al Mossad de que el Líbano necesitaba su ayuda. El Instituto, a su vez, convenció al gobierno israelí de que Gemayel —amigo íntimo de Salameh, el Príncipe Rojo— era sincero, una imagen que perpetuarían durante años a través de las sinuosas filtraciones que el gobierno recibía de su servicio secreto.

Gemayel también trabajaba entonces para la CIA, pero al Mossad la noción de tener un «amigo» dentro de un país árabe —por mucha que fuese su duplicidad— le resultaba emocionante. Por añadidura, Israel nunca había temido al Líbano. Lo curioso era que si ambos países entraran en guerra, Israel debería enviar su orquestación militar para derrotar a los libaneses.

En cualquier caso éstos, por entonces, estaban demasiado ocupados luchando entre sí para buscar otros enfrentamientos. Las diversas facciones cristianas y musulmanas pugnaban por asumir el control, como lo siguen haciendo, y Gemayel, asediadas sus fuerzas, decidió recurrir a Israel en busca de ayuda. Como incentivo adicional el Mossad consideró que aquél era un medio de liberarse de la OLP, el enemigo público número uno de Israel. Durante todo el período, mucho después de que las acciones israelíes hubieran

fracasado, la relación con los libaneses resultó crítica para el Mossad porque Admony, su jefe y quien había iniciado todo aquello, lo consideraba como su logro supremo.

En muchos aspectos el Líbano es actualmente como Chicago y Nueva York durante las décadas de los veinte y los treinta, en que varias bandas o familias mafiosas se enfrentaban abiertamente para dominar la situación. Reinaba la violencia y la ostentación y durante algún tiempo los oficiales del gobierno parecían incapaces, o poco dispuestos, a intervenir.

El Líbano también tenía sus familias, cada una de las cuales contaba con su ejército o milicia leales al «don».

Pero las lealtades religiosas y familiares desempeñan desde hace mucho tiempo un papel secundario ante el poder y el dinero procedentes del tráfico de drogas y de las numerosas actividades de carácter mafioso que alimentan el motor de la corrupción libanesa y mantienen el actual estado de anarquía allí imperante.

Por una parte están los drusos, la cuarta entre las más importantes de una docena de sectas libanesas, una ramificación de los musulmanes ismaelitas, con unos doscientos cincuenta mil partidarios (doscientos sesenta mil en Siria, que los respaldan, y cuarenta mil en Israel), dirigidos por Walid Jumblatt.

El sistema del gobierno se basaba en el último censo de 1932, cuando los cristianos aún formaban una mayoría. De modo que la constitución dicta que el presidente debe ser cristiano, aunque exista la general aceptación de que los musulmanes representan actualmente un sesenta por ciento de los tres millones y medio de población del país, y su subgrupo más importante, aproximadamente un cuarenta por ciento, son los musulmanes chiitas dirigidos por Nabih Berri. Otra importante fuerza de combate a comienzos de los ochenta eran los musulmanes sunnitas, a cuyo frente se encontraba Rashid Karami.

Las fuerzas cristianas están divididas en dos familias principales, los Gemayel y los Franjieh. Pierre Gemayel fundó la Falange, que en cierto momento presidió Suleiman Franjieh. Cuando Bashir Gemayel maniobraba para llegar a ser presidente, eliminó a su principal rival Tony Franjieh en un ataque perpetrado en junio de 1978 en su residencia veraniega familiar de Ehden.

En tal ocasión los soldados falangistas de Gemayel asesinaron a Tony, a su mujer, a su hija de dos años y a varios guardaespaldas. Por su parte el propio Gemayel, el asesino instruido por los jesuítas que se convertiría en «amigo» de Israel gracias a los esfuerzos del Mossad, se limitó a calificar el ataque de «revuelta social contra el feudalismo». En febrero de 1980 un coche bomba provocaba la muerte de la hija de Gemayel, de dieciocho meses, y de tres de sus guardaespaldas, y en julio de 1980 las tropas de Gemayel eliminaban virtualmente a la milicia cristiana del Partido de Liberación Nacional del ex presidente Camille Chaoun.

Gemayel gobernaba desde su finca familiar de tres siglos de antigüedad en Bikfaya, las montañas situadas al noreste de Beirut. Los Gemayel habían conseguido amasar una fortuna incalculable gracias a una estafa que comenzó cuando consiguieron la adjudicación de un contrato para construir una carretera que atravesaría el terreno montañoso. El contrato a largo plazo comprendía asimismo honorarios para mantenimiento y reparaciones. La familia percibió religiosamente el dinero para la realización de la carretera y, en el transcurso de los años, para su mantenimiento. El único problema consistía en que jamás llegaron a construirla. Y en su descargo alegaban que habían tenido que seguir recogiendo el dinero destinado a mantenimiento porque, caso

contrario, alguien hubiera podido presentarse a comprobar qué sucedía y hubiese descubierto que no existía tal carretera.

En cualquier caso en septiembre de 1982 Gemayel, a los treinta y cinco años, ganó las elecciones al Parlamento para un mandato presidencial de seis años. No viviría bastante para desempeñar tal cargo, pero por entonces era el único candidato. Sin embargo, cuando comparecieron tan sólo cincuenta y seis diputados para votar en una sesión especial en la que debían elegirlo y faltaban seis para lograr quórum, los milicianos de Gemayel acorralaron rápidamente a los diputados más reacios y ganó las votaciones por cincuenta contra cero, con cinco abstenciones. Begin le envió un telegrama de felicitación que comenzaba en estos términos: «Mi querido amigo.»

Además de las familias que ostentaban el poder había por entonces una hueste de bandas no alineadas, la mayoría dirigidas por personajes tan pintorescos y brutales como «El hombre eléctrico», «Tostador», «Vaquero», «Bola de fuego» y «el Rey». «El hombre eléctrico» se llamaba así desde que los sirios le dispararon un tiro en la nuca y, tras enviarle a Israel para someterse a tratamiento, le instalaron un dispositivo en la garganta que emitía una voz electrónica. En cuanto a «Tostador», cuando se encontraba con alguien que no le gustaba le conectaba electricidad de alto voltaje y lo asaba literalmente. «Bola de fuego» se había ganado con plena justicia su nombre: era un pirómano al que encantaba ver cómo ardían los edificios. «Vaquero» recordaba un producto de un western americano, llevaba el característico sombrero y dos pistolas en sus fundas a los costados. Y «el Rey», créase o no, imaginaba ser Elvis Presley. Se peinaba a su estilo, se esforzaba por expresarse en inglés con su acento gangoso y solía dar serenatas a su familia con las canciones más famosas del cantante.

Los miembros de la banda paseaban en Mercedes y BMW, vestían trajes de la más fina seda de París y comían exquisitamente. Pese a estar sometidos a asedio desde hacía seis meses, seguían desayunándose con ostras. En realidad, en 1982, durante los instantes más críticos del sitio de Beirut, un restaurante libanés intentó comprar un submarino alemán casi reducido a chatarra, no con el propósito de intervenir en la guerra, sino para proveer a su establecimiento de alimentos frescos y vinos europeos.

Las bandas, además de dedicarse a sus propias actividades criminales, solían trabajar de modo independiente para las más importantes familias, realizando tareas tales como guarnecer barricadas. Por ejemplo, para llegar al palacio del gobierno en aquellos días, el presidente tenía que atravesar dos barricadas y pagar por consiguiente dos cuotas.

En Beirut la gente puede vivir muy bien, pero sin saber por cuánto tiempo. Actualmente en ningún lugar está más próximo el fin que allí, lo que justifica que quienes se hallan complicados con las familias y las bandas disfruten intensamente mientras pueden. Se cree que como máximo unas doscientas mil personas viven espléndidamente, lo que supone que más de un millón de libaneses entre Beirut y sus alrededores se defienden en lo posible y cuidan de sus familias en condiciones dificilísimas.

En 1978 Bashir Gemayel, con su cara de niño y sus relaciones en el Mossad, había pedido armas para sus constantes enfrentamientos con la familia Franjieh (Tony Franjieh no estaba en buena armonía con el Mossad) y éstos se las vendieron, siéndoles adquiridas de un modo jamás visto.

En 1980 un grupo de falangistas se estaban entrenando en la base militar de Haifa donde, por ejemplo, aprendían cómo hacer funcionar las pequeñas lanchas cañoneras Dabur fabricadas por una industria militar israelí, entre otros lugares, en Beersheba, una

ciudad rodeada por el desierto, pero a medio camino entre el Mediterráneo y el mar Rojo. Cuando su adiestramiento hubo concluido, el jefe de la marina cristianolibanesa, que vestía como de costumbre un traje de brillante seda, llegó a Haifa por barco junto con tres guardaespaldas y tres oficiales del Mossad llevando varios maletines. Las fuerzas de Gemayel compraron cinco buques por unos seis millones de dólares cada uno, los pagaron en moneda norteamericana con el efectivo que llevaban consigo y se marcharon con sus barcos a Juniyah, pintoresca ciudad portuaria mediterránea, situada al norte de Beirut.

Cuando abrieron los maletines el jefe de la marina libanesa preguntó al mando del Mossad si quería contar el dinero.

—No, le creemos —dijo—, pero si no estuviese conforme, sería hombre muerto.

Más tarde comprobaron el pago y era correcto.

Los falangistas, en su mayoría, utilizan su «marina» para navegar a cinco nudos, aproximadamente a una milla por hora, a poca distancia de la costa, más allá de Beirut oeste, disparando sus ametralladoras contra los musulmanes, ejercicio que ha acabado con centenares de civiles inocentes, pero que ha causado escasos efectos en el curso de las hostilidades militares.

Merced a sus vínculos con el Mossad, el hombre fuerte Gemayel acordó permitir a Israel en 1979 que instalara una estación naval de radar en Juniyah, con unos treinta miembros del personal de la marina israelí, la primera estructura física del país en el Líbano. Naturalmente su presencia allí reforzaba la influencia falangista, puesto que los musulmanes —y asimismo los sirios— no deseaban mezclarse con Israel. Muchas sesiones de negociación celebradas entre el Mossad y Gemayel relativas a la estación de radar tuvieron lugar en su residencia familiar al norte de Beirut. Para compensarle por su solicitud, el Mossad abonaba a Gemayel de veinte mil a treinta mil dólares mensuales.

Al mismo tiempo los israelíes tenían otro amigo en el sur del Líbano, el mayor Sa'ad Haddad, un cristiano que dirigía una milicia compuesta principalmente de chiitas y que estaba tan ansioso como los israelíes de expulsar del sur del Líbano a las fuerzas de la OLP de Yasser Arafat. También él, cuando llegó el momento, se mostraría dispuesto a actuar contra éste.

La base del Mossad en Beirut, llamada «Submarino», estaba situada en los sótanos de un antiguo edificio oficial próximo a la frontera entre el este de Beirut, dominado por los cristianos, y el oeste, de dominio musulmán. En todo momento trabajaban unas diez personas en la base, siete u ocho de ellos *katsas,* amén de uno o dos miembros de la Unidad 504, el equivalente militar israelí al Mossad, que compartían las oficinas.

A comienzos de los ochenta el Mossad estaba muy comprometido con varias otras familias militantes libanesas, a quienes gratificaba por la información que recibía, transmitiéndola entre los grupos e incluso pagando a las bandas y a algunos palestinos de los campos de refugiados por distintos servicios, entre ellos de espionaje. Además de Gemayel, tanto las familias Jumblatt como Berry figuraban en su nómina.

La situación era la que los israelíes califican de *halemh,* voz árabe que significa «confusión ruidosa», y que por entonces aún se hizo más confusa, a medida que los residentes en la parte oeste comenzaron a ser secuestrados. En julio de 1982, por ejemplo, David S. Dodge, de cincuenta y ocho años, presidente interino de la Universidad Americana de Beirut, fue secuestrado por cuatro pistoleros cuando se dirigía a pie a su residencia en el campus desde sus oficinas.

Un medio muy común de transportar a los rehenes era el denominado «transporte momia», que consistía en envolver fuertemente a un individuo de la cabeza a los pies con cinta adhesiva plástica marrón, acostumbrando a dejar tan sólo una abertura en la nariz para que pudiera respirar y metiendo el «paquete» en el maletero del coche o bajo el asiento. Varias víctimas fueron abandonadas en tales condiciones y encontraron la muerte, por lo general cuando los secuestradores se encontraban con una barricada levantada por un grupo rival, subrayando un dicho favorito del Líbano acerca de que sólo es terrible cuando le sucede a uno.

Y así fue que mientras el Mossad colaboraba con sus diversos enlaces libaneses y el ministro de defensa Ariel Sharon —a quien los americanos calificaban de «halcón entre halcones»— ansiaba entrar en batalla, comenzaron a dejarse sentir presiones sobre Begin. Al fin había llegado el momento de eliminar a la OLP del sur del Líbano, donde habían estado utilizando sus posiciones para lanzar obuses y efectuar incursiones en los poblados israelíes próximos a la frontera norte.

Sharon había sido aclamado por sus soldados tras la guerra del Yom Kippur de 1973 como «¡Arik, Arik, rey de Israel!». Medía un metro y sesenta y siete centímetros, pesaba unos ciento quince kilos y solía ser conocido como «bulldozer» por su porte y envergadura. Tan sólo tenía veinticinco años cuando dirigió una incursión de comandos que acabó con veintitantos inocentes jordanos, obligando al entonces primer ministro de Israel, David Ben Gurión, a disculparse públicamente. Más tarde, Moshe Dayan estuvo a punto de someterle a consejo de guerra por contravenir sus órdenes durante la campaña de 1956 en el Sinaí al organizar una maniobra de paracaidistas que costó la vida a docenas de soldados israelíes.

Algunos meses antes de la invasión israelí en el Líbano, la OLP había sospechado lo que se avecinaba, por lo que Arafat ordenó que se interrumpiesen los bombardeos a las aldeas israelíes. Aun así, en la primavera de 1982, Israel concentró en cuatro ocasiones sus fuerzas invasoras cerca de la frontera norte, retirándose cada vez en el último momento, principalmente a causa de la presión norteamericana. Begin aseguró a los americanos que si Israel hubiese llegado a atacar, sus soldados sólo hubieran alcanzado el río Litani, a unos veintinueve kilómetros al norte de la frontera, para obligar a la OLP a abandonar el radio de acción de las colonias israelíes. No mantuvo su promesa y, considerando la rapidez con que sus fuerzas aparecieron en Beirut, era evidente que no eran tales sus propósitos.

El 25 de abril de 1982, en cumplimiento de los acuerdos egipcio-israelíes de 1979 de Camp David, Israel se retiró del último tercio del Sinaí que había ocupado desde la guerra de los Seis Días en 1967.

Pero mientras que los bulldozers israelíes destrozaban los restos de las colonias judías allí instaladas, Israel rompía un alto el fuego que había estado en vigor desde julio de 1981 a lo largo de los cien kilómetros de su frontera con el Líbano y en 1978 había invadido el Líbano con diez mil hombres y doscientos tanques, pero sin lograr expulsar a la OLP.

El 6 de julio de 1982, una soleada mañana de domingo en Galilea, el gabinete de Begin dio a Sharon la autorización necesaria para iniciar la invasión. Aquel día el teniente general irlandés William Callaghan, comandante de la Fuerzas Provisionales de las Naciones Unidas en el Líbano (FPNUL), visitó la avanzada del cuartel general del Mando Norte de Israel en Zefat para discutir la resolución del Consejo de Seguridad de la

ONU exigiendo el fin de las barreras de fuego israelíes y de la OLP al otro lado de la frontera. Sin embargo, en lugar de la discusión prevista, el jefe de estado mayor de Israel, teniente general Rafael Eitan, comunicó que Israel invadiría el Líbano al cabo de veintiocho minutos. En efecto, sesenta mil hombres y más de quinientos tanques se introducían en breve en el país en una infortunada campaña que expulsó a once mil combatientes de la OLP, pero que empañó internacionalmente la imagen de Israel y costó la vida de cuatrocientos sesenta y dos soldados israelíes y produjo dos mil doscientos dieciocho heridos.

Durante las primeras cuarenta y ocho horas fueron aniquiladas gran parte de las fuerzas de la OLP, pese a la considerable resistencia que opusieron en Sidón, Tiro y Damur. Begin había respondido a dos cartas urgentes de Reagan en las que le pedía que no atacase el Líbano diciendo que Israel tan sólo deseaba expulsar a los palestinos de sus fronteras.

«El agresor sediento de sangre que se nos enfrenta se halla en la puerta de nuestra casa —manifestaba—. ¿Acaso no tenemos derecho a la autodefensa?»

Y mientras ellos atacaban a la OLP en el sur, las fuerzas israelíes se unieron a los falangistas cristianos de Gemayel en las afueras de Beirut. En un principio fueron saludados como liberadores por los cristianos residentes, y colmados de arroz, flores y dulces mientras entraban en la ciudad. Pero no tardaron en tener sometidos a asedio a varios miles de comandos de la OLP, junto con unos quinientos mil residentes de Beirut oeste. La estancia de los soldados israelíes en el Líbano no estuvo tan sólo dedicada a la guerra. También encontraron los medios necesarios para hacer el amor en una aldea de las afueras de Beirut, lugar notable por dos cosas: sus hermosas mujeres y la ausencia de sus esposos.

Pero el mortal bombardeo militar proseguía y en agosto, entre crecientes críticas domésticas e internacionales acerca de que mataban a civiles en lugar de militares, Begin dijo:

—Hacemos lo que debemos. Beirut occidental no es una ciudad sino un objetivo militar rodeado de civiles.

Por fin, tras diez semanas de asedio, enmudecieron las armas de fuego y los comandos de la OLP evacuaron la ciudad, incitando a declarar al primer ministro libanés Chafik al Wazzan:

—Ha llegado el fin de nuestros pesares.

Pero se había precipitado al hacer tal afirmación.

A fines de agosto llegó a Beirut un reducido equipo pacificador franco-italo-norteamericano, mas los israelíes continuaron estrechando el cerco a la ciudad sitiada.

El martes 14 de septiembre de 1982, a las cuatro horas ocho minutos de la tarde, una bomba de cien kilogramos era detonada por control remoto en la tercera planta del cuartel general del Partido de la Falange Cristiana de Beirut este, dando muerte al presidente electo Bashir Gemayel y a otros veinticinco miembros mientras celebraban su habitual reunión semanal junto a unos cien componentes del partido. Bashir fue sustituido por su hermano Amin de cuarenta años.

Las investigaciones llevadas a cabo condujeron a Ptabib Chartuny, de veintiséis años, miembro del Partido Popular Sirio, rival de los falangistas. La operación había sido dirigida por el servicio secreto sirio en el Líbano bajo el mando del teniente coronel Mohammed G'anen.

Puesto que la CIA había ayudado a Gemayel a ponerse en contacto con el Mossad, Estados Unidos tenía un acuerdo para compartir información con ellos (lo que funcionaba principalmente a favor del Mossad, puesto que ellos apenas compartían sus conocimientos con ninguna otra organización), y como consideraban a la CIA como «jugadores que no pueden jugar», no cabe duda de que estaban plenamente seguros del papel que Siria había desempeñado en el asesinato de Gemayel.

Pero dos días después de haberse producido el atentado, el general de división israelí Amir Dorir, jefe del Mando Norte, y varios altos oficiales recibían invitados en su puesto de mando del puerto de Beirut: se trataba de Fady Frem, jefe de estado mayor de las fuerzas libanesas, y de su brutal jefe de inteligencia Elias Hobeika, un tipo pintoresco, pero malvado, que siempre iba armado de pistola, navaja y una granada de mano, y que era el falangista más temido en el Líbano. Solía asesinar a los soldados sirios y cortarles las orejas, que colgaba de un alambre en su casa. Hobeika era íntimo colaborador del general cristiano Samir Zaza, y posteriormente ambos se alternaron con frecuencia en el mando del ejército cristiano. Sin embargo, para el Mossad, Hobeika constituía un contacto importante. Había asistido al Colegio de Mandos y Equipos de Israel y era el principal dirigente de las fuerzas que se presentaron en los campos de refugiados y asesinaron a los civiles.

Hobeika, que odiaba a Amin Gemayel y deseaba perjudicarle, se vio implicado en una encarnizada lucha interna por el poder porque algunos le acusaban de no haber protegido a Bashir Gemayel.

A las cinco de la tarde del 16 de septiembre Hobeika reunió a sus fuerzas en el aeropuerto internacional de Beirut, desde donde se trasladaron al campamento de Shatila con ayuda de bengalas y, más tarde, tanques y fuego de mortero de las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI). Por entonces, según unas declaraciones del gabinete de prensa israelí, se decía que el FDI había «tomado posiciones en Beirut oeste para evitar el peligro de violencia, derramamiento de sangre y anarquía».

Al día siguiente, Hobeika recibió autorización israelí para conducir otros dos batallones a los campos. Israel sabía que se estaba produciendo una matanza y sus fuerzas incluso habían instalado puestos de observación en lo alto de varios edificios de siete pisos del cruce donde se encontraba la embajada kuwaití, desde donde disfrutaban de una amplia perspectiva de la carnicería que se estaba llevando a cabo.

Escandalizado por esa mortandad y el papel que Israel había desempeñado en ella, Reagan intensificó la pugna verbal que sostenía con Begin y, a comienzos de octubre, volvía a enviar mil doscientos marines a Beirut, tan sólo diecinueve días después de haberlos retirado. A ellos se unieron otras fuerzas de pacificación formadas por quinientos sesenta paracaidistas franceses y mil doscientos soldados italianos.

Durante todo aquel tiempo la base del Mossad en Beirut había estado atareadísima. Uno de sus informantes, un «soplón» (en realidad se trata de un término *yiddish* utilizado en Israel cuando se alude a un informante), tenía vínculos con un garaje local especializado en componer vehículos destinados al contrabando. Por ejemplo, muchos militares israelíes pasaban de contrabando vídeos y cigarrillos libres de impuestos del Líbano, con los que obtenían enormes beneficios en Israel, donde los impuestos eran del orden del ciento al doscientos por ciento en tales artículos. El Mossad, a su vez, solía

transmitir información pertinente a la policía militar, por lo que muchos intentos de contrabando quedaban frustrados.

En el verano de 1983 aquel mismo informador avisó al Mossad de que los musulmanes chiitas habían adaptado un gran camión Mercedes con compartimientos que podían ocultar bombas. Añadió que incluso disponía de espacios aún mayores, de modo que fuera cual fuese su destino sin duda debía tratarse de un objetivo importantísimo. El Mossad comprendió que con tales proporciones eran muy pocos los objetivos lógicos, uno de los cuales debía de ser el complejo estadounidense. Se trataba entonces de decidir si avisaban o no a los americanos para que se mantuvieran especialmente vigilantes ante la presencia de algún camión que respondiese a aquella descripción.

La decisión era demasiado importante para tomarla en la base de Beirut, por lo que fue transmitida a Tel-Aviv, donde Admony, a la sazón jefe del Mossad, decidió que se limitarían a dar a los americanos un aviso general, una vaga información de que había razones para creer que alguien podía estar planeando una operación contra ellos. Pero fue algo tan generalizado y tan trivial como transmitir un parte meteorológico, que no era probable que despertase ningún temor especial o instase a aumentar las medidas de precaución. Por ejemplo, durante los seis meses siguientes al recibo de esa información hubo más de cien avisos generales de ataques por coche bomba. Uno más no intensificaría la, preocupación de Estados Unidos por su vigilancia.

Al negarse a facilitar datos específicos a los americanos sobre el camión, Admony había dicho:

—No estamos aquí para protegerlos. Ellos son un gran país: facilitadles únicamente una información general.

Sin embargo, al mismo tiempo proporcionaron detalles concretos a todas las instalaciones israelíes, advirtiéndolos de que vigilasen la presencia de un vehículo de características similares a las del Mercedes.

A las seis y veinte de la mañana del 23 de octubre de 1983, un gran camión Mercedes llegaba al aeropuerto de Beirut, pasando ostensiblemente junto a los centinelas israelíes de la próxima base, atravesando un puesto de control del ejército libanés y girando hacia la izquierda en el aparcamiento. Un guardamarina norteamericano informó, alarmado, de que el vehículo iba ganando velocidad. En su recorrido se abalanzó hacia la entrada del edificio de cuatro pisos de hormigón armado de Seguridad Aeronáutica que se utilizaba como cuartel general del Octavo Batallón de Marina, atravesó la verja de hierro, alcanzó el puesto de guardia protegido con sacos de arena, arrolló otra barrera y, tras chocar contra otro muro de protección, entró en el vestíbulo y provocó tan espantoso estallido que el edificio quedó reducido a escombros al instante.

Al cabo de unos minutos otro camión se estrellaba contra el cuartel general de los paracaidistas franceses de Bir Hason, en el sector residencial del paseo marítimo, a sólo tres kilómetros del complejo estadounidense, produciendo tal impacto que desplazó nueve metros el edificio y causó la muerte de cincuenta y ocho soldados.

La pérdida de doscientos cuarenta y un marines, que en su mayoría aún dormían en sus lechos en el instante en que tuvo lugar la misión suicida, fue el golpe que en un solo día costó mayor número de vidas a los americanos desde que otros doscientos cuarenta y seis hallaron la muerte en Vietnam al comienzo de la ofensiva Tet del 13 de enero de 1968.

Al cabo de unos días los israelíes transmitieron a la CIA los nombres de trece personas que, según decían, estaban relacionadas con el ataque que provocó tal matanza de marines americanos y paracaidistas franceses, una relación que comprendía a la inteligencia siria, a iraníes residentes en Damasco y al chuta Mohammed Hussein Fadlallah.

En el cuartel general del Mossad respiraron aliviados al pensar que habían salido bien librados del golpe y, por lo que a ellos concernía, lo consideraron como un incidente sin importancia, algo que llega al conocimiento de uno por casualidad y que no se cuenta a cualquiera. El problema era que si se había escapado alguna información y se descubría su origen, su informador sería asesinado y en la próxima ocasión ellos *no* sabrían si se encontraban en la lista negra.

La actitud general acerca de los americanos era más o menos: «¿Acaso no querían meter las narices en los asuntos del Líbano? Pues que paguen las consecuencias.»

En cuanto a mí, fue la primera ocasión en que recibí una importante reprimenda de mi superior, el oficial de enlaces Amy Yaar. En aquellos momentos comenté que recordaríamos más tiempo a los soldados americanos que habían encontrado la muerte en Beirut que nuestras propias pérdidas, porque ellos habían acudido allí de buena fe para ayudarnos a salir del enredo que nosotros habíamos organizado.

—¡Cállate! —me dijo—. ¡Estás hablando de los tuyos! Damos a los americanos mucho más de lo que ellos nos devuelven.

Siempre decían lo mismo, pero no es cierto. Gran parte del equipamiento israelí era americano y el Mossad estaba muy en deuda con ellos.

Durante todo aquel tiempo varios occidentales continuaron cautivos mientras otros se convertían en nuevos rehenes de las diversas facciones. Un día, a fines de marzo de 1984, William Buckley, jefe de la base de la CIA que figuraba oficialmente como oficial de la embajada norteamericana, fue secuestrado a punta de pistola por tres soldados chiitas cuando abandonaba su apartamento en Beirut oeste. Lo retuvieron durante dieciocho meses, lo sometieron a múltiples torturas y finalmente lo asesinaron de un modo brutal, cuando hubiera podido salvarse.

El Mossad, a través de su extensa red de informadores, tenía una idea bastante clara de dónde y quiénes retenían a muchos de los rehenes. Aunque no se supiera el lugar donde se encontraban, siempre es crucial saber de quiénes se trataba pues, de otro modo, uno puede encontrarse negociando con alguien que no posee ningún rehén. Circulaba una anécdota acerca de un libanés que aleccionaba a su ayudante para encontrar a alguien con quien negociar acerca de un rehén.

—¿De qué país procede su rehén? —se interesaba el ayudante.

—Búscame un país y te encontraré el rehén —era la respuesta.

Los hombres del nivel de Buckley se consideraban de la mayor importancia porque sabían muchísimo. Obligarlos a facilitar información significaba una sentencia de muerte para muchos otros compañeros suyos que estuviesen trabajando por todo el globo. Un grupo que se daba a sí mismo el nombre de Jihad Islámica (Guerra Santa Islámica) asumió la responsabilidad del secuestro de Buckley. Bill Casey, jefe de la CIA, estaba tan deseoso de salvarle que envió a Beirut un equipo de expertos del FBI especialmente entrenados para localizar víctimas de secuestros con el fin de encontrarle. Pero al cabo de un mes no habían conseguido nada. Aunque la política oficial de Estados Unidos prohibía

entonces negociaciones para satisfacer rescates, Casey había autorizado que se pagasen sumas considerables a los informadores y, llegado el caso, para conseguir su libertad.

La CIA no tardó en recurrir al Mossad en busca de ayuda. Poco después del secuestro de Buckley, el oficial de enlace de la CIA en Tel-Aviv solicitaba al Instituto que obtuviese la mayor información posible sobre él y los restantes rehenes.

Una mañana, hacia las once y media, se emitió un mensaje por el intercomunicador del cuartel general pidiendo a todo el personal que durante una hora se mantuvieran lejos de la planta principal y el ascensor porque se esperaban visitas. Se presentaron dos oficíales de la CIA que fueron acompañados hasta el despacho de Admony, en la novena planta. El jefe del Mossad les dijo que les facilitarían toda la información que poseyeran, pero que si deseaban algo en particular tendrían que recurrir al primer ministro «porque es nuestro jefe». En realidad deseaba que le formulasen una petición formal, a fin de poder cobrarse más adelante el favor si era necesario.

En cualquier caso los americanos efectuaron una solicitud formal a través de su embajador al entonces primer ministro Shimon Peres. Éste dio instrucciones a Admony para que el Mossad facilitase a la CIA todo cuanto pudiera favorecer la situación del rehén americano. Normalmente esta clase de solicitudes comprenden ciertas limitaciones, tales como: «Le daremos toda la información posible mientras no perjudique a nuestro personal», pero en aquel caso no existían restricciones, lo que era una muestra evidente de cuan importante consideraban Estados Unidos y Peres el futuro del rehén.

Políticamente estas cosas pueden ser dinamita. La administración Reagan tenía muy patente el perjuicio político y la humillación que sufrió Jimmy Carter cuando los americanos fueron retenidos como rehenes en Irán tras el derrocamiento del sha.

Admony aseguró a Peres que haría todo cuanto pudiese por ayudar a los americanos.

—Tengo una buena impresión en ese sentido —le dijo—. Acaso contemos con alguna información que pueda ayudarlos.

La realidad era que no tenían intención alguna de colaborar con ellos.

Los oficiales de la CIA fueron convocados para reunirse con el departamento Saifanim («pez de colores»), especializado en la OLP. La entrevista tuvo lugar en la Midrasha, o Academia. Puesto que Israel considera a los palestinos sus principales enemigos, el Mossad suele calcular que si puede atribuirle algo en su contra, ya ha cumplido con su deber. De modo que comenzaron por intentar acusar a la OLP de los secuestros, aun sabiendo que muchos de ellos, comprendido el de Buckley, no tenían relación con dicha organización.

Aun así, confiando dar la impresión de que colaboraban plenamente, los hombres del Saifanim cubrieron totalmente de mapas la pared de una sala de juntas y ofrecieron a los americanos una considerable cantidad de datos relacionados con la situación general de los rehenes; aunque eran constantemente trasladados a nuevos lugares, ellos solían tener una idea general de dónde se encontraban. El Instituto se reservó muchos detalles que había obtenido de sus fuentes, pero les informó de que, por la perspectiva general, podían decidir si valía la pena seguir adelante en los pormenores. Ello formaba parte de un sistema no formulado, pero implícito, de devolución de pago, consiguiendo un reconocimiento que justificaría la concesión de futuros favores.

Al concluir la reunión enviaron un informe detallado a Admony. Por su parte, los americanos fueron a comentar el asunto con sus superiores. Dos días después regresaban buscando más información específica sobre una respuesta que se les había dado en la

reunión original. La CIA pensaba que aquello podía ser como un diamante en bruto, pero querían comprobar los detalles. En tal sentido solicitaron hablar con la fuente.

—Olvídenlo —repuso el hombre del Mossad—. Nadie habla con las fuentes.

—De acuerdo —repuso el representante de la CIA—. Eso es muy razonable. ¿Nos permitirían reunimos con el *katsa?*

El Instituto protege a ultranza la identidad de sus oficiales. Ni siquiera se arriesgan a permitir que sean vistos. Al fin y al cabo quién sabe si de resultas de ello no serían reconocidos en alguna ocasión. Un *katsa* que se halle trabajando actualmente en Beirut puede encontrarse mañana en cualquier otro sitio, tropezar con el tipo de la CIA y dar al traste con toda una operación. Sin embargo, hay muchos modos de organizar entrevistas sin que ambas partes lleguen realmente a verse. Métodos como hablar tras pantallas y distorsionar la voz o ponerse una capucha hubieran servido para tal fin. Pero el Mossad no tenía intención de mostrarse tan servicial. Pese a las órdenes directas recibidas de su «jefe» y de Peres, los oficiales del Saifanim pretextaron que debían consultarlo con su superior.

Corría la voz por el cuartel general de que Admony estaba de mal humor y que su amante, la hija del jefe del Tsomet, también lo estaba. Por lo visto tenía el período... por lo menos así bromeaban. Aquel día, a la hora de almorzar, en el comedor sólo se hablaba del asunto de los rehenes. Y cuando la noticia llegó allí, acaso ya se hubiera exagerado algo, pero se suponía que Admony había dicho:

—Esos malditos americanos tal vez esperan que busquemos nosotros a sus rehenes. ¿Acaso están locos?

En cualquier caso la respuesta fue negativa. La CIA no podría ver a ninguno de sus *katsas.* Por añadidura dijeron a los americanos que la información que les habían facilitado era antigua y que se refería a un caso totalmente distinto, por lo que nada tenía que ver con el asunto de Buckley. Aquello no era cierto, pero siguieron embelleciendo su historia pidiéndoles que olvidaran aquella información con el fin de salvar las vidas de otros rehenes. Incluso prometieron, a cambio, duplicar sus esfuerzos para ayudarlos.

En la oficina, muchos comentaron que el Mossad lo lamentaría algún día. Pero la mayoría estuvieron conformes. La actitud general era:

—Les hemos dado una lección. No vamos a permitir que los americanos nos pisoteen: somos el Mossad, los mejores.

Precisamente su preocupación por Buckley y las restantes víctimas impulsó a Casey a burlar el sistema del brazo del Congreso estadounidense y a comprometerse en un plan para facilitar a Irán armas prohibidas a cambio de la seguridad de los rehenes americanos, lo que culminaría en el escándalo Irán-Contra. Si el Mossad hubiera sido más servicial en un principio, no sólo habría salvado a Buckley y a los demás, sino que también habría evitado tan importante escándalo político a Estados Unidos. Peres había comprendido claramente que era de interés para Israel cooperar, pero el Mossad —Admony en particular— tenía otros intereses que perseguía sin descanso.

La tragedia definitiva de la implicación a que el Mossad condujo a Israel en el Líbano fue que cuando su base «Submarino» se clausuró muchos agentes quedaron allí y toda su red se vino abajo. En su mayoría fueron asesinados y sólo lograron sacar a algunos secretamente del país.

Israel no inició la guerra ni la acabó. Es como jugar a blackjack en un casino. Uno no empieza el juego ni lo concluye, pero se halla presente. Israel no acertó ningún premio gordo.

Durante aquel período Amiram Nir era el «consejero de Peres sobre terrorismo». Cuando el primer ministro sospechó que el Mossad no se mostraba lo colaborador que debía con los americanos, decidió utilizar a Nir como su enlace personal entre ambos países, jugada por la que éste entró en contacto con el teniente coronel norteamericano Oliver North, figura clave en el posterior escándalo Irán-Contra. La posición de Nir en el esquema de la situación era tal que llevaba la famosa Biblia autografiada por Ronald Reagan cuando North y el antiguo consejero de seguridad nacional estadounidense Robert McFarlane —utilizando falsos pasaportes irlandeses— visitaron secretamente Irán en mayo de 1986 para vender armas. Los beneficios de aquella transacción se utilizaron para adquirir armamento para la Contra nicaragüense, respaldada por Estados Unidos.

Nir era, sin lugar a dudas, un hombre bien relacionado y con conocimientos. Había interpretado un papel importante capturando a los piratas del crucero *Achille Lauro* en 1985 e informando al entonces vicepresidente de Estados Unidos (y antiguo director de la CIA) George Bush sobre las negociaciones de armas con Irán.

Según sus manifestaciones, North y él habían supervisado varias operaciones contraterroristas en 1985 y 1986, autorizados por un acuerdo secreto entre Estados Unidos e Israel. En noviembre de 1985, North atribuía a Nir la idea de obtener beneficios con la venta de armas a Irán, cubriendo de ese modo otras operaciones secretas.

La intervención de Nir en todo ello resulta aún mas intrigante por su relación con un misterioso hombre de negocios instalado en Irán llamado Manucher Ghorbanifar. Aunque Casey, jefe de la CIA, advertiría más adelante a North de que tenía casi prácticamente la certeza de que Ghorbanifar era un agente de la inteligencia israelí, éste y Nir organizaron sucesivamente la ayuda a Irán el 29 de julio de 1986 y la liberación del reverendo Lawrence Jenco, un rehén americano capturado por los extremistas libaneses. Pocos días después de la liberación de Jenco, Nir informó a George Bush sobre la necesidad de responder enviando armas a Irán.

Ghorbanifar había sido fuente de la CIA desde 1974 y quien sembró en 1981 los rumores sobre los grupos de ataque libios enviados a Estados Unidos para acabar con Reagan. Dos años después, tras decidir que aquellos comentarios habían sido elaborados, la CIA concluyó su relación con él, y en 1984 divulgó un «aviso al rojo vivo» en el sentido de que era un «embustero de talento».

Aun así él fue quien consiguió un préstamo puente de cinco millones de dólares del multimillonario saudí Adnan Khashoggi para superar las desconfianzas existentes entre Irán e Israel en el tráfico de armas. El propio Khashoggi había sido reclutado años atrás como agente del Mossad; es más, su espectacular reactor personal, sobre el que tanto se ha escrito, había sido fabricado en Israel. Khashoggi no percibía un salario básico del Mossad como es habitual entre los agentes, pero utilizaba el dinero de la organización en muchas de sus hazañas. Conseguía préstamos siempre que los necesitaba para salir de apuros, e importantes sumas procedentes del Mossad eran canalizadas a través de sus compañías, muchas de ellas creadas con Ovadia Gaon, un judío multimillonario y de origen marroquí instalado en Francia, al que solían recurrir cuando necesitaban grandes sumas de dinero.

En cualquier caso Irán no quería pagar hasta que tuviera las armas en su poder e Israel se negaba a enviar los misiles TOW 508 sin ver el dinero, por lo que el préstamo puente a través de Khashoggi fue crítico para llevar a cabo la transacción. Poco después de aquel trato, otro rehén americano, el reverendo Benjamín Beir, fue puesto en libertad, convenciéndose consiguientemente los americanos de que, pese a su talento como farsante, Ghorbanifar también podía liberar rehenes a través de sus contactos en Irán. Al mismo tiempo, Israel vendía secretamente armas por un valor de quinientos millones de dólares al ayatolla Jomeini, por lo que poca duda cabe de que Ghorbanifar y su socio Nir utilizaban su influencia para regatear en los acuerdos sobre liberación de rehenes americanos.

El 29 de julio de 1986, Nir se reunió con Bush en el hotel Rey David de Jerusalén. Los detalles de la entrevista quedaron registrados en un memorándum de alto secreto y tres páginas de extensión redactado por Craig Fuller, jefe de personal de Bush, en el que se alude a Nir informando a Bush de la participación israelí:

«Estamos tratando con los elementos más radicales (en Irán) porque nos hemos enterado de que ellos pueden liberar y los moderados no.»

Reagan había alegado constantemente que trataba con iraníes «moderados» cuando enviaba armas a Irán. Nir comunicó a Bush que los israelíes «habían activado el canal. Dimos un frente a la operación, facilitando una base física y suministrando aviones».

Estaba previsto que él fuese testigo clave en el juicio que se celebró en 1989 contra North sobre el escándalo Irán-Contra, especialmente puesto que, según sus manifestaciones, las actividades contraterroristas que North y él supervisaron durante 1985 y 1986 estaban autorizadas por un acuerdo secreto norteamericano-israelí. Sus testimonios hubieran sido sumamente peligrosos, no sólo para la administración Reagan sino también por subrayar el importante papel que habían desempeñado los israelíes en todo el asunto.

Sin embargo, el 30 de noviembre de 1988, cuando volaba en un Cessna T210 sobre un rancho, a ciento setenta y siete kilómetros al oeste de Ciudad de México, Nir encontró la muerte junto con el piloto al estrellarse el aparato en que viajaba. Los tres pasajeros restantes resultaron ligeramente heridos, comprendida la canadiense Adriana Stanton, de veinticinco años y natural de Toronto, que pretendía no tener relación alguna con Nir. Sin embargo, los mexicanos la describieron como su «secretaria» y su «guía», y trabajaba en una firma con la que Nir estaba relacionado. La joven se negó a hacer más comentarios.

Nir había estado en México para negociar la comercialización de aguacates. El 29 de noviembre visitó una fábrica de embalaje de estos frutos en el estado occidental de Michoacán, en la que tenía importantes intereses financieros. Al día siguiente, alquiló una avioneta particular para viajar a Ciudad de México, utilizando el alias de Pat Weber con el que, según datos oficiales, encontraría la muerte al estrellarse el aparato. Sin embargo, su «cadáver» fue identificado por Pedro Cruchet, un misterioso argentino que trabajaba para él y se encontraba ilegalmente en México. El hombre informó a la policía de que había perdido su carné de identidad en una corrida de toros, pero pese a ello logró conseguir la custodia de los restos de Nir.

Por añadidura, los informes originales de la oficina del fiscal del estado confirmaban que tanto Nir como Stanton, aunque según cabe suponer realizaban negocios legales, viajaban con nombres ficticios. Pese a que posteriormente un inspector del aeropuerto de partida lo desmintió, aquel error jamás se aclararía.

Más de mil personas asistieron al funeral de Nir en Israel, y el ministro de Defensa Yitzhak Rabin aludió a «su misión en destinos aún no revelados de carácter secreto y a secretos que guardaba encerrados en su corazón».

En el momento en que se produjo el accidente de Nir, en el *Toronto Star* se decía que un oficial del servicio secreto de personalidad desconocida había manifestado que no creía que hubiese muerto y que probablemente Nir se había sometido a alguna operación quirúrgica para cambiar su rostro en Ginebra, «donde las clínicas son excelentes, muy reservadas y muy discretas».

Sea lo que fuere lo sucedido sólo nos cabe especular cuánto daño hubiesen podido causar sus declaraciones a la administración Reagan y al gobierno israelí en la vista del caso Irán-Contra.

Pero durante las investigaciones llevadas a cabo por el Comité Especial del Senado americano en julio de 1987, un memorándum enviado por North al antiguo consejero de seguridad nacional, el vicealmirante John Poindexter, de fecha 15 de septiembre de 1986 y censurado por razones de seguridad, recomendaba que éste negociase primero el tratado de armas con Casey y luego informase al presidente Reagan.

Poindexter fue el único de los siete convictos en el escándalo que tuvo que ir a la cárcel. El 11 de junio de 1990 fue condenado a seis meses y a un duro sermón de Harold Greene, juez del tribunal de distrito americano, quien dijo que Poindexter merecía el encarcelamiento como «jefe con carácter decisorio de la operación Irán-Contra».

El 3 de marzo de 1989 Robert McFarlane fue condenado a satisfacer una multa de veinte mil dólares y a dos años de libertad condicional tras confesarse culpable de cuatro delitos de menor cuantía por ocultar información al Congreso. El 6 de julio de 1989, a continuación del sensacional juicio celebrado en Washington, Oliver North fue condenado a una multa de ciento cincuenta mil dólares y a la obligación de realizar mil doscientas horas de servicios comunitarios. El 4 de mayo el jurado le había considerado culpable de tres de los doce cargos que se le imputaban y asimismo le correspondió una pena de tres años de suspensión de sentencia, además de dos años de libertad condicional.

El memorándum que North envió a Poindexter subraya la importancia del papel de Nir en el escándalo en un apartado que dice así: «Amiram Nir, ayudante especial del primer ministro (Shimon) Peres en antiterrorismo, ha indicado que durante la discusión privada de quince minutos que sostendrá con el presidente probablemente éste plantee algunas soluciones delicadas.»

Por entonces tres secuestrados americanos habían sido puestos en libertad en relación con las ventas de armas: Jenco, Weir y David Jacobsen.

Bajo el titular «Rehenes», el memorándum decía: «Hace algunas semanas Peres expresó su preocupación de que Estados Unidos pensara dar fin a los actuales esfuerzos con Irán. Los israelíes consideran la cuestión de los secuestros como un obstáculo que debería ser superado, con vías a una relación estratégica más amplia con el gobierno iraní.

»Es probable que Peres trate de obtener la seguridad de que Estados Unidos continuará realmente con la actual iniciativa conjunta, de la que ni Weir ni Jenco quedarían ahora libres sin ayuda israelí... Sería muy conveniente que el presidente agradeciera a Peres su discreta colaboración.»

Al parecer, Reagan así lo hizo. Es muy probable que Peres le devolviera las gracias, al menos en parte, por solucionar la oportuna «muerte» de Nir para evitar que declarara públicamente.

Resulta difícil estar seguro de ello, pero dadas las dudosas circunstancias —más el hecho de que los traficantes de armas israelíes facilitaban por entonces subrepticiamente a los señores colombianos de la droga armas y entrenamiento a través del Caribe— es improbable que Nir esté muerto.

Jamás podremos estar seguros de ello. Pero sabemos que si el Mossad hubiera mostrado más colaboración con la inteligencia en relación a los rehenes americanos y occidentales, tal vez el asunto Irán-Contra no hubiera ocurrido.

EPILOGO

El 8 de diciembre de 1987 un camión del ejército israelí se precipitó contra varias furgonetas en Gaza causando la muerte de cuatro árabes e hiriendo a otros diecisiete. Aquel incidente provocó amplias protestas al día siguiente, especialmente cuando circuló el rumor de que había sido una represalia intencionada por el asesinato a cuchilladas de un político israelí en Gaza cometido el 6 de diciembre. Al día siguiente manifestantes de Gaza bloquearon las carreteras con barricadas de neumáticos encendidos y lanzaron piedras, cócteles Molotov y barras de hierro a las tropas israelíes. El 10 de diciembre, los tumultos se habían propagado hasta el campo de refugiados de Balata, en las proximidades de la ciudad de Neblus, en la Orilla Occidental.

El 16 de diciembre fuerzas especiales israelíes antidisturbios utilizaron un cañón de agua por vez primera contra los manifestantes y un importante número de efectivos israelíes fueron enviados a la Franja de Gaza para intentar sofocar los crecientes desórdenes.

Dos días después, tras las oraciones del viernes, jóvenes palestinos salieron precipitadamente de las mezquitas de Gaza y se enfrentaron a las tropas israelíes en continuos combates callejeros. Otros tres árabes murieron a tiros. Seguidamente los israelíes irrumpieron en el hospital Shifa de Gaza, donde arrestaron a docenas de árabes heridos, reduciendo a golpes a los médicos y enfermeras que trataban de defender a sus pacientes.

Había comenzado la *intifada.*

El 16 de mayo de 1990 un informe de mil páginas auspiciado por la delegación sueca del Fondo para la Salvación de la Infancia y financiado por la Fundación Ford acusaba a Israel de «grave, indiscriminada y reiterada» violencia contra los niños palestinos. Calculaban que habían sido atendidos entre cincuenta mil y sesenta y tres mil niños heridos, comprendidos por lo menos seis mil quinientos por armas de fuego. Se decía que la mayoría de los que habían muerto no habían participado en los lanzamientos de piedras cuando fueron asesinados, y una quinta parte de los casos examinados demostraron que las víctimas habían encontrado la muerte en sus hogares o a escasa distancia de ellos.

La intifada aún sigue en pleno vigor, sin señales de concluir. En julio de 1990, según Associated Press, setecientos veintidós palestinos fueron asesinados por israelíes y otros doscientos treinta por palestinos radicales, perdiendo como mínimo la vida cuarenta y cinco israelíes.

Durante 1989 Israel envió unos diez mil soldados a Gaza y a la Orilla Occidental para tratar de mantener el orden. En abril de 1990 quedaban reducidos a unos cinco mil efectivos.

El 13 de febrero de 1990 el *Wall Street Journal* informaba que según el estudio realizado por un banco israelí, se calculaba que aquellos dos primeros años de sublevación habían costado al país mil millones de dólares en pérdida de crecimiento y producción y otros seiscientos millones de dólares destinados al ejército con el fin de reprimir la intifada.

En los trescientos setenta y ocho kilómetros cuadrados de la Franja de Gaza se agolpan más de seiscientos mil palestinos. De ellos, unos sesenta mil viajan diariamente a

Israel para trabajar, dedicándose primordialmente a tareas domésticas escasamente remuneradas, y regresan cada noche a sus hogares porque tienen prohibido pernoctar allí.

El 16 de marzo de 1990 el Kenésset derrotó al gobierno del primer ministro Yitzhak Shamir por sesenta votos contra cincuenta y cinco: por vez primera un gobierno israelí caía bajo un voto de confianza. Ello sucedió después que Shamir se negase a aceptar un proyecto norteamericano para iniciar las conversaciones de paz entre Israel y Palestina.

El 7 de junio Shamir y su Partido Derechista Likud formaron una coalición con algunos partidos disidentes, consiguiendo un margen de dos escaños en el Kenésset, en el que la mayoría de observadores consideraron como el gobierno más ultra de la historia israelí, lo que permitió a Shamir continuar su política de promoción de colonias en los territorios disputados, negándose a entablar conversaciones con los palestinos.

El 15 de noviembre de 1988, ante el clímax de una reunión de cuatro días en Argel, el Consejo Nacional Palestino, considerado por la OLP como su Parlamento en el exilio, proclamaba el establecimiento de un Estado independiente palestino y votaba por vez primera para aceptar las resoluciones clave de la ONU, que reconocía implícitamente el derecho a la existencia de Israel.

Durante este prolongado período de disturbios la imagen de Israel por el extranjero se ha resentido gravemente. Pese a los crecientes esfuerzos de los oficiales israelíes por imponer silencio a las informaciones sobre los disturbios de Gaza y la Orilla Occidental, las imágenes de tropas armadas golpeando y disparando contra jóvenes palestinos han comenzado a perturbar incluso a algunos de los más incondicionales aliados de Israel.

Tres días después de que Shamir perdiera el voto de confianza, el antiguo presidente norteamericano Jimmy Carter, que realizaba una visita por la región, dijo que la revuelta «se había eternizado en parte a causa de los malos tratos infligidos a los palestinos» por los soldados israelíes, comprendidas las muertes injustificadas, las demoliciones de viviendas y las detenciones sin juicio previo.

—Apenas queda una familia residente en la Orilla Occidental que no tenga actualmente a uno de sus miembros masculinos encarcelado por las autoridades militares —dijo Carter.

Las cifras del ejército de Israel demuestran que entre quince mil y veinte mil palestinos han sido heridos y cincuenta mil arrestados. Unos trece mil aún siguen en prisión.

El 12 de abril de 1990, durante la semana de Pascua, en lo que parece un intento deliberado de provocar a la comunidad cristiana, un grupo de ciento cincuenta fervientes nacionalistas judíos se instalaron en un complejo vacío de setenta y dos habitaciones, compuesto por cuatro edificaciones, conocido como St. John's Hospice, en el núcleo del distrito cristiano de Jerusalén. El hospicio se halla a pocos metros de la iglesia del Santo Sepulcro, venerado Por los cristianos como sede tradicional de la tumba de Jesucristo.

Durante diez días el gobierno israelí negó su intervención en el asunto. Finalmente admitió haber suministrado secretamente al grupo millón y medio de dólares, el cuarenta por ciento del coste, para subarrendar el complejo.

Durante una entrevista efectuada al senador norteamericano Robert Dole cuando visitaba Israel, éste sugirió que Estados Unidos podría considerar la interrupción de su abultado paquete de ayudas a Israel para rescatar fondos destinados a las nacientes democracias de Europa oriental y Latinoamérica.

El primero de marzo de 1990 el secretario de Estado norteamericano James Baker dijo que la administración Bush estaba dispuesta a considerar «ahorrarse» la ayuda extranjera que facilitaba a Israel y a otros países, ayudando a las nacientes democracias. Baker ofendió a Shamir condicionando la petición israelí de una garantía de préstamo de cuatrocientos millones con una congelación de nuevas colonias en los territorios ocupados.

Tal vez el mejor ejemplo del talante que predomina entre las derechas israelíes sea el famoso caso del rabino Moshe Levinger, jefe del Movimiento Colonizador Judío de extrema derecha. En junio de 1990 fue condenado a seis meses de prisión por negligencia: había matado a tiros a un árabe.

Levinger conducía su automóvil por Hebrón el 7 de octubre de 1988 cuando alguien le lanzó una piedra. Saltó del vehículo y comenzó a disparar su arma provocando la muerte de un árabe que se encontraba en la puerta de su barbería. Durante una de sus comparecencias ante el tribunal, Levinger se adelantó agitando el arma sobre su cabeza y diciendo que había tenido el «privilegio» de dar fin a un enemigo. Tras cumplir su condena, salió de la cárcel a hombros de una enfervorizada multitud.

El rabino Moshe Tsvy Neriah, jefe de la famosa B'Nai Akiva Yasheeva (escuela religiosa), dijo durante una conferencia en pro de Levinger:

—No es hora de pensar sino de disparar a derecha y a izquierda.

El juez Heim Cohén, ya retirado del tribunal supremo de Israel, manifestó:

—Tal como van ahora las cosas, me asusta pensar adonde iremos a parar. Jamás supe de nadie que fuese juzgado por negligencia tras haber matado a alguien a sangre fría. Debo de hacerme viejo.

La intifada y la consiguiente crisis de orden moral y humanidad son resultado directo de la especie de megalomanía que caracteriza las operaciones del Mossad. Ahí es donde comienza todo: con esa sensación de que uno puede hacer lo que quiera, a quienquiera que sea y mientras lo desee porque el poder está en sus manos.

Israel se enfrenta más que nunca a su mayor amenaza: es algo incontrolable. En el país se sigue maltratando a los palestinos mientras Shamir dice:

—Nos hacen volvernos crueles. Nos obligan a golpear a los niños. ¿Acaso no es terrible?

Eso es lo que sucede tras años y años de secretos, de «tenemos razón, sea ésa la razón, pese a quien pese», de mantener intencionadamente mal informados a los oficiales; de justificar la violencia y la falta de humanidad con el engaño o, según reza la divisa del Mossad: «por la vía del engaño».

Es una enfermedad que se originó en el Mossad y que se ha extendido entre el gobierno y, más abajo, hasta gran parte de la sociedad israelí. Existen en Israel importantes elementos que protestan de este deslizamiento, pero sus voces no son oídas. Y es más fácil repetir cada paso hacia abajo y más difícil detenerse.

La peor maldición que un *katsa* puede lanzar a otro en el Mossad es la formulación de este sencillo deseo: «Ojalá te vea aparecer en los periódicos.»

Tal vez sería el único medio de que la situación cambiara por completo.

Apéndice I

Vea el archivo anexo

Apéndice II

INFORMES DEL MOSSAD SOBRE LA ESTRUCTURA DE LOS SERVICIOS DE SEGURIDAD DANESES

(Traducción de un impreso de la computadora del Mossad en el que se describe a la inteligencia danesa.)

País 4647 1985

Separata
Copia para el país

Normal — 1536 13 de junio de 1985
A: a Mashove
De: País
SECRETO — 4647

Púrpura A — Servicio de Seguridad Civil Danesa (SSCD)

1. El Servicio de Seguridad Civil Danesa es parte integral de la policía y está subordinado al departamento de justicia.
2. La policía facilita personal y apoyo logístico al servicio, cuyas actividades supervisa. Dicha supervisión comprende la aprobación de las actividades operacionales, considerada cada una de ellas de acuerdo con el objetivo de que se trate.
3. Bajo el jefe de servicio y su lugarteniente se hallan tres asesores legales que actúan como enlaces del comando a nivel de campo, cada uno de los cuales trabaja con varias unidades.
4. Los principales objetivos de la entidad son el contraespionaje y el contraterrorismo, y es asimismo responsable de salvaguardar las instalaciones danesas y las embajadas extranjeras. Sus obligaciones con Israel comprenden mantener una observación constante de la comunidad palestina en Dinamarca, que consta de unas quinientas personas.
5. Cualquier actividad operativa del SSCD despierta sospechas y hostilidades, lo que limita sus capacidades. El servicio es asimismo supervisado por la institución judicial, lo que limita sus actividades, y está obligado a explicar, analizar y justificar todas las acciones que desea emprender, especialmente aquellas que afectan a las libertades individuales. Puesto que el servicio está dirigido por elementos jurídicos, se halla virtualmente paralizado.
6. Las reuniones con Púrpura son frecuentes. En el caso de precisar aclaraciones sobre aspectos operacionales puede organizarse una reunión en pocas horas. Cada trienio se celebra un seminario PAHA. El último tuvo lugar el mes pasado.
7. Existe una colaboración muy estrecha con Púrpura A. Las relaciones son excelentes. Un miembro de nuestro personal de escucha *(tnarats)* ocupa un puesto en el departamento homólogo del SSCD, actuando como su consejero en el PAHA. Los Púrpura actúan y nos consultan con relación a los objetivos del

mayanot (código de posiciones de escucha), cuya traducción literal es «fuente»). La característica dominante de la cooperación es la operación «amistad» (el interrogatorio de un piloto palestino en un hospital de Dinamarca efectuado por alguien del cuartel general de Tel-Aviv. El código utilizado para el cuartel general de Tel-Aviv es HA-Y-HAL o «palacio»). En dicha operación para reclutar a un piloto iraquí, los Púrpura asumieron grandes riesgos y toda la operación se realizó únicamente en nuestro provecho. Anteriormente iniciamos una operación con «Shosanimo» y «Abu el Phida», que se suponía tendría lugar en Dinamarca, y no se llevó a cabo por decisión operativa nuestra.

8. La información que obtenemos del *mayanot* nos facilita una imagen completa y global de la comunidad palestina en Dinamarca y algún material sobre las actividades políticas de la OLP.
9. Existe buena capacidad de diálogo sobre los anteriores temas.
10. Con respecto al *mahol* (literalmente «danza» —relativa a operaciones de reclutamiento mutuo—) existe una absoluta cooperación siempre y cuando nosotros la solicitemos.
11. Mandos principales:
    A) Henning Fode, jefe del servicio. Designado en noviembre de 1984.
    B) Michael Lyngbo, lugarteniente desde agosto de 1983. Aunque carece de experiencia en inteligencia, tiene a su cargo el contraespionaje.
    C) Paul Moza Hanson, asesor legal del jefe del servicio y nuestro contacto con Púrpura. Su principal actividad consiste en el contraterrorismo. Está a punto de concluir su contrato. Hanson participó en el último seminario PAHA celebrado en Israel.
    D) Halburt Winter Hinagay, jefe del departamento de actividades subversivas y antiterroristas, participó en el último seminario PAHA celebrado en Israel.

País 4648 — Separata
Copia para el país

Normal — 1024 14 de junio de 1985
A: Mashove Normal
De: País

SECRETO — 4648

Púrpura B — «Mossad» danés (Servicio de Inteligencia de Defensa Danesa, SIDD)

1. General. El «Mossad» danés es el brazo de la inteligencia de los militares daneses. Se halla directamente subordinado al jefe del ejército y al ministro de defensa. Su superior es un jefe de departamento del ejército.
2. Estructura del «Mossad». El SIDD consta de cuatro unidades:
    A) Administración.
    B) Escucha (8200).

C) Investigación.
D) Recopilación.
3. Responsabilidades del SIDD.
A) Con respecto a la OTAN:
1) Cubrir Polonia y Alemania Oriental.
2) Cubrir los movimientos marítimos del bloque oriental en el Báltico, utilizando una unidad muy potente y altamente sofisticada.
B) Interiormente:
1) Investigación política y militar.
2) Recopilación positiva en el interior de Dinamarca.
3) Enlace con los servicios extranjeros.
4) Facilitar al gobierno valoraciones nacionales. (En general el principal objeto de interés del SIDD radica en el bloque oriental.)
C) Existe una nueva función en preparación que cubrirá Oriente Medio, en principio cubierto por una sola persona un día a la semana. El objetivo consiste en reunir información de inteligencia sobre comercio y hombres de negocios daneses que entren en contacto con Oriente Medio, como hemos recomendado en la conferencia de PAHA.
4. El material que recibimos del SSID se refiere principalmente al tema del bloque oriental; por ejemplo, la actividades soviéticas por mar, tierra y aire. Están especializados en fotografiar la aviación soviética. Se ha hecho especial hincapié en la instalación de nuevas antenas en aviación. Los Púrpura son el primer servicio que nos ha transmitido fotos del sistema SSC-3.
5. Como consecuencia de la visita del jefe de la división de investigación aérea a Israel y de su jefe de investigación naval a Haifa, se han reanimado las relaciones con el SIDD. En agosto se celebrará una reunión militar conjunta en Israel.
6. Mandos principales.
A) Mogens Telling, jefe del servicio desde 1976: visitó Israel en 1980.
B) Ib Bangsbore, jefe del departamento de coordinación de personal. Se propone abandonar el servicio en 1986.

Apéndice III

CUESTIONARIO AMAN SOBRE PREPARACIÓN MILITAR SIRIA

(Traducción de un documento auténtico facilitado a un agente sirio de alta graduación con anterioridad a su regreso a Siria procedente de Europa.)

La siguiente transcripción comprende una serie de instrucciones de carácter militar destinadas a un sujeto que parte a un país objetivo. Se ha establecido siguiendo un orden decreciente de importancia. Guíense por su propio criterio para prescindir de aquellos temas que, a su juicio, la fuente sea incapaz de responder.

ESTADO DE DISPONIBILIDAD Y SEÑALES DE ALARMA

11. Cómo se halla definido cada estado de disponibilidad en las fuerzas de tierra sirias y cómo se evidencia en los siguientes puntos:
    a) Presencia de soldados en las bases.
    b) Hábitos de entrenamiento.
    c) Adecuación operativa del equipo.
    d) Cantidad de armamento y municiones.
12. Cuál es la actual disponibilidad del ejército sirio para la guerra basándose en los siguientes criterios:
    a) Estado de los efectivos humanos de las unidades.
    b) Nivel de adecuación del equipo.
    c) Niveles de almacenaje, municiones y otros equipos (intendencia).
    d) Entrenamiento que han recibido las diversas unidades.
    e) Niveles de almacenamiento estratégico en Siria: alimentos, carburante.
13. Número de batallones que constituyen las siguientes brigadas:
    a) Brigada acorazada 60.
    b) Brigada acorazada 67.
    c) Brigada mecanizada 87 de la División Acorazada 11.
    d) División 14 de las «Fuerzas Especiales».

PROGRAMA DE ENTRENAMIENTO PARA 1985

4. ¿Cuáles son los objetivos sirios en la estructura de entrenamiento de 1985?
5. ¿Qué unidades a nivel de división o de brigada se espera que se ejerciten este año para plena movilización y cuándo?
6. ¿Qué ejercicios se esperan en el equipo-cuerpo-división del alto mando y cuál es su programa?
7. ¿Qué lecciones ha recibido el ejército sirio del entrenamiento del año 1984?
8. ¿Qué unidades en particular sobresalieron en ese entrenamiento anual y qué objetivos se alcanzaron?

ASPECTOS ESPECÍFICOS PARA SU COMPROBACIÓN

9. ¿Qué técnicas se comprobaron en los ejercicios de ofensiva?
10. ¿Cuánto tiempo se dedica a la estrategia de una batalla en los diversos niveles de entrenamiento?
11. ¿Qué parte de dicho entrenamiento se realiza de noche?
12. ¿Qué ejercicios ha realizado la División Acorazada 11 y sus diversas unidades?
13. ¿En qué ejercicios han intervenido este año las unidades SSM (misiles tierra-tierra)?
14. ¿Qué unidades de mando se entrenaron durante 1984 y a qué niveles?
15. ¿Qué lecciones aprendieron los sirios del movimiento Galili de paz en los siguientes aspectos?:
    - *a.* Unidades blindadas.
    - *b.* Unidades de mando.
    - *c.* Unidades de artillería y antiaéreas.
    - *d.* Mando y control.
    - *e.* ¿Hasta qué extremo han llegado los sirios para hallar respuestas a las diversas lecciones?

TEORIA LOGISTICA (ENSEÑANZAS BÉLICAS)

16. La teoría logística siria con respecto a abrirse paso en un espacio fortificado como los Altos del Golán:
    - *a)* ¿Cómo consideran los sirios las fortificaciones israelíes y cómo creen que están compuestas desde el punto de vista de ingeniería?
    - *b)* ¿Con qué cuentan para superar esos obstáculos?
    - *c)* ¿Poseen los sirios modelos de la línea israelí?
    - *d)* ¿Cuál es la teoría logística que los sirios han desarrollado para enfrentarse a las fortificaciones israelíes?
    - *e)* ¿Qué unidades han destinado para el avance? ¿Qué medios se les asignarán para esa tarea en especial durante la guerra y con qué medios cuentan actualmente?
    - *f)* ¿Hasta qué punto están bien entrenados como unidades para realizar su trabajo?

COMANDOS SIRIOS

17. ¿Cómo funcionará la División 14 de las «Fuerzas Especiales» en una división aerotransportada, puesto que la «fuente» dice (él dice) que los sirios cuentan con una capacidad limitada de transporte de helicópteros?
18. ¿Están equipados los comandos con transportes de tropas blindadas o lo estarán en el futuro? De ser así, ¿con qué finalidad?
19. ¿Crearán ellos más divisiones de «Fuerzas Especiales»? Y de ser así, ¿cuál es su programa?
20. Acerca de los comandos
    - *a)* ¿Se proponen enviar comandos a las fortificaciones de primera línea?

b) ¿Se proponen enviar comandos a Tel Abu Nida?
c) ¿Se proponen enviar comandos a Tel El Hantsir?
d) ¿Se proponen enviar comandos a Tiel Pars?
e) ¿Se proponen enviar comandos a sierra Bukata?
f) ¿Enviarán comandos a las intersecciones?
g) ¿Enviarán comandos para intentar tomar puestos de mando?

21. ¿Cuál es la técnica exacta que los sirios se proponen utilizar para el envío de comandos?

FUNDAMENTOS

22. ¿Qué fuerzas creen necesitar los sirios para alcanzar un equilibrio estratégico con Israel?
    a) ¿Cuántas divisiones y cuerpos creen necesitar para alcanzar ese objetivo?
    b) ¿Cuántos tanques, transportadores de personal acorazados y artillería creen necesitar para alcanzar su objetivo?
    c) ¿Cuántos medios especiales (véase detalles posteriormente especificados) necesitan para alcanzar su objetivo?
        1. Penetradores de muelles y puentes.
        2. SSMs.
        3. Capacidad operacional para la guerra química.
    d) ¿Qué capacidad de transporte de tropas por helicóptero trata de conseguir el ejército sirio?
    e) ¿Con cuántos helicópteros antitanques debería contar el ejército sirio en esa estructura?

23. ¿Cuál es la esencia del plan de crecimiento multianual? (Véase pormenorización.)
    a) ¿Se completó el plan de crecimiento en 1984? De ser así:
        1)¿Cuáles eran los objetivos originales?
        2)¿Cuántos de ellos alcanzaron?
        3)¿Creen haber completado su tarea y hasta qué punto con éxito?
    b) ¿Cuáles son los objetivos del actual programa de crecimiento?
        1)¿Qué número de compañías-regimientos van a formarse o reformarse?
        2)¿Cuál es la cantidad objetivo del plan respecto a tanques, comunicaciones, artillería, antiaéreos e ingeniería?
        3)¿Cuál es el proceso que el ejército tiene que superar de acuerdo con el plan?
        4)¿Cuál es el programa para cada fase del plan? ¿Cuándo se espera que éste se haya completado?

24. Actual estructura de la compañía de defensa.
    a) ¿Qué unidades comprende la «Compañía de Defensa»?
    b) ¿Cuál es la jerarquía entre las compañías de defensa?
    c) ¿Qué unidades fueron transferidas de la compañía de defensa a Siroko?
    d) ¿Hubo indicios de rebeldía por trasladar soldados de las compañías de defensa a otras unidades?

e) ¿Cuáles son actualmente los objetivos operacionales de las compañías de defensa?

25. División 14 de «Fuerzas Especiales».
    a) ¿Qué unidades se han incorporado actualmente a la división?
    b) ¿Existen planes para crear más unidades de apoyo logístico subordinadas al mando de la división?
26. La Guardia de la República.
    a) ¿Qué unidades secundarias están incluidas actualmente en la Guardia y cuál es su armamento?
    b) ¿Existen planes para ampliar esta unidad?
27. Unidades de reserva en el ejército sirio.
    a) ¿Existen tales reservas orgánicamente (aparte de las reservas de reclutamiento para llenar los vacíos producidos por pérdidas de guerra)?
    b) ¿Qué unidades son y cuál es su despliegue?
    c) ¿Qué tipo de entrenamiento reciben y cuál es su nivel de disponibilidad?

DIVISIÓN BLINDADA 11

28. Más detalles relativos a las subunidades de la división (batallones orgánicos de las brigadas, batallones de las baterías de artillería y batallones directamente subordinados al mando de la división). Armamentos y suministros de las diversas unidades; oficiales y efectivos de la División 11; actual despliegue, entrenamiento y estado de alerta de la división.
29. Tareas y objetivos de la División 11. ¿Actuará la división como reserva general del equipo para su despliegue en la retaguardia o formará parte de un nuevo cuerpo?
30. ¿Qué tipo de tanques hay en cada brigada de la División 11? ¿Y cuál es su número por brigada hasta noviembre de 1984?
31. Brigada 87 y Brigada 60. Detallar sus subunidades, sus números, armas y equipamiento, efectivos y oficiales, despliegue actual, entrenamiento y alerta.

BRIGADA DE MONTAÑA 120

32. Acerca de la brigada
    a) ¿A quién está subordinada actualmente la Brigada 120?
    b) ¿Dónde se halla desplegada en estos momentos?
    c) ¿Dónde se hallan sus bases permanentes?
33. Detallar las unidades subordinadas a la Brigada 120, armamento y equipamiento, efectivos y oficiales, entrenamiento.
34. Objetivos y propósitos de la brigada. ¿Dónde se desplegará en caso de emergencia y de quién dependerá?

MANDOS TERRITORIALES EN EL EJÉRCITO SIRIO

35. Detallar los diversos mandos territoriales y las unidades de operación que se hallan bajo su mando.

36. Oficiales y efectivos de los diversos mandos.
37. Deberes de los diversos mandos durante la paz y la guerra.
38. Campamentos e instalaciones militares de los diversos mandos.

CUERPOS PEL EJÉRCITO SIRIO

39. Detallar los diversos mandos territoriales y las unidades de operación que se hallan bajo su mando.
40. Si tales cuerpos se han creado, ¿existen todavía reservas del mando general?

MANDO GENERAL DE LAS FUERZAS DE CAMPO

41. ¿En qué estadio se halla la creación del mando general de las fuerzas de campo?
42. ¿Qué unidades estarán subordinadas a tal mando?
43. ¿Oficiales y efectivos del mando?
44. ¿Despliegue de unidades y puestos de mando en las emergencias y ejercicios rutinarios?
45. ¿Objetivos de tal mando?

EQUIPO GENERAL ANTITANQUE

46. Facilitar la relación del equipo general de mando de las unidades antitanque, su número y el equipo de oficiales.
47. Su actual despliegue.
48. Objetivos y puntos de mira.
49. Armas estándar de una unidad.

OBJETIVO DE COMPRAS

50. Detallar los contratos de compra con la Unión Soviética desde la visita de Arafat a Moscú, en octubre de 1984, destacando los sistemas de armas anticipadas (tipo, cantidad, fecha de llegada, sistema de pago).51. ¿Qué unidades serán las primeras en recibir los sistemas de armas anticipadas (tanques perfeccionados *1-12,* portadores BMP-1 de tropas blindadas, sistemas antitanque, sistemas de asistencia a carros blindados y artillería) este año?
51. Contactos y contratos con países de Europa occidental en el pasado año y en un próximo futuro, destacando los sistemas de armas adelantadas (tanques, comunicaciones, artillería móvil, equipo de asistencia).

RECURSOS DE ALMACENAJE

52. Detallar los recursos de almacenaje para compras nuevas y equipo antiguo del ejército sirio. Capacidad, subordinación, objetivo.
53. Especificar el contenido de cada zona de almacenamiento.

EQUIPAMIENTO DE VISIÓN NOCTURNA

54. ¿Existe algún interés en el ejército sirio por adquirir tal equipamiento y con qué finalidad? ¿Dónde tienen lugar tales compras? Parece extraño que la «fuente» ignore el uso de ese equipamiento en el ejército sirio.

ANTITANQUE

55. ¿En qué basa el sujeto su decisión de que el *fodge* antitanque no se convierta en brigadas antitanque? (Un *jodge* es una unidad más reducida que una brigada, en el caso de los ejércitos árabes.)
56. ¿Cuál es la diferencia entre un *fodge* antitanque y una brigada antitanque?

FUERZAS ESPECIALES

57. ¿En qué basa la fuente su decisión de que el *fodge* comando no se convierta en batallones de comando?
58. ¿Cuál es la diferencia entre un *fodge* comando y un batallón comando?

OFICIALES Y EFECTIVOS

59. Relacionar las nuevas designaciones y expulsiones según el boletín esperado en enero de 1985.
60. Los cambios producidos en el equipo de mando tras el retorno de Rifat Assad y la Convención de Baath esperada en breve.
61. ¿Por qué se halla ausente Halmat Shaby de las formalidades militares que normalmente exigen la participación del jefe de estado mayor?
62. ¿Son correctos los rumores acerca de la expectativa de que Ebrahm Tsafi de la División 1 sea designado lugarteniente del jefe de estado mayor tras la designación de Ali Atslan como jefe de estado mayor en lugar de Shaby, como en justicia correspondería?
63. ¿Se esperan cambios en la posición de Ali Duba y su lugarteniente Magic Said? De ser así, ¿dónde serán designados y quiénes los sustituirán?
64. ¿Se esperan cambios en la responsabilidad y objetivos del cuerpo que será dirigido por Rifat Assad? Según la «fuente», Rifat sustituirá a Ahamed Diab como jefe del ministerio para seguridad nacional.
65. Nuevas designaciones en la División 569.
66. La estructura del departamento de defensa sirio.
67. Especificar los programas de entrenamiento para cadetes de la academia militar de Homs.
68. ¿Cuáles son los efectivos del nuevo curso de cadetes que se supone iniciará su entrenamiento en 1985 en la academia militar de Timz?
69. ¿Cuál es el sistema por el que se distribuyen números de serie anticipados a los cadetes de la academia militar de Homs? Explicar detalladamente.
70. Cantidad de efectivos en el ejército sirio comparado con asignación de categorías, específicamente en las divisiones.

71. Relación de los oficiales del mayor número posible de unidades del ejército sirio.
72. Códigos del depósito de reserva según profesiones o por unidades específicas.
73. ¿Lugares de almacenamiento de los anteriores? (73X73).
74. ¿Con cuánta frecuencia cambian esos códigos?
75. Especificar la clase de reclutamiento esperado para el período 1984-1985 basándose en la estructura formativa.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

ACADEMIA (Midrasha). Así se denomina oficialmente a la residencia de verano del primer ministro. Se trata de la escuela de entrenamiento del Mossad situada al norte de Tel-Aviv.

AGENTE. Término con frecuencia mal utilizado. Es un elemento reclutado, no un empleado doméstico de una agencia de servicio secreto. El Mossad cuenta con unos treinta y cinco mil en el mundo, veinte mil de los cuales con carácter operativo y quince mil residentes. Los agentes «negros» son árabes, mientras que los «blancos» no lo son. Los agentes «de aviso» se utilizan estratégicamente para advertir de los preparativos de guerra. Por ejemplo, un doctor de un hospital sirio que advierta de la llegada de un nuevo e importante suministro de medicinas y drogas o un empleado portuario que detecte una actividad creciente en la marina de guerra.

AL. Unidad secreta de *katsas* expertos que trabajan bajo una cobertura falsa muy estructurada en Estados Unidos.

AMAN. Inteligencia militar.

APAM (Avtahat Paylut Modienit). Seguridad de operaciones del servicio secreto.

BABLAT. «Mezclar las bolas» o *bilbul baitsin,* decir desatinos.

BALDAR. Correo.

BAT LEVEYHA. Escoltas femeninas no dedicadas al sexo; suele tratarse de mujeres locales, aunque no judías, que se contratan como agentes auxiliares.

BENELUX. La oficina belga-holandesa-luxemburguesa en el cuartel general del Mossad.

BODEL (plural: *bodim)* o LEHAVDIL. Intermediarios, mensajeros entre los pisos francos y las embajadas o entre varios pisos francos.

CABALLO. Una persona de alta calidad que te ayuda a subir en el escalafón.

COMBATIENTES. Auténticos «espías»: israelíes enviados a países árabes para trabajar bajo personalidad ficticia.

DARDASIM (Smerfs). Un subdepartamento dentro del Kaisarut. Sus miembros operan en China, África y el Lejano Oriente estableciendo relaciones.

DESARROLLO. Vinculado a la unidad militar 8520. Fabrican cerraduras especiales, carteras con dobles fondos, etcétera.

DESLIZAMIENTO. Escondrijo para documentos, armas, etcétera.

DIAMANTE (Yahalomim). Unidad del Mossad que dirige las comunicaciones a los agentes que se hallan en países objetivo.

DUVSHANIN. Habitualmente tropas pacificadoras de la Organización de las Naciones Unidas subvencionadas para transportar mensajes y paquetes a uno y otro lado de las fronteras árabe-israelíes.

ESTRUCTURAS (Misgarot). Unidades judías de autoprotección establecidas por todo el mundo.

EXPERTOS EN ENTREGAS. Término utilizado para describir a un profesional en el campo fuera del espionaje y/o inteligencia que se encarga de misiones para identificar documentación o equipo en su zona de habilidad. «Con entregas» es una metáfora para designar, por ejemplo, un paquete que se ha llevado por un equipo del Mossad.

FALACH. Granjeros campesinos árabes del Líbano que suelen reclutarse por militares israelíes como agentes de muy baja calidad.

GADNA. Jóvenes brigadas paramilitares israelíes.

HETS VA-KESHET (arco y flecha). El emblema y campo de entrenamiento veraniego de Gadna.

HUMANT. Recopilación informativa sobre elementos humanos; por ejemplo, agentes de todos los tipos.

INSTITUTO. Denominación formal del Mossad. En hebreo Mossad es Ha Mossad, le Modiyn ve le Tafkidim Mayuhadim, o, en inglés, el Instituto para Inteligencia y Operaciones Especiales.

INTELIGENCIA DIRECTA. Movimientos físicos reales o actividades que pueden ser observadas. Por ejemplo, movimientos de armas o de tropas o preparativos para la guerra en hospitales o puertos.

INTELIGENCIA FIBRA. Observaciones que no son físicas, tales como indicadores económicos, rumores, moral, sentimientos generales.

JUMBO. Información personal fuera del alcance de la inteligencia oficial, recogida por oficiales de enlace del Mossad de los oficiales de enlace del servicio secreto extranjero, por ejemplo de la CIA.

KAISARUT (originalmente Tevel). Enlace en embajadas israelíes, conocido como oficial de inteligencia por las autoridades locales.

KATSA. «Oficial de servicios especiales.» El Mossad cuenta únicamente con unos treinta y cinco en operaciones de reclutamiento de agentes enemigos por todo el mundo, comparados con los muchos miles de que dispone el KGB y la CIA.

KESHET (más tarde NEVIOT). «Arco.» Información recogida por objetos inmóviles, por ejemplo, viviendas forzadas, ingenios de escucha instalados...

KIDON. «Bayoneta.» Brazo de operaciones del Metsada responsable de ejecuciones y secuestros.

KOMEMIUTE. Véase *Metsada.*

KSHARIM. «Nudos.» Registros informáticos acerca de quién está vinculado con quién.

LAKAM (Lishka le Kishrei Mada). Oficina de enlace de asuntos científicos del primer ministro israelí.

LAP (Lohamah Pscichlogit). Guerra psicológica.

LUZ DEL DÍA. El mayor estado de alerta de una estación del Mossad.

MABUAH. Alguien que aporta información de una fuente de información y no directamente.

MALAT. Subdivisión de enlace que trata con Sudamérica.

MARATS. Escuchas.

MASLUH. «Ruta.» Sistema utilizado para autoprotección, a fin de averiguar si uno es o no seguido.

MAULTER. Palabra hebrea que significa sencillamente «no planeado». Se utiliza para describir una ruta de seguridad improvisada o no planeada.

MELUCHA (originalmente Tsomet, que significa «reino»). Departamento de reclutamiento que dirige a los *katsas.*

MISGAROT. Véase «estructuras».

MISHLASHIM. «Triplers.» Cartas sin respuesta y entregas.

MOLICH. «Paseador.» Como un perro vigilante; aquel que se recluta no por sí mismo sino porque conduce a algún otro.

NAKA. Sistema de escritura uniforme del Mossad para informes y operaciones.

NATIV. Recoge información relativa a la Unión Soviética; contribuye a crear rutas de huida para judíos del bloque oriental.

NEVIOT. Véase *Keshet.*

NEXO. Reclutar a una persona para conseguir a otra.

OFICIAL DE SERVICIOS ESPECIALES. En la mayoría de servicios de espionaje, se los conoce por ese nombre en lugar del de *katsa* utilizado en el Mossad. Los oficiales de servicios especiales del Mossad son los miembros del Metsada que dirigen a los combatientes.

OTER. Un árabe retribuido para ayudar a establecer contactos con otros árabes, que suele utilizarse en el proceso de reclutamiento y que acostumbra percibir de tres mil a cinco mil dólares mensuales, más gastos.

PAHA *(*PAYLAT HABLANIT OYENET*).*Actividades hostiles de sabotaje, por ejemplo las propias de la OLP.

PAÍS BASE. Europa occidental, Estados Unidos, Canadá: dondequiera que el Mossad cuente con bases.

PISO FRANCO. Actualmente denominados por el Mossad «apartamentos de operaciones». Apartamentos o casas alquiladas o de propiedad destinadas a reuniones secretas y como base de operaciones.

PAÍS OBJETIVO. Cualquier país árabe.

RUTA. Véase *masluh.*

SAIFANIM. «Pez de colores.» Departamento del Mossad que trata de la OLP.

SALTADORES. *Katsas* delegados en Israel que pasan a varios países a base de breves plazos de tiempo, en contraposición a los *katsas* realmente instalados en el extranjero.

SAYAN (plural SAYANIM*).* Colaboradores judíos voluntarios del , exterior de Israel.

SHABACK. El equivalente israelí al FBI. Fuerzas de seguridad internas.

SHICKI.UT. El departamento que dirige al personal de escucha, por ejemplo a los MARALS.

SHIN BET. Antigua denominación del Shaback.

SIETE ESTRELLAS. Pequeño diario encuadernado en piel que llevan los *katsas* y que contiene números telefónicos y contactos en clave.

TACHLESS. Ir al grano.

TAYESET. Nombre clave que designa al departamento de entrenamiento.

TEUD. «Documentos.» Fabricación de documentos, por ejemplo pasaportes.

TEVEI.. Véase *Kaisarut.*

TSAFRIRIM. En inglés, «brisa matinal». Organiza a las comunidades judías del exterior de Israel y contribuye a elaborar estructuras.

TSIACH (Tsorech Yediot Hasuvot). Reunión anual de las organizaciones de servicios secretos israelíes militares y civiles. Asimismo, nombre del documento que describe las necesidades del servicio secreto para el próximo año, relacionadas en un orden decreciente de importancia.

TSOMET. Véase *Melucha.*

UNIDAD 504. Miniunidad del Mossad que recoge inteligencia de carácter militar para el servicio secreto fronterizo.

UNIDAD 8200. Unidad militar que dirige todas las intercepciones de comunicación para la inteligencia israelí

UNIDAD 8313. Una división de la inteligencia militar que se encarga de la fotografía.

YARID. «Feria del campo.» Equipos que tienen a su cargo la seguridad europea.
